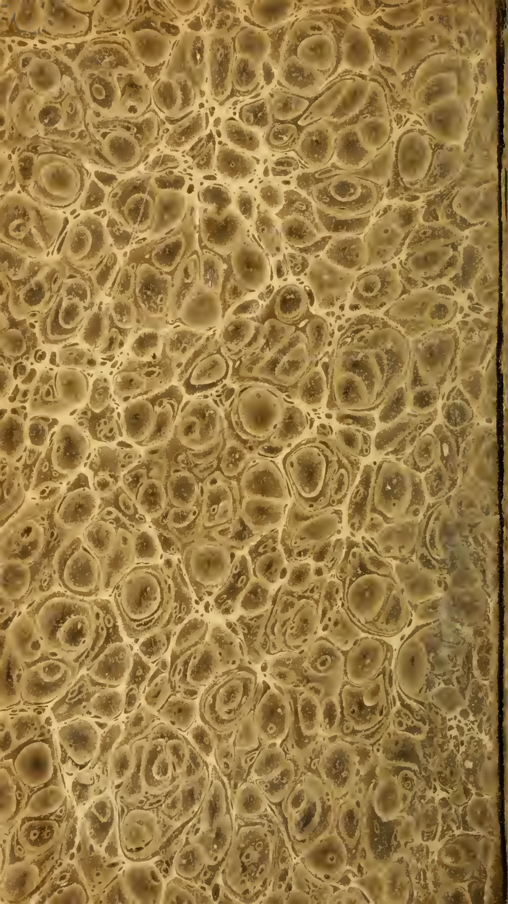




COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

LÍRICOS


EX LIBRIS.



LA ROSA

MANOJO DE LA POESÍA CASTELLANA

FORMADO
CON LAS MEJORES PRODUCCIONES LÍRICAS
consagradas á la

REINA DE LAS FLORES

DURANTE LOS SIGLOS XVI, XVII, XVIII Y XIX
por los poetas de los dos mundos

RECOGIÓLAS
DE DIFERENTES LIBROS, CÓDICES Y MANUSCRITOS
Y LAS PUBLICA CON NOTICIAS BIOGRÁFICAS
Y BIBLIOGRÁFICAS ORIGINALES

D. JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

TOMO II



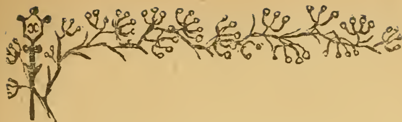
MADRID
IMPRENTA DE LA FUNDICIÓN DE M. TELLO
Impresor de Cámara de S. M.
Don Evaristo, 8
1892





MANOJO DE ROSAS

SIGLO XIX



D. JUAN MARÍA DE MAURY.

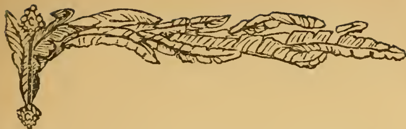
D. Juan María de Maury y Castañeda nació en Málaga en 1772. Muy joven pasó á educarse en Francia y en Inglaterra, encontrando en la literatura de la Gran Bretaña campos amplios de imitación donde refrigerar las fuentes del ingenio, haciéndolo caminar por senderos distintos de los estrechísimos en que nos encerraba el antiguo clasicismo helénico y romano, bastardeado profundamente por el contacto con Francia. Lord Byron había creado en la literatura inglesa un género completamente original y genial, de cuyo germen salió más tarde todo el romanticismo europeo. No se adhirió Maury completamente á su escuela. Aún en su poema *La agresión británica*, que publicó en Madrid un año después de nuestro desastre marítimo en Trafalgar, preponderaban las tendencias de su primera educación. Después escribió otras composiciones, como la bella canción de *La florista ciega*, que ha sido traducida á casi todos los idiomas de Europa, con una dirección más libre, la cual completamente campeó más tarde en su leyenda poética de *Esvero y Almedora*, que apareció en París en 1840. En 1810 publicó en Madrid su célebre epístola de *Eloisa y Abelardo*, imitación de Pope, la cual fué tan bien recibida que de ella se hicieron numerosas ediciones, parte en pueblos como Setenil (Cádiz), en donde la imprenta no pudo existir sino como de paso. Maury fué caballero de la Orden de Carlos III y correspondiente en París de la Real Academia Española. En 1845 vino á Madrid y Martínez de la Rosa le alcanzó un puesto consular que no desempeñó, pues murió poco después de su regreso á Francia en 2 de octubre de aquel mismo año.

LA FLORISTA CIEGA.

CANCIÓN DE LA ROSA.

Caballeros, aquí vendo rosas;
Frescas son y fragantes á fe:
Oigo mucho elogiarlas de hermosas:
Eso yo ¡pobre ciega! no sé.
Para mí, ni belleza, ni gala
Tiene el mundo, ni luz, ni color;
Mas la rosa del cáliz exhala
Dulce un hálito, aroma de amor.
Cierra, cierra tu cerco oloroso,
Tierna flor, y te duele de mí;
No en quitarme tasado reposo
Seas cándida cómplice así.
Me revelas el bien de quien ama;
¡Otra dicha negada á mi sér!
¡Debe el pecho apagar una llama
Que no puede en los ojos arder!
¡Tú, que dicen la flor de las flores,
Sin igual en fragancia y matiz,
Tú la vida has vivido de amores
De Favonio halagada feliz!
Caballeros, compradle á la ciega
Esa flor que podéis admirar:
¡La infeliz con su llanto la riega!
¡Ojos ¡ay! para sólo llorar!

Varias poesías sueltas de D. JUAN MARÍA MAURY, *natural de Málaga:* MS. inédito, pág. 12.—El Marqués de Valmar: *Poetas líricos del siglo* XVIII de la *Biblioteca de Autores españoles.*—Tomo iij.



D. ALBERTO LISTA.

D. Alberto Lista y Aragón, *el pastor de Anfriso*, de la Real Academia Española, nació en Sevilla (arrabal de Triana) el 15 de octubre de 1775. En sus primeros años trabajó en un telar de cintería para poder costearse sus estudios. En la Universidad cursó Filosofía, Teología y Cánones, y Matemáticas en las escuelas de la Sociedad Económica de Amigos del País, de cuya asignatura fué nombrado Profesor cuando tenía quince años. Las distracciones de su juventud fueron las *Academias poéticas*, en las que con Reinoso y Blanco sostuvo el honor de la restauración clásica de la escuela sevillana. La poesía, cuyas producciones publicaba en *El Correo literario*, que fundó Don Faustino Matute y Gaviria, y la enseñanza en la Sociedad Económica y en la Universidad, ocupaban toda su vida, hasta que en 1808 ocurrió la irrupción francesa. Lista fué entonces uno de los colaboradores de Quintana en el *Semanario patriótico*, y en 1813 emigró á Francia. Restituído á España en 1817, en 1820 volvió á formar parte con Hermosilla y Miñano de *El Imparcial* y *El Censor*. En 1822 publicó Lista la primera edición de sus *Poesías*, y en 1837 la segunda. En 1821 fundó el célebre Colegio de San Mateo, en que se educaron Don José Manuel Arjona, D. Facundo Infante, D. Agustín Durán, D. José de Espronceda, D. Juan de la Pezuela, D. Ventura de la Vega, D. Felipe Pardo, D. Patricio de la Escosura, Don Alejandro Mon, el Duque de Osuna, el Marqués de la Rosa, los Condes de Altamira y Pino-Hermoso y el que después lo ha

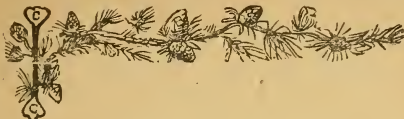
sido de Molins. En 1828 emigró de nuevo á Francia y publicó la *Gaceta de Bayona*. En 1830 ocupó con sus lecciones sobre literatura española la cátedra del Ateneo, y en 1837 la dirección de la *Gaceta de Madrid*. En 1838 pasó á Cádiz y fundó el Colegio de San Felipe Neri, y, por último, á la Universidad de Sevilla á desempeñar la cátedra de Matemáticas sublimes. En este punto murió el 5 de octubre de 1848.—«En D. Alberto Lista veo renacida la musa del *divino* Herrera.» *(Meléndez Valdés.)*

CORONA NUPCIAL.

SONETO INÉDITO.

Esta, que aún lleva la encarnada espina,
Gloria de su verjel,. purpúrea rosa,
Y esta blanca azucena y olorosa
Bañada de la lluvia matutina,
Un pastorcillo á tu beldad divina
Ofrece, pobre don á nueva esposa;
Y no mal te dispone, Lesbia hermosa,
Cuando á adornar tu seno las destina.
Del virgíneo carmín la rosa llena
Retrata tu candor, y en sus albores
Tu casta fe la cándida azucena;
Y ese mirto que enlaza las dos flores
Es, felices esposos, la cadena
Con que os enlaza el dios de los amores.

(Comunicado al colector por el Excmo. Sr. Conde de Cheste, Director de la Real Academia Española, que lo retenía en su memoria.)



D. FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA.

D. Francisco Martínez de la Rosa nació en Granada en 10 de febrero de 1787. De veintiséis años, y recién concluídos sus estudios en la Universidad granadina, le halló la explosión nacional de 1808 contra los franceses; y dotado de un talento superior, con fácil manejo de la pluma y de la palabra, actividad y entusiasmo férvido y ardiente y una ambición tan poderosa como todas aquellas facultades, fuese desde luego á Cádiz, apenas la hermosa ciudad del mar se constituyó en el tabernáculo de la independencia patria. Las primeras armas con que se hizo notar, y que no abandonó nunca, fueron la poesía lírica, dramática y épica. Después de haber celebrado en mil himnos las victórias de nuestras armas, publicó en Londres en 1811 su poema *Zaragoza;* en 1812 se representó en Cádiz su drama, más político que nacional, *La Viuda de Padilla,* y en 1813, en que la confianza del triunfo final era ya segura, su comedia *Lo que puede un empleo.* De la proscripción política que en 1814 sufrió, volvió en 1820 para ser Presidente de las Cortes, Ministro de Estado y Presidente del Consejo de Ministros. Otra vez emigró á París en 1823, y allí escribió en español y francés y asistió á sus Academias. Desde 1834 se constituyó en Jefe del partido conservador y ocupó todas las posiciones más culminantes. Jefe del Gobierno, fué autor del Estatuto y concertó la Cuádruple alianza. Embajador en el Vaticano, acompañó á Pío IX desde Roma al amparo de los muros de Gaeta. Vió impresas sus obras y todos sus libros, no sólo en Madrid

varias veces, sino en París, en Londres, en Nueva York, en Roma y en Leipzig. Fué Director perpetuo de la Real Academia Española desde 1839 hasta 1862, en que murió (7 de febrero); individuo de la de la Historia, caballero de la insigne Orden del Toisón de oro, y poseyó la Gran Cruz de Carlos III y todas las principales condecoraciones de Europa. El Rey consorte D. Francisco de Asís, á su muerte, presidió desde Palacio el duelo, en la traslación de su cadáver al cementerio; después sus funerales. Martínez de la Rosa era de tal escrupulosidad en la representación de sus obras dramáticas, que según consta en un MS. del Teatro Español, con estar desempeñando la Presidencia del Consejo de Ministros, ni un solo día faltó al teatro para dirigir los ensayos de su famoso drama *La conjuración de Venecia*. Martínez de la Rosa personifica toda una época de la historia: el tránsito de la monarquía absoluta á la representativa. El prestigio de sus talentos provocó en su favor, en 1834, en los dos mundos el delirio de los pueblos y el holocausto de las musas.

EL COLOR DE LA ROSA.

LETRILLA.

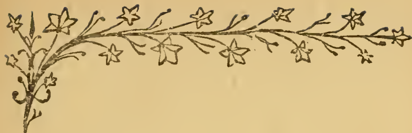
Pálida está de amores
Mi dulce niña;
¡Nunca vuelvan las rosas
Á sus mejillas!
Nunca de amapolas
Ó adelfa ceñida
Mostró Citerea
Su frente divina:
Téjenla guirnaldas
De jazmín sus ninfas

Y tiernas violas
Cupido le brinda:
Pálida está de amores
Mi dulce niña;
¡Nunca vuelvan las rosas
Á sus mejillas!
El sol en su ocaso
Presagia desdichas
Con rojos celajes
La faz encendida:
El alba en Oriente
Más pálida brilla;
De cándido nácar
Los cielos matiza:
Pálida está de amores
Mi dulce niña;
¡Nunca vuelvan las rosas
Á sus mejillas!
¡Qué linda se muestra
Si á dulces caricias
Afable responde
Con blanda sonrisa!
Pero muy más bella
Al amor convida
Si de amor se duele,
Si de amor suspira:
Pálida está de amores
Mi dulce niña;
¡Nunca vuelvan las rosas
Á sus mejillas!
Sus lánguidos ojos
El brillo amortigua,

Retiemblan sus brazos,
Su seno palpita;
Ni escucha, ni habla,
Ni ve, ni respira,
Y busca en mis labios
El alma y la vida:
Pálida está de amores
Mi dulce niña;
¡Nunca vuelvan las rosas
Á sus mejillas!

Poesías de D. Francisco Martínez de la Rosa: Madrid, por D. Agustín de Espinosa, 1847.—Pág. 5.





LA REINA AMALIA DE SAJONIA.

S. M. la Reina Doña María Josefa Amalia de Sajonia, tercera mujer del Rey D. Fernando VII, nació en Dresde el 6 de diciembre de 1803, siendo hija del Rey Federico Augusto de Sajonia y de la Reina María Amalia Augusta de Baviera. Su educación fué tan extremada, que, poseedora á los trece años de varios idiomas, entre ellos el latín, italiano, español y francés, se recreaba en hacer versos en todas estas lenguas y además en alemán, que manejaba como habla nativa. Al enviudar el Rey de España Fernando VII de su segunda mujer Doña María Isabel de Braganza, sin dejar sucesión para la Corona, entabláronse en Dresde negociaciones para el casamiento de este Monarca con la referida Princesa, que á la sazón tenía diez y seis años. El Ministro de Gabinete, Flan de Einsieldel, llevó todo el peso de la negociación, y al cabo el 28 de agosto de 1819 celebráronse los desposorios en la capital de Sajonia. El Barón de Friesen acompañó hasta Irún á la ya Reina de España, y hecha la entrega de su augusta persona el 3 de octubre en los límites de Francia, el 15, procedente de Vitoria y Burgos, llegó con gran comitiva hispano-sajona á Buitrago, donde la esperaban el Infante D. Carlos y su mujer Doña María Francisca con una Comisión de Grandes. La entrada en Madrid se verificó el 20. El Rey á su llegada confirió á Doña María Josefa las mismas prerrogativas soberanas que desde 1792 había gozado su madre en la Orden de Damas Nobles de María Luisa. Los primeros tres años los pasó la Reina Doña María Jo-

sefa llena de inquietudes mortales á causa de los sucesos políticos del famoso trienio de 1820 á 1823. Acompañó á Cádiz al Rey, á quien tomó un cariño apasionado, y vivió siempre en la mayor angustia por no haberla querido conceder la Providencia un sucesor para el trono; idea que atormentaba su ánimo. Fernando VII era entusiasta de los versos que escribía su regia consorte, y de las dos copias que de ellos existen en el Archivo de la Real Casa, una está hecha toda de la mano del Rey. La Reina, que tenía profusa vena poética, no sólo escribió versos líricos, sino novelas, comedias y loas con música, que se representaban en Palacio, tomando en la ejecución ella misma mucha parte con el maestro Lidón y las camaristas Jacinta Espejo, Joaquina Alesón é Ignacia Urbistondo. Doña María Amalia murió en Aranjuez el 17 de mayo de 1829, año famoso por los terremotos que desolaron á Murcia y Orihuela.

ROSAS DE FE CONYUGAL.

DÉCIMAS INÉDITAS.

Pues rosal de mí habéis hecho
En que florece mi amor,
Dadme la rosa, señor,
Que os pide amante mi pecho.
De Fernando al regio lecho
Dad la prenda que ambiciona;
No miréis de mi persona
La humildad que me acompaña;
Dadle un heredero á España
Para bien de esta Corona.

Y tú, la celeste rosa
Del sumo bien, ¡oh María!

Oye la súplica mía
Tierna, benigna, piadosa.
Del esposo y de la esposa
El clamor recibe amiga,
Y une al lazo, que nos liga
Á tu devoción y fe,
Esta gracia, para que
Siempre tu nombre bendiga.

Archivo de la Real Casa.—*Poesías de S. M. la Reina* Doña María Josefa Amalia de Sajonia.—MSS. por S. M. el Rey D. Fernando VII.—Archivo privado de Fernando VII.—Tomos XCI y XCII.





D. MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS.

D. Manuel Bretón de los Herreros nació en Quel (Rioja) el 19 de diciembre de 1796. Copleaba tan niño, que á los siete años ya se le daba pie para que compusiera cantares fugitivos, que hacían la delicia del hogar por su precoz musa festiva y chispeante. En 1806 vino á Madrid con sus padres, y entró á educarse en el Real Colegio de los Escolapios de San Antonio Abad. La guerra de los franceses arruinó á su padre, que en la corte tenía una lucrativa agencia de Indias. Murió éste en 1811; en el mismo año quedaron interrumpidos los estudios de D. Manuel, el cual, al siguiente, cuando apenas tenía quince de edad, sentó plaza de soldado. Nueve sirvió en el ejército; todavía lidió contra los invasores en Valencia y Cataluña; alistóse después con el Conde de la Bisbal para la expedición que había de ir á sofocar las insurrecciones de América, y participó con el General Torrijos en Cartagena de las luchas de la naciente libertad contra el despotismo. Siendo soldado en 1817, escribió su comedia *Á la vejez viruelas*, de corte moratiniano. Algunas de sus escenas, según Bretón decía, escribiólas sirviéndole de mesa el parche de un tambor. Hasta 1824 esta obra no fué representada en el Teatro Español por la compañía de D. Joaquin Caprara. *Á la vejez viruelas* no hizo más que revelar al poeta cómico. De 1824 á 1831 el poeta, explotado por la industria, escribió traducciones y arreglos, refundiciones del teatro antiguo y obras de circunstancias hasta que habiendo ido á Sevilla *de poeta de compañía* para es-

tos menesteres con D. Juan Grimaldi, á quien la escena española regenerada debe perpetua gratitud, le dejó éste holgura para escribir con propia originalidad y vena una obra enteramente suya. Esta obra fué *Marcela*. En ella rompió el poeta el molde moratiniano que sujetaba á tantas trabas el genio y la fantasía. Introdujo en un mismo acto la variedad de metros, y esta novedad por sí sola de tal modo impresionó al público que asistió al estreno (30 de diciembre de 1831) que *ipso facto* Bretón fué proclamado *restaurador del teatro nacional*. Ni en el teatro romántico del siglo XVII, ni en el clásico del XVIII, existe poeta alguno con quien comparar á Bretón en la comedia que cultivó desde 1831 hasta 1867, y á la que, por ser única en su género, imprimió carácter personal, *bretoniano*. Fué cómico como Tirso de Molina, aunque más decente y pulcro en el lenguaje; urbano como Moratín; nacional como Lope; pero Bretón, en vez de representar una época, se adelantó á la suya propia, y preparando la cuna de la democracia moderna, se erigió en el pintor acabado de la más culta, virtuosa y sencilla sociedad civil. Bretón dió al teatro 177 producciones, de las cuales 103 fueron originales. Escribió además 387 composiciones poéticas, y, entre otros artículos, 526 de *sinónimos castellanos*. Es el escritor español que ha usado mayor número de vocablos. La Academia Española, de que fué Secretario perpetuo, le declaró á su muerte autoridad del lenguaje. Escribió periódicos, dirigió la *Gaceta de Madrid* y la Biblioteca Nacional. Murió glorioso y admirado en el regazo de su amante familia el 8 de noviembre de 1873.

LA ROSA DE SILVIA.

ANACREÓNTICA.

—«¡Guarda, mi Silvia, guarda!
¡Ay! No por una rosa
Tu delicada mano

Á lastimar te expongas;
Venus que las produjo,
Como suprema diosa,
Al estampar su huella
Sobre la verde alfombra,
Venus vivió cien siglos
Ufana de su obra,
Hasta que tú naciste,
Dulcísima pastora.
»Dos el amor ha puesto
En esa cara hermosa
Que las suyas afrentan
Y el corazón me roban;
Así el rosal ameno
De Venus envidiosa
Crudas espinas cubre
Entre lozanas hojas.
¿No temes su venganza?
¡Tente! ¡Quizá se esconda
Cabe el risueño arbusto
Víbora ponzoñosa!
»Si engalanar deseas
Tu cabellera blonda,
Deja que yo la arranque
Con esta mano tosca.
Y ¡oh! si por serte grato
Fuera tanta mi gloria
Que las sutiles puntas
La desgarraran toda,
Y más que no pudiera
Valerme de la honda,
Ni tocar en un año

La rústica zampoña!»
—«¡Oh! Déjame, importuno
(Responde la pastora):
¿Qué importa que me clave
Si es para tí la rosa?»

Obras de D. MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS: Madrid, Imprenta Nacional, 1859.—Tomo V, pág. 538.

LA ROSA DE ZUBIETA.

LETRILLA CORREGIDA POR EL AUTOR.

Orillas del mar Cántabro
Se alza modesta y linda,
Y mil deleites brinda
Al céfiro y á Flora,
Mil sueños al poeta,
Mil celos á la Aurora,
La rosa de Zubieta.
A tí, bajo este símbolo,
Bella Adelaida, canto,
Ni es mucho que tu encanto
A quien te mire asombre;
Ni es lisonja indiscreta,
Niña, que yo te nombre
La rosa de Zubieta.
Sin tí son yertos páramos
Aranjuez y Versalles;
Sin tí, ¿qué son los valles
Que ostenta Andalucía

Y envanecen á Edeta?
¡Ay! falta á su alegría
La rosa de Zubieta!
¿Qué es del clavel la púrpura,
Si al color de tu cara,
Oh bella, se compara?
Mustio el jazmín se humilla,
Y áspera es la violeta
Donde tu frente brilla,
¡Oh rosa de Zubieta!
Tu talle, airosa sílfide,
Es más que el junco leve,
Y de tu boca bebe
Amor el néctar puro
Que á su yugo sujeta
El corazón más duro,
¡Oh rosa de Zubieta!
Dijera que era Náyade
Cuando tu planta pisa
La arena, y á la brisa
Del mar, nítido y bello,
Cual palma de Damieta,
Ondea tu cabello,
¡Oh rosa de Zubieta!
Y si el batel, impávida,
Riges cual blanda pluma,
Nacer de entre la espuma
Á la Diosa de Gnido
Veo en tí, y la saeta,
Y el arco de Cupido,
¡Oh rosa de Zubieta!
¡Ay! ¡vuelve! ¡Zumba el ábrego!

¡Vuelve, portento hermoso!
Mira que es proceloso
El golfo de Vizcaya;
Deja la mar inquieta,
Vuelva á la enjuta playa
¡La rosa de Zubieta!
¡Vuelve: que entre los árboles
De la apacible quinta,
Que mayo eterno pinta,
Tu igual en lo galana,
Sin par en lo discreta,
Te espera dulce hermana
La reina de Zubieta (1).

De copia MS. sacada del original inédito, y facilitada por el Sr. D. Cándido Bretón, sobrino del autor.

PARA EL ÁLBUM

DE LA SEÑORITA DOÑA ROSA GUARDIOLA,

BARONESA DE ANDILLA.

REDONDILLAS INÉDITAS.

Nadie duda que la rosa
Es la reina del pensil,
Y por fragante y hermosa
La mejor gala de abril.

(1) La amabilísima señora Doña Clotilde Torres, esposa del Sr. D. Carlos Adán de Yarza, propietario del Palacio de Zubieta, cerca de Lequeitio.

Ya simbolice el pudor,
Cuando del alba al arrullo
Entre espinas y verdor
Muestra espinas el capullo;
Ya emblema de amor se ostente,
Que al mundo anima y restaura,
Cuando abre el seno turgente
Á las caricias del aura;
Ya de cien hojas vestida
Salga de Flora á la fiesta;
Ya lo breve de su vida
Anuncie pobre y modesta;
Ya brote en Alejandría,
Ya en Jericó, ya en Bengala,
Ya en la huerta de Gandía:
Es de abril la mejor gala.
Mas con tanta ejecutoria
Y sin que dispute yo
Á Alejandría su gloria
Y su fama á Jericó;
Aunque amante de las flores
Que olfato y vista recrean,
Para mí son las mejores
Las Rosas que pestañean.
¿Y cual es la más galana,
Sin hacer á nadie injuria,
Entre tanta Rosa humana
Como cria el almo Turia?
Tú, Baronesa preclara;
Y es fijo que, sin proemio,
Todo el que vea esa cara
Te ha de adjudicar el premio.

Para otras Rosas quizás
Es el nombre un solecismo;
Mas tú no desmentirás
La partida de bautismo.
Ni con interés profano
Loar tan lindo pimpollo
Puede un poeta entrecano
Que há seis lustros que fué pollo.
Respetando á la consorte,
Puedo alabar á la amiga;
Y si es tan bello tu porte,
¿No es fuerza que te lo diga?
Aunque no se llame Rosa,
La primer obligación
De una dama es ser hermosa;
Condición *sine qua non.*
Ahora bien: si á tal modelo
Niego lo que es de justicia
Por nimio y vano recelo
De dar pasto á la malicia,
¿Qué diré? ¿Que eres amable,
De sano y buen corazón,
Y digna de un condestable,
Cuanto ni más de un barón?
¿Que tus manos industriosas
Primores hacen prolijos,
Y eres ejemplo de esposas
Y quieres mucho á tus hijos?
Así es verdad; así eres;
Pero si esto sólo ven,
¿Qué dirán ¡ay! las mujeres...
Y muchos hombres también?

«¡Templar un vate el laúd
Y no proclamarla dea!
Mucho habla de su virtud,
¡Y nada! ¡sin duda es fea!»
¡No! La verdad por delante;
No quiero, pese al demonio,
Que la envidia te levante
Ese falso testimonio.

11 abril 1855.

Á LA SEÑORA DOÑA ROSA C. DE BURGOS

EN SU ÁLBUM.

DÉCIMA INÉDITA.

Blando favonio conviene
A tu gentil lozanía,
¡Oh rosa de Andalucía!
No el aquilón de Pirene.
Pero otra flor más perene
Es tu amable discreción,
Y esa gracia, rico don
Del rico Guadalquivir,
Que no podrá destruir
La furia del aquilón.

Pamplona 30 de julio de 1849.



D. JUAN CRISÓSTOMO LAFINUR.

D. Juan Crisóstomo Lafinur nació en San Luis (República Argentina, capital de la provincia de su nombre) en 1797, haciendo en la Universidad de Córdoba de Tucumán, fundada por los PP. de la Compañía de Jesús en 1622, los estudios de su juventud. A las órdenes del General Manuel Belgrano trocó el manteo por la espada, durante la guerra de la emancipación. Después se entregó al culto de las letras y publicó en los periódicos algunas poesías. En 1823 pasó á Chile, donde contrajo matrimonio, y todo le sonreía con un porvenir de gratas esperanzas, cuando en 13 de agosto de 1824 lo malogró la muerte á la temprana edad de veintisiete años. De este poeta argentino no se ha publicado colección alguna de poesías; pero las pocas obras que de él existen son muy estimadas en toda América por la nueva generación literaria.

Á LA ROSA.

SONETO.

Señora de la selva, augusta rosa,
Orgullo de septiembre, honor del prado,
Que no te despedace el cierzo osado,
Ni marchite la helada rigorosa.
Goza más: á las manos de mi hermosa
Pasa tu trono, y luego el agraciado

Cabello adorna, y el color rosado,
Al ver su rostro, aumente vergonzosa.
  Recógeme estas lágrimas que lloro
En tu nevado seno, y si te toca
A los labios llegar de la que adoro,
  También mi llanto hacia su dulce boca
Correrá; probarálo y dirá luego:
—Esta rosa está abierta á puro fuego.

1833.

Parnaso argentino: poesías líricas recogidas por José Domingo Cortés: Santiago, imprenta de Andrés Bello, 1873. Pág. 370.—*América poética: poesías selectas americanas, coleccionadas por José Domingo Cortés:* París, por Charaire, 1875.—República Argentina.—Pág. 636.





D. JOSÉ MARÍA ESTEVA.

D. José María Esteva nació en Méjico en los últimos años del siglo XVIII. Tomó parte en las luchas de la emancipación, que algunas veces acaloró, así con la espada como con la lira. Más tarde abandonó lira y espada por el tráfico del comercio. Con todo, las obras literarias de su juventud fueron siempre tenidas en estimación. Su muerte, ocurrida hace pocos años, pasó casi desapercibida por la obscuridad á que se había reducido en la actividad de sus negocios.

LA ROSA DEL JARDÍN.

EN EL ÁLBUM DE LA SRA. DOÑA ROSA M. DE S.

ESTROFAS.

Cuando en la fresca mañana
Asoma el sol en Oriente,
Resbalando transparente
Un rayo por el pensil,
Y el aire lleno de aromas
Entre las flores se mece,
Todo el campo se embellece
Con *la rosa del jardín.*

Es lindo el negro jacinto,
Y la amarilla mosqueta,
Y la azulada violeta,
Y el oloroso jazmín;
Mas no hay ninguna que iguale,
Entre tantas lindas flores,
Los nacarados colores
De *la rosa del jardín.*

Entre los nardos se ostenta
El lindo clavel jaspeado,
Y el gigantón encarnado
Con el hebroso alhelí;
Con la nevada amapola
La madreselva olorosa,
Y ninguna es más hermosa
Que *la rosa del jardín.*

Si las avecillas cantan
Melancólicos amores,
Del pensil entre las flores
Bañando el ala sutil,
Se olvidan de amantes quejas,
Entonando su alborada,
Cuando miran levantada
Á *la rosa del jardín.*

Por decirle sus pesares
El pajarillo se afana,
Cuando ella hermosa y galana
Derrama perfumes mil;
Y en tanto con vuelo inquieto
La pintada mariposa
En torno vuela envidiosa
De *la rosa del jardín.*

Tú eres, mujer, esa flor
Que alegra á los que la miran,
Por quien las aves suspiran,
Del bello verjel la hurí;
Tal vez ¡ay! cuando naciste
Supo quien te puso Rosa
Que habías de ser hermosa
Cual *la rosa del jardín.*

Suelen pintarse en tu rostro
Los goces de tu alma pura,
Ya en tu nevada blancura,
Ya en tu subido carmín;
Y esos colores, que entonces
Se animan y desvanecen,
Son los vientos que se mecen
En *la rosa del jardín.*

Y cuando pura y graciosa,
Cual si estuviera indecisa,
Vaga perdida sonrisa
Por tus labios de rubí,
Es que voluble y ligera
La pintada mariposa,
Vuela en torno de la rosa,
Que es *la rosa del jardín.*

Si donosa te colocas
Entre muchas ninfas bellas,
Que lucen del mundo estrellas
En su cielo de zafir,
Entre aquesa muchedumbre,
Do sonríen los amores,
Ellas son las otras flores,
Tú *la rosa del jardín.*

Yo, Rosa, te cantaré,
Como canta la avecilla,
Cuando su amistad sencilla
Trinando está en el pensil;
Y, amiga, dí cuando escuches
Las notas de mi garganta:
—«Es mi ruiseñor que canta
A *la rosa del jardín.*»

Poesías de D. José María Esteva: Veracruz, imprenta del *Comercio*, 1850.—Pág. 59.





D. JOSÉ JOAQUÍN PESADO.

D. José Joaquín Pesado nació en San Agustín del Palmar en 9 de febrero de 1801. La antigua Universidad mejicana, fundada por el Rey Felipe II, le autorizó los títulos profesionales y le prestó la suficiencia con que se hizo notable en la literatura, en las Cámaras y en el foro. Aunque publicó muchas de sus poesías en la *Academia poética*, dió á la estampa en 1837 en Méjico, y se reprodujo en París, un tomo de ellas, que son muy estimadas por los que le han sobrevivido. Pesado fué un poeta de su tiempo; época de transición en que, imperando todavía los cánones de la educación clásica, el espíritu general tendía sus alas por los espacios sin término de la libertad. Sin embargo, merece la estimación en que se le tiene. Escribió, además, su poema *Revelación;* las traducciones en verso de los *Salmos* de David y de las *Odas* de Horacio, y *Las aztecas*, tomadas de los antiguos cantares de los indígenas de su país. Una de sus más bellas poesías es la titulada *Mi amada en la misa de alba*, que ofrece originalidad y tiernos y apacibles sentimientos. En la *Academia poética* se encuentra la mayor parte de sus obras que se conservan. Bajo la administración del General Bustamante fué Ministro, y desde 1837 brilló por su palabra en las Cámaras, en el foro y en las sociedades literarias. Su cultura intelectual fué muy vasta, y llegó á poseer varios idiomas de Europa y algunos de los indígenas de su país. Entró en la vida pública en 1833 como uno de los miembros del Congreso de Veracruz, de cuya ciudad fué Goberna-

dor en 1834. Redactó *La Opinión*, periódico político, en colaboración con D. Francisco Modesto Olaguibal. En 1838 fué Ministro del Interior y de Relaciones extranjeras; pero en 1839 se retiró de la vida pública. En 1854 tomó la borla de Doctor en la Universidad de Méjico. De sus *Poesias originales y traducidas,* se hizo la primera impresión en 1839; la segunda edición en 1840; en 1859 apareció su poema la *Revelación;* en 1860, algunos fragmentos traducidos de la *Jerusalén libertada.* Murió en Méjico el 3 de mayo de 1861.

A UNA ROSA.

LIRA.

Te espejas en la fuente bullidora;
La tierra te es propicia,
Y, bañada en el llanto de la aurora,
El aura te acaricia.
A vivir, flor hermosa, te apresura:
El ramo en que descuellas
El imperio tendrá de la hermosura
Sobre las flores bellas.
¿Mas qué digo, insensato? Flor graciosa
¡Ay! tu vivir difiere:
Observa que la vida no reposa,
Y cuanto nace muere.
El mismo sol que iluminó tus galas
En polvo te convierte,
Y ligera á la nada te resbalas
Al soplo de la muerte.
Elisa, como tú, flor delicada
Ora espléndida brilla,

Y acaso en juventud será cortada
Por la fatal cuchilla.
  Desciende en tanto de tu tallo hermoso,
De ámbares puros lleno,
Y encontrarás asiento más precioso
En su inocente seno.
  Ostenta en él tus vívidos colores,
Tus aromas le brinda:
Serás la más felice de las flores,
Como eres la más linda.
  Sea su pecho trono de tu gloria,
Y tu sepulcro sea:
Mi amor envanecido, igual victoria,
Igual muerte desea.
  ¡Cuánto envidio tu suerte! Desprendida
Del ramo en que nacieras,
Volverás con su aliento á nueva vida
Cuando marchita mueras.
  ¡Dichosa si tu púrpura resalta
En su mano de nieve!
¡Dichosa si con lágrimas esmalta
Tu cerco ardiente y breve!
  Si el asilo quisiese audace mano
Turbar, do te reclinas,
Castiga al punto su anhelar liviano:
Clávala tus espinas.

(De la colección de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.)





D. JUAN DE AROLAS.

D. JUAN DE AROLAS nació en Barcelona el 20 de junio de 1805. De catorce años, en 1819, tomó el hábito de la Religión calasanziana, entrando en las Escuelas Pías de Peralta de la Sal, donde practicó los estudios y ejercicios del noviciado. Envióle luego la institución religioso-docente á Valencia á llenar los fines de su instituto, y allí obtuvo, además del gobierno, la cátedra de Religión y Moral en la Escuela Normal de la provincia en 1846. Su rica y apasionada musa llamó precozmente á las puertas de su espíritu, enardeció su fantasía y llenó su imaginación de colores y lumbres. Los sentimientos que entonces brotaron en su corazón, se pusieron en lucha con los hábitos y los votos de su sagrado ministerio, y distrayendo el ánimo hacia las idealidades de una vida oriental, que era para su cerebro un pasto á sus necesidades, creó un género en que derramó á torrentes toda la opulencia de su mente fantástica y soñadora. No bastando estas producciones íntimas á la exuberancia de su naturaleza, empeñó su pluma en las columnas de los periódicos, y en *El Fénix* y en el *Diario Mercantil de Valencia* llenaba los folletines de versos armoniosos, nutridos de ideas y de imágenes de oro, sin preparación previa ni planes meditados. Tomaba la pluma, y como quien improvisa artículos de fondo, escribía y escribía, hasta llenar el hueco matemático que se le señalaba. Aquel trabajo intelectual, desordenado; aquellos apetitos del espíritu sin saciar, perturbaron al cabo su imaginación. Sobrevino la demencia: tuvo accesos iras-

cibles, y, recluso en un encierro del Convento, cayó del arrebato febril en el idiotismo, pasando los tres últimos años de su vida arrastrándose por los suelos y entre padecimientos que inspiraban compasión. Al cabo murió el 25 de noviembre de 1843, á los treinta y ocho años de edad. Su oda *La Amnistía* formó parte de la *Corona Real* ofrecida á la Reina Doña María Cristina de Borbón. Escribió un poema romántico titulado *La Sílfide del acueducto;* un tomo de *Poesías caballerescas y orientales,* y otro de *Poesías varias.* De uno y otro se han hecho desde 1842 más de veinte ediciones en los dos mundos. Fué de los mayores poetas que han florecido en nuestra edad en España, y sus versos vivirán tanto como nuestro lenguaje y nuestra literatura.

EL ÁNGEL Y LA ROSA.

DIÁLOGO.

I.

Veloz en su marcha
Por ley del Eterno,
Su manto de escarcha
Depone el invierno;
No son tan amargas
Las melancolías;
Las noches tan largas;
Tan cortos los días;
Y el sol muestra claro
Su coche, que es de oro,
Sin ser como avaro
Que oculta un tesoro.

Con voz que reclama
Su amor sin orgullo,
La tórtola que ama
Dió tímido arrullo;
Buscó la paloma,
Que á ser fiel enseña,
Su nido de aroma
Que esconde una peña;
Y el ave llegando
Con faustos destinos,
Nos cuenta cantando
Sus largos caminos.
El cielo embelesa
Con vivos fulgores,
Y el céfiro besa
Las cándidas flores
Que exhalan su aliento,
Vistiéndose todas,
Cual hijas del viento,
Su traje de bodas.
El alba, por verlas
Con más atavío,
Les llueve sus perlas
De fresco rocío;
Y no hay una sola
Tan triste en el suelo,
Que tenga corola
Sin llanto del cielo.

II.

Entre su ramaje lleno,
Cuna blanda y deliciosa,
Se mece la primer rosa
Que ostenta más rico seno.
Y tiembla, como sencilla,
Porque su experiencia es poca,
De la luz que clara brilla,
Del céfiro que la toca.
Para respirar su esencia
Bajó del cielo estrellado
Un ángel enamorado
De su beldad é inocencia.
Y contemplando sus galas,
Y respirando su ambiente,
La cubría con sus alas
Y el resplandor de su frente.
La flor, que reconocía
Del paraninfo el sagrado,
Abriendo el cáliz pintado
Parece que le decía:

LA ROSA.

Dormida estaba en mi broche,
Y me despertó con frío
La lágrima de la noche
Que es la gota de rocío.
Vuelta yo del grato sueño,

Guardo con pompa brillante,
Guardo su globo pequeño
Como si fuera un diamante.
Tómala para tus sienes,
Más blancas que los jazmines,
Y verán los serafines
La nueva joya que tienes.

EL ÁNGEL.

Nunca yo de las alturas,
Donde tengo mi morada,
Llevo el vuelo á estas honduras
Sin ver la tierra mojada.
Yo del doloroso llanto
Que de la inocencia brota,
Nunca dejo perder gota
Sin llevarla al cielo santo.
Las lágrimas que atesoran
En la eterna patria mía,
Las beben los que las lloran
Como cáliz de ambrosía.
Guarda con constancia suma
La gota brillante y nueva;
Te haré sombra con mi pluma
Para que el sol no la beba.

LA ROSA.

Tu patria será algún clima
De delicias y conciertos.
¡La noche me desanima!
¡Me causan pavor los muertos!

¿Vives en alguna estrella
Ó te duermes, por fortuna,
Sobre alguna nube bella
Ó en el nácar de la luna?
Tus vivísimos reflejos,
Aunque tu labio lo calle,
Me indican que está muy lejos
Tu patria de aqueste valle;
Que aunque las alas me dieras
Que desplega el torbellino,
No vería tus esferas
Fatigada en el camino.

EL ÁNGEL.

Mis climas son de bonanza
Que nunca el pesar consume:
Si en mí pones tu esperanza,
Conmigo irá tu perfume.
Mas procura defenderte
De insectos aduladores,
Que vendrán á entretenerte
Con sus cánticos de amores.
Lucen penachos y plumas;
Son de plata sus almetes,
Y sus alas como espumas,
Y brillan sus coseletes;
Y saliendo de las ovas
Que guarnecen las orillas,
Enternecen con sus trovas
Y os engañan por sencillas.

Tú los juzgarías fieles
Sin conocer su inconstancia,
Brindándoles de tus mieles
El tesoro y la fragancia.
Su turba engañosa y vana,
Que de amores hizo alarde,
Te halagó por la mañana;
Pero ¡adiós! ¡viene la tarde!
¡Quédaste sin el contento
Devorando tus congojas,
Que no ha de faltar un viento
Para disipar tus hojas!

LA ROSA.

¿Cómo, sin gracias divinas,
Librar puedo del ultraje?

EL ÁNGEL.

Dios te puso las espinas:
Escóndete entre el ramaje.
Esos aguijones duros
Con que tu beldad pertrechas,
Se te dieron como muros
Llenos de erizadas flechas.
Como á Reina omnipotente
Te han cercado de alabardas,
Contra las turbas bastardas
Que zumban en el ambiente.

LA ROSA.

¿De qué sirve este color
Que mi cáliz atavía?

EL ÁNGEL.

Esa tinta es el rubor,
La prenda de más valía.
Dichoso joyel sin duda
Que forma todo tu encanto;
La inocencia está desnuda
Y el rubor le da su manto.
Blanca fué la primer rosa
Que dió en el edén fragancia;
Y al ver una mariposa,
Símbolo de la inconstancia,
Que en su revolante giro
Le indicaba su terneza,
Consagrándole un suspiro,
Coloróse su belleza;
Y su cáliz blanco y leve
Convirtióse en roja cinta,
Y esa tu encarnada tinta
Derivóse de la nieve.

LA ROSA.

Aquí llega un sordo grito
Que me causa horror profundo.

EL ÁNGEL.

Ese rumor es maldito:
Eso es el eco del mundo.
  Es un laberinto, un caos,
De olas y olas sin medida,
Tan llenos de espesos vahos
Que nublan toda la vida.
  Cercados de altas almenas
Y de torres y castillos,
Los hombres forjan cadenas
Y se avezan á los grillos.
  En su mengua y su desdoro,
Por más que la virtud clame,
Alzan un becerro de oro,
Que es el interés infame.
  Y humillan su frente y seno
Besando la tierra impura,
Al pie del ídolo obsceno
Que es el Dios de su locura.
  Pero si de sus maldades
Dios se cansa, entre ruínas
Derribará sus ciudades
Cual nidos de golondrinas.

LA ROSA.

  Ayer ví una criatura
De una perfección tan grata,
Que me excede en hermosura
Y que tu imagen retrata.

Sobre su flexible cuello
Su frente pura se eleva,
Cual astro feliz que lleva
De su origen el destello.
Sus ojos dos cielos son
De calma y de luz tranquila,
Y el fuego del corazón
Se retrata en su pupila.
Baja en ondas con decoro
Su cabello á la cintura,
Y acariciarla procura
Dividido en franjas de oro.

EL ÁNGEL.

Esos delicados seres
Que por admirar te afanas,
Son en el mundo mujeres
Y las tienes por hermanas.
Son como graciosa planta
Y un gusano las consume;
Pero su ternura es tanta
Que, pisadas, dan perfume.
Muchas lágrimas vertidas
De sus penetrantes ojos,
En mis alas recogidas
Me llevo yo por despojos.
¡Ah! procuran ocultarlas
En la sombra del retiro:
Sólo yo puedo enjugarlas,
Porque sólo yo las miro.

Los hombres las divinizan;
Los mismos, para su tedio,
Las miran como el remedio;
Los mismos las martirizan.
Sus caricias seductoras
Convierten en furias bravas,
Y llamándolas señoras
Se sirven como de esclavas.

LA ROSA.

Al menos las que en el trono
Con esplendidez se sientan,
Libres de mortal encono,
Se divierten y contentan.

EL ÁNGEL.

¡Todo el esplendor es falso!
Algunas bien lo advirtieron,
Cuando del solio subieron
Por las gradas del cadalso.

LA ROSA.

¿Tan duros serán los hombres?
¿Cuántas lloraron tal duelo?

EL ÁNGEL.

No quieras saber sus nombres:
Ya las verás en el cielo.

LA ROSA.

Fastidio me da la tierra,
Cuando escucho tus razones:
Sácame de estas prisiones,
Que aquí es todo luto y guerra.
Condúceme á tu palacio
De delicias y embeleso
Y de estrellas de topacio;
¡Serviré de poco peso!

EL ÁNGEL.

Hoy luce tu pompa ufana
Y aroma la selva umbría:
¡Vives un escaso día!
¡Ya te llevaré mañana!

Poesías religiosas, caballerescas, amatorias y orientales de Don Juan de Arolas: Valencia, por Juan Mariana y Sanz, 1860.—Tomo ij, pág. 109.





D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

D. Juan Eugenio Hartzenbusch nació en Madrid el 6 de septiembre de 1806. Su padre era alemán, de oficio ebanista: su madre, española. Muy joven quedó huérfano, y para alimentar á ésta trabajó á jornal en los talleres. Los Jesuitas de San Isidro le dieron en sus Reales Estudios las primeras nociones de su educación literaria en 1822. En 1838 obtuvo plaza de taquígrafo en el Congreso de los Diputados. Tamayo y Baus dice que pretendió también la plaza vacante de Conserje de la Real Academia Española: este dato no parece exacto, sino humorada de Hartzenbusch. Desde 1823 arregló del francés las primeras piezas dramáticas que dió á la escena; en 1827 se dió á refundir obras de nuestro teatro antiguo, y en 1831 escribió los primeros ensayos originales; pero hasta 1837 no se reveló en la plenitud de su superioridad en el teatro del Príncipe, con *Los amantes de Teruel*. En el *No me olvides*, Salas y Quiroga bendijo á Hartzenbusch por este drama, que *ipso facto* le constituyó en el número de los *Dioses mayores*. Á *Los amantes*, siguieron en 1838, *Doña Mencía;* en 1841, *Alfonso el Casto;* en 1844, *Juan de las Viñas,* y en 1845, *La Jura en Santa Gadea*. En 1844 entró de Oficial primero en la Biblioteca Nacional, donde después fué Director desde 1860. En 1847 ocupó asiento de número en la Real Academia Española, en la que su concepto rayó tan alto, que en la primera reunión que éste Cuerpo celebró, después de la muerte del poeta, le declaró por unanimidad *autoridad del lenguaje*. Antes de la Dirección de la Biblioteca Nacional, desempeñó desde 1854 la de la Escuela

Normal. Las obras dramáticas, poéticas y literarias de Hartzenbusch exigen una larga bibliografía. Mereció la más autorizada reputación literaria que España, desde Lope de Vega, había tenido, no sólo en su país, sino en toda la Europa culta y en toda América. Visitáronle en su modesta morada de Madrid Príncipes como el Emperador del Brasil; otros cruzaron su pecho con nobles condecoraciones. La mayor distinción que mereció en su vida fué el amor universal é ingenuo que todos le tuvimos; el respeto que profesamos, así á su superioridad intelectual como á sus virtudes, y el culto perenne con que exaltamos eterna y gloriosa su memoria, tiernamente indeleble para cuantos le conocimos y tratamos. El 2 de agosto de 1880 descansó en el seno del Señor. Hizo su elogio en la Real Academia Española, Tamayo y Baus. En la publicación última de sus *Obras,* Fernández-Guerra, que las ilustró, lo ha reproducido. Nunca los matices verdaderos de la naturaleza han prestado al pincel del entendimiento colores más bellos del corazón para fijar una semblanza humana. «Su nombre será siempre acatado en esta Academia, y donde quiera que se hable la lengua española ó se rinda culto á la belleza literaria.» (Tamayo y Baus.)

LA ROSA Y LA ZARZA.

FÁBULA.

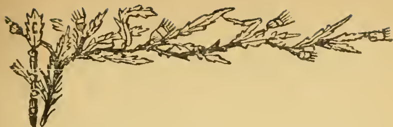
Murmuraba impaciente
Una rosa naciente
Del cautiverio duro que sufría,
Porque una zarza espesa la tenía
Con sus punzantes vástagos cercada.
—«Yo, sin cesar decía,
Yo no disfruto aquí ni sé de nada:
Sin un rayo de sol, tasado el aire,

Desperdicio de todos ignorada,
Y entre espinas incómodas reclusa
Mi fragancia, colores y donaire.»
La zarza contestó:—«Joven ilusa,
Tu previsión escasa
Del bien que te hago sin cesar me acusa:
Bajo mis ramas á cubierto vives
Del sol canicular que nos abrasa;
El golpe no recibes
Del granizo cruel que nos deshoja,
Y ese muro de espinas, que te enoja,
Defiende tu hermosura
De que una mano rústica te coja.»
La flor entonces, de despecho roja,
—«Malhaya, replicó, la ruín cordura
Que de riesgos que no hay tiembla y se apura.»
No fué la maldición echada en vano:
Á los pocos momentos un villano
Llega con la cortante podadera;
Su despiadada mano
Descarga en el zarzal; hiere, destroza,
Y tan completamente me le roza
Que ni un retoño le dejó siquiera;
Poco de la catástrofe se duele
Persuadida la rosa de que gana,
Quedándose sin aya que la cele.
¡Descanse en paz la rígida guardiana!
¡Qué feliz su discípula es ahora!
Bañada en el relente de la aurora,
Descoge con orgullo
Su tierno y odorífero capullo;
Princesa de las flores

La proclaman los pájaros cantores.
Pero el polvo la empolva y la molesta;
Sol picante la tuesta;
La ensucia el caracol impertinente
Con pegajosa baba,
Y apenas se la enjuga
Cuando voraz oruga
Su venenoso diente
Una vez y otra vez en ella clava;
Se descolora la infeliz, se arruga,
Y una ráfaga recia de solano
Desparrama sus hojas por el llano.
  Es el recogimiento
Condición de las jóvenes precisa:
Falta en la juventud conocimiento
Del suelo que se pisa.
La que deje imprudente
Su guía fiel, y recorrer intente
La senda de la vida peligrosa,
Tema la suerte de la indócil rosa.

Fábulas puestas en verso castellano por D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH: Madrid, imprenta de la Sociedad de operarios, 1848.—Pág. 21.





EL CONDE DE CHESTE.

D. Juan de la Pezuela y Cevallos, primer Conde de Cheste (1864), primer Marqués de la Pezuela (1852), Capitán General de los Ejércitos nacionales (1867), Caballero de la insigne Orden del Toisón de Oro (1875), Clavero de la Orden de Calatrava, Director de la Real Academia Española, fundador de la de Puerto Rico, nació en Lima el 10 de mayo de 1810, siendo su padre D. Joaquín de la Pezuela, primer Marqués de Viluma, Virrey del Perú. Á la edad de ocho años vino á educarse á España en el Colegio de San Mateo, de que eran maestros D. Alberto Lista y D. José Hermosilla. Desde niño hacía versos, con tal afición á las musas y sus laureles, que, habiendo obtenido á los ocho años la gracia de Capitán de Caballería de arqueros del Perú, cuando hubo de ingresar en la carrera activa de la milicia, opuso una gran repugnancia. De Capitán le encontró la muerte de Fernando VII y la explosión de la guerra civil. Gran parte tomó en ella, y su sable fué uno de los tres que, con el de Zabala y el de Contreras especialmente, dejaron fama en el ejército. Por «su heróico comportamiento» en Lidón y otras acciones, al terminar el año 1834 mandaba la Caballería de la primera división de Aragón; en 1835 heróico le vieron las montañas de Montejurra; en 1836 las alturas de San Adrián; en 1838 las murallas de Morella y los campos sangrientos de Cheste (2 de diciembre). En 1841 la lealtad monárquica le llevó á la frustrada empresa de que fué víctima el General Diego León. En 1848 recogió el mando de Madrid

sobre el cadáver ensangrentado de su predecesor, el desgraciado General Fulgosio. Puerto Rico y Cuba, en 1849 y 1853, le admiraron en la pulcra integridad de su inteligente administración política de aquellas islas. Cataluña nunca olvidará su mando magnánimo de 1867. Ha sido Diputado, Senador, Ministro. Por hechos militares adorna su pecho la Gran Cruz de San Fernando. En 1833 dió en Barcelona su primer comedia á la escena: *Las gracias en la vejez*. El *Parnasillo* y el *Liceo* aplaudieron en su mocedad sus versos líricos. Egregias ediciones guardan sus traducciones en verso español de la *Jerusalén libertada*, de Torcuato Tasso; de la *Comedia*, de Dante Alighieri; del *Orlando furioso*, de Ludovico Ariosto, y de *Los Lusiadas*, de Luis de Camöens. La Academia Española oyó de sus labios y publicó en sus Memorias el elogio fúnebre de Ventura de la Vega, y el aniversario triunfal de D. Pedro Calderón de la Barca con motivo del centenario de 1881. Amador de los Ríos, Ochoa, el Marqués de Molíns y Ferrer del Río hicieron á su vez el elogio, no la crítica, del noble arcade Olmisto Faurense.

Á EMILIA

SU ANTIGUO AMANTE MORIBUNDO.

SONETO INÉDITO.

Oye el último acento que te envía
Un hombre á quien la vida está contada:
Esta pálida rosa disecada,
Mortuorio don te mando en mi agonía.
Tú sola cuánta sea su valía
Puedes saber, Emilia bien amada;
Del seno, do teníasla guardada,
La noche la cogí que fuiste mía.

Torne á posarse en el cáliz deshecho;
Y si de antiguo amor algo en tí mora,
Si conserva esa flor algún derecho,
Esculpida en el alma ten, señora,
Cómo te la tomé del blanco pecho,
Y cómo á tí la pobre vuelve ahora.

(Se compuso este soneto en las tiendas militares junto á Morella por el entonces Coronel del 4.º de Caballería, D. Juan de la Pezuela. Su amigo el Capitán Cialdini le recitó unos cuantos versos italianos, que no supo recordar bien, y le rogó pusiera aquel pensamiento en buena poesía castellana.—Hoy son, los que eran en aquella época compañeros de armas, Capitanes generales los dos: en España el uno, y en Italia el otro.)

LA ROSA DE SÍ MISMA ENAMORADA.

APÓLOGO INÉDITO.

Un día, á la alma luz de un puro cielo,
Una purpúrea nacarada rosa
Se miraba en un límpido arroyuelo;
Y enamorada, al verse tan hermosa,
De aquella propia gala,
—«¿Quién, decía, me iguala
En brillo ni en colores
Entre la turbamulta de las flores?
¿No soy yo la señora?
¿Qué vale, con la mía,
De la camelia audaz la fantasía?
¿Qué de dalia inodora
La estultez de estrellada simetría?
¿Qué la azucena que nominan pura

Con su cansada perenal blancura?
¿Y qué la bellorita
Que con mayo se va, si con él viene,
Y, si el sol le da un día, se marchita?
¿Pues y la minutisa ponderada,
Que con tan leve hojilla como tiene,
Del clavel digna esposa,
Siendo del débil sexo, es tan barbada?
La pasionaria, hermosa
Con su misterio triste, aunque profundo,
Buena para el altar, no es de este mundo.
¡La anémona es tan fría! ¡Y la cuitada
Violeta, pobre sierva
Que se esconde, asustada
De verse tan humilde, entre la yerba!
¡Yo sí que soy la reina de las flores!
Cuando en mi tallo el céfiro se mece
Su aliento se estremece,
Y me dicen sus ecos gemidores
Con plácida dulzura:
—¡Tú eres luz y esplendor de la natura!
Las matronas te ansían: su belleza
Con la tuya resalta,
Y luce su cabeza
Más noble y arrogante.
¿Y qué merced más alta
Ofrece á la que adora el fino amante?
¿No van siempre contigo los amores?
¡Tú sí que eres reina de las flores!»
  Mientras hablaba así tan dominante
Al día, antes sereno... (¿quién se fía
En el albor de un día?),

Un repentino viento
Empezó á castigar, y de tal modo,
Que, agitándolo todo,
Dió al manso arroyo un ímpetu violento;
Y á la altanera rosa en un momento
Embiste, y la despoja
Del espléndido orgullo de su hoja;
Y el arroyo hecho un río... ¡oh desventura!
Se lo lleva, y con él va su hermosura,
Quedando ella, desnuda y abatida,
En seco palo estéril convertida.
Aprended, jovencillas, de las rosas,
Á temer de los vientos de la vida:
No fundéis vuestro orgullo en ser hermosas:
Sólo amar la virtud es la belleza,
Y amarse uno á sí propio vil flaqueza.

Segovia 24 de julio de 1889.





D. JOSÉ POLICARPO VALDES.

D. José Policarpo Valdés *(Polidoro)* nació en la Habana en 1807. Supónese que su padre fué un distinguido caballero, miembro de familia principal. Su temprana afición á la poesía lo hizo simpático desde los primeros albores de la juventud, y aunque la prensa no había dado aún notoriedad á sus composiciones, cuando en 1833 publicó D. Ignacio Herrera Dávila (Habana, imprenta de Palmer) la colección de *Rimas americanas*, incluyó algunas de Valdés en su antología. Versos suyos también se solicitaron para la *Corona fúnebre* que en 1834 se dedicó al virtuoso y popular Obispo Espada. Rodríguez Ferrer reconoció á Valdés en sus poesías «facilidad y ternura de afectos.» Era de carácter muy retraído y melancólico. Ocultaba su mérito en vez de hacerlo brillar. Buscó una vida y una muerte obscura, y vivió y murió olvidado, en efecto. En Cuba se le apellida *El cantor de la Rosa Blanca*.

Á UNA ROSA BLANCA.

ELEGÍA.

Cándida flor que sobre el verde ramo
Luces nítida y bella,
Exhalando suavísima fragancia:
¡Oh! ¡cuánto tu presencia al pecho mío
Le causa dulce encanto,

Ora tus hojas nacaradas vea
Con débil movimiento
Ondear del aura al delicioso aliento,
Ora sobre tu cáliz amarillo
Temblando agite sus brillantes alas,
Incauta y vagabunda mariposa!
  Al mirarte, ¡oh flor bella! al contemplarte
Me acuerdas tú de la doncella hermosa
Que tiernamente adoro;
Aquella timidez, aquel decoro,
Con que trémula, amante,
Escucha mis suspiros amorosos,
Y el juramento santo
Con que la ofrezco mi pasión constante.
Agiten hoy, ¡oh flor de mis amores!
Tus lindas hojas mis cantares tristes;
Que si eres blanca tú, la lira mía
Es de ébano lumbroso, y siempre en ella
Sólo dí al viento fúnebre querella.
  ¡Cuánto me place respirar tu aroma
En la hora majestuosa
En que, hundiéndose el sol en Occidente,
Nos muestra apenas su soberbia frente,
Ceñida de coral, diamante y oro;
Y después en la noche silenciosa,
Al mustio rayo de la tibia luna,
Me es grato estar junto á tus frescas ramas,
Y ver de allí las aguas cristalinas
Que corren á mis pies, y de mis ojos
Llevan al mar las lágrimas amargas!
  ¡Ay! ¡blanca rosa, tus preciosas hojas
Marchitas, sin color, tal vez mañana

Caerán del manso arroyo á la corriente;
Y el gentil ramo que antes coronabas,
Sin tí, modesta flor, perderá á un tiempo
Su verde pompa y su brillante gala!
¿Y así también la angélica belleza
Por quien leal mi corazón se inflama
Perecerá? La muerte despiadada
Antes la hirviente sangre de mis venas
Convierta en hielo, que los ojos míos
Miren su infausto fin. La vida, el mundo,
Detestaré sin ella: si deseo
La viva lumbre del luciente Febo,
Es por mejor mirar su faz divina,
Y el dulce giro de sus dos luceros
Que brillan con más luz y más encanto
Que los que bordan el nocturno velo.
Rosa fragante y pura, que decoras
El suelo fértil de mi hermosa patria,
Siempre en mi lira cantaré inspirado
Tu gracia y tu beldad, y cuando el día
A mí se acerque de descanso eterno,
Haré poner en transparentes vasos
Blancas rosas no más. ¡Ay! ¡venturoso
Si mis ojos con manos inocentes
Entonces cierra la adorada mía;
Y si en un beso férvido llorosa,
Estrechándote al seno palpitante,
Su labio aprieta contra el labio mío,
Y aspira el alma de su fiel amante!

Cuba poética: colección escogida de las composiciones en verso de los poetas cubanos, por José Fornaris *y* Joaquín Lorenzo Luaces: Habana, por la V. de Barcina y Compañía, 1861.—Pág. 163.



D. JOSÉ DE ESPRONCEDA.

D. José de Espronceda nació en Almendralejo (Badajoz) en 1810. Fué el más amado discípulo de Lista y el que extremó más la nota del romanticismo, tan contraria á las enseñanzas de su maestro, luego que, como Maury, aspiró en Inglaterra las brisas de Lord Byron. Entre nuestros clásicos, al que siguió más fué á Pedro de Espinosa, cuya *Fábula del Genil* refleja los torrentes de su poesía, sobre todos los cantos en octavas del *Diablo Mundo.* De Byron imitó la concepción romántica de este poema sin principio, ni fin, ni medio. Sus giros anteriores también se dirigían al romanticismo; pero al romanticismo de las leyendas nacionales y de las consejas de la tradición, que palpitan en la novela *Sancho Saldaña ó el castellano de Cuéllar* (1837), y en *El Estudiante de Salamanca* (1843). Desde 1824 fué emigrado político en Portugal, y de allí pasó á Londres. La política como el amor, la poesía como la amistad, todo en él fué pasión y lumbre, y en todas partes zozobró en continuos naufragios y desventuras, teniendo de la vida un concepto más ideal y fantástico que real y positivo. Con el Duque de Frías, Ventura de la Vega y Pastor Díaz redactó en *El Siglo;* mas su temperamento no era el de aquellos hombres. Fué Diputado; escribió folletos sobre los sucesos del día; pero la fiebre de su exaltación política sólo la dejó para siempre impresa en las estrofas demagógicas de su *Canción al Dos de mayo* (1841). Cuando en 1843 se publicaron por vez primera sus *Poesías,* los juiciosos lamentaron la suma de grandes fa-

cultades que en él había esterilizado la ceguedad del ánimo. Murió como había vivido. Sirviendo la plaza de Secretario en la Legación del Haya, lo había devorado la fiebre. Vino á fallecer á Madrid el 23 de mayo de 1842, y espiró maldiciendo cuanto amaba, blasfemando de Dios y apostatando de la virtud, del amor y de todos los sentimientos que no habían hallado nunca sereno resplandor en su alma. Su fiebre hizo efímeros prosélitos. Toda la juventud de su tiempo se educó en la escuela de sus versos. Toda la abandonó más tarde, aunque ninguno la admiración que en medio de sus grandes defectos inspira todavía un genio tan superior.

LA ROSA.

SONETO.

Fresca, lozana, pura y olorosa,
Gala y adorno del pensil florido,
Gallarda puesta sobre el tallo erguido
Fragancia esparce la naciente rosa.
Mas si el ardiente sol lumbre enojosa
Vibra del can en llamas encendido,
El dulce aroma y el color perdido
Sus hojas lleva el aura presurosa.
Así brilló un momento mi ventura
En alas del amor, y hermosa nube
Fingí tal vez de gloria y alegría;
Mas ¡ay! que el bien trocóse en amargura,
Y deshojada por los aires sube
La dulce flor de la esperanza mía.

El Liceo artístico y literario español: Madrid, 1837.—Pág. 43.



D. VENTURA DE LA VEGA.

D. Ventura de la Vega y Cárdenas nació en Buenos Aires el 14 de julio de 1807. Huérfano en la infancia, envióle su madre á educar á España, de once años, en 1818; y fundado poco después en Madrid el Colegio de la calle de San Mateo, de que fueron alma Cabezas, Lista y Hermosilla, fué alumno de él en 1821 con Pardo, Ochoa, Pezuela, Roncali, Seoane, Montalván, los Nandines y los Mazarredos. Allí compuso con Espronceda, antes de cumplir quince años, su primer romance de *Dos ingenios de esta corte*. Abolido el régimen constitucional y suprimido el Colegio, Vega fué de los que continuaron asistiendo á las lecciones privadas que Lista daba en su casa á alumnos como Segovia, Escosura, Amador, los Usoz y Ortiz. Con éstos y Bretón, Larra y Mesonero, se fundó aquella *Academia del Mirto* que Lista no se desdeñó de presidir. En ésta y otras reuniones literarias, como la del café de la calle de Hortaleza y la del Teatro del Príncipe, que tomó el nombre del *Parnasillo*, se preparó aquella generación brillante que ha presidido nuestro renacimiento intelectual en este siglo, llenando de gloria la regencia de María Cristina de Borbón, su protectora, y algunos Gobiernos del reinado de Doña Isabel II, como el del Conde de San Luis. La primera comedia de Vega, *Virtud y reconocimiento*, la escribió en 1824, de diez y ocho años. Después dió un número extraordinario de arreglos y piezas originales á la escena, hasta que en 1844 se representó su comedia inmortal *El hombre de mundo*, su drama *Don Fernando de Antequera*, su zarzuela *Jugar con fuego*, cuyo segundo acto es una elegantísima opereta de corte, y casi al fin de su vida su tra-

gedia *La muerte de César*. En 1842 ocupó en la Real Academia Española la vacante de Musso y Valiente, y en 1852 se le nombró Director del Teatro Español. Sus poesías sueltas fueron innumerables; algunas coleccionó á instancias de D. José Joaquín Osma, Marqués de la Puente y Sotomayor, su favorecedor y Mecenas, cuya dedicatoria firmó Vega el 1.º de agosto de 1865 tres meses antes de su muerte, ocurrida en Madrid el 29 de noviembre del año referido. Osma publicó sus *Obras* en París en 1866 con un prólogo de Pezuela. El carácter personal del poeta fué el de *El hombre de mundo;* el de sus versos una extrema naturalidad y una suprema elegancia de dicción y de concepto.

Á ROSA VALLARINO.

ESTROFAS.

Vertiendo aroma, al despuntar el día,
Nace la rosa en plácido pensil:
En el pensil de España, Andalucía,
Tú naciste también, Rosa gentil.
Nace; y tímida empieza y ruborosa
Su purpurino cáliz á entreabrir:
Capullos son también tus labios, Rosa,
Cuando comienzan dulces á reir.
Pastor incauto, del olor llevado,
Su tallo ¡ay necio! se atrevió á tocar:
Aguda espina le dejó llagado,
Y largas horas consumió en llorar.
Rosa gentil, que, á su pesar, inclinas
Á que te adore el que una vez te vió:
Dime si tienes, cual la rosa, espinas,
¡Que no quisiera lastimarme yo!

Obras poéticas de D. Ventura de la Vega: París, por J. Calye, 1866.—Pág. 335.



D. ANACLETO BERMÚDEZ.

D. Anacleto Bermúdez *(Fileno)* nació en Sancti-Spíritus el 14 de julio de 1806. Adquirió su educación literaria en el Seminario de San Carlos de la Habana y en la Universidad de Alcalá de Henares en España, donde residió por espacio de tres años. Á 1830 se remontan los primeros versos que Bermúdez publicó en *El Puntero literario* de la Habana, habiendo sido de los primeros poetas que introdujeron el gusto romántico tomado de la Península en la naciente literatura cubana. No obstante, la época en que escribió más frecuentemente sus versos, que publicaba en *La Cartera Cubana* con el seudónimo de *Fileno,* fué de 1838 á 1840. Poco á poco Bermúdez fué trocando el aura del Parnaso por los triunfos del foro, y de 1847 á 1849 publicó sus *Lecciones de Derecho mercantil,* que fueron en su tiempo muy celebradas. Bermúdez murió de temprana y desastrosa muerte el 1.º de septiembre de 1852. Zambrana leyó su elogio ante su cadáver; Cutanda, en la Península, también le ha celebrado, y la generación nueva de la isla de Cuba le cuenta en el número de sus hijos eminentes por su inteligencia privilegiada, su profundo saber y su integridad incorruptible. Sus versos están llenos de ternura de afectos, y recuerdan, por su elocución y su forma, la escuela literaria á que rindió culto.

LA ROSA DE LA PLAYA.

ODA.

Era la noche, y al feliz descanso
La tierra envuelta en sombras se rendía,
Cuando soñé que, suspirando y triste
Juntamente, mis pasos dirigía
Á la orilla del mar.—Allí buscaba
El reposo que place al desdichado,
Y solemne reposo al fin hallaba
Y silencio y dolor.—Sólo veía
Mudas rocas, antiguas como el mundo,
Por las ondas del piélago azotadas,
Y arenas solamente visitadas
Por mi intenso pesar.—¡Dichoso asilo,
Que á la triste orfandad mi patria ofrece;
Santuario hermoso de virtud, que brindas
Á la doliente ancianidad consuelo:
¡Ay! no pudiste, cuando á tí mis ojos
De llanto hinchado revolvía Fileno,
Volver la paz á su convulso seno!
¡Oh! ¡Cómo es grato al corazón que sufre
Gemir con libertad, y cuánto place
Al mortal infeliz, á quien severa
Manda la suerte sin cesar pesares,
La augusta soledad de la ribera
Y la vista imponente de los mares!
Yo á su orilla en mi sueño discurría,
Como discurre suspirando á veces,
Reclinado en el túmulo espantoso,

De la esposa infeliz el tierno esposo;
Y amaba el padecer y el llanto triste,
Y el suspirar amaba.—De repente
Se calmó mi dolor.—¡Un aire puro,
Más grato que la brisa susurrante
Cuando las flores retozando mueve,
Más que el clavel y que el jazmín fragante,
Sentí en torno de mí!—¡Con qué dulzura
Se dilató mi comprimido pecho
Al respirar su aroma delicioso!
Era un rosal plantado en la llanura,
Y, entre sus verdes ramas, una rosa
Solitaria y purpúrea se veía,
Bella como la aurora nacarada
Cuando precede al luminar del día;
Modesta con su forma encantadora,
Y su color y su preciada esencia,
Como el dulce sonreir de la inocencia.
  Hechizo de las playas habaneras,
Encantadora flor, ¿por qué naciste
En esta roca abandonada y dura
Y en árido arenal, tú, que debiste
Reinar en el jardín con tu hermosura?
¿Tal vez temiendo que atrevida mano
Del mundo en los verjeles insultara
Tu modesta beldad, ó que del vicio
El soplo asolador á tí llegara,
Buscaste este lugar?—También es, rosa,
Como tú la virtud pura y sencilla,
Y como tú también ama el silencio
Y ama la soledad, en donde brilla
Más que el carro del sol.—Aquí dolido

De mi acerbo penar te ha colocado
La mano del Señor por mi ventura,
Como á veces coloca en el desierto,
Para alivio del mísero viandante
Que lamentando sus desdichas viene,
Un lirio inspirador que le detiene.

Yo te bendigo en tu mejor hechura,
Señor del rayo que en el aire estalla,
Autor del universo; yo bendigo
La encantadora rosa de la playa.
¡Oh cuánto la amo yo! ¡Cuánto mi pecho
Palpita blandamente á su presencia,
Rebosando placer!—Dejad que llegue
Y que respire su agradable esencia,
Y que mire de cerca los encantos
Que el cielo por mi bien le ha concedido,
Y que bese su cáliz encendido
Y la vuelva á besar.—¡Yo soy dichoso,
Bella flor, junto á tí! Pero mi aliento
Es aliento de fuego, y abrasara
Tu tallo virginal.—Deja que al menos
Respire el aire puro que embalsamas,
Este aire encantador.—¡Ah! no receles,
Hechicera beldad, que quien te adora
Pueda ofenderte con culpable llama:
Mi amor es como tú, sencillo y puro,
Y siempre sabe respetar quien ama.

Yo aquí vendré, cuando en las tardes frescas
Se esconda el sol en los azules mares,
A contemplar tus gracias seductoras,
A olvidar con tu vista mis pesares,
A ser feliz; y cuando airado el tiempo

Ose insultarte y caigas deshojada,
Caerán tus hojas en mi tumba helada.
¡Imagen celestial y candorosa
De la encendida flor que ví en mi sueño;
Mirtela angelical, tú eres la rosa
Y la beldad amable, por quien ciego
A todas horas con placer deliro:
Tuyo será mi corazón de fuego;
Tuyo será mi postrimer suspiro!

Parnaso cubano: colección de las poesías más selectas de autores cubanos, por D. Antonio López Pinto: Habana, por la viuda de Soler y Compañía, 1881.—Pág. 90.





EL MARQUÉS DE GUAD-EL-JELÚ.

D. Antonio Ros de Olano, primer Marqués de Guad-el-Jelú, Conde de Almina, Vizconde de Ros, Teniente General de los Ejércitos, nació en Mariana de Caracas en 1808 de padres peninsulares. Vino muy joven á educarse á España; y aunque siguió desde luego la carrera militar, adquirió una profunda instrucción clásica literaria, revelando desde sus primeros años su decidida disposición para la poesía. Muerto Fernando VII y encendida la guerra civil, por la vivacidad de su genio, su ánimo arriesgado, su porte elegante y su extremada distinción, disputáronselo para sus ayudantías los Generales del ejército del Norte, Espoz y Mina, Valdés, D. Luis Fernández de Córdova, Lacy, Evans y el comodoro inglés Thom-Hay. Olaza y Abárzuza, el Carrascal y Zaburu, los campos de Mendigorría y el castillo de Guevara, las márgenes del Urumea y las riberas de Pasajes presenciaron sus acciones valerosas; de modo que al acabar la guerra era ya General. Entre tanto, nunca olvidó las letras ni dejó de servir la política. Comunicábase en el culto de las primeras con el circulo íntimo en que alternaban, en casa de la madre del que fué renombrado caricato primero de la ópera y después de la zarzuela, D. Francisco de P. Salas, con Espronceda, Ventura de la Vega, D. Cándido Nocedal, los dos Romeas, González Brabo, los Escosuras, Larra y otros. Espronceda le dedicó su poema de *El Diablo Mundo*. Fué redactor de *El Siglo*, de *El Español* y de *El Correo Nacional*. Tomó parte en los acontecimientos políticos de 1840 á 1843, en los de

1854 y en los de 1868. Después de haber sido el único Capitán General que ha habido en nuestros presidios de Africa, Director de Artillería, Ministro de Fomento, Diputado y Senador, militó bajo el mando del General O'Donnell en la guerra contra Marruecos, é hizo cantar á Alarcón, en su *Diario de un testigo,* la última odisea militar de España. Con Espronceda escribió la comedia *Ni el tío, ni el sobrino;* después varias novelas. El poema *La Gallomagia* y sus *Poesías* son también obras que se han publicado. Murió el viernes 23 de julio de 1886.

EVA.

SONETO.

Era el Eden; la creación, naciente,
Tipos aislados del Autor divino;
Y el arte vislumbraba su destino
En la forma inicial de la serpiente.
Abrió la rosa al margen de la fuente:
Mujer desnuda, en plácido camino,
Llegó á mirarse el rostro peregrino
Al limpio espejo de agua transparente.
Entonces fué la femenil flaqueza;
Primera envidia, en donde al arte cupo
Enmendar la infantil naturaleza.
Eva la flor en su cabello supo
Prender, y fueron de la ideal belleza
La mujer y la rosa el primer fruto.

Poesías de D. ANTONIO ROS DE OLANO, *con un prólogo de* D. PEDRO A. DE ALARCÓN, *de la Real Academia Española:* Madrid, por Manuel Tello, 1886.—Pág. 50.



D. IGNACIO MARÍA ACOSTA.

D. Ignacio María Acosta *(Iñigo)* nació en la Habana en octubre de 1814. Fué también del nuevo plantel de poetas jóvenes del Seminario de San Carlos, donde formó su educación literaria. En 1833 pasó á la ciudad de Matanzas, donde contrajo matrimonio y fijó su residencia. Allí, con D. Miguel de Teurbe, colaboró en los periódicos *La Aurora, El Yumurí* y *La Guirnalda*. En 1845 publicó, con el título de *Delirios del corazón*, una colección de sus versos. Más tarde se dedicó á la enseñanza superior, y escribió su *Romance histórico y geográfico de la isla de Cuba,* que aún está declarado de texto en las escuelas de toda la isla.

LA ROSA DE LA SABANA.

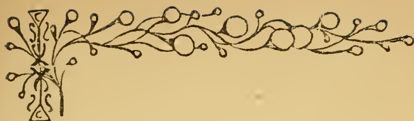
SONETO.

Nace fragante, delicada, hermosa,
Rica en colores, tímida y galana,
Entre perlas que riega la mañana
En verde tallo la encendida rosa.
El aura la acaricia voluptuosa;
En agradarla el colibrí se afana,

Y es la rosa gentil de la sabana
El dulce hechizo, la adorada diosa.
Pero si envuelto en polvoroso aliento
Con torpe labio y bárbara inclemencia
Besa la flor el huracán violento,
Entonces mustia, sin color ni esencia,
Muere infeliz, cual muere en un momento,
Al contacto del vicio, la inocencia.

Parnaso cubano: colección de las más selectas poesías de autores cubanos, recogidas por D. Antonio López Pinto: Habana, imprenta de la viuda de Soler y Compañía, 1881.—Pág. 338.





EL MARQUÉS DE CASAJARA.

D. Juan Manuel de Berriozábal, Marqués de Casajara, fué hijo del Conde de Vallehermoso y nació en la ciudad del Cuzco, en el Perú, hacia 1815. Su abuela Doña Manuela Mendive, Condesa de Vallehermoso y de Casajara, cuidó de su educación desde los primeros años de su niñez, llevándoselo consigo á su residencia de la entonces villa, hoy ciudad de San Pedro de Urubamba, población situada en una quebrada amenísima á siete leguas del Cuzeo, y en medio de un paisaje incomparable de belleza y lozanía en las dádivas de la naturaleza. Aquella señora muy piadosa y aquel lugar poblado de encantos formaron las ideas religiosas profundas á que rindió Berriozábal asiduo culto toda su vida, é iluminaron su imaginación con la antorcha de la poesía. Proclamada la independencia, la familia de Vallehermoso regresó á Europa, donde el Conde de Casajara completó su educación literaria, después de haberse ilustrado en largos viajes por casi toda la América y el viejo continente. Establecido en España desde 1841, comenzó á poner las prensas en movimiento: sus dos primeros libros fueron una reimpresión de *La Cristiada,* poema épico sobre la Pasión del Redentor, del P. Hojeda, á la que puso un discurso preliminar, y un tomo de *Poesías entresacadas de Lamartine:* ambas obras se editaron en Barcelona. En 1843 dió á las prensas de Aguado en Madrid un *Recreo práctico-religioso*, y en 1844 á las de J. Palacios el libro de *La Reina de los Cielos.*

En 1847 publicó *Los seis invisibles*, y en 1849 las *Observaciones sobre las bellezas literarias, históricas, proféticas, poéticas y religiosas de la Santa Biblia,* obra que se reprodujo en 1864. El primer tomo de sus *Poesías sagradas* volvió á imprimirlo en casa de Aguado en 1851; en 1852 el libro de *El talento bajo todos los aspectos y relaciones*, y en 1853 las *Poesías á la Reina de los Cielos*, de que se han hecho seis ediciones hasta 1889. Otras muchas obras produjo hasta su muerte la fecunda vena del Marqués de Casajara.

ESENCIA DE ROSA.

Á LA ASCENSIÓN DE LA VIRGEN.

SONETO.

Al dormirse la rosa peregrina,
De Jericó delicia, cuyo aliento
Embalsamaba todo el firmamento,
Y en belleza y dulzura fué divina;
Baja, formando nube diamantina,
Desde los cielos ardoroso viento,
Que es el amor con ángeles sin cuento,
Y en sus alas la reina se reclina.
Cual se levanta la risueña aurora
Del caos de la noche, y esparrama
En su carrera luz consoladora;
De su sueño, que fué de amor desmayo,
Se alza y vuela á su Dios que á sí la llama,
Y su vuelo es de amor sublime rayo.

Poesías á la Reina de los Cielos, por D. JUAN MANUEL DE BERRIOZÁBAL, *Marqués de Casajara:* Madrid, por Manuel Tello, 1871.— Pág. 137.



D. JOSÉ GRIJALBA.

D. José Grijalba y Alcocer nació en Peñaranda del Duero (Burgos) en 1820. En las Universidades de Valladolid, Alcalá y Salamanca, hizo sus estudios literarios y profesionales hasta tomar el grado de Licenciado en Derecho. Vino á Madrid en 1841, y desde luego se apresuró á tomar puesto en la falanje literaria y científica que á la sazón inundaba las cátedras y tribunas del *Ateneo científico y literario* y del *Liceo artístico y literario*. De uno y otro instituto fué Secretario general, y durante los años 1846, 1847 y 1848 Bibliotecario del Ateneo. Desde 1844 se incorporó también (31 de diciembre) al Colegio de Abogados. Habiéndose distinguido así por sus trabajos profesionales, como por sus versos líricos publicados en *El Panorama*, *El Entreacto*, el *Semanario Pintoresco Español* y la *Revista de Madrid*, el primer Marqués de Pidal le ofreció una plaza de Oficial en la Secretaría del Consejo Real (1846), á cuya posesión debió ya hasta su muerte fijar los términos de su carrera. Con ligerísimas interrupciones, á causa de los trastornos frecuentes políticos desde 1846 hasta 1860, que se creó el Consejo de Estado, sirvió asiduamente en aquel alto Cuerpo. Pasó á éste de Oficial de la clase de primeros en la fecha referida; en 1863 ascendió á Oficial mayor, y con esta categoría continuó desempeñando este cargo, ya en la Sección de Estado y Gracia y Justicia, ya en lo Contencioso, ya en la de Guerra y Marina, ya en la de Ultramar hasta 1884, en que se jubiló. Sus ascensos fueron propuestos por los hombres más ilustres de nuestra política: en 1849 por el Conde de San Luis; en 1852 por D. José de Posada Herrera; en 1856 por Don

Cándido Nocedal; en 1863 por el Marqués de Miraflores; en 1864 por D. Alejandro Mon; en 1869 por D. Juan Prim, y en 1876 por D. Antonio Cánovas del Castillo. Las poesías de Grijalba, que son de lo más clásico que ha producido nuestro siglo, no se han coleccionado nunca.

LA ROSA Y LA VIOLETA.

Á JULIA.

APÓLOGO.

La violeta y la rosa, Julia bella,
Admirarás en mayo:
Crece una mustia, altiva otra descuella,
Del sol al mismo rayo.
La fresca rosa en el verjel florido
Bella y fragante crece,
Y se cimbrea sobre el tallo erguido
Que orgulloso la mece.
Galanes mil la cercan presurosos,
Y del rosal cortada,
Al pueblo del jardín llevan gozosos
La prenda codiciada.
Luchan: la rosa cada cual elige
Para sí con empeño,
Y el más diestro y dichoso al fin se erige
En su absoluto dueño.
Y en su hermosa pensando altivo, ufano,
La busca diligente,
Para con tierna enamorada mano
Colocarla en su frente.
Ya entre el cabello de la dama brilla,
Y envidia es no tenella,

Que en el paseo y baile de la villa
La hace la flor más bella.
  Y aunque al furor del tiempo se deshoje
Su capullo deshecho,
La hermosa, hoja tras hoja, la recoge
Guardándola en el pecho.
  Después en polvo convertida sale;
Sale, y, preciosa prenda
Que en recuerdos de amor tesoros vale,
Sirve á su altar de ofrenda.
  Y aun fuera del jardín la flor hermosa
Marchita, polvo, nada,
Eterna dura en la ilusión dichosa
Del alma enamorada.
  Junto á la rosa, en el jardín florido,
Triste violeta crece,
Que ni descuella sobre el tallo erguido,
Ni orgullosa se mece.
  Ni amantes mil la cercan presurosos,
Ni del tallo cortada
Al pueblo del jardín llevan gozosos
La violeta nevada.
  No excita á amor la tímida viola:
Sólo tristeza excita;
Oculta flor entre las flores sola,
Desde el nacer marchita.
  Ningún amante afortunado anhela
Regalarla á su dueño:
Tan sólo el triste á quien dolor desvela
La busca con empeño.
  Ni en fiesta ó baile el seductor encanto
De la hermosa acompaña,

Mustia, ignorada, del doliente el llanto
Solitario la baña.
  Cuando al furor del tiempo se despoja
Su capullo deshecho,
No hay quien hoja tras hoja la recoja
Guardándola en el pecho.
  Asida muere al sitio donde nace
Por siempre polvo, nada:
Que no en recuerdos del amor renace,
Cual la rosa encarnada.
  Mira, Julia, la rosa y la violeta,
Cuál distintas florecen:
¡De nuestra vida en la corriente inquieta
Dos símbolos ofrecen!
  No la violeta anheles: sus colores
Nuncios son de pesares;
Nunca guirnaldas coronó de amores,
Ni adornó los altares.
  Al emprender los rumbos que la vida
Ante la vista ofrece,
Por ser feliz, á la violeta olvida;
Cual la rosa, florece.
  El mundo sonrosado ante tus ojos,
Magnífico girando,
Su áspera copa de pesar y enojos
A su vista ahuyentando,
  Por siempre, Julia, libre la frescura
De tu sien de tristeza,
Dando á la vida de eternal ventura
Espléndida riqueza.

Revista de Madrid, 1844.



D. MANUEL DIÉGUEZ.

D. Manuel Diéguez, poeta salvadoreño del primer tercio de este siglo, nació en 20 de mayo de 1820. Desde la primera juventud se dedicó con afán al estudio de las letras, de la historia y del derecho. Dotado de un alma ardiente y de una imaginación de fuego, abrazó también desde entonces las ideas políticas más avanzadas, llegando con sus exageraciones á merecer una sentencia de destierro que le llevó á Guatemala, lo que le hizo interrumpir su carrera de Abogado, á cuya profesión dirigía sus estudios. En 1849 volvió á su patria, y á poco comenzó á brillar en el foro, como ya brillaba en el teatro de las musas y en los combates de la prensa. Con todo, su pasión fué siempre la política, por lo que la mayor parte de la vida la agotó en ruinosas persecuciones, que le condenaron á una perpetua pobreza. Pobre vivió y pobre murió el 20 de mayo de 1861, y sus poesías, que no se han publicado nunca en un cuerpo de libro, andan dispersas por multitud de periódicos de la época que alcanzó. Á haber podido resolver el problema de una vida pacífica y sedentaria, habría sido una de las primeras figuras literarias de su tiempo en Centro-América. Tenía dulzura y fluidez, rica versificación é ideas levantadas. Sus obras son más filosóficas que imaginativas, y no todas abundan en aquella pasión de sentimientos en que la vida política hacía de continuo girar su corazón.

EL ROSAL Y LA VIDA.

DÉCIMAS.

Si ese rosal examinas,
Que riegas tan cuidadosa,
Verás que entre cada rosa
Tiene millares de espinas;
Y si ligera te inclinas
Para cortar un botón,
No extrañes que duro arpón
Hiera tu mano pulida:
Que los goces de la vida
Van con igual condición.

Por pasajero placer,
Efímero cual las flores,
En prolongados dolores
El hombre se llega á ver;
Y la vida viene á ser,
Si con juicio se examina,
Como el rosal que Delina
Riega y cultiva afanosa:
Cada ilusión una rosa;
Cada recuerdo una espina.

Galería poética centro-americana: colección de poesías de los mejores poetas de la América del Centro: Guatemala, tipografía de la Unión, 1888.—Tomo ij, pág. 277.



D. FRANCISCO GONZÁLEZ BOCANEGRA.

D. FRANCISCO GONZÁLEZ BOCANEGRA era natural de Méjico. D. José Domingo Cortés, en su *Diccionario biográfico americano* (París, por Lahure, 1875, pág. 209), dice, por única biografía, de este escritor: «Poeta erótico, templa las cuerdas de su lira cual diestro tañedor, y en versos de cariño y en dulces armonías celebra el objeto de sus ternezas. Como poeta popular, sus composiciones respiran generoso entusiasmo y acendrado patriotismo. Pero donde debe buscarse á González Bocanegra es bajo los artesones del teatro: allí hace revivir al descubridor del Pacífico y el espectador presencia su catástrofe. *Vasco Núñez de Balboa*, debido á la pluma de este poeta, es un drama muy notable, tanto por su argumento cuanto por la belleza de los caracteres y su florida versificación.»

ROSA MARCHITA.

SONETO.

¡Pobre rosa! Perdiste tu belleza
Al sepultarse el sol en Occidente,
Y moribunda ya, lánguidamente
Al suelo inclinas la gentil cabeza.

Del vendaval la indómita fiereza
Tu tierno tallo romperá inclemente;
Tus hojas llevaráse la corriente
Que pasa murmurando con tristeza.
¡Como tu vida, acabará la mía!
Tú perdistes ¡oh rosa! tus colores,
Para morir al declinar el día;
Y á mí ¡infeliz! perdidos mis amores,
Me llevarán hasta la tumba fría
Éstos, que sufro, bárbaros dolores.

Méjico 26 de abril de 1851.

La Ilustración mejicana, 1851. Tomo j, pág. 61.—Y con variantes: *Sonetos varios de la lira mejicana:* Méjico, por Vicente Segura, 1855.—Pág. 165.





D. JOAQUÍN FRANCISCO PACHECO.

D. Joaquín Francisco Pacheco nació en Écija el 22 de febrero de 1808. Estudió en Sevilla; vivió en Córdoba, y ya hombre volvió á su ciudad natal, donde en 1833 fué elegido síndico de aquel Ayuntamiento. El mismo año se vino á Madrid, y muerto Fernando VII y regulada la Regencia de Doña María Cristina de Borbón por las inspiraciones del Gobierno liberal y representativo, se apresuró á tomar puesto propio en la prensa política y fundó *El Siglo*. Burgos penetró la claridad de entendimiento, que era la facultad preeminente de Pacheco, y, queriéndole atraer, le nombró redactor del *Diario de Administración* en reemplazo de D. Salustiano de Olózaga. En 1834 Pacheco entró en *La Abeja*, cuyo periódico llegó á dirigir, hasta que en 1836 se fundó *El Español*, en cuya redacción tomó parte. Ya era inmenso su crédito como abogado, literato, poeta y periodista, y con esta reputación Sevilla le envió á las Cortes en 1837. En 1840, Borrego formó aquella redacción de *El Correo Nacional* con la pléyade de escritores brillantes, de los que todos, incluso el administrador D. Juan Gaya, fueron Ministros, menos el fundador. Las disidencias con éste hicieron publicar á Pacheco, Ríos y Rosas y Pastor Díaz *El Conservador* en 1841, y en el mismo año publicó además Pacheco la *Historia de la Regencia de María Cristina*. *El Conservador* fué el germen de la Unión liberal en 1856: entre tanto, los *puritanos* que salieron de aquel núcleo excelso de ilustres publicistas, ya mandan-

do ó ya preparando el programa de 1854, rompieron los moldes de los partidos radicales y crearon aquel doctrinarismo, sistema práctico de realidad, que hasta aquí se ha impuesto á todas las situaciones y que tiene enhiestas banderas hasta en el campo de la democracia. Pacheco fué Diputado, Senador, Ministro, Presidente del Consejo, Embajador en Roma y Méjico, y lo hubiera sido todo en España, si á la instrucción vasta y al buen sentido que tenía hubiera añadido firmeza de carácter. Dió obras ilustres á la ciencia de la legislación, como el primer tratadista de derecho penal que ha habido en España en nuestro siglo, y bellas producciones á la literatura. Recreándose en los versos, solía decir al que estas líneas escribe que él «había equivocado la carrera y que su vocación eran las musas.» Devoraba una profunda pena literaria, sin embargo: el dolor de no haber podido escribir nunca una novela, aunque varias veces se lo propuso. Murió el 8 de octubre de 1865. Sus conocimientos jurídicos eran tales, que Ríos y Rosas le llamó siempre *Maestro*.

Á DOLORES ENVIÁNDOLA UNA ROSA.

DÉCIMAS.

Emblema de tu hermosura
Es, oh querida, esta rosa:
Lozana, roja, olorosa,
Fresca cual tú, cual tú pura;
Su virginal galanura,
De su forma los primores,
El brillo de sus colores,
La aroma que exhala de ella:
¡Nunca una rosa más bella
Nació el mes de los amores!

Yo la ví: de la mañana
El dudoso resplandor,
Daba su primer albor
Entre nubes de oro y grana.
La flor esbelta y galana
Bañada en dulce rocío,
Bajo un azahar sombrío,
Dosel de eterna ventura,
Descubrí, y en su hermosura
Miré la del dueño mío.
Y le dije: «Tú y Dolores
Sois, oh flor, las más hermosas:
Tú, la reina de las rosas;
Ella, la de los amores.
Guarnecidas de rigores
Fuísteis las dos por el cielo;
Mas yo emboto sin recelo
Tus espinas, bella flor,
Cuando de mi dulce amor
No puedo ablandar el hielo.
»Pero tu altiveza vana
Forzoso será que humilles,
Pues no es posible que brilles
Donde está mi gaditana.
No te vale, oh rosa ufana,
Ser de Flora don preciado:
No; mi dueño idolatrado
Es don de Venus hermosa,
Y donde brilla una diosa
Nunca una flor ha brillado.
»Y con todo, ¡tú felice
Que posarás en su seno,

Mientras yo, de envidia lleno,
Te contemplaré infelice!
¿Qué importa que se deslice
Como un soplo tu memoria;
Que se reduzca tu historia
En efímero durar,
Si en ella puedes llegar
A la cumbre de la gloria?
»Un día tras otro día
Para mí se van huyendo,
Y con ellos van muriendo
Los años de mi alegría.
Y en tanto la amada mía,
Si cada vez más hermosa,
Cada vez más rigorosa,
Se muestra para mi daño:
¡Yo diera de vida un año
Por una hora tuya, ¡oh rosa!»
Perdona, amada Dolores;
Perdónale á mi pasión
La enardecida expresión
Que me arrancan tus rigores.
Esa reina de las flores
Que te ofrezco palpitante,
De tu pecho de diamante
Puede templar la esquivez,
¡Y consiga alguna vez
Un recuerdo hacia tu amante!

1832.

Literatura, historia y política por D. JOAQUÍN FRANCISCO PACHECO: Madrid, por Julián Peña, 1864.—Tomo j, pág. 33.



PLÁCIDO EL MULATO.

Gabriel de la Concepción Valdés *(Plácido)* nació en la Habana el 18 de marzo de 1809, de padre mulato, Diego Ferrer Matoso, y madre castellana, María Valdés, bailarina, natural de Burgos. Le criaron en la Real Casa de Maternidad, de donde, niño aún, le sacó su padre, el cual, abandonándole luego, pasó á Méjico, donde murió. Su madre estuvo siempre en contacto con él. Su niñez fué desvalida, y su educación descuidada. Los frailes belemitas le dieron las primeras nociones de la cultura intelectual: todo lo demás lo adquirió *Plácido* por sí, principalmente durante el tiempo que estuvo al servicio del comerciante catalán D. Jaime Taulina, que murió después en Barcelona opulento naviero. Por fuerza recóndita de inspiración interior versificaba *Plácido* desde niño, y el servicio doméstico, á que estuvo reducido primero, y el arte mecánico de peinillero, que después profesó, no domaron ni extinguieron aquella exuberante disposición del ánimo. No faltó quien alentase estas facultades, y él en sus rimas rindió el tributo de la gratitud á los que tan noblemente le estimularon. En 1834 comenzó á publicar versos suyos en algunos periódicos de la isla, y contribuyó con su poesía *La siempreviva* á la *Aureola poética* que las musas del Almendares dedicaron á Martinez de la Rosa á la muerte de Fernando VII. (Habana, imprenta del Gob., 1834.) En 1839 publicó la primera edición de sus *Poesías* en Matanzas; en 1841 otro tomito titulado *El Veguero,* dedicado á sus amigos de Villaclara, y en 1843 *El Hijo*

de maldición, poema del tiempo de las Cruzadas. Desde 1836 hizo vida vagabunda, después de no haber acudido á la invitación de Martínez de la Rosa, que unió en su época á la superioridad de la inteligencia la superioridad del poder, y quiso traerle á la Península. En todo este tiempo, hasta su trágica muerte, le dominaron las pasiones, los vicios y la pobreza, que le sumieron en aquella especie de abyección social, que dió pábulo á las acusaciones que le originaron la muerte. Imputósele la participación en proyectos de trastornos políticos. Reducido á prisión, murió violentamente con diez compañeros más en la mañana del 28 de junio de 1844. En la capilla escribió los más sublimes de sus versos. Se le considera el primer poeta de América por el espíritu vigoroso y la entonación de su musa. Sánchez de Fuertes elogió su memoria con un sentido soneto. Sus obras se han editado en los dos mundos más de treinta veces. «Al través de la incorrección de su lenguaje, no conozco poeta ninguno americano, incluso Heredia, que pueda acercársele en genio é inspiración.» (Salas y Quiroga.) En toda América se profesa gran adhesión *al cisne del Yumurí;* pero la superioridad de otros poetas va poco á poco eclipsando su nombre. Sus versos están llenos de elogios á España, á Quintana y á Martínez de la Rosa.

LA ROSA INGLESA.

FÁBULA.

Hay una especie de rosa
Que acá llamamos inglesa,
Tan fértil, que todo el año
Está de verdor cubierta.
Infinidad de capullos
En cada renuevo echa,

Pero no llegan á flores
Porque en capullos se quedan.
Cierto señor que tenía
Una, mirándose en ella,
Estaba desconsolado
Por no ver ninguna abierta.
Contando á algún conocido
Este caso con tristeza,
Oyólo un guajiro un día
Y díjole: — «¡Qué simpleza!
Tómese un cuero, y con él
Dele una pasada buena
Hasta quitarle las hojas,
Y verá flores abiertas.»
Hízolo el dueño, y de entonces
Aparece tan risueña
Que no hay en todo el contorno
Quien tenga rosas más bellas.
Personas hay en el mundo
Que sólo á palos son buenas,
Como el rosal antedicho;
¡Pero Dios nos libre de ellas!

Obras completas de Plácido (Gabriel de la Concepción Valdés): París, por d'Aubusson y Kugelmann, 1859.—Pág. 156.





D. FERNANDO CALDERÓN.

D. Fernando Calderón nació en Guadalajara de Méjico en 1809. Á los veinte años tomaba el titulo de abogado, teniendo ya en tan temprana edad formada su reputación de poeta, pues desde los quince escribió y publicó poesías líricas, y á los diez y ocho, en el del 1827, vió representar su primera comedia, *Reinaldo y Elina*, en el teatro de su ciudad natal. Emprendida esta senda, de 1827 á 1836 dió á la escena en Guadalajara y Zacatecas los dramas *Zadig, Zoila ó la esclava indiana, Armandina, Los políticos del día, Ramiro, Conde de Lucena, Ifigenia* y *Hercilia y Virginia*. No en todas estas obras fué Calderón original: *Ramiro, Conde de Lucena,* está tomada enteramente y hasta sin cambiar el título de la novela española de D. Rafael de Húmara y Salamanca, publicada en Madrid (imprenta de Burgo) tiempo antes (1823) en un volumen en 16.º; *Ifigenia* tiene su original en *Racine,* y *Hercilia y Virginia* en *Alfieri.* Con todo, estas obras le valieron el título de fundador del moderno teatro mejicano. Al estallar nuevas revueltas y guerras civiles en su patria, se alistó en las banderas de Zacatecas, habiendo sido gravemente herido en 1835 en un encuentro con las tropas enemigas de su Estado. En 1837 sufrió la pena de destierro por sus opiniones exageradas; mas se refugió en la capital de la República, donde el Ministro de la Guerra, Tornel, tomóle bajo su protección. La permanencia en Méjico le fué muy provechosa. Formó parte de la Academia de San Juan de Letrán, fundada por D. José Ma-

ría Lacunza, de donde salió el espíritu de la moderna poesía castellano-mejicana, con su carácter de propia nacionalidad. Allí perfeccionó el gusto, imitó mejores modelos, y con estos progresos dió al teatro nuevas obras que son la corona de su fama. Éstas fueron la comedia *Á ninguna de las tres,* y los dramas *El Torneo, Ana Bolena* y *Hermán ó la vuelta del cruzado.* Por su forma y por su espíritu estas obras participan del carácter romántico de las francesas de Víctor Hugo. Á la temprana edad de treinta y nueve años murió Calderón el 18 de enero de 1845, y el 20 de julio del mismo año se colocó solemnemente su busto en el salón del teatro nacional de Méjico. También se le dedicó una corona poética. De sus *Obras completas* se han hecho dos ediciones después de su muerte.

ROSA MARCHITA.

SILVA.

¿Eres tú, triste rosa,
La que ayer difundía
Balsámica ambrosía,
Y tu altiva cabeza levantando,
Eras la reina de la selva umbría?
¿Por qué tan pronto, dime,
Hoy triste y desolada
Te encuentras de tus galas despojada?
Ayer, viento suave
Te halagó cariñoso;
Ayer alegre el ave
Su cántico armonioso
Ejercitaba, sobre tí posando;
Tú, rosa, le inspirabas,
Y á cantar sus amores le exhortabas.

Tal vez el fatigado peregrino
Al pasar junto á tí quiso cortarte;
Tal vez quiso llevarte
Algún amante á su ardoroso seno;
Pero al ver tu hermosura
La compasión sintieron
Y su atrevida mano detuvieron.
Hoy nadie te respeta:
El furioso aquilón te ha despojado;
Ya nada te ha quedado
¡Oh reina de las flores!
De tu pasado brillo y tus colores.
La fiel imagen eres
De mi triste fortuna;
¡Ay! todos mis placeres,
Todas mis esperanzas una á una
Arrancándome ha ido;
Un destino funesto, cual tus hojas,
Arrancó el huracán enfurecido.
¡Y qué! ¿Ya triste y sola
No habrá quien te dirija una mirada?
¿Estarás condenada
A eterna soledad y amargo lloro?
No; que existe un mortal sobre la tierra,
Un amante infeliz, desesperado,
A quien horrible suerte ha condenado
A perpetuo gemir. Ven, pues, ¡oh rosa!
Ven á mi ardiente seno; en él reposa,
Y ojalá de mis besos la pureza
Resucitar pudiera tu belleza.
Ven, ven, ¡oh triste rosa!
Si es mi suerte á la tuya semejante,

Burlemos su porfía;
Ven: todas mis caricias serán tuyas,
Y tu última fragancia será mía.

Méjico, 1828.

El Parnaso mejicano, *colección formada bajo la dirección del General* D. VICENTE RIVA PALACIO *y de* FRANCISCO J. ARREDONDO: Méjico, librería de «La Ilustración,» 1886, segunda serie, fascículo 3.°—Pág. 20.





D. ANTONIO DE LOS RÍOS Y ROSAS.

D. ANTONIO DE LOS RÍOS Y ROSAS, Caballero de la insigne Orden del Toisón de oro, Presidente del Congreso de los Diputados y del Consejo de Estado, Embajador en Roma, de la Real Academia Española, nació en Ronda en 1812. La Universidad de Granada fué su maestra. De ella salió eminente escritor y poeta, jurisconsulto acabado, legislador conspicuo, filósofo, tribuno y orador tal, que, en la invectiva, ni en la clásica Grecia, ni en la inflamada Roma, ni en la delirante Francia, ni en la reposada Inglaterra, ni en ninguna otra parte donde la oratoria haya llegado á las cimas del arte, ha tenido semejante. De sus primeros versos cogió el temprano fruto su ciudad natal. Allí, en grata sociedad literaria con D. Manuel Martínez Bueso, de Linares; D. Miguel Hue y Camacho, de Jerez de la Frontera; D. Antonio González Campos, de Ronda, y su hermano D. Francisco, á los que se unieron de paso algunos poetas forasteros, como D. Rafael de Húmara y Salamanca, D. Patricio de la Escosura y otros escribieron varios folletos nutridos de versos. En ellos abundan composiciones de Ríos Rosas, que no constan en las colecciones publicadas después de su muerte. El primero de estos folletos fué *La musa del Guadalevín,* impreso en Madrid en 1833, y en la que se celebran «el restablecimiento de la salud del Rey y los benéficos decretos de su augusta esposa;» otro fué la *Exposición de las fiestas con que la ciudad de Ronda solemnizó la Jura de la Serenísima Sra. Doña Isabel Luisa de Borbón, Princesa heredera de*

estos reinos (Ronda, por Moreti, 1833). Ríos Rosas fué electo Diputado por Ronda desde 1836. Fué periodista en Madrid en *El Correo Nacional, El Heraldo, El Sol y El Conservador;* Ministro en 1854 y 1856; en 1859 Embajador en Roma, y luego por dos veces Presidente del Congreso y del Consejo de Estado. Nunca tuvo tiempo para escribir las *Biografías de los rondeños ilustres,* para lo cual el que esto escribe le reunió algunos materiales por encargo suyo. Murió en 3 de noviembre de 1873. De sus *Poesías* se han hecho dos ediciones: la primera en Gijón en 1879, y la segunda en Málaga en 1884. Núñez de Arce dedicó á su muerte un canto *inmortal*.

LA ROSA.

SONETO.

Rico dosel de mágica verdura
Con hoja tierna y con punzante espina,
Rosal, altivo de su flor divina,
Ciñe á la frente delicada y pura.
Ella mantiene su vivaz frescura
La perla acariciando matutina,
Y con aroma seductor fascina,
Y ardiendo en oro y rosicler fulgura.
Y abierta en su cenit, con blando orgullo
La hora disfruta más risueña y clara
Del sol hermoso, que le otorga el hado;
Y así la adora el tímido capullo
Que en su fecundo vástago brotara,
Y ansia eterno su abrigo regalado.

1839.

Poesías de Ríos y Rosas: Málaga, Biblioteca andaluza, 1884.—Pág. 172.



D. FRANCISCO RODRÍGUEZ ZAPATA.

D. Francisco Rodríguez Zapata nació en Alanis (Sevilla) el 4 de octubre de 1813. D. Félix María Reinoso y D. Alberto Lista fueron los directores de sus estudios literarios; y habiendo profesado desde casi niño el culto de la poesía, propúsose por modelos á los que fueron sus maestros, afiliándose desde sus primeros pasos á la escuela literaria que aquéllos representaban y en la que tuvo á su vez más tarde idéntica representación. Después siguió los estudios teológicos, y apenas tomó las órdenes sacerdotales en 1838, obtuvo una prebenda en la Colegial de Olivares. Ya estaba considerado como una ilustración literaria de España, y se condecoraba con los títulos de Doctor en Letras y Licenciado en Jurisprudencia y Cánones, cuando en 1847 se presentó en Madrid á la oposición de la cátedra de Retórica y Poética, que se hallaba vacante en el Instituto provincial de la hermosa ciudad del Betis. Habiéndola merecido, entregóse con toda la fe de su espíritu al sacerdocio de la enseñanza, y en la sabia labor de la inspiración del buen gusto á sus discípulos, logró alcanzar una reputación casi tan extensa como la del admirable Lista. En el momento de morir Zapata el 14 de agosto de 1889, contaba entre sus discípulos dos Obispos, los de Segorbe y Tuy, D. Francisco Aguilar y D. Fernando Hue; tres Embajadores, los de Berlín, Viena y Londres, Conde de Benomar, Merry del Val y Albareda; generales y jefes de Cuerpos facultativos y de la armada, hombres políticos de importancia, abogados distinguidos é ilustres

hombres de letras. Cuarenta y dos años profesó la enseñanza en el referido Instituto y en los Colegios de San Diego y Real. *La Revista de Madrid, La Floresta andaluza, La Revista de Ciencias, El Laberinto, El Trono y la Nobleza* y otros muchos periódicos contienen una gran parte de sus poesías, que nunca han sido coleccionadas. Otra gran parte se halla en diversas coronas nupciales, como las de los Duques de Montpensier, la de la Emperatriz de los franceses Doña Eugenia de Guzmán y la de la Reina Mercedes; mortuorias, como la de García de Tassara y otras; conmemorativas, como las de Murillo y Daoiz, etc. En 1873 publicó en Sevilla un *Devoto duenario del glorioso San José*. Fué Canónigo de la insigne Metropolitana hispalense.

ETERNIDAD.

SONETO.

Brilla en tus hojas, encendida rosa,
Subido esmalte de carmín y grana,
Y el aljófar de cándida mañana
En tu seno purísimo reposa.
Por tí la primavera deliciosa
Su radiante corona ostenta ufana,
Y por doquier te muestra, ¡flor temprana!
Del campo y del pensil la más hermosa.
Ornen, pues, tus espléndidos colores
Y tus colgantes ramos de esmeralda
De virgen pura el nítido cabello;
Y si morir no quieres, tus olores
De Lice exhala en la gentil guirnalda,
Donde imprimió la eternidad su sello.

El Laberinto, 1845.—Tomo ij, pág. 235.



D. MANUEL JUAN DIANA.

D. Manuel Juan Diana nació en Sevilla el 12 de octubre de 1814. Muy joven y en aras de sus aficiones á la poesía vino á Madrid, en donde en 1838 logró que, aunque paisano, se le nombrase Escribiente quinto de la clase de octavos en la Secretaría del Ministerio de la Guerra, con aplicación al servicio de Archivo. Paso á paso, á fuerza de aplicación y constancia, y auxiliándose así de algunos trabajos especiales como del prestigio que le dieron sus obras literarias, alcanzó en 1843 el nombramiento de Oficial supernumerario del Archivo, con opción á la primera vacante, «para premiar sus conocimientos, servicios y méritos literarios;» de 1844 á 1846, honrosas comisiones científico-militares en el Archivo histórico de Simancas; de 1847 á 1851, otra comisión no menos grata para auxiliar al Ministro togado del Supremo Tribunal de Guerra y Marina, D. Serafín Estébanez Calderón, en la *Historia de la Infantería española,* por lo que en 1852 se le reconoció la graduación de Capitán de infantería, y en 1863, «en consideración á las veintidós obras que llevaba publicadas en diversos ramos de literatura,» se le dió la efectividad de Oficial archivero en la vacante de D. Juan García Cid, puesto que, con dos breves reemplazos en 1865 y 1868, conservó hasta 1877, en que fué jubilado. Desde 1841 comenzó á cultivar el teatro y la novela: ésta con *Una y tres* (1843), publicada en dicho año; aquélla con la comedia *No siempre el amor es ciego* (1841). Algunas obras dramáticas las escribió en colaboración: con Hartzenbusch, la que se titula *¡Es un bandido!;* con Romero Larrañaga,

La cruz de la Torre blanca; con Navarro Villoslada, *Los encantos de la voz.* Su pieza cómica *Receta contra las suegras* mereció el honor de que la tradujera al alemán el Rey Luis de Baviera, representándola en su teatro de corte. Dotó al Ministerio de la Guerra de los cuadros sinópticos de los Ministros que han servido á los Reyes de España en este cargo desde 1475, con sus firmas autógrafas. Murió en Madrid el 27 de mayo de 1884. Todos cuantos en España han trabajado en las letras, le estimaban por las bellas prendas de su carácter; mas sólo tenía dos amigos: Fastenrath y Trueba.

ROSA AUGUSTA.

Á LA EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES, EUGENIA DE GUZMÁN, CONDESA DE TEBA, GRANDE DE ESPAÑA.

SONETO.

Flor que ostentando mágicos primores
En la margen del Darro te meciste,
Y el verjel español embelleciste
Siendo la reina de las otras flores;
Del astro del amor los resplandores
Ver con serenos ojos no pudiste,
Y del amor la preferida fuiste,
Pues la rosa eras tú de los amores.
Arrebatada del verjel de España,
Donde absoluto imperio has ejercido
Que en tu belleza y gracia se asegura,
Vuelves hoy á reinar en tierra extraña:
Que el reinar en el mundo siempre ha sido
Patrimonio inmortal de la hermosura.

Corona poética de las musas españolas á la Emperatriz de los franceses, Doña Eugenia de Guzmán y Portocarrero: París, por Ernesto Miyer, 1853.—Pág. 107.



D. JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ Y D. RAFAEL POMBO.

D. José Joaquín Ortiz nació en Tunja (Estado de Bogotá) el 10 de julio de 1814. La educación literaria la formó en las escuelas de Santa Fe de Bogotá, donde se hallaba todavía en gran vigor el método de los antiguos humanistas. Horacio fué su modelo y su maestro, y en su estudio adquirió aquella afinación y buen gusto que entre todas las americanas caracteriza á la escuela literaria de Colombia. Rindiendo culto á su tiempo, fundó en Nueva Granada el periódico literario *La Estrella Nacional*, y redactó en *El Condor*, *El Conservador*, *El Porvenir* y *El Catolicismo y la Caridad*, mientras que dirigía sus miradas al Profesorado, á los escaños del Congreso Nacional y á las poltronas del Ministerio de Hacienda. En todos estos destinos alcanzó la respetabilidad del acierto. No olvidó, entre tanto, sus inclinaciones á la poesía, y en diferentes épocas ha dado á la estampa *Cien versos de mi juventud*, *Las Sirenas*, *El hijo pródigo* (proverbio), *María Dolores* y *Los huérfanos de madre* (novelas), y dos poemas titulados *Colón* y los *Cantos de la Patria*. Pero su gran trabajo ha sido el de recolección para crear en Colombia una literatura nacional. *El Parnaso granadino*, en 1848; *El Liceo granadino*, en 1856; *La Guirnalda* y las *Lecturas selectas* no han tenido otro objeto. Después robusteció este propósito compilando las obras de Caro y de Vargas Tejada (1857) para enseñar así á la juventud á estimar los hombres que son gloria de su patria. Toda

la generación nueva la forman sus discípulos: Caicedo Rojas, Pombo, D. Belisario Peña, Ricardo Carrasquilla, Mario Valenzuela. Por eso Marroquín ha escrito: «Una gloria semejante á la de D. Alberto Lista le ha cabido entre nosotros. Nadie como él ha contribuído á dar estímulo á los ingenios; pocos han acogido tan benévolamente á los jóvenes que han querido rendir culto á las musas, ni animádolos con sus consejos.» Numa P. Llona, en sus *Bosquejos* (Bogotá, 1886), le ha consagrado el más sentido de sus sonetos.

D. Rafael Pombo nació en Santa Fe de Bogotá el 7 de noviembre de 1834. Aunque ingeniero y matemático, puede con razón apellidarse en lo literario el discípulo predilecto de Don José Joaquín Ortiz. De él ha adquirido Pombo el gusto horaciano de sus composiciones y el amor hacia el preceptista latino, de quien ha vertido en versos castellanos gran parte de sus *Odas*. Aunque con D. José María Vergara fundó un periódico literario, *La Siesta*, y publicó muchas poesías en *La Guirnalda*, ya con su nombre, ya con el pseudónimo de *Edda*, el Estado le reclamó á servicios de otra naturaleza, nombrándole Secretario de la Legación de Colombia en los Estados Unidos en 1855, y en 1861 era Encargado de Negocios en Washington. Es hombre político, y su programa «Guerra al sistema federal, defensa de los intereses comunes de la gran familia ibérica, fomento de la Instrucción pública y de las Bellas Artes.» Pombo es Secretario perpetuo de la Academia Colombiana, Correspondiente de la Real Española. Su inmensa colección de poesías permanece inédita; sus *Cuentos pintados* y sus *Cuentos morales* los saben de memoria, así como sus *Fábulas y verdades*, todos los niños de la América española. Su musa ha superado todos los géneros: el místico, el erótico, el elegiaco, el patriótico, el descriptivo, el jocoso y el epigramático, y al vigor de su estro Numa P. Llona, en sus *Bosquejos* (Bogotá, 1886), ha consagrado este soneto:

En Cauca, de las grandes cordilleras
Se precipita en ondas murmurantes,
Arrastrando después troncos gigantes
Y desbordado siempre en sus riberas,
Blandón de luz de incógnitas hogueras,
Monarca revestido de diamantes,
El Purací: con ecos retumbantes
Fuego y lavas arroja á las esferas.
Del prodigioso valle las tormentas
La sierra alumbran con siniestros lampos
Ó arden el cielo en ráfagas sangrientas;
Así fulmina en el celeste dombo,
Y así atraviesa por inmensos campos
El genio ardiente del insigne Pombo.

TRILOGÍA DE LA ROSA.

I.

Á UNA ROSA NACIDA EN UNA CALAVERA.

(De D. Francisco de Quevedo.)

Bella flor, cuando naciste:
¡Qué funesta fué tu suerte!
Al primer paso que diste
Te encontraste con la muerte.
Dejarte aquí es cosa triste,
Y llevarte es cosa fuerte;
Dejarte donde naciste
Es dejarte con la muerte (1).

(1) En varias publicaciones españolas esta estrofa aparece con

GLOSAS.

II.

(De D. José Joaquín Ortiz.)

Otras flores al cielo alzan la frente
Entre las galas del alegre mayo,
Ó se mecen á orillas del torrente
Del sol bañadas con el tibio rayo.
Llueve en perlas sobre ellas el rocío,
Y en el aroma que su copa exhala,
En el ardor del polvoroso estío
Moja el viento fugaz su débil ala.
Rodando sin cesar, en torno vuela
La hija de abril, inquieta mariposa,
Y entonando inocente cantinela
Sírveles de guardián alguna hermosa.
Mas tú, encerrada en tumba solitaria,
Lejos del sol, del céfiro amoroso,
Oyes de la campana la plegaria
En vez del son del viento melodioso.

variantes. La primera es la del título *Á una azucena*, y no *Á una rosa*. La estrofa, como el colector la conocía, dice así:

«¡Pobre flor, qué mal naciste,
Y qué fatal fué tu suerte!
Al primer paso que diste
Te encontraste con la muerte.
El dejarte es cosa triste;
El llevarte es cosa fuerte;
El dejarte con la vida
Es dejarte con la muerte.»

¡Qué suerte tan diversa! Tú debías
Haber nacido en el pensil lozano,
Del torrente escuchar las armonías
Y mecerte á las brisas del verano;
Ó morir en la lira del poeta,
Desposada al jazmín en lazos bellos,
Ó en una frente plácida y quïeta
Ó enredada de un niño en los cabellos.
Mas ¡oh dolor! aquí tiende la araña
En silencio, abrazándote, su tela;
Tu brillo el aire del sepulcro empaña,
Y á sus miasmas tu olor mezclado vuela.
Si te llevo, pocas horas
Tardaré marchita en verte:
Aquí verás más auroras,
Aunque auroras de la muerte.
Piérdanse, pues, los olores
Que tu puro cáliz vierte,
Como nacida en dolores,
En la casa de la muerte.
Quédate aquí sola y triste,
Sufriendo tu adversa suerte,
Y espira donde naciste,
Ya que vives con la muerte.

III.

(De D. Rafael Pombo.)

¡Mas no, milagrosa flor!
Tú enseñas al que te advierte
La victoria del amor,
La impotencia de la muerte.

¡Muerte transformada en vida;
Podre que en miel se convierte!
Tan lindo así, te intimida
El espectro de la muerte.
Venga la doliente hermosa
Con su llanto á humedecerte;
Y á ver á su hermana rosa
La que llegó de ultra-muerte.
¡Oh amable sacerdotisa!
¡Ella sabrá comprenderte!
¡Flor de otro mundo! ¡Sonrisa
Cariñosa de la muerte!

La Ilustración Española y Americana, 1873.—Tomo j, página 187.





DOÑA GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA.

Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda *(La Peregrina)* nació en Puerto Príncipe (isla de Cuba), el 23 de marzo de 1814, de padres peninsulares. Muy joven se trasladó á la Península (abril de 1836), donde, bajo el pseudónimo de *La Peregrina*, la linda camagüeyana comenzó á darse á conocer con sus versos (1839), que insertaron algunos periódicos, como *La Aurora*, de Cádiz, de D. Manuel Cañete, y *La Alhambra*, de Granada, del Marqués de Gerona y los Fernández-Guerra. En 1841 publicó sus primeras *Poesías* en un volumen con prólogo de D. Juan Nicasio Gallego, y en 1845 ganaba dos premios y la corona de laurel en los certámenes públicos del Liceo artístico y literario de Madrid. En 1850, ya en la plenitud de su prestigio, dió á la estampa otro tomo de *Poesías*, que llevaba, además del prólogo de Gallego, la biografía de la autora por D. Nicomedes Pastor Díaz. Por aquel tiempo contrajo matrimonio con el Jefe político de Madrid, D. Pedro Sabater; pero á los ocho meses quedó viuda en París, y entonces se retiró al Convento de Loreto en Burdeos, en donde escribió su *Devocionario* en verso. Contrajo nuevo matrimonio con el coronel Verdugo, el cual, pocos días después del estreno en el teatro del Circo del drama *Los tres amores*, que, aunque tuvo éxito mediano, dió ocasión á discusiones, fué herido gravemente en la calle del Carmen, frente á la iglesia, una noche casi á la hora de comenzar la función. Aunque Verdugo no perdió en el acto la vida, quedó sufriendo, hasta que en 1863 dejó de existir.

Desde esta fecha hasta el 1.º de febrero de 1873, en que la Avellaneda murió, la poeta abandonó casi enteramente la lira. Sin embargo, seis dramas, cuatro comedias, varias novelas é infinitas poesías de un vigor y un estro verdaderamente varonil, formaban ya para siempre la aureola de su inmortalidad. «Tuvo la primacía sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en éste como en los pasados siglos.» (Gallego.)—«Fué la más grande entre las poetisas de todos los tiempos.» (Pastor Díaz.)—Sus obras se publicaron en Madrid, en cinco tomos, en 1869. Corolina Coronado, el Duque de Frías, D. Alberto Lista, D. Juan Valera, D. Pedro Antonio de Alarcón, D. Carlos Navarro Rodrigo, D. Antonio Romero Ortiz, D. Severo Catalina, D. Antonio Flores, D. Luis Vidart y otros poetas, celebraron su genio y su talento en sendas composiciones laudatorias. «España no ha tenido nunca una poetisa de tanta energía, de tan sublime genio, de tanta elevación y grandeza. Yo al menos no la conozco, por más que miro á través de los siglos.» (Carolina Coronado.)—Siempre que Gallego leía una nueva producción de la Avellaneda, solía exclamar lleno de admiración: «¡Es mucho hombre esta mujer!»

EL FAVONIO Y LA ROSA.

APÓLOGO.

Al margen de un arroyo,
Entre espadaña y junco,
Rosal temprano eleva
Lindísimo capullo:
Sus hojas perfumadas
Del sol al rayo puro
Se entreabren, cuando el astro
Va á comenzar su curso;
Y en tanto veloz llega

Favonio vagabundo,
Que amante gira en torno
Con lánguido murmurio.
La bella flor, empero,
Ya esquiva y con orgullo,
Le dice así guardada
Por sus flexibles muros:
—«Mi vida empiezo apenas;
No quieras importuno
Robarme los aromas
En que mi gloria fundo.
Vuelve, cuando la noche
Tienda su manto obscuro
Y me hayan envidiado
Mil flores que deduzco.»
Favonio la obedece,
Y revolando al punto
Con otras se consuela
De aquel desdén injusto.
Mas fiel, aunque ligero,
Apenas mira oculto
De ocaso entre celajes
Al luminar fecundo,
Batiendo el ala leve
Con gemidor susurro
Vuela á la rosa, y halla
Ya el vástago desnudo.
Con sólo un soplo el cierzo
Desolador y adusto
La flor altiva y bella
La arrebató sañudo.
Sus hojas ya inodoras,

¿Tuvieron por sepulcro
Las ondas cristalinas
O el cenagal inmundo?
Decirlo no me es dado:
Favonio nada supo,
Que espinas halló sólo
Por restos del capullo.

Obras literarias de Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda: Madrid, por Rivadeneyra, 1869.—Tomo j, pág. 92.





EL MARQUÉS DE VALMAR.

D. Leopoldo Augusto de Cueto, Marqués de Valmar, de la Real Academia Española, nació en Cartagena (Murcia) el 19 de junio de 1815, siendo hijo del Brigadier de Artillería Don Gonzalo. Recibió en Sevilla educación literaria de D. Juan Nicasio Gallego, Canónigo de aquella Metropolitana, y la completó en París, á cuya Embajada estuvo agregado (1835). Con laureada opinión de gran poeta, entró luego en Madrid en la brillante falanje literaria de su tiempo. Donoso Cortés y Alcalá Galiano le designaron la parte crítica en el periódico *El Piloto*. El Liceo le tuvo por Secretario. El drama *Doña María Coronel* (1844) colocó su nombre entre los primeros. Inclinado á la carrera diplomática, precedió á Espronceda en la Secretaría de la Legación de los Países Bajos (1840); después representó á España en Portugal (1844), Dinamarca (1848), los Estados Unidos (1854) y Austria Hungría y Baviera (1859). Antes, en 1856, desempeñó el cargo de Grefier y Rey de armas de la insigne Orden del Toisón de oro. Vino de Diputado al Congreso de 1850 á 1851 y de 1857 á 1858, y en este último período fué Ministro interino de Estado. Después ha sido Senador vitalicio (1845-68) y electivo (1877), y Consejero de Estado. Sus poesías ocupan casi todos los periódicos literarios que se han publicado en España. Su *Historia crítica de la poesía castellana en el siglo* XVIII constituye, en la colección de Autores Españoles, uno de los libros más acabados que se han escrito en nuestro tiempo. Es Mayordomo de semana de S. M. desde el 1.º de octubre de 1843; título de Castilla, con la denominación de Marqués de Valmar, desde 1877.

LA ROSA BLANCA EN EL BOSQUE.

RECUERDO Á MARÍA, MUERTA Á LOS 16 AÑOS.

ESTROFAS INÉDITAS.

No te ufanas con vívidos colores
En ostentoso artificial jardín,
Y vives, aunque reina de las flores,
De misteriosa selva en el confín.
No puedo contemplarte, blanca rosa,
Sin que se sienta el pecho estremecer;
Que eres emblema de la niña hermosa
Que fué mi gloria y mi ilusión de ayer.
Todo cuanto soñé su tumba encierra:
Murió de la existencia en el albor
El ángel celestial que fué en la tierra
Mi amor primero y mi primer dolor.
Pálida como tú, cual tú modesta,
Igual destino os deparó el azar:
Tú brillas en recóndita floresta,
Ella brillaba en su tranquilo hogar.
Fué también, como tú, la flor de un día;
Sueño fugaz de júbilo y placer;
Y como tú, la mísera escondía
Germen de muerte en su divino sér.
Triste, de tí me aparto, flor lozana;
Que si hoy gozo tu efímero esplendor,
Al verte mustia, lloraré mañana
Mi antigua dicha y mi perdido amor.

Sevilla 4 de mayo de 1835.



D. ENRIQUE GIL Y CARRASCO.

D. Enrique Gil y Carrasco nació en Viliafranca del Vierzo (León) el 15 de julio de 1815. Desde los nueve años pasó á educarse en Humanidades y Literatura con los Padres Agustinos del Monasterio de Ponferrada, de donde pasó al Seminario de Astorga á estudiar Filosofía, y en 1831 á la Universidad de Valladolid, en donde en 1839 se licenció en la Facultad de Derecho. Antes de terminar su carrera empezó á publicar sus inspiraciones poéticas, y en 1837 vió la luz pública en las columnas de *El Español* su poesía *La gota de rocío*, por la que comenzó á ser conocido en los círculos literarios de Madrid. *El Semanario Pintoresco Español*, *El Piloto*, *La Legalidad*, *El Entreacto*, *El Iris* y *El Correo Nacional*, acogieron las primicias de su ingenio con extraordinaria complacencia, y después abrieron sus columnas á sus escritos, ya en prosa, ya en verso, *El Pensamiento*, *El Laberinto* y *El Sol*. En 1843 dió también á luz una novela romántica, como todas sus obras, titulada *El Señor de Bembibre* (1844). En mayo del mismo año se le nombró Ministro de España en Berlín, dándole comisión de hacer un prolijo estudio sobre la situación del Cuerpo germánico y el alcance de la Liga Telónica ó Zollverein de Alemania. Su reputación literaria y las estimables prendas de su persona le conquistaron un lugar distinguido, así en la corte del Rey Federico Guillermo, como en el Cuerpo diplomático extranjero, acreditado en aquella corte y en la alta sociedad y en el mundo literario de la patria de Schiller. Herido desde mucho tiem-

po atrás por una lesión pulmonar, que minó rápidamente su existencia, las brumas del Norte agravaron su dolencia, y después de haber buscado inútilmente la curación en los baños de Reinerz, desahuciado del médico de Cámara del Príncipe Carlos y de los Dres. Welzel y Heim, murió en 22 de febrero de 1846. D. Fernando de la Vera Isla y D. José de Urbistondo, éste su compañero de carrera y aquél de aficiones literarias, le erigieron poco después en el cementerio de Santa Eduvigis un sencillo mausoleo de mármol, á costa del segundo, en torno del cual el primero mandó sembrar algunas flores que aromasen las yertas cenizas del dulce cantor de *La Violeta*. D. Eulogio Florentino Sanz elogió en verso desde Berlín el recuerdo del poeta en epístola dirigida á Calvo Asensio y que se publicó en *La Iberia*. Las *Poesías* de Enrique Gil no se han publicado hasta 1880, en Madrid.

EL RUISEÑOR Y LA ROSA.

DIÁLOGO.

EL RUISEÑOR.

Reina hermosa del verjel,
A mi cantar
Abre tu cáliz de olores;
Sé cariñosa con él,
Y el viento irán á poblar
Tu alabanza y mis amores.
Dulce flor tímida y bella,
Tan galana,
Que eres amor del jardín;
Nunca mi amante querella
Arrullará en la mañana
Tu desmayado carmín.

Solamente por la noche
Doy al viento
Mi vagarosa canción,
Y amo tu dormido broche
Y muere en tu verde asiento
El eco de mi pasión.
Yo que canto de los cielos
Las venturas
Y la eterna juventud,
Y doy al mundo consuelos,
Y soy de las amarguras
Una fuente de salud;
Pobre pájaro, que tengo
Por riqueza
Sólo amor y libertad,
Y á cantar al mundo vengo
De la virgen la pureza,
De las aguas la beldad;
¿Cómo no adorarte, rosa,
Tan lozana,
Perfumada y juvenil;
Tan delicada y vistosa,
Sonrisa de la mañana
Y vanidad del pensil?
Mi amor volaba algún día
Pasajero,
Como un céfiro fugaz;
Y ante la ronca armonía
Parábase placentero
De la catarata audaz.
Y bañaba yo las plumas
De mis alas

Y mi pico de cantor,
En sus rápidas espumas,
Y de su falda las galas
Celebraba con mi amor.
 Pero su ronco gemido
Pavoroso
De mi cantar eco fué,
Y mi amor vago y perdido,
Desencantado y lloroso,
A otras beldades canté.
 Y á esas nubes nacaradas
Que en los cielos
Mece el aura matinal,
Con sus sílfides aladas,
Con sus fantásticos velos
Guarnecidos de coral,
 Llevaba yo el amor mío
Candoroso
Como á las islas del bien;
Mas luego huracán sombrío
Disipaba el lustre hermoso
De aquel vapor del Edén.
 Y vagaba entre las flores
Solitarias
Demandándolas amor,
Y sus hojas de colores
Cerraban á mis plegarias
Sus matices y primor.
 Y amé los genios del viento
Y del espacio
Los espíritus de luz,
Y buscaba un blando acento

En el rumor del palacio,
De las tumbas en la cruz.
Y aquella voz de esperanza
Y de alegría
No encantó la soledad;
Y mis sueños de bonanza
Volaban del alma mía
Con su dulce claridad.
Y una noche, que cantaba
Mi perdida
Melancólica pasión,
Y á la luna confiaba,
Como el genio de mi vida,
La pena del corazón,
Sentí una nube de olores
Invisible
En torno mío vagar,
Como una trova de amores,
Y lánguida y apacible
En mi pluma resbalar.
Y mi amor batió sus alas,
Dulce rosa,
De tu cáliz alredor,
Y de tus dormidas galas
Y de tu frente amorosa
Fuí enamorado cantor.
Porque eres tan delicada,
Frágil, pura,
Como débil es mi sér,
Y á la luna plateada
Se adormece tu hermosura,
Inocente como ayer.

¡Ay! cuando tus tiernas hojas
Esparcidas
Lleve el viento bramador,
Y mis amantes congojas
Con ellas desvanecidas
Canten sólo mi dolor;
¿El espíritu amoroso
Que en tí habita,
Mis penas escuchará,
Y paisaje delicioso
A mi esperanza marchita
Por las noches pintará?
Y cuando llegue otro mayo
Cariñoso,
Rico en flores y en amor;
¿De la luna el triste rayo
Reflejará tembloroso
En tu amante ruiseñor?
Pura flor del amor mío,
Dulce rosa,
¡Yo te amaré hasta morir!
Gota á mi amor de rocío
Que va en tu copa olorosa
Á buscar su porvenir.

LA ROSA.

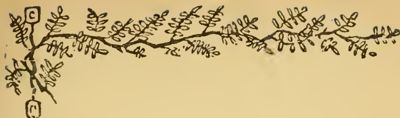
Dulce es oir un pájaro que canta
Como tú cantas, suave ruiseñor;
Dulce es oir vibrar en su garganta
El eco de las arpas del amor;

Dulce es soñar en la desnuda tierra,
Con un amor aéreo y celestial,
Tener un cáliz lánguido que encierra
Tanta belleza pura y virginal.
¿De qué sirven la pompa y los colores?
¿De qué sirve la gala y juventud,
Si el corazón sediento está de amores,
Y late solitario en su inquietud?
Ídolo soy de espíritus suaves,
Ricos en hermosura y en candor;
Lucientes plumas las vistosas aves
Despliegan al volar en mi redor;
Y me besan tal vez cuando la aurora
Tiñe el oriente en púrpura y carmín,
Y me dicen su amor cuando colora
El sol poniente occidental confín.
Mas de tus cantilenas el acento
Nunca en sus trovas acertó á sonar,
Y vale más tu voz que lleva el viento
Que su más tierno y plácido cantar.
¡Qué blanda y melancólica armonía!
¡Qué dulces quiebros y apagado son:
Lánguidos pasan por la frente mía
Si me cantas tu tímida pasión!
Si yo tuviera un eco solamente
Con que poder decirte mi querer,
¡Cuánto amor viera en mi seno ardiente!
¡Cuántas promesas vagas de placer!
Tú eres feliz: tú envías á las nubes
Tus cantilenas y á su cielo azul,
Y el mundo hechizas si á cantar te subes
A la copa de altísimo abedul.

Pero mi muda voz es un aroma
Que hiende el aire trémulo y fugaz,
Y el tímido arrullar de la paloma
Es, á par de él, altísimo y audaz.
Y á veces cuando el céfiro ligero
Entre sus alas lleva su vapor,
Y va como celeste mensajero
A llevarte venturas de mi amor,
Sopla quizá del lado del desierto
Impetuoso y turbio el huracán,
Y mi amor puro en triste desconcierto,
Y mi alegría deshojados van.
Canta, pájaro tierno, tu esperanza,
De primavera al rutilante sol,
Que allí está mi vivir y mi bonanza
Y es de la luz traslado mi arrebol.
Cuando me agoste el fuego del estío,
Mi espíritu los aires cruzará,
Y el perfume del tímido amor mío
A tu marchito pico llevará.
Y al soplar de las brisas de otro mayo
Florecerá mi amor y dulce bien,
Y pálida la luna con su rayo
Te alumbrará en un árbol del Edén.

Obras de Enrique Gil. Poesias líricas: Madrid, por Medina y Navarro, 1877.—Pág. 13.





D. PEDRO DE MADRAZO.

D. Pedro de Madrazo y de Kuntz, Académico de la Real Española, de la de la Historia y de la de Bellas Artes de San Fernando, nació en Roma el 11 de octubre de 1816, siendo hijo del ilustre pintor de Cámara de SS. MM. Carlos IV y Fernando VII, D. José de Madrazo y Agudo, Académico de la de San Lucas de Roma, el cual acababa de sufrir con los pensionados Álvarez y Solá, escultores ilustres, la prisión más rigorosa en el castillo de Sant' Angelo, por no haber prestado juramento al Rey José Bonaparte como Monarca de España. Habiéndose restituído esta familia á la Península en 1818, Don Pedro, luego que llegó á la edad competente, entró á educarse en Madrid en el Real Seminario de Nobles. No sólo profesó desde las aulas el culto de las letras y el de la jurisprudencia, sino, como su padre y sus afamados hermanos D. Federico y D. Juan, las artes en lo que tienen de ciencia crítica y estética, como éstos en su práctica sublime sobre el lienzo y con la escuadra. Completó D. Pedro su educación en París, donde fué discípulo de Rossi, Letronne y Raoul Rochette, y de 1836 á 1840 se dedicó en varios países extranjeros al estudio de la ciencia del Derecho penal y á la historia y filosofía de las Bellas Artes. Entre tanto, ya desde bien temprano había logrado adquirir personalidad propia en el Parnaso de los románticos, de cuya escuela fué, con Espronceda, Larrañaga y Gil, verdadera encarnación. El Liceo artístico y literario le discernió entonces algunos premios, y *El Artista* y otros periódicos se

disputaban el honor de la publicación de sus composiciones. Al resolver en una esfera más práctica los problemas de la vida, optó por los empleos de la carrera administrativa: comenzóla de Oficial del Ministerio de la Gobernación, durante el Gobierno provisional, en 1843, y al crearse en 1845 el Consejo Real entró en él como Secretario en comisión. De 1847 á 1852 fué Abogado fiscal del Consejo de Estado; de 1856 á 1868 Teniente fiscal y Secretario general, cargo que volvió á desempeñar de 1870 á 1879, aunque con intermitencias por el estado político del país. En 1880 fué nombrado Consejero de Estado, en el que en la actualidad es el Decano por su antigüedad en la Sección de lo contencioso-administrativo. Madrazo ha traducido y anotado el *Curso de Economía política*, de Rossi; la *Historia del Consulado y del Imperio*, de Thiers, y *El libro de los oradores*, de Trinon; pero sus obras originales y maestras son los tomos de *Córdoba, Sevilla y Cádiz*, de los *Recuerdos y bellezas de España;* los de *Navarra y Logroño,* en el libro de *España y sus monumentos;* el de *Huelva,* para el de *España;* la *España artística y monumental;* las monografías numerosas de los *Monumentos arquitectónicos de España* y del *Museo español de antigüedades;* el texto de la obra alemana *Die Baukunst Spanien*, y el *Catálogo oficial de los cuadros del Museo del Prado.*

LA ROSA DE LA DESPOSADA.

INÉDITA.

Seres y cosas que en el mundo amamos
Acibarán quizá nuestra existencia,
Porque dispuso la divina ciencia
Que lo que más queremos ¡ay! perdamos.
Tal vez quien ama, olvida:
Que si delicias hay en entregarse
Con cuerpo y alma al sér que á amar convida,

No hay cosa más amarga que la vida
En el trance cruel de separarse.

I.

En un jardín, lisonja del verano,
Un pimpollo entreabierto recogiste,
Y en agua cristalina sumergiste
El tallo que al rosal cortó tu mano.
Pero recuerda, hermosa,
Lo que dura esa flor que al tiesto pides:
La ves á la mañana fresca rosa
Y á la noche marchita: ¡no lo olvides!

II.

Feliz te adornas con la flor abierta;
Porque te dió la suerte un compañero,
Dichosa libas el amor primero,
Y repites con canto placentero
Que para todos se cerró tu puerta.
¡Mas baja el tono, baja:
Si gemir de repente oyes sus gonces...
Tal vez un ataúd y una mortaja
Traerán para él, y llorarás entonces!

III.

Pero óyeme, ángel bello,
Que llevas ya la mano temblorosa
Al dorado cabello,
Donde se marchitó la flor hermosa:

Aunque es el separarse común suerte,
No te arrebatará tu amor la muerte
Como te arrebató la fresca rosa.
¡Somos peregrinantes,
Y al separarnos tristes, bien sabemos
Que, aunque seguimos rutas muy distantes,
Al fin de la jornada nos veremos!

Madrid, septiembre 1845.





D. JUAN DE ARIZA.

D. Juan de Ariza nació en Motril (Granada) el 11 de diciembre de 1816. En la Universidad granadina hizo sus estudios literarios, y muerto Fernando VII, é inaugurado aquel movimiento regenerador en cuya cúspide gallardea la augusta figura de la Reina Gobernadora Doña María Cristina de Borbón, durante la minoridad de Doña Isabel II, no fué de los últimos Ariza que desde el antiguo territorio de los Reyes Alhameritas se trasladó á Madrid, al calor de los dos grandes Mecenas que en este siglo ha producido aquella provincia: Don Francisco Martínez de la Rosa y el Marqués de Gerona. No se acogió Ariza á los estandartes de la política, sino á la utilidad práctica de los destinos públicos; y habiendo llegado á la plaza de Oficial en la Dirección de Ultramar, cuando estaba adscrita á la Presidencia del Consejo de Ministros, y conservádola después al ser transformada en Ministerio, obtuvo primero en la Habana el cargo de Ministro del Tribunal de Cuentas, y después la dirección de *El Diario de la Marina*, que desempeñó hasta su muerte. Antes de venir á Madrid, señalóse en Granada por un canto épico que dedicó *Á la heroína Doña Mariana Pineda* (1843). Establecido en la corte, no sólo colaboró en todos los periódicos literarios de su tiempo, sobre todo *El Semanario pintoresco español* y *El Laberinto*, sino que se dedicó á la novela y al teatro, como autor dramático. Sus novelas más importantes son: *Los dos Reyes* (1845), *El Dos de mayo de 1808* y *Las tres navidades* (1846), *Don Juan de Austria* (1847)

y *Un viaje al infierno* (1848). En el teatro debutó con el drama *Pedro Navarro* (1845); después escribió la tragedia *Remismunda* (1848), y, finalmente, los dramas *El primer Girón* y *Antonio de Leiva* y la comedia *Mocedades de Pulgar* en 1849; el drama titulado *El ramo de rosas* en 1851, y otro que lleva por título *La fuerza de voluntad* en 1852. Á su muerte dejó en Cuba algunas obras inéditas, cuyo paradero se ignora. De 1847 á 1854 dirigió en Madrid un periódico de teatros titulado *El Español*. Gozó gran mano con los directores del teatro del Príncipe durante aquella envidiable organización que le dió el Conde de San Luis, y Rodríguez Rubí, que tenía criterio muy estrecho para la admisión de obras, sólo hacía una excepción en Ariza, á quien siempre abrió fácilmente el telón de boca.

EMULACIÓN.

SONETO.

Yo ví mecerse la fragante rosa
Con lágrimas bañada de rocío,
Y el pétalo sutil tender con brío
Reina de flores mil por más hermosa.
Ví en su cáliz pintada mariposa,
Al de la flor uniendo su atavío,
Los perfumes tomar en el estío
Y frescura del seno do se posa.
Yo te he visto también: tu faz divina
Es rosa de purísimos colores
A do la mariposa se reclina.
Ella bebe en tu cáliz sus amores;
Mas yo, que toco del desdén la espina,
Bebo en tu ingratitud crudos dolores.

El Laberinto, 1845.—Tomo ij, pág. 288.



D. RAMÓN DE CAMPOAMOR.

D. Ramón de Campoamor y Campo-Osorio, de la Real Academia Española, nació en la villa de Navia (Oviedo) el 24 de septiembre de 1817. Es el poeta más original y profundo que jamás ha brillado en el Parnaso español. Vino á Madrid á estudiar Medicina en el Colegio de San Carlos; pero la ciencia de Hipócrates declinó su laurel ante el favor asiduo que desde su juventud más floreciente le prodigaron las musas. Más de medio siglo, desde los casi regios salones del Liceo literario español, llenan su nombre y sus obras de admiración á los dos mundos. El catálogo de los libros que ha publicado es inmenso, á pesar de que los torrentes de su genio se desbordaron en un largo período de tiempo en las polémicas ardientes del periódico *El Estado,* de los Ateneos y de los Parlamentos. No sólo la poesía ha sido cultivada por él, constituyendo una nueva escuela, en el fondo y en la forma, en la dirección de los asuntos poéticos y en la elocución para enunciarlos. El Derecho, la Filosofía, las ciencias sociales le han contado entre los más perspicaces campeones de sus luchas modernas. El primer tomo de sus *Poesías* (1840) lo publicó el Liceo artístico y literario; á aquél siguieron, después de haber dado al teatro dramas y comedias como *El castillo de Santa María, La fuerza del querer* y *El hijo de todos* (1838), sus *Fábulas originales* y sus *Ayes del alma,* uno y otro libro impresos en 1842. Al año siguiente dió á la estampa el poema *Colón* (Valencia), y en 1847 sus *Obras poéticas,* que fueron preparación de sus *Dolo-*

ras (1858). Entre tanto ya había ensayado la novela en *Los manuscritos de mi padre* (1842), los estudios históricos en la *Historia crítica de las Cortes reformadoras* (1845), la legislación en *La filosofía de las leyes* (1846), y la filosofía y la crítica en *El personalismo* (1855), en las *Polémicas* (1862) y en *Lo absoluto* (1866). Pero la gran evolución á que ha conducido la poesía castellana en los dos mundos está determinada por las *Doloras*, de que se han hecho en ambos hemisferios innumerables ediciones; por *El drama universal* (1869); *Los pequeños poemas*, y hasta por las *Humoradas*, última forma de su prodigiosa fecundidad. En vano la crítica se empeña en adelantarse respecto á Campoamor al juicio de la posteridad: nacionales ó extranjeros sus críticos, al fin se convierten en sus panegiristas. ¡Y qué nombres! En España, Valera, Alas, Bremón, Alonso Martínez, Blasco, Palacio Valdés y cien otros; fuera de España, Quesnel, Boris de Tannenberg, Treveret, Diereko, Cesáreo, Ruben Dario. «La gloria de Campoamor es grande por ser la de un representante, la de una encarnación poética de la fase más grande que ha habido en la evolución de la humanidad.» (Quesnel.)

HUMORADA INÉDITA.

Vas siguiendo á tu madre en lo preciosa,
Como un capullo que camina á rosa.

Noviembre 22 de 1889.

LA COL Y LA ROSA.

FÁBULA.

Una col en un cercado
Probaba á una rosa bella,
Que era tan buena como ella
Y aun de una tierra mejor.

—Mas aunque de cuna iguales,
—Dijo un pepino,—mastuerza,
¿Dejarás tú de ser berza
Mientras que ella es una flor?

Obras completas de D. RAMÓN DE CAMPOAMOR: Barcelona, por Simón y Montaner, 1888.—Pág. 158.

ROSAS Y FRESAS.

FÁBULA.

I.

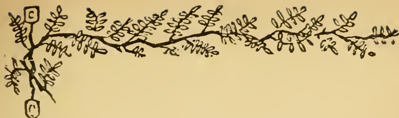
Porque, lleno de amor, te mandé un día
Una rosa entre fresas, Juana mía,
Tu boca, con que á todos embelesas,
Besó la rosa sin comer las fresas.

II.

Al mes de tu pasión, una mañana
Te envié otra rosa entre las fresas, Juana;
Mas tu boca, con ansia no amorosa,
Comió las fresas sin besar la rosa.

Doloras y Poemas por D. RAMÓN DE CAMPOAMOR, de la Academia Española, con un prólogo de D. Elías Zerolo. Tomo j.—Doloras, 16.ª edición: París, librería de Garnier, 1886.—Pág. 232, fábula CXXIX.





D. JOSÉ ZORRILLA.

D. José Zorrilla nació en Valladolid el 21 de febrero de 1817. Á los diez años vino con sus padres á Madrid y entró para educarse en el Real Seminario de Nobles, á cargo de los Padres de la Compañía. Cinco años permaneció en él, habiendo adquirido más ideas románticas y literarias de las lecturas furtivas que hacía de las obras á la sazón en boga, que nociones científicas de sus estudios de preparación. En 1834 fué enviado á la Universidad de Toledo á estudiar Derecho; pero aguijoneado cada vez más ardientemente por el ímpetu de su genio, sólo aprendió entre aquellos sagrados monumentos y aquellas ruínas augustas, allí hacinadas desde los tiempos visigóticos hasta los del renacimiento, leyendas de la antigüedad, tradiciones de la historia, afectos del mundo viejo, milagros de la fe y poesía de la patria. Llena, pues, la cabeza de godos y de árabes, de cruces y cimitarras, de batallas y torneos, de monjas y cruzados, desertó de las aulas y del hogar paterno, y, con el laúd bajo el brazo, volvió á Madrid, de donde su familia se había trasladado á Lerma, para erigirse en el último trovador de las consejas nacionales. Lo reveló poeta romántico la lectura de una poesía ante el cadáver del suicida Larra en el cementerio de la Puerta de Fuencarral. Se amistó con todos los poetas de la generación gigante. Asistió á la tertulia de Espronceda; escribió su primer drama *Juan Dandolo* con García Gutiérrez, ya laureado en el *Trovador*. Arrebató en las lecturas del *Liceo,* y abordando la leyenda de carácter patrio,

reconstruyó con ella las tradiciones del romance, que han sido, son y serán perpetuamente la manifestación exclusiva y sublime de la poesía nacional. De las páginas del libro y del periódico llevó el torrente de su inspiración al teatro, y abrumó á todos con su extraordinaria fecundidad y grandeza. De *El Zapatero y el Rey* al *Sancho García;* del *Traidor, inconfeso y mártir* al *Don Juan Tenorio,* hizo palpitar de nuevo en la escena, en más de cincuenta dramas, todas las maravillas de la pasada fe y de la historia proscrita por los tormentosos huracanes de nuestro siglo revolucionario. La nación se identificó con él, y en la consagración del *Tenorio*, que desde 1844 todos los años se representa en días en que la vieja religión de nuestros padres se asocia á todos los afectos de la familia española cristiana, quedó tejida para la frente del poeta la mayor diadema de gloria á que el genio puede aspirar. Su nombre sólo resume el brillante ciclo de nuestro renacimiento romántico. Escribió otros libros, otras poesías y leyendas. Llevó á otro mundo, de glorias también españolas, los alientos de su inspiración. Fué encomiador de efímeras grandezas imperiales, y testigo de trágicos dramas de libertad nacional en Méjico. Volvió á la patria. Le recibió la Academia. Duquesas y damas ilustres cuidaron, á par del Estado, de su subsistencia. Le coronó Granada. ¡Holocaustos todos inferiores á su mérito y su significación! Zorrilla es la tradición viva de España, la patria restaurada, la estimulante memoria del pasado, la fe inmarcesible del porvenir. Su hermosa corona consiste en gozar en vida la ya eterna aureola de su inmortalidad.

ESENCIA DE ROSA.

AL POETA GRILO.

Mi querido Antonio: Te dedico esta composición, cuya fama te debo, porque la has unido á tí recitándola con entusiasmo en las regiones del gran mundo, y ya ni Madrid ni yo sabemos si es tuya ó es mía.

JOSÉ ZORRILLA.

Abril 20, 1877.

LA SIESTA.

Son las tres de la tarde:—Julio,—Castilla.
El sol no alumbra, que arde;—ciega, no brilla.
La luz es una llama—que abrasa el cielo;
Ni una brisa una rama—mueve en el suelo.
Desde el hombre á la mosca—todo se enerva;
La culebra se enrosca—bajo la hierba;
La perdiz por la siembra—suelta no corre,
Y el cigüeño á la hembra—deja en la torre.
Ni el topo, de galbana,—se asoma á su hoyo;
Ni el mosco pez se afana—contra el arroyo;
Ni hoza la comadreja—por la montaña,
Ni labra miel la abeja,—ni hila la araña.
La agua el aire no arruga,—la mies no ondea,
Ni las flores la oruga—torpe babea;
Todo al fuego se agosta—del seco estío;
Duerme hasta la langosta—sobre el plantío.

Sólo yo velo y gozo—fresco y sereno;
Sólo yo de alborozo—me siento lleno;
Porque mi Rosa
Reclinada en mi seno
Duerme y reposa.
Voraz la tierra tuesta—sol del estío;
Mas el bosque no presta—su toldo umbrío.
Donde Rosa se acuesta—brota el rocío,
Susurra la floresta,—murmura el río;
¡Duerme en calma tu siesta,—dulce bien mío!
Duerme entre tanto
Que yo te velo; duerme,
Que yo te canto.

I.

Como le canta y mece la madre al tierno niño
Que duerme en su regazo, mi amor te arrullará;
Como para él la madre mil frases de cariño
Inventa, mil cantares mi amor te inventará.
Yo sé que siente, Rosa, tu corazón amante
Los versos que te canto mientras dormida estás.
¿Qué quieres que te cuente? ¿Qué quieres que te [cante?
¿Cuál es de mis canciones la que te gusta más?
¿Prefieres aquel cuento del silfo que tenía
En una red de tamo, prisión en un rosal,
Y al cual todas las noches á alimentar venía
La abeja que le amaba, con miel de su panal?
¿Prefieres una historia, como la historia horren- [da
De aquél que fué á su dama celoso á degollar,

Cuya cabeza trunca guardó de amor en prenda,
Y la cabeza le iba de noche un beso á dar?
Dí cómo hablarte debo cuando tu sueño arrullo,
Porque mi voz anhelo que te parezca tal,
Como la miel que daba posada en un capullo
La abeja de mis cuentos al silfo del rosal.

Mas duerme, vida mía,—mientras te arrullo
Yo de mi poesía—con el murmullo.
Mientras la aura en tus rizos—juega y te orea,
En contar tus hechizos—mi alma se emplea.
Duerme, que te adormece—fiel mi cariño,
Como le canta y mece—la madre al niño.
Duerme, que yo á millares—pondré en mi empeño
En inventar cantares—para tu sueño.
La enramada nos presta—su toldo umbrío,
Susurra la floresta,—murmura el río;
Todo invita á la siesta:—¡duerme, bien mío!
Duerme entre tanto
Que yo te velo; duerme,
Que yo te canto.

II.

Mis ojos no se sacian de verte y admirarte.
¡Cuán bella estás dormida! ¡Qué hermosa te hizo [Dios!
No hay nada con que pueda mi idea compararte.
Dios te hizo así, y no quiso Dios como tú hacer dos.
Mas sé, aunque estás dormida, que escucha tu [alma atenta

Los versos que en tu oído depositando voy,
Porque ellos son la copa donde mi amor fermenta,
Y en ellos destilado mi corazón te doy.
Te siento los latidos del tuyo mientras duermes,
Las pausas de tu suave vital respiración,
Tus manos entregadas bajo las mías inermes,
Y tu hálito que absorbe voraz mi inspiración.
Mientras que yo te canto tú sientes cómo te amo:
Mi amor no se lo ha dicho jamás á tu pudor;
Mas sé que tu alma en sueños responde á mi re-
[clamo
Mientras que yo te duermo con mi cantar de
[amor.
Y acaso sientes, Rosa, cuando tu sueño halago
Con mis palabras, algo de la inmortal pasión
De la cabeza, que iba con su murmullo vago
Á dar á su verdugo su beso de perdón.

Yo te amo como el mundo—jamás ha amado;
Con un amor profundo—de fe dechado;
Aún más que aquella santa—cabeza fría
Al que de su garganta—la segó un día.
Tu amor se nutre dentro—de mis entrañas
Como el oro en el centro—de las montañas.
Yo te amo y te envío—de mis amores
La voz, como el rocío—la alba á las flores.
Duerme: el bosque nos presta—su toldo umbrío,
Susurra la floresta,—murmura el río;
Yo velaré tu siesta:—¡duerme, bien mío!
Duerme entre tanto
Que yo te velo; duerme,
Que yo te canto.

III.

¡Qué hermosa eres, Rosa! Nacistes en Sevilla:
La gracia lo revela de tu incopiable faz;
Tu cuerpo fué amasado con rosas de la orilla
De la campiña que hace Guad-al-Kevir feraz.
Sus árboles han dado su sombra á tus pestañas;
Tus párpados se han hecho con hojas de su azar;
La esencia de sus nardos se encierra en tus entra-
[ñas,
Porque transciende á ellos tu aliento al respirar.
Tus trenzas me recuerdan la perenal guirnalda
De plantas siempre verdes que toca su ciudad;
Tu cuello, lo gallardo de su gentil Giralda;
Tu alma de su cielo la azul serenidad.
¡Qué hermosa estás! Mas ¿qué oyes? Tu boca
[me sonríe,
Tu lengua pugna en sueño palabras por formar:
¡Si son para mí, dilas, mi bien! Que me confíe
Tu amor, en sueño al menos, que me pudiste
[amar.
¡Pronúncialas, mi vida! Su plácido murmullo
Dará á mi alma un néctar de dulcedumbre tal,
Como la miel que daba posada en un capullo
La abeja de mis cuentos al silfo del rosal.

Mas tu sonrisa, Rosa,—desaparece:
¿Qué idea ruín te acosa?—¿Qué te entristece?
Un ¡ay! sentir me dejas—que no articulas;
Da á mi vida esas quejas—que no formulas.

El cielo en tu risueño—labio se abría:
¡Vuelve á aquel dulce sueño—que sonreía!
Duerme, mi bien, en calma,—que yo te velo,
En la faz de tu alma—mirando el cielo.
Duerme: el bosque nos presta—su toldo umbrío,
Susurra la floresta,—murmura el río;
Todo invita á la siesta:—¡duerme, bien mío!
Duerme entre tanto
Que yo te velo; duerme,
Que yo te canto.

IV.

¡Qué idea tan horrible! ¡Si en sueños halagüeña,
No á mí me sonriese, sino á feliz rival!
¡Si al son de mis cantares falaz con otro sueña
Riéndose hasta en sueños de mi pasión leal!
¡Dios mío! ¡si en el centro del corazón me clava
De su desdén el frío desgarrador puñal!
Mi amor la daré siempre, como su amor le daba
La abeja de mis cuentos al silfo del rosal.
Rosa, podrás matarme—si es que me engañas;
No tu amor arrancarme—de mis entrañas.
Del corazón que abrigas—la dueña eres;
Mas nunca me lo digas—si no me quieres.
¿Qué he de hacer yo si al cabo—mi alma te ado-
[ra?
Siempre seré tu esclavo,—tú mi señora.
Duerme, que mi cariño—te mece y canta,
Como la madre al niño—que aún amamanta.
Duerme, y si á la hora de ésta—de tu amor frío

Ya nada más me resta—que tu desvío,
Mi alma está á tus pies puesta;—duerme: en Dios
[fío.
Yo te amo tanto,
Que tragarse á mis ojos
Haré mi llanto.
Tu dormirás en calma—de mi amor centro;
Mis lágrimas de mi alma—correrán dentro.
Duerme: el bosque nos presta—su toldo umbrío;
Susurra la floresta,—murmura el río;
Duerme en calma la siesta,—que el duelo es mío.
Duerme entre tanto
Que yo te velo; duerme,
Que yo te canto.





D. SALVADOR BERMÚDEZ DE CASTRO.

D. Salvador Bermúdez de Castro, Marqués de Lema, Duque de Ripalda y Príncipe de Santa Lucía en Nápoles, nació en Cádiz el 6 de agosto de 1817. Formó parte de la espléndida generación literaria, nutrida al calor de la Universidad de Sevilla, de que formaron parte el P. Sotelo, dominico; D. Manuel López Cepero, los Cardenales Wiseman y de la Puente, el filipense D. Cayetano Fernández, Castillo y Ayensa, Hidalgo, González Nandín, Colom y Colom, Fernán Caballero, Doña Margarita Morla y tantos otros que dejaron nombre imperecedero. Luego en Madrid, dirigiendo el periódico *El Iris,* en 1841 dióse á conocer, no sólo como poeta distinguido de la generación romántica, sino como crítico historiador en sus estudios sobre *El Príncipe D. Carlos* y *Antonio Pérez y Felipe II.* Colaboró en la *Revista de Madrid* y en el *Museo de las familias,* hasta que en 1844, antes de debutar en la carrera diplomática como Ministro plenipotenciario de España en Méjico, imprimió sus *Ensayos poéticos* (1841). En Méjico adquirió mucha reputación, pues durante el tiempo en que estuvieron interrumpidas las relaciones de aquella república con Francia, fué por dos años encargado de los asuntos franceses y resolvió muchas dificultades. M. Guizot le propuso entonces para la Gran Cruz de la Legión de Honor. Al regresar á la Península tomó puesto más activo en la política, y fué Diputado en todas las legislaturas y Cámaras que se reunieron desde 1846 á 1858; pues aunque en 1845 se le nombró Senador vitalicio, no juró

el cargo hasta 1858, habiéndolo desempeñado hasta la revolución. En 1853 fué nombrado Ministro de España en Nápoles, cuyas funciones llenó hasta la caída del Rey Francisco II. Cuando en 1865 sustituyó á D. Alejandro Mon en la Embajada de París, gozó en la corte de Napoleón III de gran prestigio. Sus últimos años los consagró exclusivamente á las altas relaciones de la diplomacia y á la observación de los grandes sucesos de que fué actor y testigo. Cánovas del Castillo le nombró Senador vitalicio en 1877. Murió en Roma el 23 de mayo de 1883.

Á ROSA.

EN UN ÁLBUM.

ESTROFAS.

Mi mano en tu guirnalda colocara
Rosas fragantes y clavel ameno,
Y con vírgenes juncos la enlazara
Sobre tu blanco seno.
Mas la siguiera mi envidioso labio,
Sin poderlo estorbar la razón mía,
Y tú llamaras insultante agravio
Mi tímida osadía.
Anime sobre el lienzo tu semblante
Del artista la mágica paleta;
Tus bellas formas y tus gracias cante
La lira del poeta.
Sólo puedo envidiarlos. Tu hermosura
Un homenaje en mi recuerdo vea:
Símbolo para tí de mi ternura,
Oh linda Rosa, sea.

1838.

Ensayos poéticos de D. Salvador Bermúdez de Castro: Madrid, Gabinete Literario, 1840.—Pág. 115.



D. GABRIEL GARCÍA DE TASSARA.

D. Gabriel García de Tassara nació en Sevilla el 19 de julio de 1817. Allí hizo sus primeros estudios de Latinidad, Filosofía y Humanidades con el P. Fr. Manuel Sotelo, del Orden de Predicadores, en el Colegio de Santo Tomás. Después formó parte de aquella generación gloriosa literaria que preparó el renacimiento de la cultura española. Á la muerte de Fernando VII y por los años de 1839 vino á Madrid, en donde estrechó relaciones de amistad con Bermúdez de Castro, Pidal, Pacheco, Ríos y Rosas, Pastor Díaz, Cárdenas y el Marqués de Valdegamas. Desde 1840 escribió en los periódicos de la evolución liberal conservadora que estuvo representada por *El Correo Nacional, El Heraldo, El Sol, El Piloto* y *El Conservador,* en los que fué ya escritor político, ya literario y siempre poeta. La carrera política le abrió las puertas de la diplomacia y llegó al puesto de Ministro plenipotenciario de España en los Estados Unidos, cargo que desempeñó con aplauso general, hasta que por haber intimado en Washington sus relaciones con los representantes de las Repúblicas hispano-americanas, divorciadas todavía de España desde las guerras de emancipación, pidióse su separación en Madrid á un Gobierno revolucionario por el Embajador de Francia. Tassara volvió á España; no logró sentarse en el Parlamento, y entregado á las tareas literarias murió en Ávila el 14 de febrero de 1875. Sus admiradores le dedicamos una *Corona poética* (Sevilla, 1878), y sus amigos coleccionaron y dieron á la estampa sus *Poesías*.

BÚCARO PARA UNA ROSA.

SONETO.

Ésta, del nuevo abril, rosa primera
Que, pensando en el bien que me enamora,
Á los rayos purpúreos de la aurora
Arranqué del rosal donde naciera;
Á tí, mi venturosa primavera,
Primavera del alma que te adora,
Á tí consagro yo, dulce señora,
Fresca aún del rumor de la pradera;
Rozagante en color, fecunda en hojas,
Sin temor de los vientos que la ultrajen,
Confiando en su olor que es duradero;
Cuando en la mano celestial la cojas,
Contempla en ella de mi amor la imagen,
Y ponla allí donde reinar yo quiero.

Poesías de D. Gabriel García de Tassara: Madrid, por D. M. de Rivadeneyra, 1872.—Pág. 230.





D. JOSÉ HERIBERTO G. DE QUEVEDO.

D. José Heriberto García de Quevedo nació en la ciudad de Coro, en Venezuela, en marzo de 1817. Á los veinte años se embarcó para Europa, y en 1846, estudiando en Madrid, comenzó á darse á conocer como poeta en las columnas de *El Tiempo*. Introducido en el fraternal trato de los grandes poetas, así románticos como clásicos, de aquella gigante generación, admitióle el egregio Duque de Rivas, D. Ángel, á su familiaridad, y el poeta nacional D. José Zorrilla á la colaboración de sus poemas *María, Cuento de amores* y *Pentápolis*. Su país natal le condecoró dándole algún empleo diplomático en su Legación de Madrid, en cuya capital dirigió por algún tiempo el periódico *El Siglo XIX*, fundado por su ilustre conterráneo D. Rafael María Baralt. La Reina Doña Isabel II profesó grande afecto personal á García de Quevedo; y hallándose éste en París durante la revolución comunal de 1871, después de la jornada del 18 de mayo, se arrojó á visitar á su egregia favorecedora en su palacio de la avenida de Roma. Su caballeresca audacia le costó la vida, pues al salir, contra la voluntad de la Reina, que quiso retenerlo en su morada, en el paso de la calle de Presburgo á la avenida de la Grand-Armée fué hostilizado desde una barricada, recibiendo una herida de cuyas resultas murió el 6 de junio siguiente. El carácter de la poesía de García de Quevedo fué el general de su época en Europa; su romanticismo tenía mucho más del de Víctor

Hugo, á quien trató de imitar, que el de la escuela española, que nunca abandonó el espíritu de la tradición nacional.

GLORIA FUGAZ.

SONETO.

En el pensil ameno tus colores
Ostentas sin rival, rosa temprana,
Y el sol con mil cambiantes de oro y grana
Te esmalta como á reina de las flores.
Esparce tus balsámicos olores
El suave ambiente de gentil mañana,
Y la purpúrea faz prestas liviana
Del céfiro á los besos seductores.
Mas ¡ay! al sol poniente de este día,
Marchita te verán y deshojada
Los ojos que ora admiran tu hermosura.
Vuela cual tú fugace la alegría
Del hombre, y de su dicha ya pasada
Dolor le resta sólo y amargura.

Obras poéticas y literarias de D. José Heriberto García de Quevedo: París, por Dramard-Baudry, 1863.—Tomo j, pág. 419.





D. JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS.

D. José Amador de los Ríos, de las Reales Academias de la Historia y San Fernando, nació en Baena (Córdoba) el 30 de abril de 1818. Los estudios de Ríos sufrieron varias vicisitudes: cursó las Humanidades en la Asunción de Córdoba; la Filosofía con los Jesuítas de San Isidro de Madrid, y más tarde, en Sevilla, completó su carrera, no sin haber concurrido en Madrid algunos años á las lecciones de las asignaturas con aplicación á las artes que se enseñaban en la Academia de San Fernando. D. Manuel María del Mármol puede decirse que fué quien en Sevilla formó el gusto literario, de que desde luego se manifestó dotado en las composiciones poéticas que en 1839 comenzó á publicar en *La floresta andaluza* y en *El Cisne*, y que en 1841 coleccionó en un tomo de *Poesías*. Mas con las musas alternó la alta erudición bibliográfica en la *Biblioteca colombina* y las investigaciones artísticas y arqueológicas, con que en 1844 dió á luz su *Sevilla pintoresca,* dos años después de haber traducido la *Historia de la literatura del Mediodía* de Sismonde de Sismondi. Al aparecer de nuevo en Madrid en 1845, traía además tres dramas que se representaron: *Empeños de amor y honra, Felipe el Atrevido y Don Juan de Luna*, y pronto completó su reputación con el *Toledo pintoresco* y sus lecturas en el Liceo y en la tertulia literaria del Duque de Rivas. Tres años después, en 1848, valióle un sitial en la Real Academia de la Historia y una cátedra de *Literatura crítica española* en la Universidad Central, la publicación de sus *Estudios históri-*

cos, políticos y literarios sobre los judíos de España, á los que siguieron en 1852 las *Obras del Marqués de Santillana* y la *Historia general y natural de Indias* del Capitán Gonzalo Fernández de Oviedo. Su obra capital, sin embargo, no comenzó á darse á luz hasta 1861-65: ésta fué la *Historia crítica de la literatura española,* obra de gran aliento, en la que aplicó los principios estéticos á los antiguos moldes de las opiniones críticas; pero que no terminó, á pesar del gran éxito que tuvo en el mundo sabio. La Reina Doña Isabel II, á quien la dedicó, premió al autor con su magnificencia acostumbrada. D. Amadeo le dió la Gran Cruz de María Victoria, y Alfonso XII la de Isabel la Católica. Murió en Sevilla el 17 de febrero de 1877.

FLOR DE UN DÍA.

SONETO.

Fresca, lozana y odorosa y pura
Abre la rosa en el pensil ameno;
Mas vil gusano su purpúreo seno
Taladra, apenas brilla su hermosura.
Ruge aquilón, y en su feroz bravura
El tallo rompe como frágil heno,
Y envuelta cae en el inmenso cieno
Ajada su esplendente vestidura.
Así la juventud la bella aurora
Su albor ostenta al despuntar el día
É ilusiones sin cuento al par colora;
Pero ¡ay! llega la tarde mustia y fría
Que desengaños crueles atesora:
¿Quién en sombra tan leve necio fía?

El Laberinto, 1845.—Tomo ij, pág. 352.



D. ANTONIO DE TRUEBA Y LA QUINTANA.

D. Antonio de Trueba y la Quintana nació en Montellano (Álava) el 24 de noviembre de 1821. De niño se aficionó á los *romances de ciego,* y su padre se los llevaba siempre que concurría á las ferias. En 1836, para que los carlistas no lo alistaran en su ejército, se le envió á Madrid de dependiente de mostrador de su tío, D. José Vicente la Quintana, que tenía una tienda de ferretería en la calle de Esparteros. Pesando clavos y manejando lingotes, Trueba no soñaba sino con las musas. Todos sus pequeños ahorros se los gastaba en libros, y se aprendió de memoria á Hartzenbusch y el Duque de Rivas, á Espronceda y Zorrilla, á Arolas y Bretón de los Herreros, que por entonces formaron su no muy opulento bagaje literario. En 1845 se declaró independiente, abandonó la tienda, logró un destino de diez reales y comenzó á escribir poesías, que no sólo enviaba á la *Revista Vascongada,* que se imprimía en Vitoria por Ayala y Mantilla, sino á los periódicos literarios que veían la luz hasta en las poblaciones más secundarias, como *El Serrano,* de Ronda, que dirigió D. Ambrosio Grimaldi, con la colaboración de D. Rafael Atienza, Marqués de Salvatierra; D. Luciano Pérez de Acevedo, actual director del *Diario de la Marina,* de la Habana; D. Andrés Durán Barea y D. Vicente Blanco y Córdoba, y donde á par que Trueba hicieron sus primeras armas Ángela Grassi, desde Barcelona; Manuela Cambronero, desde Valladolid; Amalia Fenollosa, desde Castellón de la Plana, y desde Valencia y Madrid, Don

Víctor Balaguer y D. Francisco Luis de Retes. La primera composición de Trueba en *El Serrano* fué unas estrofas dedicadas á su amigo D. José Fuentes (17 de julio de 1846). Á estos ensayos se añadieron los placeres íntimos de las tertulias literarias, como la del *Café de la Esmeralda* y la de la casa de Eguílaz; mas en 1851 ya dió á la estampa su *Libro de los cantares*, el cual bastó para improvisarle una reputación. Reflejando la imagen moral del hombre, marcó aquel libro lo que había de ser el carácter literario de Trueba: todo sencillez, honradez, dulzura de afectos y pensamientos tranquilos. Ocho ediciones numerosas del *Libro de los Cantares* han hecho las prensas de Madrid, París, Bruselas, Leipzig y Nueva York. La tercera la costeó el Duque de Montpensier; la Reina Doña Isabel II, en 1862, la de todas las obras de Trueba. ¡Y qué obras! Seis libros de cuentos campesinos y populares que se han traducido hasta en la patria de Grimm. Trueba escribió novelas, periódicos, poesías; pero sus *cuentos* y sus *cantares* son la aureola de su talento y de su fama. De 1862 á 1872 sintió la nostalgia de la patria, y se retiró al país vascongado. La segunda guerra civil y su lealtad á la Reina Isabel lo echaron de allí. Alfonso XII, restaurado, quiso darle posiciones visibles: él regresó á su patria. En ella ha muerto, tan amado que la colonia vasca de Buenos Aires había hecho una suscripción para regalarle una casa. Él no quiso ser nunca más que el *Cronista del señorío*. Murió en 1889.

LAS TRES ROSAS.

ROMANCE INFANTIL.

Á la quinta, quinta, quinta
De una señora de bien
Llega un lindo caballero,
Corriendo á todo correr.

Como el oro es su cabello,
Como la nieve su tez,
Como luceros sus ojos,
Y su voz como la miel.
—¡Que Dios os guarde, señora!
—¡Caballero, á vos también!
—Dadme un vasito de agua,
Que vengo muerto de sed.
—Fresquita como la nieve,
Caballero, os la daré,
Que mis hijas la cogieron
Al tiempo de amanecer.
—¿Son hermosas vuestras hijas?
—Como el sol de Dios las tres.
—¿Dónde están, que no las veo?
—Cada cual en su quehacer,
Que así deben estar siempre
Las mujercitas de bien.
—Decidme cómo se llaman.
—La mayor se llama Inés;
La mediana, Dorotea,
Y la pequeña, Isabel.
—Decid á todas que salgan,
Que las quiero conocer.
—La mediana y la pequeña
Á la vista las tenéis,
Que por veros han dejado
De aplanchar y de coser.
La mayor, coloradita
Se pone cuando la ven,
Y se está en su cuarto, cose
Que cose, y vuelta á coser.

—Lindas son las dos que veo,
Como rosas del verjel;
Pero debe ser más linda
La que no se deja ver.
Que Dios os guarde, señora.
—Caballero, á vos también.—
Ya se marcha el caballero
Corriendo á todo correr.
  Á la quinta, quinta, quinta
De la señora de bien
Llegan siete caballeros
Siete semanas después.
—Señora, buena señora,
Somos criados del rey,
Que hoy hace siete semanas
Vino aquí muerto de sed.
Tres hijas, como tres rosas,
Nos ha dicho que tenéis.
Venga, venga con nosotros
Esa que se llama Inés,
Esa que coloradita
Se pone cuando la ven,
Que en los palacios reales
Va á casarse con el rey.

Autógrafo, propiedad del colector.





D. EULOGIO FLORENTINO SANZ.

D. Eulogio Florentino Sanz nació en Arévalo (Ávila) el 11 de marzo de 1821. Habiendo venido á estudiar á Madrid, se apresuró á tomar puesto en la política en el partido más avanzado, en el progresista, cuando éste se hallaba después de 1848 en todo el auge de su prestigio, y en literatura en la falanje de los románticos, aunque el aura de éstos declinaba ya. Dió al teatro varias de sus producciones: *Don Francisco de Quevedo, Achaques de la vejez, La escarcela y el puñal,* y la primera de estas obras le valió una gran reputación. Después de la revolución de julio de 1854, en que tomó parte, se le nombró Secretario de la Legación de Berlín, puesto que desempeñó desde octubre del año referido hasta junio de 1856. En la capital del reino de Prusia se aficionó á los románticos alemanes, y sobre todo á Enrique Heine, á quien no sólo imitó, sino tradujo y versificó en castellano. El *Museo Universal* recogió las primicias de aquellas traducciones (1857), así como la mayor parte de sus poesías los *Almanaques* que anualmente publicaban *La Iberia*, de Calvo Asensio, y *Las Novedades*, de Fernández de los Ríos. Nombrado Ministro residente en el Imperio del Brasil, renunció el cargo, cuya renuncia implicó la de la carrera diplomática, que con su talento ennoblecía al par de los Bermúdez de Castro, de los Gil, de los Cueto, de los García de Tassara y de otros que dieron brillo á sus posiciones representando á España en las cortes extranjeras con la aureola de la poesía. También renunció desde entonces á las

musas, y sobre todo al teatro. Aunque muchas veces fué solicitado por las empresas y los actores de mayor fama para restaurar en el palco escénico el prestigio que alcanzó con el drama *Don Francisco de Quevedo,* jamás quiso volver á exponer su nombre á las emociones de una noche de estreno. Sus poesías líricas fueron muy solicitadas también, sobre todo durante el apogeo de los álbums. Tenía en ellas un corte especial de suprema elegancia, asi por la elección de los asuntos como por la manera de expresarlos. Su cantilena *Á los ojos* será siempre el más gallardo florón de su corona como poeta lírico. Murió en Madrid el 29 de abril de 1881.

SIEMPRE IGUAL.

MADRIGAL INÉDITO.

Eres como una rosa;
Y al contemplarte un día y otro día
Tan cándida y tan pura y tan hermosa,
Siento en mi corazón melancolía.
Y aun á veces anhelo,
Al bendecir tu frente con ternura,
Al cielo orar, porque te guarde el cielo
Tan hermosa y tan cándida y tan pura.





EL MARQUÉS DE CABRIÑANA DEL MONTE.

D. Ignacio María Martínez de Argote Salgado y Guzmán, *Marqués de Cabriñana del Monte,* nació en Córdoba el 8 de Diciembre de 1822. Pasó la juventud en el cultivo de su educación literaria en las Universidades de Granada, de Madrid y de Sevilla, recibiendo en la primera, en 1844, el título de Licenciado en Jurisprudencia. Su posición nobiliaria y el desahogo de su fortuna le llamaron desde muy joven á los oficios representativos del gobierno municipal de su ciudad nativa, y después á los de la provincia y á los del Parlamento. Fué por vez primera Diputado á Cortes en la legislatura de 1850; después lo fué en las de 1851, 1853 y 1858. Ha servido á su país natal en todas las Juntas, Consejos y Comisiones donde se ha tratado del fomento de la instrucción pública, de los diversos ramos de la Beneficencia y de los intereses generales. Las Academias de Buenas Letras de Sevilla y de Córdoba, las de Arqueología y otras le cuentan en el número de sus miembros. Rindiendo culto al espíritu de clase, es individuo de la Real Maestranza de Caballería de Ronda; tiene las condecoraciones más nobles del Estado, y la Reina Doña Isabel II le concedió la llave de Gentilhombre con ejercicio. Entre los ascendientes de su familia, se cuenta al poeta D. Luis de Góngora y Argote, cuyo retrato original regaló el Marqués de Cabriñana al Ayuntamiento de Córdoba en 1862, para que formara parte en la colección municipal de cordobeses ilustres. En los Juegos florales de 1859 se le premió su *Canto épico á la con-*

quista de Córdoba, y en 9 de julio de 1861 se acordó por aquel Municipio colocar esta composición entre los documentos históricos de su archivo. Ha colaborado en casi todos los periódicos literarios de España desde 1850. Sus *Poesías* se publicaron coleccionadas en 1866. En la actualidad reside en Niza.

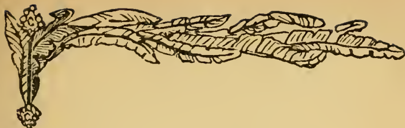
Á UNA ROSA.

SONETO.

Reina y señora de las otras flores,
Bella, lozana y encendida y pura,
Brinda la rosa galas y frescura
Ostentando riquísimos colores;
Exhala en el verjel gratos olores,
Ufana de su aroma y su hermosura,
Y el aura la acaricia con dulzura
Placer vertiendo y regalando amores.
Mas ¡ay dolor! que en su potente brío,
La arroja con furor sobre la arena,
Ronco bramando, el huracán impío.
Así mi alma, de ilusiones llena,
Fué rosa, que arrancó del pecho mío
El dardo fiero de terrible pena.

Poesías de D. Ignacio M. Martínez de Argote y Salgado, *Marqués de Cabriñana del Monte:* Madrid, por Rivadeneyra, 1866. —Pág. 53.





D. PEDRO JOSÉ HERNÁNDEZ Y MORENO.

D. Pedro José Hernández y Moreno nació póstumo en Maracaibo el 30 de agosto de 1822. Su padre, que llevaba su mismo nombre, había muerto cuatro meses antes entre el fragor de las luchas fratricidas. Desde muy joven cultivó la poesía lírica y dramática, consiguiendo crearse una temprana reputación, que le sirvió de entrada para el ejercicio de algunos cargos públicos. Mas al entrar en la edad madura, renunció á ellos y trasladó su residencia á Colombia, donde continuó cultivando, con la misma autoridad y prestigio, el lozano é inerme campo de las musas.

EL ROSALITO.

IDILIO.

—¡Mamá mía, qué dicha!
¡Ya no estoy triste!
—¿Y qué?—¡Mi rosalito!
¡Qué! ¿No le viste?
Ven, mamá mía:
¡Tiene un botón! ¡qué hermoso,
Virgen María!

Anoche ¿tú te acuerdas
Que yo lloraba?
—Sí; en sueños: ¿qué soñaste?
—Que se secaba
Mi rosalito.
¡Qué embusteros los sueños!
¡Pobre arbolito!

—De tu pena el motivo
Ya desparece,
Pues, en vez de secarse,
Ves que florece.
—Mas por qué ha sido,
¿Aún no lo sabes, madre?
¿No lo has oído?

Cuando tú interrumpiste
Mi amargo llanto,
¡Quedé tan angustiada!
¡Lloraba tanto!
Y en mi agonía
Mi ruego alcé á la Virgen
Santa María.

«¡Madre, la dije, madre,
Que no sea cierto
Que mi rosal del alma
Mire yo muerto!
Y placentera
Colocaré en tu imagen
La flor primera.»

Y ¿ves cómo la Virgen
Oyó mi ruego?
—Sí, mi alma, y fué tu llanto
Fecundo riego;
Que Ella, clemente,
Torna en riego fecundo
Llanto inocente.

—¡Qué bellas en el cielo
Serán las flores,
Si las cuida quien hace
Tales primores!
—¡Oh! sí, muy bellas;
Pero es la Virgen Madre
Más pura que ellas.

—Cuando sea ese pimpollo
Flor acabada,
La llevaré á la Virgen;
Y arrodillada,
Diré gozosa:
«Aquí tienes, ¡oh Madre!
Mi primer rosa.»

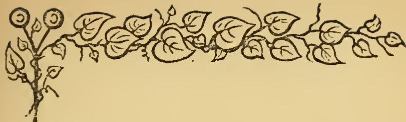
—Y pídela su amparo,
Dulce ángel mío:
Que de insidias te libre
Del mundo impío;
Que tu inocencia
Bajo el escudo tome
De su asistencia;

¡Que viva siempre pura
Tu alma inocente,
Y sean en sus altares
Digno presente,
Como hoy tus flores,
Mañana las primicias
De tus amores!

¿Y á mí no me das nada?
¿No, mi embeleso?
—¡No he de darte! ¡Un abrazo
Toma y un beso!
—¡Gozo infinito!
—¡Y ahora á regar vuelvo
Mi rosalito!

Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos, ordenada por José María Rojas, *Ministro plenipotenciario de Venezuela en España:* Caracas-París, por Martinet, 1875.—Pág. 512.





DOÑA CAROLINA CORONADO.

Doña Carolina Coronado nació en Almendralejo (Extremadura) el 23 de diciembre de 1823. Á los cuatro años era trasladada á Badajoz, donde se prestó dócilmente á los ejercicios de la educación propia de su sexo, dominando, desde muy niña, el bordado, el dibujo y la música. En las noches del hogar hurtaba á los juegos de la edad el tiempo que se la otorgaba por sus padres, para entregarse, á escondidas de los que la guardaban, á la lectura de poetas y novelistas. La muerte de un pajarillo prisionero, que ella amaba, la reveló poeta á los diez años, cantando su muerte; á los catorce, su imaginación había tomado lozanos vuelos, y circuían sus sienes las auras generadoras del Pindo. Á los quince años alborotó á los entusiastas poetas de la legión sublime de Madrid, cuando Donoso Cortés, en *El Piloto*, publicó su linda poesía *Á la palma*. Espronceda, arrebatado, le escribió unos versos. El primer tomo de *Poesías* de Carolina Coronado se publicó en 1843, con prólogo de Hartzenbusch: ya su nombre había figurado en todos los periódicos de alguna valía de Madrid y provincias, Cuba y Nueva York. *El Instituto Español* la admitió en su seno, declarándola socia de mérito; el *Liceo Artístico y Literario* dió en su obsequio una velada de honor, y fué premiada en ella con una corona de laurel de oro. En la sesión regia para obsequiar á SS. MM., se representó en el *Liceo* un apropósito romántico escrito por Carolina: *El cuadro de la Esperanza*. *Alfonso IV de Aragón* y *Petrarca* son también dramas suyos. La segunda edición de sus *Poesías* se publicó en 1852. Después dió á la estampa algunas novelas y el *Paralelo*

entre Safo y Santa Teresa. En su elogio han escrito más de mil poetas de los *Dos Mundos* y en todos los idiomas hablados. Casada con el Secretario de la Legación de los Estados Unidos en Madrid, M. Horace Perry, al dejar éste su cargo diplomático, fijó su residencia la poetisa en Lisboa, donde aún vive. «No es la valentía, sino la gracia, el principal distintivo de sus composiciones. Su tono melancólico es dulce: conmociona, pero contrista, interesa y deleita.» (*Hartzenbusch.*) Después de la coronación de Zorrilla en Granada, las provincias de Extremadura proyectaron dispensarla el mismo honor. Carolina Coronado no le quiso aceptar. Sus amigos guardamos su memoria y su culto en el corazón.

LA ROSA BLANCA.

SONETO.

¿Cuál de las hijas del verano ardiente,
Cándida rosa, iguala á tu hermosura;
La suavísima tez y la frescura
Que brotan de tu faz resplandeciente?
La sonrosada luz de alba naciente
No muestra al desplegarse más dulzura,
Ni el ala de los cisnes la blancura
Que el peregrino cerco de tu frente.
Así, gloria del huerto, en el pomposo
Ramo descuellas desde verde asiento;
Cuando, llevado sobre el manso viento,
Á tu argentino cáliz oloroso
Roba su aroma insecto licencioso
Y el puro esmalte empaña con su aliento.

Poesías de la Srta. Carolina Coronado: Madrid, imprenta de *Las Novedades*, 1852.—Pág. 16.



D. FRANCISCO JAVIER SIMONET.

D. Francisco Javier Simonet, Catedrático de la Universidad de Granada, nació en Málaga el 2 de junio de 1823. En las Academias de su ciudad natal y en la Universidad granadina hizo sus primeros estudios literarios, hasta que propuesto por D. Serafín Estébanez Calderón para una plaza de auxiliar para escribir la *Historia de la Infantería española,* y hecho el nombramiento por el Gobierno de S. M., se trasladó á Madrid, donde terminó sus estudios universitarios. El Ateneo le tuvo entonces en el número de los más laboriosos colaboradores en el honor de sus cátedras, aunque sus primeras aficiones se despertaron hacia la poesía lírica, cuyas producciones fueron acogidas por casi todos los periódicos literarios de aquel tiempo; hacia las obras dramáticas, y hacia la novela *(Recuerdos de un poeta, Una poetisa).* Cultivador de la lengua y de la historia de los árabes, su primera producción de la literatura oriental fueron las *Leyendas histórico-árabes,* que bajo el título de *La Alhambra* publicó en 1858 (Madrid, por Martínez). Dos años después, á expensas del Gobierno y en la Imprenta Nacional, se imprimió con caracteres arábigos y latinos la *Descripción del reino de Granada bajo la dominación de los Nazeritas, con el texto arábigo de Mohammed-Ebn-Aljathib,* de que en 1872 hizo otra edición en Granada en la imprenta de Reyes y hermanos. Esta obra completó la reputación de Si-

monet dentro y fuera de España, é *ipso facto* fué considerado por ella en el número de los primeros orientalistas de Europa. Habiendo obtenido la cátedra de árabe en la Universidad de Granada, su magisterio en ella ha sido y sigue siendo un sacerdocio. Sus alumnos le aman como un padre y un amigo, y de sus aulas han salido nombres que ya son gloriosos en nuestra literatura contemporánea. Además de la *Crestomatía arábigo-española, seguida de un vocabulario,* que Simonet ha publicado en colaboración con el R. P. Lerchundi (Fr. José), nuestro Prelado misionero en el imperio de Marruecos, el sabio Catedrático ha dado á luz otras obras de superior empeño científico, como el *Santoral hispano-muzárabe*, escrito en 961 por Rabi Ben Zaid, Obispo de Iliberis, y *El Concilio III de Toledo, base de la nacionalidad y civilización española,* en opulenta edición políglota y nacional latina, árabe, vascuence, castellana, catalana, gallega y portugesa. Otra de sus obras maestras es el *Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los muzárabes,* premiada por la Real Academia Española (1889). Simonet es, así por su saber como por sus virtudes, una de las glorias más puras de la España de nuestro siglo.

LA ROSA DEL CAMPO.

ESTROFAS INÉDITAS.

Rosa linda, que en el valle
Naciente exhalas tu aroma,
Cuando en el Oriente asoma
El sol su fúlgida faz;
En la azulada corriente
Tu puro cáliz inclinas,
Cuyas hojas purpurinas
Mece el céfiro fugaz.

Flor la más lozana y bella
Que brota el florido mayo,
Con indolente desmayo
Abate tu roja sien.
Y al jugar bajo tus hojas
Las aves de la cañada,
Flor te creen trasplantada
De los campos del Edén.

Flor que brotas al influjo
De un cielo limpio y sereno,
Encuentras un valle ameno
Y un aire puro al nacer;
Y no turban la pureza
De tu juventud lozana
Los temores de mañana
Ni los recuerdos de ayer.

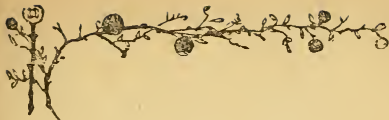
Tu breve vida en el prado
Pasas inocente y sola,
De tu pintada corola
Ostentando el arrebol;
Y al mirar en el espejo
Del agua tu galanura,
No temes que tu frescura
Ardiente marchite el sol.

¡Oh rosa! cual la memoria
De los días de mi infancia,
Todo respira fragancia
Y deleites para tí:

Mañana sólo el recuerdo
Quedará de tu hermosura,
Cual queda de la ventura
Que para siempre perdí.

Málaga, 1851.





D. FRANCISCO JAVIER DE BALMASEDA.

D. Francisco Javier de Balmaseda nació en la ciudad de los Remedios (isla de Cuba) el 23 de mayo de 1823. Durante la época inolvidable que, durante casi todo el reinado de Doña Isabel II, marca el máximo apogeo de prosperidad y opulencia que por espacio de cerca de medio siglo disfrutó aquella Antilla, y que ni anteriormente la había tenido semejante, ni probablemente volverá ya á gozarla igual, nunca Balmaseda formó parte de aquella juventud ardiente que, mirando la independencia de la isla como su supremo bien, contribuyera á minar el fundamento de su propio bienestar. Muy joven había alcanzado fama de inspirado poeta, y en 1846, cuando frisaba en los veintitrés años de su edad, ya dió á las prensas de Torres, con un prólogo de D. José Gonzalo Roldán, sus *Rimas cubanas*, que fueron recibidas como las ópimas primicias de un joven de talento. Enardecido desde 1854, y después de haber visitado los Estados Unidos con el ímpetu de las ideas políticas, fundó periódicos de acerada polémica como *El Heraldo* y *El Porvenir;* pero en 1863 dirigió de nuevo el rumbo hacia el Parnaso y publicó las *Fábulas morales,* de las que, admitidas de libro de texto en las escuelas, se hicieron en pocos años catorce ediciones. También escribió algunas comedias *(El dinero es todo, Los montes de oro, Sin prudencia todo falta).* Con más templanza entonces colaboró algún tiempo en *El Diario de la Marina*. No obstante, desde 1866 volvió al campo de sus ideales políticos; después de 1868 las complicaciones inheren-

tes á la rebelión de Yara fueron causa de que se le deportase desde Remedios, donde era juez de paz, á Fernando Póo (marzo de 1869), á bordo del vapor de guerra *San Francisco de Borja*. De aquella isla logró evadirse, refluyendo á Nueva York, donde publicó su opúsculo titulado *Los confinados* (New York, 1869). En 1870 se estableció en la capital de Colombia, y en 1872 pidió en esta república su naturalización: con todo, fijo siempre su pensamiento en su isla natal, vino á Madrid en 1883, y desde Madrid volvió á Cuba (1884), donde en la actualidad se dedica á la regeneración de la agricultura. En 1887 ha hecho una nueva edición de sus *Poesías*.

EL INSECTO DE LAS ROSAS.

Á LA SEÑORITA DOÑA AMELIA PORTELA.

SONETO.

¿Qué poderosa ley es la que obliga
Á enturbiar con la pena la ventura?
¿Del talento, la gracia y la hermosura
Es esta ley fatal cruel enemiga?
Crece entre flores la picante ortiga;
Sigue al radiante sol la noche obscura,
Y en el jardín de Amelia ¡oh desventura!
Corre en las rosas la roedora hormiga.
¡En las rosas! ¡Oh Dios! Los tulipanes,
Las dalias, el jazmín, el amaranto:
¡Todo, todo el insecto lo devora!
En vano son de Amelia los afanes:
De la naturaleza roto el manto,
Ve, al derramar la luz, la blanca aurora.

La América poética, pág. 177.



D. FRANCISCO ZEA.

D. Francisco Zea nació en Madrid en 1824. Su padre, célebre maestro de armas, lo habia sido de Fernando VII. Tenía culto al arte que profesaba con gran crédito y aristocrática clientela, y quiso dar á su hijo la misma profesión. Zea, desde la edad más tierna, manifestó inclinaciones menos batalladoras; despertó á la vida enamorado de la poesía, y habiendo salido de las primeras aulas sabiéndose de memoria á Fr. Luis de León y á Fernando de Herrera, que fueron siempre sus modelos, á los trece años escribió su primera oda, enteramente de corte *leoniano*. La escasa comodidad que en España han producido las letras en todo tiempo, y la necesidad de ocurrir á las necesidades de su hogar, le obligaron, muerto aquél, á continuar dando lecciones de esgrima para mantener á su madre; no obstante, disminuyó el número de alumnos y lidió con la pobreza. Conllevando su situación con decencia, siguió alternando cuando sólo tenia veintidós años, en 1846, con los jóvenes, aspirantes entonces á literatos, que se reunían en el café del Recreo, Trueba, Ruiz de Aguilera, Cazurro, Cánovas, Fernández y González, Hurtado, Asquerino, Albuerne y Suárez Bravo, entrando con todos ellos en la rozagante comunicación del Parnaso. Celebrábanse sus versos por dulces y sencillos, y sus prosas por áticas y animadas. Una desgracia nueva, sin embargo, vino á proyectar sobre su vida la fatídica sombra que le llevó hasta la muerte. Pidiéndole una

obra de caridad, se abusó de la credulidad de su anciana madre, que se vió envuelta en un proceso y encarcelada. Hasta los jueces estaban persuadidos de su inocencia; pero la propia veracidad de la desventurada madre la hacía caer en el fallo inexorable de la ley. Zea dejó de cantar: dedicóse con todas las fuerzas de su alma á mantener á su madre en la prisión y á salvarla del fallo inicuo, y al conseguir para su virtud filial las coronas del triufo, su lucha con la inopia y el hambre y la batalla interior de su espíritu habían minado su existencia. Dos Ministros generosos, Egaña y Ríos y Rosas, llevándolo á la Secretaría del Ministerio de la Gobernación, vindicaron su honor y le proporcionaron modesto bienestar; pero Zea pudo gozar con su madre y con su esposa poco tiempo aquellos beneficios, y el 8 de agosto de 1856 murió víctima de una fiebre tifoidea á los treinta y dos años de edad. Ventura Ruiz de Aguilera no se apartó de su lado hasta recoger su último suspiro; y habiendo quedado en el más triste desamparo aquellas dos infelices mujeres, promovió en la tertulia de Cruzada Villaamil una conspiración de las letras para proporcionarlas recursos para la vida. Una Comisión, compuesta de Calvo Asensio, Cruzada Villaamil, Flores, Coupigny, Santín de Quevedo y el Marqués de Heredia, obtuvo del corazón magnánimo de la Reina Doña Isabel II una pensión perpetua para la viuda; otra, en que se hallaban Ruiz de Aguilera, Fernández y Gonzalez, Sanz, Rosa y González, Alarcón, Larra y Gálvez Amandi, alcanzó de los Ministros Bermúdez de Castro (D. M.) y Díaz imprimir las *Obras en verso y prosa* de Zea por cuenta del Estado y regalar la edición á dicha señora. La edición la ilustraron Castro y Serrano y Florentino Sanz (1858). De 1851 hay además impreso en Barcelona un drama de Zea, *Maese Juan el Espadero*. Zea fué algún tiempo redactor de *El Parlamento*, aunque no está reputado entre los periodistas insignes que han dado honor á nuestra patria en este siglo.

LA CANCIÓN DE LA ROSA.

Alza la pomposa frente
Que engalanan cien colores
Blanda rosa,
Y embalsamando el ambiente,
No halla flor entre las flores
Más hermosa.
Reina, virgen del pensil,
Del aura al gozoso arrullo
Te adormeces;
Y ante el claro sol de abril,
Desplegando tu capullo,
Reverdeces.
Y como nunca lozana,
Bañada en lumbre de amores,
Ostentosa,
Ni hallas rival tan galana,
Ni otra flor entre las flores
Más hermosa.
Blanda su lluvia el rocío
Sobre tu frente divina
Desparrama,
Y al son que levanta el río
Tu fragancia peregrina
Se derrama.
Brilla espléndido el oriente
Con su franja de colores
Luminosa,

Y tú, aromando el ambiente,
No hallas flor entre las flores
Más hermosa.
Ayer la fuente vertía
Por la alfombra de esmeralda
Su frescura,
Y el álamo te encubría
Con su rústica guirnalda
De verdura.
Mis ojos te contemplaron,
Y admirando tus albores,
Blanda rosa,
En todo el valle encontraron
Otra flor entre las flores
Más hermosa.
Débate el sol en su oriente
Su rica lumbre esmaltada,
Aureo luciendo;
Manso el raudal transparente
Iba en la yerba doblada
Al sol bullendo;
Y en sus hojas reposando
Tus alas de cien colores
¡Mariposa!
Hoy no encuentras divagando
Otra flor entre las flores
Más hermosa.

Obras en verso y prosa de D. Francisco Zea: Madrid, Imprenta Nacional, 1858.—Pág. 95.



D. ADOLFO DE LA FUENTE Y ECHEVARRÍA.

D. Adolfo de la Fuente y Echevarría nació en Santander en 20 de septiembre de 1826. Es, por lo tanto, el decano en la actualidad de los poetas montañeses. Licenciado en Derecho, desempeñó por más de treinta años el cargo de Secretario del Ayuntamiento de su ciudad natal, habiendo sido premiados sus servicios con los honores de Jefe superior de Administración civil. No sólo ha cultivado la poesía con merecidos laureles en públicos certámenes en Santander y Barcelona, sino otros ramos de la literatura, de las artes y de la historia, por lo que las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando le nombraron su Correspondiente, siendo también miembro titular de segunda clase de la Academia de Mont-Real, de Tolosa de Francia, por la que fué laureado en otro certamen. En su país es Socio de mérito de la Real Sociedad Cantábrica de Amigos del país. (Del Río, *Efemérides de la provincia de Santander.*) «Es autor de una *Loa al Dos de mayo,* y de notables poesías originales. Sigue los modelos castellanos de principios del siglo, inclinándose más á la escuela salmantina que á la sevillana, por más que le sean familiares las bellezas de una y de otra.» (Amós Escalante.) En el bello álbum *De Cantabria,* publicado en Santander (imprenta de *El Atlántico)* en 1890, Enrique Menéndez Pelayo ha bosquejado admirablemente la semblanza de este insigne vate montañés. Físicamente lo describe alto sin demasía y grueso á proporción, bella y señoril cabeza, barba recortada

en anchas patillas entrecanas, frente despejada y serena, nariz recta, voz armoniosa, frase escogida y culta, y natural distinción en el traje y los modales. «Es lo mejor de esta gentil figura de hombre, añade, lo mucho que la distinción toma de la gallardia del espíritu. Cuando aparece en un salón á leer sus versos, sin que empiece á hablar, ya son del poeta la atención y el aplauso del concurso.» Como el hombre es el poeta.

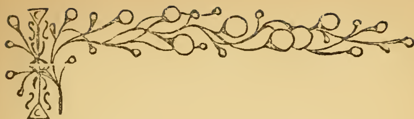
LA ROSA.

SONETO INÉDITO.

Son su forma y color del pensil gala;
Del aura encanto su preciado aroma;
El suave rosicler del alba toma,
Y al bello tinte, si no excede, iguala.
Pliega en la flor la mariposa el ala,
Cuando del tibio sol el rayo asoma,
Que tiñe en áurea luz la verde loma,
Ebria al perfume seductor que exhala.
Al mirar de sus pompas el tesoro
Fué enaltecerla general anhelo;
Brilla en sagrada mano *rosa de oro;*
Y, no bastando símbolos del suelo,
Místico emblema forma en santo coro
De la Reina Purísima del Cielo.

Santander, julio de 1889.





D. EUSEBIO LILLO.

D. Eusebio Lillo nació en Santiago de Chile en 1826. Desde muy joven, en 1849 se reveló poeta, periodista, orador y tribuno. Su vida ha estado siempre en actividad, emprendiendo además, desde 1851, diversas peregrinaciones por el Perú, Bolivia y Chile, sin fijar en ninguna parte su asiento definitivo. En *La Patria,* de Valparaíso (1864), escribió algún tiempo de redactor político contra la situación conservadora; pero sus mejores laureles los ha debido á la poesía. Ha merecido el honor de ver sustituir su nueva *Canción nacional de Chile* al antiguo *Himno de la nación,* cuya forma era antiliteraria y sus pensamientos bajos ó prosáicos; no obstante, su poesía titulada *El junco* ha sido y es la más celebrada entre el ameno pensil de las suyas. Sus versos tienen fluidez y dulzura, están bien entonados y tienden á la forma clásica, que es la llamada á ennoblecer y levantar hasta la cima más augusta el moderno Parnaso de la antigua América española. Sus obras líricas más celebradas son las que se titulan *Loco de amor, Rosa y Carlos, Deseos, La Violeta, Una lágrima* y *Las flores*. Entre las ocupaciones de la política y las de la poesía, las de su hogar y la prensa, pasa en la actualidad la vida, después de haber tomado parte muy visible en las agitaciones de Chile, el Perú y Bolivia; de haber fundado en la ciudad de la Paz de esta última República *El Banco Nacional,* y de haber rehusado el alto cargo que se le ofreció por el Gobierno de Chile en la ciudad de Santiago. Con todo, la Universidad chilena le cuenta, des-

de 1870, en el número de sus Profesores honorarios. En 1883 fué nombrado Plenipotenciario de Chile en Bolivia, y él fué quien concluyó con esta República el tratado de paz: en las viejas monarquías de Europa la patria le habría recompensado estos servicios con un título ducal ú otra posición social hereditaria análoga. En 1884, bajo la presidencia de Santa María, fué nombrado Ministro de Estado, y en el mismo otoño elegido Senador por seis años. «He has achieved fame in South America as a poet.» (Appletons', *Cyclopædia of American Biography,* tomo iij, pág. 712.)

BLANCA Ó ROJA.

SILVA.

Si fuera el dueño mío
Alguna blanca rosa, remecida
Por el aire sereno,
Y fuera yo una gota de rocío,
De la mansión celeste desprendida,
Para encerrarme en su oloroso seno;
¡Con qué dulce placer me adormiría
Entre sus bellas hojas, indolente
Gozando de la noche en el sosiego,
Hasta que al fin me despertara el día,
Y el rojo sol de oriente
Me evaporase con su luz de fuego!
Si fuese mi hechicera
Una rosa-laurel engalanada
De bellas flores rojas,
Y fuere yo algún ave pasajera
Que buscara el abrigo de sus hojas,
Cuando el ala sintiera fatigada;

¡Dulce eco de amor entonaría
Cuando la tibia y grata primavera
Diese á mi bien follaje y diese flores,
Y triste lloraría
Cuando desnuda y pálida la viera,
Sujeta del invierno á los rigores!
  Mas ya que ser no puedo débil ave
Para cantar mi amor y su hermosura,
Ni gota de rocío pura y suave
Para darla dulcísima frescura;
Pueda mi lira, en tanto,
Decirla al menos que la adoro y canto.

América poética: poesías selectas americanas coleccionadas por José Domingo Cortés: Sceaux–Sena, por Charaire, sin año.—Página 13.





EL DUQUE DE RIVAS, MARQUÉS DE AUÑÓN.

D. Enrique Remírez de Saavedra, *Duque de Rivas, Marqués de Auñón,* nació en Malta el 7 de noviembre de 1826, hallándose su padre, el Duque D. Angel, en la emigración política por Fernando VII, como partidario del régimen regenerador. Los timbres heráldicos en su familia proceden de tan antiguo como los literarios, por una remota y casi no interrumpida tradición. En la corte de D. Juan II, el Mariscal Gonzalo de Sayavedra hombreábase en los primores de la musa con el Marqués de Santillana y con los Manrique. Los hijos y hermanos del Alcaide de Cañete, que en 1434, bajo D. Juan II, hicieron la hazaña de Castellar, y en 1456, bajo Enrique IV, la conquista de Estepona, eran poetas. Pasó en el siglo XVI el don de la poesía á sus descendientes, y en 1584, bajo Felipe II, poeta era D. Hernando de Saavedra, Conde de Castellar. De la rama que escapó á la conquista de Méjico, en 1599 vino D. Antonio de Saavedra y Guzmán, nacido en la ciudad de los Moctezumas, á imprimir en Madrid su *Peregrino indiano*. Un Marqués de Auñón, emparentado ya con los Saavedras de Castellar en 1624, hacía divinos versos. De Córdoba pasó á Trani (Nápoles) D. Gonzalo de Saavedra con los versos de su juventud, insertos en *Los pastores del Betis*, publicados en 1633, y en el mismo Trani, en 1634, su hijo D. Martín de Saavedra Guzmán dió á la estampa sus *Ocios de Aganipe*. Síntesis de todos estos estimables poetas fué, al alborar de nuestro siglo, D. Angel de Saavedra, después tercer Duque de Rivas y padre de D. Enrique. Hasta al casarse el actual Duque parece que pidió á Apolo, con la flor de sus amores, un nuevo

tallo del árbol que glorifica, é hija es la actual Duquesa de otro poeta cubano, el Marqués de Montelo, D. José Luis Alfonso, de cuya lira han oído vibrantes canciones las cataratas del Niágara, los montes de Argos y de Naxos y los patriotas de Grecia. D. Enrique de Saavedra se educó en Sevilla, alcanzó muy joven el lauro inmortal con sus composiciones *El árbol* y *El humo del cigarro* en las tertulias del Duque, su padre, y del Marqués de Molins; en 1856 la Reina Doña Isabel II oyó sus *Odas á las Artes,* y en 1864 le coronó la Real Academia Española, dándole un sitial en ella al lado del egregio autor de los últimos *Romances*. Ha escrito leyendas como *La crónica de Hixén II* y *La hija de Alimenón,* novelas como *El sueño de la vida* y *Morir sin Dios* (1880), versos como los de *Sentir y soñar* (1876). Es Senador. Fué fiel en la desgracia á la dinastía, y en la fortuna amóle hasta su muerte el Rey D. Alfonso XII.

ANTE UNA ROSA.

SONETO INÉDITO.

No puede, no, soñar la fantasía
Mayor hechizo que tus frescas galas;
Embriágame el olor que al aire exhalas;
Al mirarte, mi pecho se extasía.
Dando al verjel encanto y alegría,
Las rojas tintas de la aurora igualas;
El céfiro te mece con sus alas,
Y en tu corola resplandece el día.
Para gozar tu aroma y tus colores,
Á su cintura te prendió Citeres,
Y no hay sin tí ni júbilo ni amores.
Mas ¡ay! fugaz como las dichas eres,
Y, cual ellas, oh reina de las flores,
Deslumbras al nacer, y luego mueres.

Octubre de 1889.



D. PEDRO SANTACILIA Y PALACIOS.

D. Pedro Santacilia y Palacios nació en Santiago de Cuba el 24 de junio de 1829. Á los siete años vino á educarse á España, aunque por muy triste motivo, por haber sido desterrado su padre por el general Tacón, que le consideraba sospechoso como desafecto á la causa del sistema constitucional. En España, casi niño, publicó sus primeros ensayos poéticos, y de regreso en la Isla colaboró en los periódicos *El Orden*, el *Semanario cubano* y otros en 1845. Fundó con Luis Baralt *El Redactor*, de Santiago; pero por entonces se dedicó mucho al estudio de las ciencias naturales (Rodríguez Ferrer, *Nat. y civil. de la grandiosa isla de Cuba:* Madrid, 1876). En 1847 dió á la estampa, en unión con D. Francisco Baralt, los *Ensayos literarios*, y en 1851, significándose por su desafección á España, se le desterró á la Península por el general Concha, confinándole á Sevilla. Habiéndose escapado á Gibraltar, pasó en 1853 á Nueva York, en cuyo Ateneo pronunció varios discursos, ya literarios, ya científicos. En 1854 publicó en Nueva Orleans la obra de Mazzini, *El Papa en el siglo XIX;* en 1856, en Nueva York, *El arpa del proscripto;* en 1858, *El laúd del desterrado,* con Vingut, Turla, Tolón y Zenea, y en 1859 las *Lecciones sobre la historia de Cuba.* Habiendo pasado de los Estados Unidos á Méjico, casó allí en 1863 con la mayor de las hijas del Presidente Benito Xuárez, y ocupó altos empleos hasta que á la caída de Tejada se le desterró á Guanajato. Algunos de sus trabajos poéticos y científicos se han traducido al inglés. En Méjico ha publicado también en 1872 las *Fábulas y alegorías* y los *Poemas.*

HISTORIA DE UNA ROSA.

Á MI AMIGO JOAQUÍN M. MORA.

SILVA.

Entre las varias flores
Que allá en un valle de mi patria había,
Superior en olores,
Una rosa bellísima crecía.
Reina de la hermosura,
Emblema del amor y la inocencia,
Ostentábase pura
Al aire dando su divina esencia.
Su imagen se pintaba
En el cristal de la tranquila fuente,
Y bella se agitaba
Al suave soplo de aromado ambiente.
Del alba su capullo
El bienhechor rocío plateaba,
Y en plácido murmullo
Su corola purísima besaba.
Y en tanto que la luna
En el cielo brillaba esplendorosa,
Fragante, cual ninguna,
Miraba siempre la inocente rosa.
Los pardos ruiseñores
Que en la selva espesísima cantaban,
Llorando sus amores,
Á la cándida flor enamoraban.
Y el músico sinsonte,
Veloz partiendo cual ligera flecha,
Abandonaba el monte

Para cantarle su amorosa endecha.
  Así la linda rosa,
Orgullo y gala del verjel florido,
Se ostentaba dichosa
Siendo el objeto del jardín querido.
  Jamás la flor galana
En amar otra flor había pensado,
Y cándida y ufana
Era la reina del risueño prado.
  Pero llegó el instante
En que la rosa para amar nacida,
Escuchó palpitante
De un sér amante la canción querida.
  Un lindo pajarillo,
Cuyas plumas pintaban mil colores,
Con ademán sencillo
Á la cándida flor habló de amores.
  Y en medio de la noche,
Cuando el aura soplaba blandamente,
Y la luna en su coche
Derramaba su luz resplandeciente;
  Cuando la verde palma
Al soplo de la brisa se mecía,
Y en deliciosa calma
La natura bellísima dormía,
  Oculto en la espesura,
El pájaro velando á su adorada,
Con mágica dulzura
Le cantó de su amor tierna trovada.
  La bellísima rosa
Sus pétalos abrió con inocencia,
Y tierna y ruborosa

Al pajarillo le brindó su esencia.
Crédula y delirante,
Ella amorosa le ofreció sus galas,
Y el seductor amante
Tendió sobre ella las pintadas alas.
Ardiente y cariñoso
Con palabras de amor la enamoraba,
En tanto que dichoso
El dulce néctar de la flor libaba.
Pero marchóse luego
Cantando por el bosque alegremente,
Sin escuchar el ruego
Ni el triste llanto de la flor doliente.
La rosa le llamaba
Pensando que á su lado volvería;
Mas él no regresaba
Y la tímida flor se consumía.
Al fin, entristecida
Al verse por su amor abandonada,
Doliente y afligida
La pobre rosa pereció angustiada.
Y la tranquila fuente
Que su imagen bellísima pintaba,
Llorando tristemente
Las hojas secas de la flor llevaba.
Vosotras, niñas bellas,
El suceso guardad en la memoria,
Y no olvidéis, doncellas,
Ésta que os cuento dolorosa historia.

Cuba, 1846.

El arpa del proscripto, por Pedro Santacilia: New-York, imprenta de L. Hauser, 1856.—Pág. 147.



D. FLORENCIO MORENO GODINO.

D. Florencio Moreno Godino nació en Madrid en 1827. Desde muy joven se dió á conocer por sus poesías y artículos literarios de suma originalidad, de un corte muy elegante y culta y fina frase. Casi todos los periódicos literarios que se han publicado en Madrid desde 1854 contienen novelas, poesías ó artículos de Moreno Godino, principalmente la *Revista de España, El Museo Universal* y la *Ilustración artística,* de Barcelona. Siempre ha habido en España una suerte de literatos, que constituyen enigmas vivos sociales por la excentricidad de su carácter, no por los artificios del odio ni por las persecuciones de la fortuna. En este número se han sumado en nuestro siglo nombres hasta de la primera reputación, y como excéntricos han sido tenidos un D. Patricio de la Escosura, un D. Miguel de los Santos Álvarez, un D. Eulogio Florentino Sanz, y en grado no tan culminante un Narciso Serra, un Marqués de Tabuérniga y un Ulpiano de Segarra y Balmaseda. El tipo más acabado de estos excéntricos, que nos recuerdan, por sus hidalgas costumbres y su bizarro ingenio, aquellos señores de aventura del siglo xvi y xvii, Don Alonso Enríquez de Guzmán, «caballero noble, desbaratado,» y D. Diego Duque de Estrada, es Moreno Godino, con cuyo espíritu de altivez é independencia parece hallarse completamente en pugna todo este artificio humano de la disciplina social. Queriendo encauzarle hacia esta base de orden íntimo, que lo es tanto como de organización civil, D. Luis Gonzá-

lez Brabo, corazón ilustre, le brindó desde el poder con destinos públicos: Moreno Godino los despreció. Algunos amigos, tratando de probarle en otros horizontes, le han invitado á viajar, dentro y fuera de España, por las poblaciones de mayores atractivos; pero ni Barcelona, con su activo movimiento industrial, ni París, con su fiebre universal y cosmopolita, han hecho otra cosa que despertar en su alma algunas ideas de artista más que de hombre observador. Madrid ha sido y es su centro. En él vegeta en los umbrales de la ancianidad, con la misma alegría recóndita del alma que en la edad juvenil. Filósofo estóico, se burla de todas las cosas humanas y todas las desprecia. Escribe como el pájaro canta, no pensando en la posteridad, ni en la gloria, ni en la utilidad, ni en el aplauso. Su vida admira y conmueve. Tiene virtudes profundas. No odia. Ni llama á la muerte ni la teme. No se humilla ante el poder y elige sus amigos entre los desheredados.

LA ROSA DE MI VENTANA.

ESTROFAS.

Crecía en el dintel de mi ventana
Purpúrea, suave y delicada flor,
Al viento dando, espléndida y lozana,
Tesoros mil de perfumado amor.

Era una rosa: su modesto broche,
Cuyos colores envidió el zafir,
Triste plegaba en la callada noche
Para volverse en la mañana á abrir.

Buscábanla las sueltas mariposas
Abandonando el delicioso andel,

Y el rocío sus perlas más hermosas
En su capullo atesoraba fiel.

Leves favonios la besaban suaves,
Dábala el alba sus reflejos mil,
Y celos dando á las pintadas aves
La enamoraba el ruiseñor gentil.

Cuando salí de la risueña infancia,
Henchido el pecho de inocencia y paz,
Por vez primera su inmortal fragancia
Me trajo el viento en su rumor fugaz.

No sé cuándo nació, no sé qué maga
Hizo brotar de mi ventana al pie
Aquella flor que, deliciosa y vaga,
De aves y vientos el encanto fué.

Yo ví nacer de entre la tosca yedra
Que al alto muro se agarró tenaz,
El verde tallo que prendió en la piedra
Cual sobre el suelo de jardín feraz.

Ví sus brillantes y purpúreas hojas,
De su cáliz el fúlgido arrebol,
Donde la llama de sus tintas rojas
Reverberaba en la mañana el sol.

¡Oh! Desde entonces talismán divino
Fué aquella rosa, compañera fiel
Que matizó mi desigual camino
Su grato aroma derramando en él.

Y en vano el sol del ardoroso estío
Marchitar quiso su sin par verdor;
En vano raudo el huracán bravío
Quiso del tallo separar la flor.

Las brisas del otoño la halagaban,
Mecíanla los céfiros de abril,
Y los soberbios ábregos dejaban
Intacto el tallo de la flor gentil.

La ví y la amé: su tímida hermosura
De dulce paz mi corazón llenó,
Y en vagos sueños de ideal ventura
Mi mente embebecida deliró.

La gloria me brindaba sus delicias
Mi frente orlando de inmortal laurel,
Y deliraba un cielo en las caricias
De una beldad enamorada y fiel.

¡Oh! Mientras ella perfumó mis rejas
Su grato aroma derramando allí,
Nunca escuché del padecer las quejas,
Los dulces cantos de la dicha, sí.

¡Ay! ¡Cuántas veces contemplé extasiado
La verde pompa de sus hojas cien!
¡Cuántas besaba el pétalo dorado
Con que adornaba su inmarchita sien!

¡Con qué placer sentado á mi ventana,
De tibia luna al fugitivo albor,

La ví mecerse cándida y lozana
Como un recuerdo del primer amor!

Y embebecido con su grata esencia
Soñando dichas que acabaron ya,
Corría mi tranquila adolescencia,
Como el arroyo que entre flores va.

Después llegó del padecer el día,
La amarga copa del dolor gusté;
Mas siempre conservaba el alma mía
De otro más bello porvenir la fe...

Mas una noche en mi intranquilo lecho
Vago presentimiento me asaltó;
Sentí oprimirse mi agitado pecho,
Inquieto en él mi corazón latió.

¡Ay! Soñé que una mano blanca, hermosa,
La más hermosa que en el mundo ví,
Quebraba el tallo de la linda rosa,
Toda su gala destruyendo así.

Herida el alma desperté turbado;
Quise gritar, y me faltó la voz;
De dolor lleno, de razón privado,
Hacia la reja me avancé veloz.

La abrí á la hora en que al nacer el alba
La luz derrama en el espacio azul,
Y las blancas palomas la hacen salva
Saliendo de sus nidos de abedul.

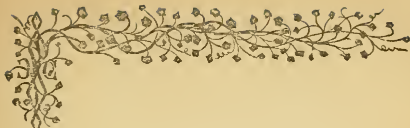
Busqué inquieto la rosa solitaria,
Nada quedaba de la flor allí;
¡Ay! sólo en la silvestre parietaria
El seco tallo columpiarse ví.

Los vientos de la noche la arrastraron:
Dónde su impulso la llevó, no sé;
Ni los mustios despojos me quedaron
De la que encanto de mi vida fué.

Y no la he visto más... desde aquel día
Surca mi frente perenal dolor...
¡Que era la flor de la esperanza mía
Aquella dulce y delicada flor!

Poesías de D. Florencio Moreno Godino: Madrid, por J. Antonio García, 1862.—Pág. 55.





D. ADELARDO LÓPEZ DE AYALA.

D. ADELARDO LÓPEZ DE AYALA Y HERRERA nació en Guadalcanal el 1.° de mayo de 1828. Desde niño fué el ídolo de su pueblo natal por la precocidad de su talento, y su musa la animación y el recreo de aquel lugar sin distracciones. Antes de salir para las aulas de Sevilla ya había creado *un teatro* para sus jóvenes amigos de Guadalcanal, que jamás habían visto una representación. Acomodó las piezas, sin damas, al carácter de aquel grupo de ingenuos aficionados, y una vez que necesitó una mujer para su comedia *La primera dama,* hizo que *la primera dama* fuese una hermana suya. Presentóse en Sevilla en 1848, de veinte años, con propósitos de estudiar; conoció allí á García Gutiérrez, que estimuló su genio, y al año se presentó en Madrid con *El hombre de Estado* bajo el brazo. Cañete le abrió la puerta de la amistad en el cerrado Senado del Teatro Español, y *El hombre de Estado,* admitido por unanimidad, se estrenó el 25 de enero de 1851. «Éste es un ensayo de Hércules,» dicen que dijo Gil y Zárate: en efecto, aquella sola obra fué una reputación de primer orden, que consecutivamente fueron agrandando, no sin vencer poderosas emulaciones, *El tejado de vidrio* (1857), *El nuevo Don Juan* (1863), *El tanto por ciento* (1864) y *Consuelo* (1877). En los intervalos de estas cuatro grandes obras Ayala produjo dramas como *Rioja* y *Los dos Guzmanes;* zarzuelas como *La estrella de Madrid* y *Guerra á muerte,* y otras varias. Desde 1854 tomó parte en todos los sucesos políticos, habiendo ocupado las más altas posiciones. Fué Académico de la Real Española. Sus *Poesías* y sus obras dramáticas se han

publicado en selecta colección, después de su fallecimiento, formando parte de la de los *Autores Castellanos* que edita el Sr. Catalina.

LA ROSA DE LA ALDEANA.

LETRA PARA UNA CANCIÓN.

Donosa aldeana
De negro cabello,
De rostro más bello
Que fresca mañana:
Detente: te llamo
Temblando de amor;
Desata ese ramo
Y dame una flor.
Marchito y sin vida
Tu ramo, aldeana,
Acaso mañana
Ninguno te pida;
Mas hoy que lo pinta
La luz del amor,
Desata esa cinta
Y dame una flor.
No llores, amada;
No muestres despecho,
Que llevo en el pecho
Tu imagen grabada:
¡Dichosa mañana!
¡Dichoso mi amor!
¡Me dió la aldeana
Su rosa mejor!

Obras completas de D. ADELARDO LÓPEZ DE AYALA.—Poesías, tomo vij: Madrid, por A. Pérez Dubrull, 1881.



D. ANTONIO ARNAO.

D. Antonio Arnao y Espinosa de los Monteros nació en Murcia el 2 de febrero de 1828. Muy joven vino á Madrid, y atraído por las aficiones literarias formó desde luego grupo en el café de la Esmeralda de la calle de la Montera, con Cánovas del Castillo, Barrantes, Bravo (E.), Cisneros, Eguílaz, Trueba, Luque, Gasset y Artime, Pravia y otros jóvenes que constituyeron la generación brillante de 1848 á 1854; así como en la tertulia íntima poética que se reunía en casa de Eguílaz, en la plazuela de Trujillo, y poco más tarde en la de casa de Cruzada Villaamil, en la calle de Lope de Vega. En la que se celebraba en casa de D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe dió Arnao á conocer las poesías de Selgas, leídas por Cañete. Por Fernández-Guerra supo el egregio Conde de San Luis la existencia de este poeta, y tendiéndole la mano del favor, enriqueció con aquel astro luminoso el cielo de nuestras musas. La afición á las tertulias literarias no la perdió nunca Arnao, y todavía en época no muy lejana, durante el período de la última revolución, él y Trueba, como en los tiempos de su juventud, asistían diariamente á casa de Frontaura, en la calle de Serrano, donde lecturas de mutuos trabajos, chascarrillos y chistes servían para llenar las columnas de *El Cascabel* y *Los Niños,* siendo los que allí nos reuníamos, además de Arnao y Trueba, Narciso Serra, Teodoro Guerrero, Ricardo Sepúlveda, Manuel Juan Diana, Luis Rasetti, Leopoldo Bremón, Manuel Osorio y Bernard y el que estas líneas escribe. Los primeros tomos de versos que Arnao publicó fueron, en 1857, *Los ecos del Táder* y *Melancolías.* Después ha publicado otros muchos. Fué Censor de teatros y murió ocupando la plaza de

Oficial de la clase de primeros en la Secretaría del Ministerio de Gracia y Justicia.

BREVEDAD DE LA VIDA DE LA ROSA.

ROMANCE.

Gentil capullo tierno,
Con perlas matutinas,
Nació la pura rosa
Rayando el claro día:
Frescura le da el agua;
La mece blanda brisa;
Las aves la saludan
Con trovas peregrinas.
Ardió el cénit al rayo
Del sol del mediodía,
Y abrió la flor el cáliz
Bañado en rojas tintas,
Sus galas y primores
Mostrando siempre altiva:
Sin ver que el sol la mata,
Del sol el fuego aspira.
Cayó la tarde triste;
Y á par la rosa erguida,
Sin savia ya sus hojas
Cayó también marchita.
Ni el aura, ni la fuente,
Su muerta faz animan:
¡De vanas perfecciones
Imagen dolorida!

Trovas castellanas, por D. Antonio Arnao: Madrid, por Medina y Navarro, 1876 (?).



D. CARLOS GUIDO SPANO.

D. Carlos Guido Spano, hijo del General Tomás Guido, nació en Buenos Aires en 1829. Su educación fué esmerada en la Universidad de San Carlos de Buenos Aires (1853), y por los servicios de su padre estaba llamado á ejercer en la República Argentina las posiciones más visibles de la política; pero enamorado de las Musas desde su juventud, renunció á las esplendideces de la vida pública por entregarse de lleno á sus estudios literarios en el retiro. Fruto de su inspiración y de su cultura son las *Hojas al viento,* libro lírico que en 1871 dió á las prensas de *La Tribuna* en Buenos Aires, después de haber afirmado su reputación de poeta en la colaboración puramente literaria de diversos periódicos. «Es uno de los escritores más queridos de la nueva generación argentina, tanto por su talento como por su bello carácter.» (J. D. Cortés.) «Guido is one of the most popular poets of the Argentina.» (Appletons', *Ciclopædia of american biography,* edited by James Grant Wilson and John Fiske: New-York, 1887, tomo iij, pág. 11.)

ROSA BLANCA.

ODA.

Al margen de una fuente
Desparramada en líquidos cristales,
Por la verde extensión del valle ameno,
Crece una rosa cándida, inocente,

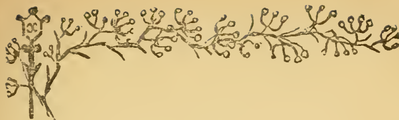
Que el ángel de los sueños ideales
Perfumó acaso en su amoroso seno.
Aromas espirando, el aura pura
La acaricia en su trono lujuriante,
Y mansa el agua que á su pie murmura,
La sombra tremolante
Refleja de su lánguida hermosura.
¡Oh casta flor de perlas escarchada,
Que un genio misterioso en torno llueve,
Prez del pensil, suspiro de la tarde!
Tan bella al verla sobre el tallo leve
Dulcemente inclinada,
Quise arrancarla y me sentí cobarde:
¡Poder de la inocencia inmaculada!
¡Ah! ¿quién sabe, me dije,
Qué pena oculta su existencia aflige?
Y luego entre mí mismo
Pensé de esta manera, sublimado
Á la cumbre de extático idealismo:
—¿Qué espíritu de vaga poesía,
Qué silfo enamorado,
Ha impreso en esa flor el sello augusto
De su dulce y mortal melancolía?
¿Por qué el destino adusto
Desvaneció en su faz encantadora
La llama carmesí, sangre divina
Que la infundió, soñando alguna dea,
Voluptuoso reflejo de la aurora
Cuando asoma rosada en la colina
Y entre vivos celajes centellea?
¿Cayó del cielo acaso, y sufre y llora?
Esbeltas y lozanas

He visto por el prado á sus hermanas;
Vilas también en el festín orlando
Las ánforas de oro,
Mientras los triunfos del amor cantando
La juventud y la beldad á coro
De las marmóreas frentes coronadas
Caían deshojadas
En las nectáreas copas espumantes,
Por finas manos de marfil colmadas.
¿Se ufana la alba rosa en la tristeza
Que desluce sus gracias rozagantes,
El purpúreo esplendor de su belleza?
¿Para teñir sus alas fulgurantes,
Robó acaso el amor traidoramente
El carmín encendido de su frente?
¿Ese rumor del agua y de las hojas,
Los sollozos del viento,
Del ave tierna el gorjëar doliente,
Por ventura no son algún lamento
Que acompaña harmonioso sus congojas?
¡Quién lo dirá, si en el lujoso imperio
De las galanas flores,
Van juntos la hermosura y el misterio!
¡Tal vez llorosa en su capullo anida
De alguna virgen que murió de amores
El alma dolorida
Del día á los primeros resplandores,
Ó en las noches de luna perfumadas,
Cuando todo en los campos enmudece,
Quizá la tierna rosa palidece
Al raudo beso de invisibles hadas!
¡Oh, tímidas doncellas,

Pálidas novias, almas elegidas!
¡Cuando en la tarde triste distraídas
Vaguéis por el jardín, blandas querellas
Recordando tal vez enternecidas,
Consagradas al dulce sacrificio
Del amor que os consume
Como un suave perfume,
Prefiriendo la gracia al artificio,
Vuestras sienes radiosas
Pensativas ceñís de blancas rosas!

Carlos Guido Spano, *Hojas al viento, libro lírico:* Buenos Aires, imprenta de *La Tribuna*, 1871.—Pág. 177.





D. GUILLERMO MATTA.

D. Guillermo Matta nació en Copiapó en 1829. Desde muy joven dióse á conocer en el mundo literario por sus poesías. Educó sus talentos con serios estudios, y concilió los servicios públicos á su patria con el culto á sus aficiones. Madrid le tuvo algún tiempo en el seno de su sociedad literaria, mientras desempeñó en España algunos cargos diplomáticos en la legación de Chile. Aquí publicó en 1858 dos tomos de sus poesías. Ya había publicado en Santiago en 1853 dos leyendas en verso tituladas *Un cuento endemoniado* y *La mujer misteriosa*. En 1859 tomó parte en los sucesos políticos de su país, por lo que fué desterrado á Europa hasta 1861. Restituído á su patria redactó algún tiempo, desde 1863, en *La Voz de Chile,* fundada por su hermano Manuel Antonio. Después abrazó el profesorado en la Universidad de Santiago; fué miembro de diversas sociedades políticas y literarias, y, por último, tomó asiento como Diputado en el Congreso Nacional por la ciudad de su nacimiento. En 1874 fué elegido Presidente de la Cámara de los Diputados, y en 1882 Ministro de Chile en Alemania y después en el Vaticano. Á su regreso á Chile fué elegido en 1886 Senador por la provincia de Copiapó, y en agosto de 1887 volvió á representar á su país en la República Argentina. En 1889 fué uno de los miembros del Congreso panamericano celebrado en Washington.

ROSA DE PRIMAVERA.

ESTROFAS.

Rosa de primavera,
¿Qué dices, bella flor?
¿Eres de eterno amor la mensajera,
Ó el símbolo fugaz de un loco amor?
¿Veré caer tus hojas?
¿Veré pasar su amor?
Y en lo íntimo del alma mis congojas,
¿No tendrán más alivio que el dolor?
Rosa de primavera,
¡Bien hayas, bella flor,
Si eres tú la divina mensajera
Y el puro emblema de inmortal amor!

América poética: poesías selectas americanas, coleccionadas por JUAN DOMINGO CORTÉS: Sceaux–Sena, por Charaire, sin año.—Página 25.





D. LUIS EGUÍLAZ Y EGUILAZ.

D. Luis Eguílaz y Eguílaz nació en Sanlúcar de Barrameda el 20 de agosto de 1830. Huérfano de padre desde muy niño, pudo considerar como tal en su juventud al que su madre unió su suerte en segundas nupcias, y que era poseedor de una gran fortuna como viticultor, cosechero y almacenista de vinos. En el Instituto de Jerez de la Frontera tuvo por maestro de Latín y Humanidades al famoso retórico y poeta D. Juan María Capitán. Era éste de la masa de los Lista, de los Mármol y de aquella docta falanje de profesores egregios que formaron la gran generación literaria que ha llenado, por espacio de más de treinta años, todo el corazón de nuestro siglo. Descubrió en Eguílaz el germen sostenido de la inspiración poética, y desde entonces el nuevo vate fué la hechura predilecta del viejo maestro. Llamó la desgracia á las puertas de la familia de Eguílaz antes de que éste madurase los planes de su carrera; y mientras los suyos le inclinaban á la milicia del mar, la pérdida de la fortuna de la casa de Dastis y Soles, que envolvía la de su madre, le decidió á buscar salida más presta para los océanos de la vida. Su amigo de las aulas, de la infancia y de toda la vida, Diego Luque de Beas, le resolvió á decidirse por la profesión de *autor dramático,* y para serlo vino á Madrid en septiembre de 1849, casi niño, casi pobre y casi enfermo, mas con el drama *Alarcón* en borradores en la maleta. Entretúvole Romea con la esperanza de que lo representaría hasta 1852, y habiendo ya escrito otra comedia,

Verdades amargas, de que Joaquín Arjona tuvo conocimiento por medio de D. Eugenio de Ochoa, obtuvo en ésta las primicias de la representación en el teatro del Instituto. *Verdades amargas* fueron el éxito suspirado, el nombre esclarecido y la base de una reputación. El círculo literario de Eguílaz era ya muy extenso entre la juventud literaria que con él comenzaba: Cánovas del Castillo, Trueba, Barrantes, Arnao, Pravia, Gasset y Artime, y otros como éstos lo componían. *Prohibiciones* y *Una broma de Quevedo* (1853), *El caballero del milagro* y *La Virgen de Murillo* (1854), *Una aventura de Tirso* (1855), y otras obras semejantes fueron después preparación para *La Vaquera de la Finojosa* (1856), *El patriarca del Turia* (1857), *Las querellas del Rey Sabio* (1858), *La cruz del matrimonio* (1861), *Los soldados de plomo* (1865), *El molinero de Subiza* (1870) y otras semejantes que escapan á mi memoria. Eguílaz murió en 22 de julio de 1874. Desde 1850 hasta esta fecha había escrito tres obras dramáticas por año, ó sean unas setenta entre todas. Representa en el teatro moderno el insistente anhelo de restaurar en la poesía dramática el nervio fecundo de la tradición nacional. Era, en substancia, un romántico que profesaba el más inocente y dulce romanticismo del corazón.

EL IMPERIO DE LA ROSA.

APÓLOGO INÉDITO.

Refieren sabios autores
Que allá en tiempo muy remoto
Se reunieron en un soto
Cierto día varias flores:
La dalia, el nardo, el clavel,
La violeta, el pensamiento,
Y para acabar mi cuento
Lo más bello del verjel.

«Señores, en dulce son
Dijo un fragante jazmín,
Pues nos reunimos al fin,
Dé principio la sesión.
La rosa con sus colores
Y su divino misterio
Se ha alzado con el imperio
Del gran reino de las flores.
No la quiero destronar
Con mi doliente querella;
Pero ya que brille ella,
Déjenos también brillar.
Poetas y trovadores
Nuestra señora la llaman,
Y en todas partes la aclaman
Por reina de los amores.
Redáctese un memorial
En que á la rosa se pida
Que nos sea repartida
Algo de la gloria real,
Y veréis cómo á su sombra
Vamos nosotras medrando,
Y cómo al irla nombrando
Alguna otra flor se nombra.»
Causó grave sensación
Este sentido discurso,
Y aprobándolo el concurso
Dióse fin á la sesión.
Dice el cuento, lector frío,
Que, al alborar la mañana,
Estaba la flor galana
En su baño de rocío.

Y aunque mucho nos importe,
La historia es tan minuciosa,
Que pinta á la bella rosa
Rodeada de su corte.
Llegaron cabe el rosal
De flores grande porción,
Y tras una alocución,
Le dieron el memorial.
Leyólo al fin con honor,
Y de altiva rabia llena,
Escribió en una azucena
Con pluma de ruiseñor:
«Queda negada la instancia:
Todo es aquí para el Rey,
Y á la que infrinja esta ley
La privo de su fragancia.
Mientras vuestra reina viva
Á ella todo le es debido,
Y estarán en el olvido
Pasionaria y siempreviva.»
Y al ir á poner los sellos
Á tan estupendo fallo,
La arrancaron de su tallo
Para unos rubios cabellos.

Madrid, enero de 1850.

De la colección de la SRTA. DOÑA ROSA DE EGUÍLAZ *y de* D. DIEGO LUQUE DE BEAS.





EL MARQUÉS DE DOS HERMANAS.

D. Matías de Velasco y Rojas, *Marqués de Dos Hermanas*, nació en la Habana (Cuba) el 23 de diciembre de 1830. Es uno de los cuatro poetas titulados que en este siglo han añadido en la Isla de Cuba el laurel de Apolo á los timbres heráldicos de estirpe: los otros tres han sido el Marqués de Montelo, superior á todos, el de San Miguel y el de la Concordia. Dos Hermanas procede de la más rancia nobleza linajuda de Castilla, de sus antiguos Condestables, Condes de Haro y Duques de Frías; por el apellido de Velasco y por el de Rojas, del célebre conquistador y poblador de las Indias occidentales, Diego de Soto; por lo que está emparentado con las casas tituladas más ilustres de la Península y con las de más viejo abolengo de Sotos, Sotolongos, Calvos y Peñalveres en el suelo natal. A los diez y siete años era Licenciado en Derecho por la Universidad de la Habana; á los diez y ocho, Doctor, y en 1848, hallándose en Madrid, se incorporó al Colegio de Abogados é ingresó en la Academia de Jurisprudencia y Legislación como Académico profesor. De regreso á la Habana, desde 1852, desempeñó diversos cargos en la Junta Superior de Beneficencia de la Gran Antilla, en la constitución del Ayuntamiento y en las Comisiones de Instrucción pública, y aun bajo el gobierno de los Generales Cañedo y Marqués de la Pezuela, funciones de censura y Beneficencia en el Gobierno superior civil. Sus aficiones literarias se remontan á los primeros vuelos de su juventud. Apasionado de Shakespeare ha traducido en

verso algunas de sus obras: *Otelo, Julieta y Romeo, El mercader de Venecia,* muchos sonetos, y entresacado de las demás pensamientos, máximas y aforismos. Al teatro ha dado una comedia original, *Un tío como hay muchos;* y á la estampa un tomo de poesías titulado *Sueños, verdades y pasatiempos,* y otro de *Sonetos.* Por sus obras literarias ha sido condecorado con la Corona de Prusia, la Rosa del Brasil y la Gran Medalla de oro que como distinción particular ha recibido del Emperador de Austria. En España es Caballero Gran Cruz de la Real Orden americana de Isabel la Católica. Cuéntale en el número de sus miembros la Real Sociedad Económica de la Habana, y es correspondiente de las Academias literarias de Sevilla y Málaga. Preside la Comisión permanente de la Unión ibero-americana, de la que es socio de mérito. «Si por el ornato de la versificación y lo conceptuoso de los pensamientos despierta el Marqués de Dos Hermanas el recuerdo de otros poetas del siglo XVII, por el móvil inspirador de su alma y el fondo de sus composiciones nos trae á la memoria al inmortal Petrarca. Llévale indisputable ventaja, pues en sus sonetos amatorios palpita la realidad de la vida. El Marqués no es un poeta llorón: en sus versos se respira la felicidad.» (El Duque de Rivas.)

FLOR DE OTRO DÍA.

SONETO.

Registrando con ánimo indolente
Las páginas de un libro apolillado,
Una estrujada rosa me he encontrado
Sin brillo, aroma ni color luciente.
Señora un día del pensil riente
Y don tal vez con ansia codiciado,
La sueño con su pompa del pasado,
La miro cual sarcasmo del presente.

Yo no sé de quién vino en sus albores,
Si he llorado al guardarla ó he reído,
Si murió de esperanza ó de rigores:
Ignoro si es recuerdo ó si es olvido;
Sólo sé que esta rosa sin colores
Sepulta una ilusión que ya he perdido.

Sonetos por D. Matías de Velasco y Rojas, Marqués de Dos Hermanas, con un prólogo del Duque de Rivas, de la Academia Española: Madrid, imprenta de M. P. Montoya, 1889.—Pág. 97.

VOZ DEL ALMA.

SONETO.

Cual frondoso rosal que en clima ardiente
Luce de eterno abril las gayas flores,
Y rico en savia, esparce sus olores
Impregnando de aromas el ambiente;
Mi amante corazón que vive y siente
Al calor de tus vívidos fulgores,
Brinda al aura feliz de sus amores
Fragancia rica de ilusión creciente.
Pero así como mustio y deshojado
Pierde el rosal perfume y gallardía,
Si su tronco desgarra el viento airado;
Muriera yo, perdiendo mi ufanía,
Si la que amor eterno me ha jurado,
Olvidando su amor, me hiriese un día.

Sonetos por D. Matías de Velasco y Rojas, Marqués de Dos Hermanas, con un prólogo del Duque de Rivas, de la Academia Española: Madrid, imprenta de M. P. Montoya, 1889.—Pág. 77.



EL VIZCONDE DE RÍAS.

D. José de Bustos y Castilla, Vizconde de Rías, nació en Murcia en 1821. Á los diez y seis años, en el de 1837, se hallaba en Granada estudiando los preparatorios para la carrera de Derecho, y ya le lozaneaban en su ardiente imaginación meridional las lumbres de las musas. Los bellos ojos negros que á las cristianas de la Granada redimida dejaron en herencia las celestes huríes de la Granada alhamerita, arrancaron de su temprana lira versos apasionados y estimularon en su alma las luces del estro divino. De aquellos versos jamás se ha publicado más que un soneto, *Á la Rosa,* que después de haber aparecido en los periódicos literarios de aquella capital, heraldos del renacimiento lírico y romántico de nuestro siglo, en 1845 lo reprodujo en Madrid la *Revista literaria de El Español* (tomo j, núm. 25, pág. 15). Ni en la edad varonil, ni en la más provecta que el poeta disfruta, ha vuelto á aparecer su nombre al pie de aquellos versos, que quedaron siempre escondidos en las intimidades amorosas de la edad juvenil. El Vizconde de Rías, hombre de inteligencia muy cultivada y de serios estudios, no volvió á hacer después vida pública literaria, ni aun en su carrera. Dotado de bienes de fortuna y oriundo de solar antiguo aristocrático, pasa la vida como los antiguos señores, retirado en sus haciendas, y como hombre moderno, entregado á especulaciones, que á la vez son alivio de la humanidad. Desde Archena, cuyo establecimiento hidroterápico

 14

posee y donde habitualmente reside, nos ha distinguido á nuestro ruego refundiendo aquel soneto de los diez y seis años de su edad, que es una de las joyas de esta colección.

EN LA CIMA.

SONETO INÉDITO REFUNDIDO.

Gala de abril la purpurina rosa,
Con el sol nace pura y encendida,
Y entre las verdes hojas escondida,
Cuanto menos se muestra, es más hermosa.
Al soplo abrasador de aura amorosa
Brinda á la tarde la beldad querida,
Y deshojada, sin color ni vida,
Rueda en la noche por la selva umbrosa.
Así se pasa, como pasa un día
De la belleza la mortal verdura,
Sin que vuelva jamás su abril florido.
Entrega, cual la rosa, Blanca mía,
A las auras de amor tanta hermosura
Antes que llore su color perdido.

Granada, 1843.—Archena, 1891.





DOÑA ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE.

Doña Antonia Díaz de Lamarque nació en Marchena (Sevilla) el 31 de octubre de 1831. Aunque su padre, D. Ramón Díaz y Giráldez, médico militar, había abandonado esta carrera al contraer matrimonio, establecido algún tiempo después en Sevilla, donde lo arrebató la muerte en el cólera de 1833, ejerciendo con crédito su profesión, dejó á su tierna hija en el ambiente de aquella ciudad insigne y populosa, en la que desde muy temprano comenzó á revelar sus excepcionales disposiciones para la poesía. Una serie no interrumpida de lecturas, ya piadosas, ya recreativas, desde la *Vida de los Santos* y el *Almacén de niños*, hasta el *Quijote* y *Pablo y Virginia*, despertó en la interesante joven, que crecía rodeada de los encantos de la hermosura, aquellas dotes que le han valido después una de las primeras reputaciones literarias en el siglo de Fernán Caballero y Carolina Coronado, de la Condesa de Vilches y Concepción Arenal, de Emilia Pardo Bazán y la Condesa de Parsent. Las primeras inspiraciones de Antonia Díaz fueron para sus propias amigas de la niñez, hasta que antes de cumplir los catorce años vió algunos frutos de su estro impresos en *La Aurora*, periódico que se publicaba en Sevilla en la época del gran renacimiento, es decir, de 1844 á 1848. En el *Album de las bellas* (1849), *El regalo de Andalucía* (1850) y otros semanarios andaluces y de Madrid, continuó después sus ensayos, hasta que en 1857 perdió á su madre, y en 1861 contrajo matrimonio con D. José Lamarque de

Novoa, otro predilecto alumno de las musas. Confundidos en los dos cónyuges todos los pensamientos, hasta los literarios, con idéntico impulso perfeccionaron dentro de las leyes clásicas, que representan desde Fernando de Herrera la escuela llamada sevillana, el buen gusto en la elección de los asuntos, en la elocución poética y en el giro de las imágenes, y Sevilla los contó en el número de sus privilegiados. Antonia Díaz de Lamarque ha publicado desde entonces muchos y preciosos libros de versos. Los principales son: *Poesías* (1867), *Flores marchitas: baladas y leyendas* (Sevilla, 1877), y *Poesías religiosas* (Barcelona, 1889). *El precio de una dádiva* (novela) y *Aves y flores* las tiene en publicación. Luis Vidart escribió el prólogo de las leyendas; Joaquín Rubió y Ors el de las poesías religiosas. «No hay en el moderno Parnaso lira alguna que aventaje en ternura, melodía, suavidad y sentimiento á la de la señora de Lamarque; el ángel de la castidad la ha coronado de flores; perlas y azucenas brotan de su arpa de oro.» (María del Pilar Sinués de Marco.)

LAS ROSAS ESPAÑOLAS.

ODA INÉDITA.

Ya con nuevo verdor y galanura
Despiértanse las selvas adormidas;
Del bosque silencioso en la espesura
Suspiran los amantes ruiseñores,
Vístense las praderas de esmeraldas,
Y ufano abril extiende sus guirnaldas
De blando césped y esmaltadas flores.
Libre de su prisión la mariposa
Ufana extiende sus ligeras alas,
Y en vuelo incierto y vagoroso giro

Inquieta busca del verjel las galas.
Alza su frente la purpúrea rosa...
¡La rosa! Cual su reina la saluda
Al contemplarla el valle: placentero
El céfiro la arrulla blandamente,
Y ella, al sentir su halago lisonjero,
Trémula inclina la graciosa frente.
No hay en la primavera flor alguna
Que superarla en gentileza pueda:
¡Dichoso el prado ameno
Donde apacible asoma,
Donde vierte su seno
El celestial tesoro de su aroma!
¡Dichosa tú, feraz Andalucía,
Que, entre morados lirios y claveles,
Entre acacias y frescos azahares,
Más rosas dan tus plácidos verjeles
Que arenas cuentan los extensos mares!
Ya florecen, ya esmaltan,
De Hispalis los jardines dilatados;
Empero ¿qué poder, qué hechizos faltan
A la joya más rica de los prados?
Son puros sus colores y brillantes;
Lozana crece, y apacible, y bella:
¿Qué extrañar pueden, por ventura, en ella
Los céfiros amantes?
Mas extráñanlo, sí; que aun cuando hermosa,
No es ya *la pura, la encendida rosa,*
Émula de la llama,
Que sale con el día;
Ya de las firmes *puntas de su rama*
El moderno cultivo la deshoja,

Y no es la que algún día
En dulce canto enalteció Rioja.
Caprichosa deidad, diosa inconstante,
Que con segura mano
Alzas do quier tu pabellón triunfante
Y asientas tu dominio soberano:
Tú, orgullosa también, entre las flores
Tu poder extendiste;
Por tí nuevos colores
Hora la rosa viste,
Y ya en vistoso manto sobre el muro
Míranse sus pimpollos elevados,
Ya en trono enhiesto y duro
Ó fuerte rama erguida,
Entre las verdes hojas agrupados
Con nueva savia y gentileza y vida.
¡Qué prodigiosa variedad! ¡Cuán bellas
Lucen en la alborada!
¡Gallardas aparecen entre ellas
La pálida, modesta *sulfatada*,
La *virgen* de purísima blancura,
La lozana *gigante* de faz roja,
La purpúrea gentil de *Alejandría*,
La *Mal maison* de nacarada hoja!...
Mas ¿quién alcanzaría
A recordar los nombres infinitos
Que la moda les da, ni quién pudiera
Decir las que más lindas aparecen,
Si, orgullo de la hermosa primavera,
Con esplendor igual todas florecen?
Frescas, galanas son; mas ¿y su aroma?
¡Su aroma! ¿Por ventura

Perfume alguno iguala
A la fragancia pura
Que, al extender sus pétalos, exhala
La rosa que entre espinas aparece,
Y hoy en el suelo hispano
Tremenda yace ó desdeñada crece?
¡Encantadora flor! ¿Y en el olvido
Por siempre quedarás? ¿Menospreciada
En los jardines mueres?
¡Oh! no: recobra tu esplendor perdido;
Viva imagen tú eres
De la dama española,
Que á su gentil belleza
Une feliz la mágica aureola
De cándida pureza.
Tu seno purpurino
Es por su hechizo virginal traslado
De su rostro divino;
La embriagadora esencia
Que exhalas de tu cáliz perfumado,
Es la apacible gracia, la inocencia
Y la virtud que guarda, cual tesoro:
En las firmes espinas que te cercan
Vense su dignidad y su decoro.
¡Oh retrato hechicero!
¿Y te rechaza la inconstante moda?
¿Y será que á su halago lisonjero
De las hijas de España
Copia pudiera ser la rosa extraña,
Que aunque galas ostenta peregrinas,
Ni encierra tu suavísimo perfume
Ni guarda en su defensa tus espinas?

¡Ah! que entonces la frente levantando
Del polvo en que reposa
El que de la virtud el yugo blando
Ensalzó al par que á la encendida rosa,
Cediendo á su profundo sentimiento,
Quizás con triste acento
Severo exclamaría:
«¿Qué se hicieron las rosas españolas,
Caros verjeles de la patria mía?»

Sevilla, 1889.





D. AMÓS DE ESCALANTE.

D. Amós de Escalante y Prieto *(Juan García)* nació en Santander el 31 de marzo de 1831. En el *Instituto cántabro* estudió Humanidades y Filosofía, y en Madrid, hasta tomar la investidura de Licenciado, Ciencias físico-matemáticas y Química. Muy joven fué ya colaborador del *Semanario pintoresco español,* que fundó Mesonero Romanos y sostuvo por algún tiempo Fernández de los Ríos. *La Época* honró sus columnas con el nombre de batalla literaria con que ocultó el propio, y después *La Ilustración Española y Americana,* el más copioso y selecto museo literario español de nuestro tiempo, publicando prosas y versos, en que la robustez del estro y la elegancia y originalidad de la elocución eran los caracteres predominantes, alternando en ésta siempre aplaudida y solicitada colaboración. Ha dado á la estampa cinco preciosos libros en prosa: *Del Manzanares al Darro* (1863), *Del Ebro al Tíber* (1864), *Costas y montañas* (1871), *En la playa* (1873) y *Ave maris stella* (1877), y por último, en edición limitada para el corto número de sus afectos distinguidos, sus *Poesías* (Santander, 1890), libro que es por dentro y por fuera el retrato del autor, la suprema elegancia. Además, en *Las mujeres españolas y americanas* escribió la monografía de *La montañesa.* Los periódicos montañeses *El Boletín de Comercio, El Aviso, El Atlántico,* y la revista *La Tertulia,* guardan también algunos de sus artículos fugitivos. Las Reales Academias Española y de la Historia le cuentan en el número de sus correspondientes, así como el

Liceo artístico y literario de Granada, y por socio de mérito la Real Sociedad Económica cantábrica de Amigos del País. Escalante, con Pereda y Menéndez Pelayo, forman la aureola y brillante trinidad de nuestro siglo en la literatura montañesa. Enrique Menéndez Pelayo, en el libro *De Cantabria* (Santander, 1890), escribió su bosquejo literario y biográfico, consagrándole por resumen esta frase de nuestro Saavedra Faxardo en su *República literaria:* «Este, vestido sucintamente. pero con gran policía y elegancia, es Salustio.»

ROSA MONTÉS.

MONÓLOGO INÉDITO.

... Speciosa in campis.

—«De una jara en la maleza
Desgajada al pie de un roble,
Y una herida en su corteza,
Hubiste aroma, belleza,
Suelto tallo y hoja doble.
Que hermanas somos, se ve;
Y cuál la diversidad
De nuestros destinos fué:
Yo de tus venturas sé;
Tú no de mi soledad.
En tanto tu gloria rueda,
Sin que la lisonja cese,
Entre lumbres de oro y seda,
Y no hay flor que no te ceda
Y reina no te confiese,
Entre penachos sombríos
De montaraces helechos
Surgen los vástagos míos,

Cabe los cauces estrechos
De precipitados ríos.
  Y junto al pie en que nacieron
Caen mis hojas felices,
Dando, después que vivieron,
Denso abrigo á las raíces
Que jugo y color les dieron.
  En mis varales floridos
Los jilgueros cuelgan nidos,
Y, si brisas les desvelan,
A par en los aires vuelan
Con mis hojas sus gemidos.
  Y es mi amante más curiosa,
Cuando al sol la vida empiezo,
Montesina mariposa,
Que ora bebe, ora se posa
En el árgoma y el brezo.
  Nunca mi sueño turbó
Competencia de hermosura
Entre alguna dama y yo,
Ni flor mía deshojó
El despecho ó la amargura.
  Nunca en la rueda llevada
De fortuna mal regida
Vive desasosegada,
Unas veces desdeñada,
Otras veces preferida.
  Ni de tercera serví
A amor cuando no acertó
A declararse por sí:
En mis breñas quien me amó,
Hermana, me amó por mí.

Mas ¿hay flor, la menos vana,
Campesina ó cortesana,
Que para gloria ó tormento
No haya sentido un momento
Instintos de soberana?
¡Quién dirá!... Si no es soñar,
Al velar como al dormir,
Yo oigo al monte murmurar:
—«¡Qué sabe lo que es vivir
Flor que no logra reinar!»

Santander 10 de julio de 1889.

Posteriormente impresa en las *Poesías* (Santander, imprenta de *El Atlántico*, 1890), pág. 123.





D. FEDERICO BALART.

D. FEDERICO BALART nació en Pliego (Murcia) el 22 de octubre de 1831. Casi al mismo tiempo que Arnao vino á Madrid, en 1850; pero no á la vida de las musas y de las letras, sino á desempeñar en el Ministerio de Fomento un destino subalterno, que disfrutó hasta 1864. A sí propio se debe toda su cultura literaria. La adquirió sólida, y alentando su imaginación entró al palenque de la lucha política, sentando plaza en los partidos más avanzados, y formando, de 1864 á 1868, parte de las redacciones de *La Democracia,* que fundó Castelar; del *Gil Blas,* donde con Luis Rivera, Manuel del Palacio y Eusebio Blasco, apuró en la sátira política el chiste ático, y en *El Universal,* que escribieron los Asquerinos. Hecha la revolución de 1868, D. Nicolás María Rivero lo ocupó asiduamente cerca de sí. Fué entonces Oficial del Ministerio de Estado, Subsecretario de Gobernación, Consejero de Estado, Diputado y Senador; mas en 1874, al convertirse la República en bacanal, recogió los penates de su honra, renunció á la vida pública y se aisló entre el refugio de los libros y el calor doméstico. De nuevo Castelar, al fundar *El Globo,* después de la Restauración de la Monarquía, lo llamó á este periódico; mas Balart se redujo al papel de mero colaborador literario, de 1876 á 1878. Hoy sólo escribe versos de un molde hermosamente clásico y de un gusto depurado y exquisito. *La Ilustración Española* y *Americana, La Ilustración Ibérica* y *El Imparcial* en sus *Lunes* literarios, suelen dar algunos á la estampa: en los

salones de Emilia Pardo Bazán, han resonado en los labios del propio autor sus bellas composiciones entre los aplausos de un auditorio aristocrático; sus admiradores esperamos con impaciencia la colección que ha formado y prometido publicar en breve. El mayor número de sus poesías se derrochan en los sanos placeres de la intimidad, ya en el círculo poético de Grilo, ya en el doméstico de D. José Carvajal y Hue, que los escribe también como maestro. La Real Academia Española le guarda sus palmas apetecidas, y al sufragio de nuestra alta cámara literaria se unirá el voto de toda la España inteligente y apreciadora de sus glorias.

MUJERES Y ROSAS.

INÉDITO.

Rozagantes, alegres,
Frescas, lozanas,
La mujer y la rosa
Son dos hermanas:
Flores divinas
Impregnadas de aromas,
Llenas de espinas.

¡Oh mujer: entreabiertos
Y perfumados,
Tus dos labios parecen
Acariciados
Del tibio aliento,
Dos pétalos de rosa
Que arrulla el viento!

¡Oh rosa: de las auras
Al manso arrullo,
Tus pétalos, saliendo
De entre el capullo
Puros é ilesos,
Parecen unos labios
Que buscan besos!

En las agrias pendientes
De nuestra vida,
Lo mismo á la bajada
Que á la subida,
Triste, infecundo,
Sin mujeres ni rosas,
¿Qué fuera el mundo?

Si la gracia es aroma,
Desde la infancia
Rosas son las mujeres
Por su fragancia;
Mas, cual las rosas,
No son las más fragantes
Las más hermosas.

Rosa y mujer, al rayo
Del alba pura,
Del amor y el rocío
Cobran frescura;
Mas, con el frío,
El amor para en llanto,
Como el rocío.

Rivales en belleza
Y en lozanía,
La mujer y la rosa
Duran un día;
Pero su aliento,
Aun después de marchitas,
Perfuma el viento.

Mujer: si osado el hombre
Tu honor ofende,
La virtud es la espina
Que te defiende;
Con ella armada,
Serás, cuanto más dura,
Más codiciada.

Ya amarillas, ya blancas,
Ya purpurinas,
Rosas verás acaso
Faltas de espinas;
Pero ¡ay paloma!
La que no tiene espina
No tiene aroma.

Madrid, 1889.





D. JUAN ANTONIO DE VIEDMA.

D. Juan Antonio de Viedma nació en Jaén en 1831. Echólo á Madrid, aun siendo estudiante, la ola que preludiaba los acontecimientos de 1854, y cayó con otros jóvenes andaluces en la tertulia que en el famoso café de la Esmeralda, en la calle de la Montera, formaban Cánovas del Castillo, Eguílaz, Trueba, Barrantes, Carlos Pravia, Gasset y Artime, Ochoa (Carlos), y que poco á poco se aumentó con el grueso de toda aquella brillante generación.

Conforme sus jóvenes miembros—entre los que el famoso orador D. Joaquín María López, que, enfermo ya del mal de que murió, era testigo de sus brillantes efervescencias desde una mesa inmediata, pronosticaba que alguno, aludiendo á Cánovas, llegaría á ocupar el primer lugar en los destinos de la patria—iban saliendo de las poéticas soñolencias de la aspiración informe á las realidades prácticas de la vida, y unos se inclinaban á la prensa, otros al teatro, otros á la administración, Viedma, animado por Cánovas del Castillo, sentó plaza en *Las Novedades*, de Fernández de los Ríos, de crítico de teatros y redactor de todo género de amenidades. En 1858, teniendo escritas algunas obras dramáticas, quiso ensayarse en la escena, é hizo representar su zarzuela *El Alférez*, con música de Núñez Robles; pero aunque la obra fué bien recibida, Viedma conoció que no era aquélla su tribuna. Su aptitud resuelta le inclinaba hacia la lírica tradicional y romántica y la poesía religiosa. Este último género lo cultivó algún tiempo, y en la

Gaceta de Madrid, cuando, bajo la dirección de D. Rafael María Baralt, procuró dar alguna actividad al movimiento literario, se publicaron varias de sus *Paráfrasis de la Santa Biblia.* Pero su obra principal fué aquella colección de *baladas históricas* que, después de haberlas hecho conocer en *El Museo universal* y otros periódicos, dió á la estampa, con un prólogo de D. Manuel Cañete, bajo el título de *Cuentos de la villa* (Madrid, Biblioteca universal económica, 1868), y que dedicó al Sr. Cánovas; «ramillete de lindas flores,» como Cañete los llamó, que á par que «prenda segura de la modestia del autor,» lo fué de su exquisita sensibilidad para la poesía, y de su extremada delicadeza de intención y de forma. Ya antes, de 1864 á 1867, había vuelto á escribir en *La Razón española;* y habiéndose acogido á los destinos en Ultramar, pasó á la isla de Cuba, muriendo en la Habana el 2 de agosto de 1869.

LA ROSA PRESUMIDA.

QUINTILLAS.

Rosa, la insensible Rosa,
La admiración de la villa,
La que altiva ó desdeñosa,
En vez de humillarse, humilla
En cualquier lid amorosa;

La que su reja cerrada
Siempre tuvo á las querellas
De aquél por quien fué rondada;
La envidia de las doncellas,
Por la envidia respetada;

De su altivez la razón
Explica en su alarde vano,
Diciendo que en su opinión
Ningún galán cortesano
Merece su corazón.

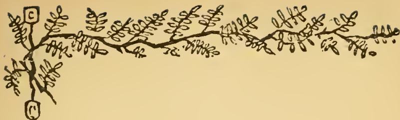
Rosa, la flor codiciada,
La esquiva dama orgullosa,
Al verse del tiempo ajada,
En su reja, antes cerrada,
Es ya sin espinas rosa.

Pero en vano rondadores
La altiva beldad espera,
Como en sus tiempos mejores,
Que nadie busca las flores
Pasada la primavera.

Y por eso, al ver su error,
Rosa, aunque tarde, descubre
Que en los jardines de amor
Si tiene un abril la flor,
Tiene también un octubre.

Cuentos de la villa: colección de poesías por D. Juan Antonio de Viedma: Madrid, imprenta de la Biblioteca universal económica, 1868.—Pág. 45.





D. MANUEL DEL PALACIO.

D. Manuel del Palacio nació en Lérida la Noche Buena de 1832. Siguiendo de niño los accidentes de la carrera de su padre, empleado de Hacienda pública, se crió en Soria y estudió las Humanidades en Valladolid, donde se bachilleró en Artes en 1843. Del centro de Castilla la Vieja pasó á la Coruña, de la Coruña á Madrid, y cuando apenas le apuntaba el bozo, en 1848, hallándose empleado en la contabilidad de un establecimiento de diligencias, ya escribía versos, que sorprendidos por casualidad por Eulogio Florentino Sanz, llevaron al novel poeta, presentado por éste á la admiración de sus amigos, á hombrearse con los hombres de la gran generación literaria que se reunían en *El Parnasillo,* ó café del teatro del Príncipe. De Madrid se trasladó á Granada en 1850, obteniendo una plaza de escribiente en aquella Tesorería; y en la ciudad alhamarita no sólo se hizo conocer en el *Liceo* y en los periódicos, sino conquistó aquellas relaciones de edad y común inclinación, con los jóvenes poetas y literatos, que constituyeron la *cuerda granadina* que á poco se hizo notar en Madrid por el ingenio de los que la componían: Castro y Serrano, Fernández Jiménez, Alarcón y Pérez Cossío. El más exagerado en ideas políticas era Palacio, de modo que al hacerse el común despliegue hacia el periodismo, eligió para su colaboración los periódicos de carácter democrático, palabra que á la sazón equivalía á republicano. El ingenio y la chispa de Palacio le conquistó en breve una de nuestras primeras reputaciones litera-

rias y la mayor popularidad que en España ha tenido jamás poeta satírico ninguno. Al llegar la revolución de 1868, Palacio hizo alto: estaban cumplidos sus ideales y formó con honor en la falanje de los hombres que, amando los principios de libertad política, se declararon partidarios del perfecto orden social. En este nuevo camino fué llamado á los servicios del Estado, y aunque el Parlamento le llamaba á los triunfos de su fácil é ingeniosa palabra, prefirió la carrera diplomática, yendo á Florencia en 1868 de Secretario de la Legación de España y Encargado de negocios. Propuesto para igual empleo en Berlín, lo renunció, pasando en Madrid á la Secretaría del Ministerio de Estado. De 1884 á 1886 fué Ministro residente en el Uruguay, desde donde volvió á Madrid á encargarse de la Jefatura del archivo, biblioteca é interpretación de lenguas del Ministerio referido. *Cabezas y calabazas* (1864) y *De Tetuán á Valencia* (1865), son sus libros políticos; los literarios, *Doce reales de prosa* (1864), *El amor, las mujeres y el matrimonio, Cien sonetos* (1870), *Letra menuda* (1877), *Melodías íntimas* (1886), *Veladas de otoño* (1887) y *Huelgas diplomáticas* (1889).

LA FLOR DE MI ESPERANZA.

SILVA.

Yo ví en una mañana
Serena y deliciosa
Brillar en la pradera fresca rosa
Espléndida y galana.
Sus hojas de colores
Al albo sol hería:
Era la reina de las otras flores;
Era la flor de la esperanza mía.
Las amorosas brisas la mecieron,
Llenando de perfume su capullo;

Vida y color la dieron:
Yo lozana la ví del prado orgullo.
Mis ayes de quebranto
Sólo ella cariñosa comprendía:
¡Cuántas veces mi llanto
Regó la flor de la esperanza mía!
Yo la conté mis sueños,
La historia le expliqué de mis amores;
Ella feliz rió de mis ensueños,
Y lloró desgraciada mis dolores.
Yo la adoré de niño;
Sobre mi corazón la puse un día;
Imán de mi cariño
Llamé á la flor de la esperanza mía.
Ella creció en mi seno
Gallarda, seductora,
Y yo de gozo y de ventura lleno
La alimenté en mi seno hora tras hora.
Mas huyó la ventura,
Y ella también huyó con mi alegría:
El viento del dolor y la amargura
Secó la flor de la esperanza mía.
Purísimos raudales,
Que la vísteis erguida á vuestro lado
Reflejar en los límpidos cristales
Su color nacarado:
¡Si viendo sus despojos
Recordáis su belleza y lozanía,
Llorad, cual lloran mis dolientes ojos
La pobre flor de la esperanza mía!

Madrid, 1848.

LAS DOS ROSAS.

(IMITACIÓN DEL PORTUGUÉS A. DE SERPA.)

ESTROFAS INÉDITAS.

Con una rosa del Mediodía
A quien la grana sus tintas dió,
La blanca rosa que el Norte cría
En guerra abierta se declaró.
—Ya sé que envidias, le dijo aquélla,
La gentileza que á Dios debí;
Ya sé que alegre, dichosa y bella,
Para enojarte motivo dí.
—Mientes, del Norte gritó la rosa:
Yo tengo á gala mi palidez,
Y si no brillo por vanidosa
Es porque adoro la sencillez.
Reina del prado me aclama el hombre
Y en mí su gloria suele cifrar.
—Yo sin corona y hasta sin nombre
Sobre las almas logro reinar.
—¡Yo del que vence festono el manto!
—¡Yo del vencido templo el dolor!
—¡Yo en mis colores brindo el encanto!
—¡Yo entre mis hojas guardo el pudor!

Madrid 12 de diciembre de 1889.



D. VICENTE DE RIVA PALACIO.

El General D. Vicente de Riva Palacio nació en Méjico el 16 de octubre de 1832. Su padre, D. Mariano, fué uno de los hombres políticos más eminentes de aquella República, y su madre, Doña Dolores Guerrero, hija del héroe de la Independencia que dió su nombre á uno de los Estados de la actual federación. Alumno del Colegio de San Gregorio, donde en 1854 tomó el diploma de Licenciado en Derecho, D. Vicente comenzó á figurar en las letras y en la política de su patria desde 1856. Fué poeta, novelista y colaborador de periódicos, perteneciendo á la generación ilustre de los Rosas Moreno, Montes de Oca, Picón, Terrazas y otros muchos escritores distinguidos. No quiso ser Ministro de Hacienda en 1861 bajo la presidencia de Juárez; pero en 1862, al ocurrir la guerra de la intervención, dejó la pluma, armó un batallón á su costa, á cuya cabeza se puso, y marchó á Puebla de los Ángeles á unirse con el General Zaragoza. Rompiendo con la caballería la línea enemiga del General Forey, logró luego incorporarse con su fuerza al ejército del Centro, que mandaba Comonfort; y vencido éste por Bazaine en San Lorenzo, Riva Palacio dirigió la retirada, reorganizó el ejército, y desde Zitácuaro mantuvo siempre en jaque al invasor, hasta que obtuvo el mando en jefe del ejército del Centro, por haber sido fusilado por los imperialistas el General Arteaga. Tomó á Toluca y se presentó en Querétaro, y á Riva Palacio fué á quien rindió su espada el Emperador Maximiliano. Entonces hizo cuanto pudo por

salvar la vida del infortunado Emperador. Riva Palacio ha ocupado después la Presidencia de la Corte Suprema (1876), ha sido Ministro de Obras públicas (1879), y anduvo en candidatura (1880) para la elección presidencial. Nombrado Ministro de Méjico en España (1887), aún permanece con grande estimación en la corte de Madrid. Su vida militar y política se halla descrita por él mismo en sus novelas; son las principales: *Calvario y Tabor*, *Monja y casada*, *Martín Garatuza*, *Las dos emparedadas* y *Don Guillén de Lampart*. Dirigió el periódico festivo *La Orquesta*, con caricaturas de Constantino Escalante, y fundó *El Ahuizote*. Con Juan Antonio Mateos ha escrito los dramas y comedias coleccionados en *Las liras hermanas*, y con Manuel Payno *El libro rojo*, de leyendas tradicionales. Ha publicado además un tomo de *Poesías*, y en Barcelona dirige el *Méjico á través de los siglos*, con la colaboración de D. Juan de Dios Arias, D. Alfredo Charezo, D. José María Vigil y Don Julio de Zárate. Antes había publicado en Méjico una *Antología* de los mejores poetas mejicanos. Ha usado varios pseudónimos en sus obras: el más frecuente *Rosa Espino*.

LA ROSA Y LA ESPINA.

QUINTILLAS.

¿Por qué con dardo punzante,
Dijo á la espina la rosa,
Te opones siempre arrogante
A que me toque anhelante
Una mano cariñosa?
Miro la blanca azucena
Que con su dulce perfume
Allá en la pradera amena
Con su beldad enajena
Y el tedio no la consume.

Y yo, triste, abandonada,
Nadie se acerca á mirarme,
Que siempre espina acerada
Amenaza despiadada
Al que se atreve á tocarme.
Y así, sola, sin consuelo,
Moriré, pidiendo en vano,
Presa de terrible anhelo,
Que llegue á librarme el cielo
De mi destino tirano.
Calló la sensible rosa,
Callando siguió la espina,
Y pintada mariposa
Vino alegre y vagarosa
Con el aura matutina.
Entonces gracioso niño
Llega á la rosa, la mira,
Y con infantil cariño
Tiende su mano de armiño,
Pero al punto la retira.
Hiere la espina su mano,
Burla la espina su intento,
Y, viendo su empeño vano,
Toma la azucena ufano
Y rota la entrega al viento.
¡Ay de la tierna doncella
A quien punzantes abrojos
No circundan; que si es bella
Verá eclipsarse su estrella
Con el llanto de sus ojos!

(De la colección de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.)



D. FRANCISCO GONZÁLEZ CAMPO.

D. Francisco González Campo nació en Guatemala el 26 de abril de 1832. Dedicado desde muy joven á la carrera de las letras, cultivó su talento en el estudio de la literatura, á pesar de tener que sostener con el producto de su trabajo el peso de una numerosa familia. Cursó algún tiempo la Medicina; pero al cabo dejó el bisturí por el laúd, y participando de las ideas patrióticas de su tiempo y abrazando aquéllas que se inspiran en un sentimiento más puro y nacional, hizo vibrar su lira en las estrofas de su canto *Á Centro América,* que constituye el himno entusiasta de su patria. Su elegía *Á la memoria de Manuel Diéguez,* como él poeta y patriota, y sus sentidos ritmos *Á la exhumación de los restos mortales de Flórez,* son sus más celebradas composiciones de este género. El Estado premió su talento empleándole en la Escribanía de Cámara y Hacienda, que aún tiene á su cargo. Pero los trabajos burocráticos nunca entorpecieron sus aficiones predilectas, y con Rafael Goyena Peralta y con Ramón Uriarte formó la *Galería poética centroamericana*, de la cual van hechas dos copiosas ediciones. Sus versos son todos inspirados y correctos. La mayor parte se han publicado en periódicos y almanaques guatemaltecos, y así se hallan perdidos en el olvido. Urge que las obras de González Campo se coleccionen, pues por su mérito ocuparán siempre un lugar de predilección entre la poesía americana del primer siglo de la independencia.

LA ROSA DEL CAMPO.

SONETO.

¿Por qué naciste, nacarada rosa,
Do no te cercan nardos ni claveles?
¿No era mejor que en plácidos verjeles
Tu fragancia exhalaras deliciosa?
¿O que ostentaras tu beldad vistosa
Del pensil en los mágicos doseles,
Donde mil flores te aclamaran fieles
Como reina por cándida y hermosa?
Mas poco importa que entre abrojos mores,
Si aquí también del llanto matutino
Disfrutas los benéficos favores;
Y estando aquí y en el edén divino,
Marchita te has de ver y sin olores,
¡Porque nada respeta el cruel destino!

(De la colección de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.)





D. CARLOS NAVARRO Y RODRIGO.

D. Carlos Navarro y Rodrigo nació en Alicante el 24 de septiembre de 1833. Desde muy joven cultivó la poesía, y á los diez y ocho años, en 1851, publicó en Alicante, alentado por sus maestros, un tomo de versos. Desde aquellos momentos la vida fué para él una serie no interrumpida de enérgicos esfuerzos para dominar la humildad de la cuna; las deficiencias de la posición social, estrecha de recursos, y el veneno de las emulaciones prematuras, que en los no dotados de prendas de superioridad amenguan las facultades del espíritu y los vuelos de la fe. Del limitado horizonte de la provincia se trasladó, más rico de deseos que próspero de medios, á Madrid, después que los sucesos de 1854 á 1856 produjeron por toda España uno de los violentos y periódicos sacudimientos que han llenado la historia de todo este siglo; abordó el periodismo, y al darse las fórmulas de la Unión liberal, cuyas ideas. con pasajeros eclipses, gobiernan desde entonces la monarquía, hízose notar con Alarcón, Casabal y Figueroa en la redacción de *La Época*, dedicado casi exclusivamente á la elucubración política. Las amenidades poéticas con que contribuyó á las coronas de Quintana y de la Avellaneda, ó con que celebró á la Reina Isabel después del frustrado regicidio del cura Merino, fueron abundancias de la edad juvenil y exuberancias del talento. En 1860 estuvo en África; después volvió á escribir con Lorenzana en *El Diario Español*, y con Mantilla, Alarcón y López Guijarro en *La Política*. Más tarde la *Revista de España*

publicó artículos de otro alcance, como el de *Casimiro Perier* y *La crisis en España*, y, por último, dió á luz libros histórico-políticos tan importantes como el *Itúrbide*, *O'Donnell y su tiempo* y *Cisneros*. Vencida la última anarquía revolucionaria el 3 de enero de 1874, el Duque de la Torre le llamó á desempeñar el Ministerio de Fomento, para el cual antes ya había sido propuesto cuando se habló de la *gente moza* para refrescar las esferas de la política. Después de la Restauración volvió á desempeñar esta cartera en el primer Ministerio Sagasta. En la actualidad es Presidente del Tribunal de Cuentas del Reino. Há tiempo que la Real Academia de Ciencias morales y políticas lo reclama á su seno. Linares Rivas escribió en 1878 su semblanza política.

A UNA ROSA.

ESTROFAS.

Salve, del prado la gentil sultana;
Salve, la flor más bella y primorosa,
La que primera brilla en la mañana
Purpúrea rosa;
Tú, flor, que naces cuando el día viene;
Tú, cuyas hojas dibujó la aurora;
Tú, cuyo broche del rocío tiene
Perlas que llora;
Pomposa creces en el tallo erguida
Haciendo alarde de lujosas galas,
Y al aura pura que te dió la vida
Tu esencia exhalas.
Flor la más linda en el extenso prado,
Tu rico esmalte con orgullo ostentas,
Y aunque de tantas el pensil sembrado
Rival no cuentas.

Mas ¿qué te vale tu hermosura vana
Que envidia acaso en el pensil excita,
Si habrás de ser, á tu pesar, mañana
Rosa marchita?
¡Ay! dudo, oh rosa, si cantar podría
Más que tus galas tu infelice suerte,
Pues de tus glorias en el mismo día
Hallas la muerte.
El sol radiante que te vió en Oriente,
Que tus bellezas alumbró en su paso,
Marchita ya, sin tu color luciente,
Te ve en su ocaso.
Con él naciste, rosa soberana;
Con él tú mueres en la tarde umbría:
¿Qué de tus pompas hallará mañana
El nuevo día?

Ensayos poéticos de CARLOS NAVARRO: Alicante, por D. José Marcili, 1851.—Pág. 7.





D. RAFAEL MACHADO Y JÁUREGUI.

D. Rafael Machado y Jáuregui, de Costa Rica, nació en Guatemala en 1834. Distinguido desde joven en su carrera literaria y política, sentó plaza en el partido conservador de su país y ejerció importantes empleos públicos durante la larga administración de Carreras, á que se da el nombre del gobierno de los treinta años. Cerca de los cuarenta tenía cuando en 1872 pasó á Costa Rica, donde se estableció, y como dice el editor de *La lira costarricense* (San José, Imprenta Nacional, 1891, tomo ij, pág. 143), «aquí han nacido sus hijos; aquí tiene su hogar; y si hay para los hombres tierra querida dentro de cuyos límites están los afectos del alma, Costa Rica es la patria de Machado.» En Costa Rica se ha distinguido como jurisconsulto; allí ha sido y es profesor erudito, periodista fecundo y oportuno, orador político de fácil y autorizada palabra. «Amarguras íntimas, añade D. Máximo Fernández, más que los años que cuenta, han cubierto su cabeza con la nieve de la vida;» no obstante, templa las adversidades del espíritu, ya con las castas musas, ya con el ejercicio de la caza, á que es muy aficionado, gustando recorrer á pie grandes distancias á través de las selvas primitivas de aquella región. En 1875 fué enviado por el Gobierno de Costa Rica á Roma en una misión especial diplomática, y á su regreso, en 1876, desempeñó la cartera de Relaciones extranjeras. En la Universidad de Santo Tomás, de la ciudad de San José, explica Derecho romano y penal y Literatura española. D. Ramón Uriarte, en la

Galería poética centro-americana (Guatemala, imprenta de la Unión, 1888, tomo ij, pág. 235), dice que Machado es «uno de los que honran al Parnaso de aquella región;» y D. Máximo Fernández, en *La lira costarricense*, añade: «Canta con naturalidad sus impresiones, y en sus poesías podéis leer la historia de un alma tierna y soñadora.» En 1875 publicó sus versos con el título de *Amor, esperanza y fe*, con un prólogo de D. José María Céspedes Fornaris, poeta de Cuba.

ROSAS BLANCAS.

ROMANCE.

Allá en mi niñez perdida
Tempranamente adoraba
A una niña, que hizo estériles
Las primicias de mi alma.
Si entonces me hubieran dicho
«Es mentira tu esperanza,»
Habría entrevisto el mundo
Como desierto sin palmas.
Aquel amor pasó pronto,
Con más brevedad que el alba;
Sólo me dejó un recuerdo:
¡Un ramo de rosas blancas!
Las conservé muchos años
Y con afán las besaba:
Las hice el primer romance,
Y al fin se volvieron ¡nada!
Luego una pálida joven
De cabellera castaña
Me hizo sentir hondamente
El poder de su mirada.

Tenía el conjunto armónico
Que ningún pincel retrata,
Y algo de las azucenas
Al abrirse en la alborada.
Mas nunca pude explicarle
Mis mal comprimidas ansias,
Porque, estando en su presencia,
Perdía trémulo el habla.
Y mi alma permanecía
Sólo de ese amor esclava,
Cuando ví pasar un féretro
Ornado de rosas blancas.
¡Ay! vibraron doloridas
Todas las cuerdas del arpa,
Y á los vientos entregaron
Armonías elegiacas.
Siempre las primeras flores
Del corazón nacen vanas;
Son las gotas de rocío
Al despuntar la mañana,
Nubes diáfanas que ondean
En el cielo azul en calma
Y un leve soplo del viento
Deshace sus tenues gasas;
Iris de bellos colores
Y de evanescentes franjas,
Que al aparecer anuncia
Las tempestades del alma.
Han corrido muchos años,
Y aun hoy por mi frente pasa
Una sombra de tristeza
Cuando veo rosas blancas.

Aparto de ellas los ojos,
Mas no la memoria ingrata,
Ora estén en los jardines
Abriendo las hojas albas,
Ora las vea en las fiestas
Religiosas ó profanas,
Lucir en ramos esbeltos
En festones ó en guirnaldas.
Pasan ¡ay! las ilusiones
Como del río las aguas,
Se deshacen como espuma
De los mares en borrasca.
De la nave que zozobra
Flotando queda una tabla,
En movimiento continuo
Sobre las ondas amargas:
¡Así entre sombras mortuorias
De mi alma en el fondo vagan
Melancólicos y tristes
Recuerdos de *Rosas blancas!*

Poesías de RAFAEL MACHADO: San José de Costa Rica, imprenta de Canalías, 1887.—Pág. 21.





D. LUIS VIDART.

D. LUIS VIDART nació en Madrid en 27 de agosto de 1835. Muy joven abrazó la carrera militar, entrando en el Colegio de caballeros cadetes de artillería de Segovia en 1849. Alternaba con los estudios facultativos su afición á las letras, y siendo alumno de Segovia vió impresas sus primeras producciones literarias en el periódico ilustrado *La Semana*. Otros artículos, novelas y biografías publicó en *El Semanario pintoresco español*, y algunas poesías en otros periódicos; no obstante, de 1854 á 1864 se dió á los estudios filosóficos, y después de haber publicado en el último de estos años su folleto *El panteismo germano-francés*, impugnando algunas doctrinas filosóficas de M. Renan, apareció constante adalid de sus ideas filosóficas en las controversias científicas del Ateneo de Madrid. De estos estudios, el más importante es el libro titulado *La filosofía española*, en que ha concentrado varios trabajos parciales hechos para la cátedra del *Ateneo* y la prensa de Madrid, Sevilla y Cádiz. Sus trabajos literarios son muchos; los más interesantes los relativos al autor del *Quijote* y *Los poetas líricos contemporáneos de Portugal*. Las cuestiones histórico-militares le deben muchas ilustraciones. Además de su obra *La instrucción militar obligatoria*, de que se han hecho dos ediciones, á él se debe la iniciativa en la publicación de las *Obras de Villamartín*, habiendo tenido una participación análoga en la celebración del centenario del Marqués de Santa Cruz de Marcenado. Su libro *Letras y armas*, del que se han hecho dos edi-

ciones, también es, como dice Navarrete, el *Laurel de Minerva,* semejante á *El laurel de Apolo,* de Lope de Vega. Ha escrito un drama: *Cuestión de amores* (1876), y antes una comedia: *Pena sin culpa* (1874). Al pedir su retiro, en 1873, era teniente coronel del arma de artillería y coronel de ejército. Aunque de cuna y hábitos ilustres, abrazó las ideas republicanas y fué Diputado á Cortes. Después de la restauración de D. Alfonso XII, hombre de orden y de ideas templadas, ha servido siempre á su patria, dando así pruebas de moderación y patriotismo.

LA ROSA Y LA PLUMA DE ACERO.

APÓLOGO INÉDITO.

—«¡Qué fea y que negruzca!
¿Y tu nombre? ¡Qué risa!
¡Pluma de acero! ¡Sea!
Si esto, como presumo, significa
Que el acero ha dejado
De ser ya la hoja limpia
De la tajante espada,
Que á los rayos del sol resplandecía,
Para trocarse en pluma,
Que, mojándose en tinta,
Escribe sin conciencia
Lo que la mente de su dueño dicta.»
Así hablaba la rosa
Que sus galas lucía
En la mesa de estudio
De cierta dama, ilustre poetisa;
Y al escuchar la pluma
Aquella diatriba,

Exclamó, reprimiendo
La expresión destemplada de su ira:
—«Si presumes de bella,
Tu vanidad olvida,
Que tu hermosura pasa
Fugaz como la luz que en lo alto brilla.
Si el relámpago rompe
La sombra ennegrecida
De tormentosas nubes
Que el huracán en su furor hacina,
Aunque fea y negruzca
Y manchada de tinta,
Leal sirvo á mi dueño,
Que por humilde y útil bien me estima.»
La rosa muy airada
A contestar ya iba,
Cuando en aquel momento
La noble dama, ilustre poetisa,
Llegándose á su mesa
Vió la flor ya marchita,
Y observó que la pluma
Por vieja y oxidada no servía;
Y pronto pluma y rosa
Se hallaban reunidas
En el lugar... me callo:
La espuerta no se nombra en poesía.
Mefistófeles, diablo
Que síntesis fabrica,
Exclamó sonriendo:
—«Confirmada mirad mi teoría.
Sí: yo lo niego todo;
La verdad es mentira;

Si alguna cosa existe,
Es con la dura condición precisa
De no ser permanente;
Y así mejor sería
Que no existiera nada,
Que es *el no ser* la esencia de la dicha.»
¡No inventes, Mefistófeles,
Engañosos sofismas,
Al ver la bella rosa
En miserable polvo convertida!
Levanta el pensamiento,
Abre los ojos; mira,
Demonio de la duda,
La rosa que perdió su lozanía,
Al pintor y al poeta
Belleza eterna inspira;
Sí: la materia inerte
En las obras del arte resucita.
Con la pluma de acero,
Nuevo cincel de Fidias,
El pensamiento humano
La verdad de la ciencia inmortaliza.
Rosa y pluma de acero
Vencen la ley impía
Que al destruir la forma
Pone en duda del bien la eterna vida.
Pluma de acero y rosa
Simbolizar podrían
La verdad de la ciencia,
Y la inmortal belleza, la poesía.

Madrid 26 octubre 1889.



D. JOSÉ DE NAVARRETE.

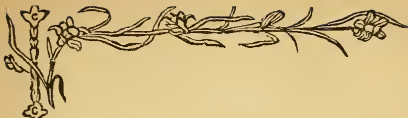
D. José de Navarrete y Vela-Hidalgo nació en el Puerto de Santa María (Cádiz) en 15 de julio de 1836. Fué alumno de la Escuela militar de Segovia, y sirvió en Artillería hasta el empleo de capitán; después en el de comandante pasó á Caballería. Profesó ideas republicanas y se sentó como Diputado en las Cortes de la revolución. El estudio de las matemáticas no ha entibiado el fuego de su imaginación meridional. En medio de la guerra de África escribía serenatas en verso á su *Concha*. Nunca coleccionó sus poesías, que tienen el aroma de una espontaneidad viril. Ha escrito novelas, flores de un día: como por su condición son esas obras destinadas á la distracción de la vida ociosa y que la vida ociosa y galante devora, encomia, abandona y olvida con extraordinaria y vertiginosa rapidez. *María de los Ángeles* (1883), *En los montes de la Mancha* y *Desde Vadrás á Sevilla,* son sus obras de este género. La crítica las encomió; su elegancia las introdujo en el favor del público, y cayeron ante nuevos productos de un arte que en Francia, de donde se nos exporta, constituye la industria y el lucro de la gente de talento. Á los intereses de la patria ha dado un libro importante: *Las llaves del Estrecho* (1882), el eterno pleito de España con Inglaterra acerca de Gibraltar. No puedo hablar de un libro del que, aunque tan opuesto el autor en ideas políticas, algunas páginas me corresponden. Los admiradores de Navarrete esperamos el de sus versos: ese será el que imprima á la posteridad el sello permanente de su privilegiado ingenio.

ROSA INMORTAL.

SONETO INÉDITO.

Las cenizas de un justo guarecía
La tierra, que prestaba generosa
Jugo á un rosal, donde la más hermosa
De las rosas de abril resplandecía.
Una y otra estación pasar veía
Siempre bella, lozana y olorosa,
Tanto que entre las flores nuestra rosa
Por *la flor inmortal* se conocía.
Un laurel que á la rosa contemplaba
Tal excepción causándole extrañeza,
—«¿Qué supremo poder, le preguntaba,
Guarda sin marchitar la gentileza?»
Y tímida la rosa contestaba:
—«Da vida la virtud á la belleza.»





D. CÉSAR CONTO.

D. César Conto nació en Quibdó (Estado de Cauca, Colombia) en 1836. En Calí, en el Colegio de Santa Librada, hizo sus estudios literarios (1849), y luego los del Derecho hasta el Doctorado en Caracas (1856). Favorecido con su claro talento y con dominio de la pluma y de la palabra, escribió poesías, no sólo eróticas, sino cívicas; en *La Revolución,* de Calí, y en *El Caucano,* de Popaya, emprendió ardientes luchas periodísticas, y por último, en 1860 y en 1876 tomó participación activa en las convulsiones políticas de su país. En el Estado de Cauca, donde Conto nació, llegó á ser Ministro de Hacienda y de Gobierno, y más tarde Presidente por voto popular. Habiendo representado al mismo Estado en la Cámara federal, volvió á ocupar en Bogotá una cartera durante el Ministerio Salgar. Desde 1886 es Cónsul general de Colombia en Londres, donde ha hecho una lujosa edición de sus *Poesías,* de las cuales hay también algunas en el *Parnaso colombiano.*

LA ROSA DE SU PRENDIDO.

ESTROFAS.

Flor preciosa que adornaste
La sedosa cabellera
De una mujer hechicera
Con tu rosado matiz,

Ostentando más graciosa
Allí tus vivos colores,
Que al brillar entre las flores
Como reina del jardín;

Ella tal vez, al mirarte
Tan fragante, tan hermosa,
Con sus labios, linda rosa,
Tus hojas acarició:
Guarda, guarda de aquel beso,
Flor primorosa, las huellas,
Que yo entre tus hojas bellas
Las buscaré con ardor.

Cuando, al espirar su aliento
En tu cáliz perfumado,
Me estremezca enajenado
En voluptuosa embriaguez,
Será más dulce el recuerdo
De las horas de ventura,
En que mi alma ansiosa apura
Las delicias del placer.

Si más tarde la fortuna,
Inconstante en sus favores,
Cambia en amargos dolores
Los goces que ahora me da;
Si en el seno de una hermosa,
Que tanta pasión inspira,
Puede anidar la mentira,
Puede caber deslealtad;

Tú me quedarás al menos,
Bella flor, como en emblema
De la ventura suprema
De esos momentos de amor;
Como una prenda querida
Que el navegante afanoso
Salva del mar proceloso
Donde todo lo perdió.

Recuerdo vivo y eterno
De una dicha pasajera,
Tú, mi dulce compañera,
Siempre serás, bella flor;
Y cuando más me persiga
El rigor de adversa suerte,
Hallaré sólo con verte
Un consuelo á mi dolor.

No con más ansia y codicia
Guarda el avaro su oro,
Que yo, cual rico tesoro,
Linda flor, te he de guardar;
Que si amor y juramentos
Da mi adorada al olvido,
Del placer y el bien perdido
Sólo tú me quedarás.

Te llevaré sobre el pecho;
Y si el dolor algún día
Clava en él con saña impía
Su emponzoñado aguijón,
Tú, con bálsamo suave,

Mitigarás mi tormento,
Dándome alivio y aliento
Al herido corazón.

Y no temas, flor preciosa,
Que se marchiten tus galas,
Porque no bate sus alas
El céfiro sobre tí;
Si no te acaricia el soplo
De la brisa, el llanto mío
Dará abundante rocío
Á tu corola gentil.

Versos de César Conto, *miembro correspondiente de la Academia Colombiana.*—Londres, por Gilbert and Rivington, 1884.—Pág. 47.





D. BENJAMÍN LENS.

D. Benjamín Lens nació en la ciudad de la Paz (Bolivia) en 1836. Al terminar sus estudios escolares, abrazó el Profesorado en la misma Universidad boliviana que le había tenido por alumno. Conciliando las pacíficas exigencias de la cátedra con las palpitaciones de la vida política, después de haber sido redactor de *El Telégrafo* y de *La Causa americana,* fundó *La Voz de la juventud*, con cuyo instrumento logró la investidura de Diputado por Megillones, donde después fué Prefecto. Con la política y la cátedra alternó sus aficiones literarias, y escribió varias comedias que fueron representadas con favorable éxito. También escribió versos sueltos, de los que en 1861 dió á la estampa un precioso volumen, denominado *Flores de un día.* Lens es poeta de imaginación y talento, que no ha hecho, sin embargo, de las musas el culto recóndito y exclusivo del alma.

LA ROSA BLANCA EN CAPULLO.

ESTROFAS.

Símbolo de la inocencia,
Duerme en tu tallo inclinada,
Que ya viene la alborada
Y tras ella ardiente sol.

No abras tus hojas de nieve,
Porque ese astro con su fuego
Puede marchitarlas luego
Y darlas al aquilón.

Comprime tus blandas hojas,
No te penetre el ambiente
Que con un beso inocente
Puede empañar tu esplendor;
¡Ay! no dejes que el rocío
Penetre tu casto seno,
Porque rebosante y lleno
Ahogará tu corazón.

Envuelta en blancos cendales
Duerme, flor, sin ilusiones:
Que silben los aquilones,
Truene el rayo matador,
Sin despertar, sosegada,
Duerme de cuidado exenta,
Que aunque ruja la tormenta
Tendrá de tí compasión.

Ojalá del sueño pases
Con tu inocencia á las tumbas,
Antes que al fuego sucumbas
De un infortunado amor;
Antes que el sol descolore
Tus blancas hojas de nieve;
Antes que el cierzo se lleve
Tu perfume á otra región.

¡Oh! virgen de la floresta,
Botón tierno y delicado,
Imagen de mi pasado
De inocencia y de candor;
Mi aliento tu hálito sea,
Mis lágrimas tu rocío,
Y el calor del pecho mío
Tu sempiterna estación.

América poética: poesías selectas americanas, coleccionadas por José Domingo Cortés: París, por Charaire, 1875.—Pág. 498.





D. VICENTE QUEROL Y CAMPOS.

D. Vicente Querol y Campos nació en Valencia el 27 de septiembre de 1836. En la Universidad valentina hizo los estudios de la Jurisprudencia, y en 1860 tomó los grados académicos. Hallándose en Valencia en 1865, el soldado y cronista de la guerra de África que tan alta reputación literaria ya gozaba, D. Pedro Antonio de Alarcón, oyó á Querol recitar su *Oda á las Artes*, de la que hizo un caluroso encomio en *La Epoca*, de Madrid, y desde entonces se profesaron una perenne amistad. En 1860, el mismo año que Querol concluyó sus estudios, el después Marqués de Campo le nombró Delegado en el ferrocarril de Tarragona á Valencia, teniendo que dejar enmohecer la lira de las musas entre las áridas tareas de los asuntos comerciales. Esto no obstante, Valencia hizo siempre sumo aprecio de los talentos de que estaba dotado, y en 1873 le eligió Presidente del Ateneo de aquella capital. Desde este puesto inició en 1874 la celebración del cuarto Centenario de la Imprenta en España, dando lugar á la polémica sostenida por Velasco y Santos y Bofarull y á la Memoria que sobre el mismo asunto escribió D. José de Torres, y él á su vez leyó en aquel acto su inspirada oda *Á la Virgen*. En 1876 vino á Madrid á las oficinas de los ferrocarriles de Madrid, Zaragoza y Alicante, de la que era Subdirector al morir en Bétera el 14 de octubre de 1889. Su círculo literario en Valencia constituíanlo Teodoro Llorente, Félix Pizcueta, Cristóbal Pascual y Genis, Pelegrín García Cadenas, José Rodríguez Guzmán, y los

decanos de las letras en aquella ciudad, D. Vicente Boix, Doı Pascual Pérez y D. José de Orga. Publicó en 1877 sus *Rimas*, y fué Presidente de los Jochs Florals en Barcelona en 1865, Mayoral del *Felibritge* de Provenza y Jurado del Milenario de Nuestra Señora de Montserrat.

CANCIÓN A LA ROSA.

Cuenta una vieja fábula, que cuando el Señor [quiso
Poblar de humanos seres el nuevo paraíso,
Aún virgen de dolor,
Puso en las manos trémulas de la primera esposa
El capullo entreabierto de la primera rosa,
Símbolo del amor.
Joya por los celestes artífices labrada,
Y para la que dieron sus luces la alborada;
Su blanca espuma, el mar;
Los invisibles ángeles, las gasas de sus velos,
Y el aire, los perfumes y aromas de los cielos,
Robados al pasar.
Para las ricas tintas de sus brillantes hojas,
Unieron del ocaso las llamaradas rojas
De Oriente al arrebol;
Pidiéronle al rocío sus perlas por tesoro,
Y formaron los pétalos de su corola de oro
Con los rayos del sol.
La rosa, desde entonces de la materia obscura
Fué la transfigurada esencia ardiente y pura,
Que asciende al ideal;
Y del arbusto humilde sobre la frágil rama,
Brilló tranquila y fúlgida, como la casta llama
De un pecho virginal.

De entonces que es la rosa como el sagrado [emblema
De toda inasequible felicidad suprema,
Que los ojos no ven;
Adorno en los festines, ofrenda en los altares,
Corona con que el vate, premio de sus cantares,
Ciñe la augusta sien.
Recuerdo de lejana felicidad perdida,
Prenda de un juramento de amores, que no olvida
Ninguno de los dos:
¿Quién sabe las historias de dichas ó de angustias
Que guardan de una rosa las pobres hojas mustias
Que el viento lleva en pos?
¿Quién sabe los misterios de su existencia breve?
¿Por qué la engendra y mata al mismo soplo leve
Del céfiro fugaz?
¿Por qué es la obra más frágil de Dios y la más [bella?
¿Por qué es la imagen triste de ese placer sin [huella
De la ilusión falaz?
Algo esa flor purísima de incomprensible es- [conde,
Como un reflejo vago de aquella patria donde
Reside el Sumo Bien.
No se engendró en el barro la incompatible esencia
Que en su divino cáliz aún guarda la inocencia
Perdida del Edén.
Por eso, en fiel memoria de aquella edad pri- [mera,
Cuando renace espléndida la verde primavera,
Vuelve esa flor gentil,

Como el eterno símbolo de aquel amor profundo
Que renueva el consorcio del cielo con el mundo
Á cada mes de abril.

ENVÍO.

Niña feliz, que duermes bajo el materno arrullo,
Como en cerrado huerto tiernísimo capullo
Dormido en un rosal;
Cuando esas flores mires abrirse en tus ventanas,
Piensa que son las rosas las cándidas hermanas
De tu alma celestial.





DOÑA MERCEDES VALDÉS DE MENDOZA.

Doña Mercedes Valdés de Mendoza, natural de Matanzas. Su primera composición, *La rosa blanca,* fué leída en una reunión literaria, y á ella sola mereció un nombre. Colaboró en muchos periódicos antillanos, principalmente en *El Aguinaldo, Cuba literaria* y la *Revista habanera* (1861). En Madrid y en Sevilla se reprodujeron algunas de sus poesías. No siempre la domina la nota del sentimiento tierno y dulce que constituye el alma de la mujer: su imaginación se eleva á veces á ideas enérgicas y sublimes, hasta tocar en los umbrales de la alta poesía. Cuando busca la nota piadosa, produce cantos como el de *La Virgen de las Mercedes;* cuando su numen se exalta, apostrofa *Al mar,* ó interroga al genio de *Colón* el secreto de la inmortalidad. Esta última oda *Á Colón* se tradujo al alemán y al inglés. Publicó dos volúmenes de rimas con laudatoria aprobación de R. Mendive y Bachiller. Al segundo de estos volúmenes, impreso en 1854, puso un prólogo el Dr. Zambrana, el cual dice en él: «Su nombre, ya tan popular y tan querido, lo guardará Cuba con orgullo, y en lo venidero brillará sin duda á la par de nuestra ilustre Avellaneda.» Las poesías que se han celebrado más de la Sra. Valdés de Mendoza, son: el soneto *Á Scévola, Fe, esperanza y caridad*, el *Canto del penitente, Un adiós á Guanabacoa*, *Á mi lira, La estrella blanca*. Cortés, en el volumen de *Poetisas americanas* que publicó en París en 1875, insertó algunas de sus obras, y su retrato y varias composiciones la *Galería de poetas* de Nueva Granada.

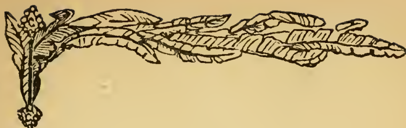
ROSAS DE INSPIRACIÓN.

SONETO.

Nacen dos rosas al rayar la aurora
Del suavísimo ambiente acariciadas,
Reflejando en sus hojas nacaradas
La imagen del placer fascinadora.
Del vivo sol la llama abrasadora
Hiere después sus hojas perfumadas,
Y cayendo en el suelo marchitadas
La temprana beldad se descolora.
Del mismo modo mi esperanza bella
Y mis sueños de gloria enardecidos
No dejarán de su existir la huella.
¡Ecos del corazón; cantos queridos:
En las densas tinieblas de mi estrella,
Tristes y osbcuros moriréis perdidos!

Cantos perdidos por la Srta. Mercedes V. de Mendoza: Habana, imprenta de Barcina, 1847.—Pág. 13.





DONA ADELAIDA DEL MÁRMOL.

Doña Adelaida del Mármol, natural de Santiago de Cuba. Colaboró en la *Revista de la Habana,* y murió en 1859. Del cuadro de sus composiciones poéticas se destaca *El jazmín de mi ventana*, que es un modelo de tierna sencillez y sentimiento. También es muy bello su poemita *La rosa y la violeta*. Amó la naturaleza, en cuyos encantos retrató los de su propio corazón.

LA ROSA Y LA VIOLETA.

APÓLOGO.

En un jardín delicioso
Ostentaba sus colores
Multitud de bellas flores
Al lucero matinal;
Mas entre todas lucía
Un lindo botón de rosa
Que la brisa cariñosa
Se gozaba en halagar.

Un rayo de sol brillante
Le regaló sus destellos,

Y abrió sus pétalos bellos
De un delicado color;
Y los aromas más suaves
De su cáliz se elevaron,
Y cual incienso llegaron
Hasta aquel rayo de sol.

Cerca de esa bella rosa,
Aunque escondida y secreta,
Hallábase una violeta
Casi oculta entre el verdor:
En sus pétalos sencillos
Brillaba una gota fuera,
Que derramó con ternura
El alba llena de amor.

En aquel jardín nacida
A un tibio rayo de luna,
Nube triste cual ninguna
Hasta esa luz le robó;
Y al regalar sus perfumes
A la bóveda radiosa,
La lágrima temblorosa
Era su adorno mayor.

Del pensil las otras flores
Murmuraron envidiosas
Contra las gracias hermosas
De la rosa virginal,
Y entre caricias mentidas
Amargaban la existencia
De aquélla que en la inocencia
Confiaba en su amistad.

Aquesta flor hechicera,
Sintiendo arder en su seno
Del desengaño el veneno
Que le hiriera sin piedad,
Bajó su hermosa mirada
Con amargura secreta
Y descubrió la violeta,
Pura y modesta beldad.

Al encontrarse ambas flores,
La angélica simpatía
Unióles con armonía
En su mutua soledad;
Sus penas se confiaron
En un lenguaje elocuente,
Y la violeta en su frente
Sintió un beso de amistad.

En este jardín cubano
Tú, semejante á la rosa,
Brillas, Matilde, preciosa
Por tu gracia virginal,
Y dichosa te contemplas
En el regazo materno,
Al influjo dulce y tierno
De ese amor tan celestial.

Mas ¡ah! ¡si el mundo en que entras,
Bella virgen candorosa,
Formando alegre y dichosa
Una tras otra ilusión,

Te ofrece crueles espinas
Que, ocultas entre las flores,
Te hagan padecer dolores
Como la rosa sufrió!

Vuelve tu hermosa mirada
Con amargura secreta,
Y en mí verás la violeta
Que te ofrece su amistad;
Y cual se confiaron ellas
Las penas de su existencia,
En plácida confidencia
Nuestras horas pasarán.

Cuba poética: colección escogida de las composiciones en verso de los poetas cubanos, por José Fornaris *y* Joaquín Lorenzo Luaces: Habana, por la viuda de Barcina y Compañía, 1861.—Página 221.





D. JUAN DE FASTENRATH.

D. JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

HERR JOHANNES VON FASTENRATH, el poeta alemán-español, nació en Remscheid (Prusia Rhiniana) el 3 de mayo de 1839. Su madre era apasionada de las letras, y en 1843 los esposos Fastenrath se establecieron en Colonia, donde su padre se dedicó á los negocios. De 1856 á 1860, Juan Fastenrath estudió Leyes en las Universidades de Roma, Heidelberg, Munich, París y Berlín, alcanzando en esta última la borla de Doctor. En 1864 visitó por vez primera á España, siendo los frutos de su viaje las obras poéticas que escribió en alemán, de 1865 á 1869, con el título de *Ramillete de romances españoles*, *Ecos de Andalucía*, *Maravillas hispalenses*, *Flores de Hesperia* y *Siemprevivas de Toledo*. Segunda expedición hizo á España en 1869, y entonces publicó, en alemán también, los dos tomos de *El libro de mis amigos*, en que tradujo obras poéticas de Hartzenbusch, Fernán Caballero, Zorrilla, Campoamor, Núñez de Arce, Valera y otros. Al mismo tiempo vertía á su lengua nativa algunas obras dramáticas de Diana y Echegaray; la novela *Pepita Jiménez*, de Valera, y el poema *La Visión de Fray Martín*, de Núñez de Arce. Desde 1872 empezó á ensayarse de escritor español como corresponsal de *El Argos*, de Madrid. El mismo año publicó las *Pasionarias de un alemán-español* (1872) y *La Walhalla y las glorias de Alemania* (1874-1886), de que van publicados seis tomos y el séptimo está en prensa. En 1881 escribió en alemán dos volúmenes sobre el *Centenario de Calderón*, traduciendo la Memoria de Sánchez Moguel premiada por la Academia de la Historia (*Calderón in Spanien:* Leipzig,

1882): posteriormente las *Elegías granadinas*, homenaje al Rey D. Alfonso XII por los terremotos de Andalucía; la epopeya titulada *Los doce Alfonsos castellanos*, y la *Coronación de Zorrilla*. Habiendo contraído matrimonio, volvió con su adorable Luisa á visitar á Barcelona y Madrid en 1888, y antes publicó en Viena sus *Días llenos de sol* (1882) y sus *Poesías amatorias* (1886). Ahora tiene en preparación una *Antología de poetas catalanes*, cuyo prólogo es un estudio profundo acerca del *Renacimiento regional*, contrayéndose exclusivamente á la manifestación literaria, pues Fastenrath, amante del poder y de la gloria de España, detesta toda tendencia parricida en las aspiraciones fantásticas de los ilusos que tienen una idea equivocada acerca del patriotismo. Fastenrath es hijo adoptivo de Sevilla, Correspondiente de nuestras Academias Española y de la Historia y Gran Cruz de Isabel la Católica. En España le amamos todos como un amigo y un hermano, y nuestro Parnaso ofrece á su nombre un puesto de honor.

D. José Lamarque de Novoa nació en Sevilla el 10 de agosto de 1828. Su padre, D. Juan Pedro Lamarque y de Hau, natural de Francia, era comerciante y se estableció en Sevilla en 1822, después de haber servido en la hueste del Duque de Angulema. Aunque nuestro poeta no siguió carrera alguna profesional, recibió bajo la dirección de sus padres la educación más esmerada, teniendo los mejores maestros para el latín, francés, italiano, alemán, historia y su filosofía y otros estudios análogos. El sol andaluz inflamó desde muy joven su numen, y aunque su padre quiso hacerle comerciante, él fué poeta. Después de los ensayos acostumbrados en las academias de la intimidad y en los periódicos literarios, que son en nuestro tiempo certamen siempre vivo despertador de la juventud, publicó en 1867, en Sevilla, un tomo de *Poesías líricas y leyendas históricas y tradicionales en verso;* mas al sobrevenir la revolución de 1868, dejó las musas por la política, y afiliándose al partido restaurador, luchó en los comicios provinciales por el

distrito de Alcalá de Guadaira. Sus servicios á la causa de la legitimidad, fueron recompensados en 1876 con la Gran Cruz de Isabel la Católica. Pío IX le concedió en 1876 la de San Gregorio Magno, y es además Comendador de la Orden Jerosimilitana del Santo Sepulcro, Caballero de la de San Juan y de la de Francisco I de las dos Sicilias y Cónsul Imperial y Real de Austria Hungría en Sevilla, Córdoba y Badajoz. El Sr. Lamarque de Novoa es además Correspondiente de la Real Academia de la Historia, individuo de la Comisión de Monumentos históricos de Sevilla, de número de las de Buenas Letras, Arcade romano y miembro honorario de otras corporaciones. En 1875 publicó, bajo el título de *España por D. Alfonso XII*, otro tomo que comprende sus poesías patrióticas. Sus últimas producciones han sido los *Recuerdos de las Montañas* (Sevilla, 1879) y *Desde la Montaña* (1883). Esta última lleva su nombre de arcade *Ibero Abantiade*. Fastenrath en Alemania y Rossi en Italia han traducido algunas de las poesías de Lamarque, así como otras de su señora, Antonia Díaz, la hermosa flor del Parnaso hispalense de nuestra época. También el *Budapester Salon-Blatt*, de Pest, ha publicado un retrato y la biografía de nuestro poeta (1880). Su residencia habitual la hace en la *Alquería del Pilar*, preciosa propiedad que posee en Dos Hermanas, que muchas veces se ha visto convertida en animada Academia de las musas.

Á LA ROSA.

ESTROFAS INÉDITAS ESCRITAS EN ALEMÁN POR FASTENRATH Y TRADUCIDAS POR LAMARQUE.

Salve, oh rosa, que pareces
Por las sílfides formada,
Por los genios perfumada
Para reinar en abril:

Tú embriagas mis séntidos
Con suavísimos olóres,
Y tus brillantes colores
Son la gloria del pensil.

Á tu aparición se visten
De fresca yerba los prados;
Los árboles coronados
De flores y hojas se ven,
Y el ruiseñor te saluda
Con sus trinos más suaves,
Y coro las demás aves
Se hacen en tu honor también.

Tú imperas en las comarcas
Benditas por el Eterno,
Donde jamás del invierno
Se siente el duro rigor;
Tú de Italia eres señora,
Sultana de Alejandría
Y reina de Andalucía,
Que es la tierra del amor.

En el templo, en los hogares,
Tus gratos perfumes viertes,
Y los salones conviertes
En primoroso jardín.
De anacreónticos goces
Tú renuevas las delicias,
Dando al amor tus primicias
En el campestre festín.

Tú acrecientas los placeres,
Das encanto á la belleza,
Y destierras la tristeza
Del sensible corazón;
Tú, al laurel entrelazada,
La sien del vate coronas,
Y la cadena eslabonas
De su primera ilusión.

Yo te adoro, rosa bella,
Y te amaré mientras viva,
Que el fuego por tí se aviva
De mi cariño y mi fe.
Y te adoro aún más al verte
Ornar la tumba sagrada
De mi madre idolatrada,
Á quien nunca olvidaré.

Sí, te adoro; y cuando brillas
Entre los blondos cabellos
De mi amada, á los destellos
De la luz crepuscular,
Ó si tu aroma respiro
Sobre su seno agitado,
Siento, de amor abrasado,
Mi corazón palpitar.

Ella en tanto, con voz dulce,
Que un ángel envidiaría,
Deliciosa melodía
Entona, oh rosa, en tu honor;

Tierna balada escocesa
Que á sentir al alma excita,
Y en cuyas notas se agita
Un poema de dolor.

Rosa postrera
Que, solitaria,
Tiemblas al soplo
Del vendaval,
Mientras yo elevo
Tierna plegaria,
Que á mis suspiros
Unida va.

Tú, tan hermosa,
Tan peregrina,
¿Llorando celos,
Como yo, estás?
¿Cual mi esperanza,
Rosa divina,
Tu vida en breve
Se extinguirá?

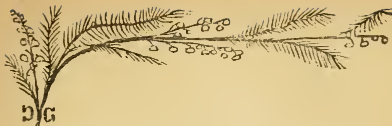
Si ya marchita
La nueva aurora
Y deshojada
Te ha de encontrar,
Que te posea
Déjame ahora;
Sobre mi seno
Reposarás.

Quizá así alcance
Yo los rigores
De tus pesares
Adivinar.
¡Ay! tú la historia
De mis amores,
La historia triste
Saber podrás.

Su melancólico acento
Extínguese en un suspiro,
Y velado en llanto miro
De sus ojos el fulgor.
Entonces los dos besamos
Tus hojas con embeleso,
Porque es, oh rosa, este beso
Emblema de nuestro amor.

Colonia-Sevilla, 1889.





JUAN DE ARONA.

D. Pedro Paz-Soldán y Unanue *(Juan de Arona)* nació en Lima en 1839. Completó su educación en los viajes, siendo tal vez el primer hispano-americano que ha recorrido casi toda Europa y la mayor parte de los países ribereños del Asia y África. La base de su cultura literaria es la imitación de los poetas de la antigüedad clásica, habiendo traducido en verso castellano las *Geórgicas* de Virgilio. Retirado á Lima, ha publicado en la capital del Perú los libros siguientes: *Ruinas; Ensayos poéticos; Poesías peruanas; Las Geórgicas de Virgilio* en verso castellano, y *Varias comedias*. Es uno de los poetas más ilustres de la moderna generación americana. Paz-Soldán y Unanue es Correspondiente de la Real Academia Española.

Á UNA ROSA.

SONETO.

Naces, vives y mueres entre espinas,
¡Símbolo triste de la vida humana!
Está á tu lado la amargura insana,
Y quizá venturosa te imaginas.
Las gotas del rocío cristalinas
Adornan tu corola soberana,
Y tú, alzándote espléndida y lozana,
Reina soberbia en el pensil dominas.

Y antes que el sol á tu sepulcro baje,
Muertas contemplo tus purpúreas hojas
Y cubierto de espinas tu ramaje.
Y opreso por mil bárbaras congojas,
Comprendo entonces con dolor interno
Que el gozo es breve y el pesar eterno.

(*De la colección de* D. Marcelino Menéndez y Pelayo.)

LA DIADEMA DE LAS NIÑAS.

REDONDILLAS.

No son, oh niña, no son
Las joyas con que te aliñas
Las armas con que las niñas
Nos hieren el corazón.
Si con su azulado brillo
Inflaman al más sereno
El prendedor en el seno
Y en la alba mano el anillo;
Si fascina y maravilla
Con sus vívidos cambiantes
Una estrella de diamantes
Que sobre la frente brilla;
Esa luz que se idolatra,
Ese lucero está bien
En la amortiguada sien
De la impúdica Cleópatra.
Mas tú, donde la campiña
Viste un ropaje risueño,

Debes buscar con empeño
Tu cofre de alhajas, niña.
  Por la más humilde rosa
Que libre en el campo medra,
Deja la brillante piedra
Y el ágata nebulosa.

....

  Deja á otra edad los atavíos bellos:
Tu juventud no há menester de ellos;
Déjalos ¡ay! para la edad postrema:
Una encendida rosa en tus cabellos
Es de tus años la mejor diadema.

América poética: poesías selectas americanas, coleccionadas por D. José Domingo Cortés: Sceaux (Sena), por Charaire, sin año.—Pág. 369.





D. EDUARDO DE LA BARRA.

D. Eduardo de la Barra y Lastarría nació en Santiago de Chile el 9 de febrero de 1839. Su padre fué durante diez años secretario de la primera legación de Chile en Londres, donde con Florez Estrada aprendió *Economía Política*, y su abuela Doña Mercedes López de Villaseñor fué poetisa. Dedicado á los estudios del comercio en Valparaíso, pasó luego á Santiago para seguir la carrera de ingeniero en el Instituto Nacional. No por esto dejó ni un solo momento de rendir el tributo de sus parcos ocios al cultivo de las musas, habiendo tenido por estímulo el segundo premio que obtuvo en un certamen abierto por el *Círculo de amigos de las letras*, en el que presentó un poema á *La Independencia de América*, y el primero en que tuvo por objeto conmemorar el recuerdo del abate Molina. Siendo Profesor de matemáticas sublimes en la Escuela Militar, publicó en 1868 su primer tomo de *Poesías*, y en 1871 dió á la estampa otro volumen de *Obras varias*. Ya desempeñaba en el Instituto Nacional, de que había sido alumno, las clases de literatura, historia, geografía y algunas del curso de matemáticas. En 1873 abordó las tareas del periodismo en *La Opinión*, de Valparaíso, y en 1875 obtuvo el cargo de Secretario general de la Exposición chilena. En 1878 fundó la *Academia de Estudios científicos y literarios* en el Liceo de Valparaíso. Desde 1864 puede decirse ha colaborado en casi todos los periódicos y revistas literarias que se han dado á luz en las diferentes repúblicas de la América que fué española. Es autor de

una *Métrica castellana*, escrita para la *Escuela de artesanos* de que fué también fundador. En la actulidad es Jefe de sección en el Ministerio de Hacienda de su país. Ha escrito de toda clase de materias y usado muchos pseudónimos: el de *V. Erasmo Gesuit* en sus *Saludables advertencias* contra la Compañía de Jesús; el de *Argos* en sus campañas políticas, y en otras obras los de Nestor de Villadrisa, Pedro Zorzal, Juan Bachiller y José López Villaseñor.

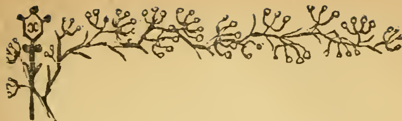
ROSAS DE INVIERNO.

MADRIGAL.

El cano invierno con su manto cubre
Los campos y las chozas,
Y en mi yerto jardín ¡oh dulce sueño!
En mi yerto jardín nacieron rosas.
¿Sueño ó estoy despierto? ¡Quién lo sabe!
¡Se sueñan tales cosas!
¡Y, aun despierto, se ven tales ensueños,
Que las miro, y aun dudo que sean rosas!
¡Lo sé! ¡Lo sé! Pues en el alma siento
Tus espinas, traidora:
—«¡Ha cruzado tu imagen por mi mente
Y en mi yerto jardín nacieron rosas!»

Rimas de D. Eduardo de la Barra: Santiago de Chile, imprenta de Cervantes, 1887. Pág. 116.—*Rimas chilenas*, por Eduardo de la Barra, *C. de la Real Academia Española*: París, 18;0.—Pág. 19.





D. RAFAEL SERRANO ALCÁZAR.

D. Rafael Serrano Alcázar nació en Murcia en 28 de octubre de 1842. Estudiando Derecho en la Universidad de Madrid formó parte de aquella generación en que juntos hicimos la misma campaña de la notoriedad en círculos, ateneos, reuniones y periódicos, de 1863 á 1866, Becquer y Rodríguez Correa, Ramón Chico de Guzmán y Eusebio Blasco, D. Francisco Silvela y Fernández Bremón, Grilo y Fernández Flórez, Amós Escalante y Santiago Liniers, los hermanos Príncipe y el malogrado Pinel, Melchor Palau y López García, Martínez Monroy y Evaristo Silió, y otra multitud que escapan á mi memoria. Después de haber oído en los salones las odas *Á Colón*, *Á Moisés* y *Al Ictíneo*, de Serrano Alcázar, diólo á conocer Eduardo Asquerino abriéndole las columnas de *La América*. Á poco apareció su primer tomo de *Poesías* (1866), que fué muy bien recibido, y completando con los literarios los lauros académicos cuidó de tomar participación en las palpitaciones de las ciencias sociales, jurídicas y politicas, terciando en los debates de la Academia de Jurisprudencia y del Ateneo y formando parte en las redacciones de los periódicos políticos. En la Academia de Jurisprudencia reemplazó á D. Francisco Silvela en la presidencia de la Sección de Derecho político, para que fué elegido, y en la prensa tomó puesto en *La Patria*, por sus ideas liberales conservadoras y por su adhesión personal al Sr. Cánovas del Castillo. Para dedicarse al foro, se retiró de Madrid á Albacete; mantuvo su fe monárquica y figuró entre

los partidarios de la candidatura del Príncipe D. Alfonso durante el período revolucionario; varió de estado, y constituyó familia. Fué la restauración para él el triunfo de sus ideas, y con posición independiente aceptó, en tres elecciones generales consecutivas, la representación en Cortes de la ciudad donde había fijado su residencia. También despertó entonces de nuevo á la vida literaria, publicando en 1871 sus *Últimos cantos;* en 1883, *La corona de mi tiempo;* en 1884, *Cuentos negros ó historias extravagantes;* en 1887, *Política y Literatura;* en 1888, las *Hojas veraniegas,* y en 1889, la primera y segunda parte de *La mujer alegre.* La política le ha dado la posición culminante de Vicepresidente del Congreso, Subsecretario de Gobernación y la de Fiscal del Consejo de Estado, y su musa, siempre ingeniosa, revela que Serrano Alcázar debiera refrigerar más asiduamente los vuelos de su espíritu en la trinchera de Madrid, como cuando brillaba en la flor de su juventud en *El Liceo Piquer,* de donde fué tanto tiempo el favorito, ó se iniciaba en la carrera pública literaria en las columnas de *La América.* del *Museo Universal* y de la *Ilustración Española y Americana.*

Á LA ROSA.

SILVA INÉDITA.

Ya en encendida púrpura reflejes
La pasión amorosa;
Ya con blancos cendales te asemejes
A tierna virgen, casta y pudorosa;
Ya, por tu nombre, en tu corola dejes
Lucir tus galas de color de rosa;
Siempre tú, flor preciosa,
Hurí de los pensiles orientales,
Serás en la natura
Honor de la hermosura;

Ya tu perfume exhales
Entre flores vencidas, no rivales;
Ya satisfecha en ardoroso día,
Sujetes al amor, y allí le venzas,
Entre las negras trenzas
De una hermosa mujer de Andalucia.
Salud, galana flor, nido de amores,
Fuente de poesía,
Ideal de las formas y colores
Que arrebatan la humana fantasía;
Tú bajaste del cielo al paraíso
De la eterna belleza por trasunto,
Porque el Eterno quiso
Ofrecer en un punto,
Dándole á la natura como templo,
Del supremo poder preciado ejemplo.
Tributen lenguas mil en dulce coro
Merecidos loores
Al suave aromo de botones de oro;
Al sencillo jazmín, rico en fragancia;
A la culta elegancia
De la gardenia ilustre, y al de fuego
Rojo clavel, que como tú arrebola
A la dama española,
Y también, como tú, quita el sosiego.
Mas ¡ay! que sólo tú, por más que mores
Entre aromas, jazmines y claveles,
Siempre serás orgullo de verjeles,
Siempre serás la reina de las flores.

Albacete, julio de 1889.



EL DUQUE DE ALMENARA ALTA.

D. José María de Martorell y Fivaller, tercer Duque de Almenara Alta, Marqués de Monesterio, nació en Ciudadela (isla de Menorca) en mayo de 1843. Su padre, D. Gabino, Marqués de Albranca, Diputado y después Senador del Reino, le trajo á Madrid desde niño á educar, y en las aulas universitarias estrechó fraternales relaciones de amistad con los dos Pidales, el actual Marqués y su hermano D. Alejandro, honor de nuestra tribuna parlamentaria, con D. Federico de Arrázola, con Don Enrique Pérez Hernández, con el que fué Canónigo de Madrid-Alcalá, D. Liborio Acosta de la Torre, y con toda aquella brillante juventud católica y patricia que en 1866 fundó *La Cruzada,* revista en que tuve el honor de hacer en Madrid mis primeras armas en la poesía; en 1868, bajo la presidencia del egregio Marqués de Viluma, el viejo, el *Círculo católico,* y después la *Revista científica y literaria.* Su pluma y palabra estuvieron siempre en la palestra para defender los fueros de la Iglesia y la unidad de la fe, así como los derechos de la dinastía proscrita por la revolución de 1868, y los principios del orden juntamente con los de la bien organizada libertad moderna. Hecha la restauración, Cánovas del Castillo le contó en el número de sus adeptos y lo llevó al Parlamento, representando el distrito de Balaguer (Lérida). Murió, como Pérez Hernández, antes de que la generosa planta diera su lozana flor; pero su estro poético ya había producido obras del ingenio suficientes para asegurarle un puesto honorífico en nuestro

Parnaso moderno. Recogidas estas obras por una mano amante y cariñosa, se publicaron póstumas, con un prólogo de D. Juan Valera, bajo el título de *Poesías del Duque de Almenara Alta, Marqués de Monesterio* (Madrid, por M. Tello, 1887). Maura grabó el retrato del poeta. Al morir ya había sido el Duque Presidente de la primera Asamblea general de la Juventud Católica, Académico Profesor de la Matritense de Legislación y Jurisprudencia, Gentilhombre de la Cámara de S. M. con ejercicio y servidumbre, Caballero del Hábito de Calatrava, Maestrante de Valencia y Gran Cruz de Carlos III y de San Gregorio el Magno. «No hay en los versos del Duque de Almenara intención de engañar, ni pretensión de persuadir y de mover las almas á un fin previsto. Son los más de ellos como soliloquios, como desahogos de su corazón y, sin embargo, enseñan, persuaden y mueven. El clarísimo ejemplo de la paz de su alma, revelada y no fingida, induce á imitarle, y despierta en el lector como una *envidia santa*.» (J. Valera.) El Duque de Almenara murió tempranamente el 21 de septiembre de 1886.

LA ROSA.

SILVAS.

I.

Hermosa flor, de su divina mano
Inolvidable don, ofrenda pura
De nuestra fe; ¡cuán rica me pareces
En aromas! ¡Cuán rica en hermosura!
Al soplo de los céfiros liviano
Leda tu frente sonrosada ofreces,
A su compás te meces,
Mostrando aprisionadas

Las hojas delicadas
En breve cerco de rizosas plumas,
Nido de perlas, tálamo de espumas.
¿Quién te ha prestado el peregrino aliento
Con que en torno perfumas?
¿Quién tu beldad, orlada de contento?
¿Viste el rayo primero matutino
En la estación fugaz de los amores,
Y hermosas como tú, cual tú fragantes,
Rivales tuyas, germinar cien flores?
Que es otro tu verjel, rosa, imagino,
Otra la luz que engendra tus cambiantes,
Otros son los instantes
Primeros de tu vida:
¡Oh flor, enaltecida
Como ninguna flor! ¿En qué remoto
Clima naciste? Dí, ¿qué sol ignoto
Por vez primera coloró tu frente?
Tu botón al ver roto,
¿Qué cefirillo te besó impaciente?
Tu patria es el amor; amor tu cielo;
Amor tu sol, tus auras, tu rocío;
Para el amor tus hojas se enlazaron
Del rayo del amor al poderío.
Yo lo ví, yo lo ví con dulce anhelo:
Las manos de mi bien te aprisionaron
Y forma te prestaron,
Y su mirada ardiente
Clavando en tí riente,
Tu airoso cerco mágico surgía,
Y las tocas del alba revestía;
Y su labio en tu seno se posaba;

Y tu seno latía,
Y su fuego tus pétalos rizaba.
 Y tan bella al mirarte el ángel mío,
Del más férvido gozo en el exceso,
Vila tu sien de aromas coronando
Con un fogoso, inacabable beso.
Faltábale una gota de rocío,
Y de amor una lágrima surcando
Su mejilla, rodando,
Vino á regar tu seno,
Ya de perfumes lleno,
Y fresca y aromática y hermosa
Reina te alzaste de las flores, rosa.
¿Cuál no envidia tu cuna y tu destino?
¡Oh flor! flor venturosa,
Eterna calma borde tu camino.
 ¡Oh Cancro! ¡Oh cierzo! ¡Oh tempestad bravía!
¡No lleguéis á mi flor! Auras sonoras,
De suspiros de amantes perfumadas,
Si de la noche en las serenas horas
Libar queréis amores y alegría
Para volar á tierras apartadas,
Donde almas desoladas
Lloran de amor vaivenes,
Besad, besad las sienes
De mi flor adormida; pero el sueño
Que goza no interrumpa vuestro empeño.
Soñando está placeres seductores,
Soñando con mi dueño:
No turbéis el soñar de los amores.

La Cruzada: Madrid, por R. Vicente, 1868.—Tomo ij, pág. 5, núm. 51.

LA ROSA MARCHITA.

II.

Con prestas alas, que aligera el viento
Del placer, la beldad rápida vuela
Al término fatal de su camino,
Y de un día en el término encarcela
La cuna y el sepulcro. Fué un momento
Que, por mi mal, pasó. ¡Cuán peregrino
Tu encanto! ¡Cuán divino
Tu aroma! ¡Cuán hermosa
Tu color, pobre rosa!
Al verte enloqueció mi fantasía,
Y por bella, inmortal te concebía.
De vida llena, te besó la aurora;
Embelleciste un día,
Y al otro el nuevo sol tu muerte llora.
Tu purísimo seno, los rientes
Matices de tu airoso cerco alado,
Tu aliento de ambrosía, ¿qué se hicieron?
El deliquio del goce ambicionado,
Las esperanzas sin cesar crecientes
Que á tu vista en mi pecho se encendieron,
¿Adónde, adónde fueron?
En vano, flor hermosa,
Mi labio portentosa
Vida á la muerte dar loco pretende,
Mil veces, mil, del fuego que le enciende
En el ardor bañándose divino,
Que el alma no comprende
En hermosura tal tan triste sino.

En vano, en vano, en ardoroso riego,
Mustia al verte, mis lágrimas regaron
Tu seno, ayer envidia de la aurora;
En vano mis suspiros invocaron
La llama de aquel sol que adoro ciego,
La llama de aquel sol deslumbradora,
Que la primera hora
De clara luz bañaba,
Y tu frente rizaba,
Y en manto de perfumes te envolvía;
Tierna mi voz en vano repetía
El acento de amor que te inundaba
De placer aquel día
Que en mis manos su diestra te dejaba.
Sin forma, sin cambiantes, sin perfumes,
Pálida, seca, triste y enojada,
Inútiles esfuerzos porfiaban
Para darte otra vez beldad y vida.
Ya mi beso postrero en tí consume
Todo su ardor; tus hojas se encrespaban
A su fuego, y bordaban
Tus sienes resplandores
De mágicos colores;
Mas súbito desgájanse las hojas,
Y á merced de los vientos las arrojas;
Desnudo el tallo entre mis manos miro,
Y á do vuelan sus rojas
Plumas envía el postrimer suspiro.
Ni parte fué del hado la crudeza
A desarmar del sol de tu hermosura,
Ni el ser hija feliz de los amores,
Ni el ser de inmenso amor ofrenda pura.

¿Si gozar otra vez de la belleza
De la patria pudieras, los albores
De su luz, los olores
De su célico ambiente,
Reflejando esplendente
El sonrosado nácar de tu seno
Aquel semblante, de ternura lleno,
A ser flor y á ser bella tornarías,
De tu vida el ameno
Curso midiendo un sol de eternos días?
Imposible: ¿no ves, no ves cuál vuela
Más rápida la vida, más hermosa,
Sin que renazca al fin de su camino?
Tu forma y tus colores ¡pobre rosa!
Solo entre sombras el recuerdo vela;
Que tal es de las flores el destino.
Pero queda el divino
Aroma que, volando
Al cielo, va buscando
Y llega al fin á un campo, donde viven
Perennes los perfumes que reciben
Su fragancia de férvidos amores:
Y dos almas conciben
Que allí tu aroma esté, flor de las flores.

La Cruzada: Madrid, por M. Rivadeneyra, 1868. Tomo ij, página 223, núm. 23.—*Poesías del* Duque de Almenara Alta, Marqués de Monesterio, *con un prólogo de* D. Juan Valera, *de la Real Academia Española:* Madrid, imprenta de Manuel Tello, 1887. Págs. 161 y 165.—En la edición de 1887 estas dos composiciones han sido corregidas, ignoro si por mano propia ó extraña. He preferido la edición de *La Cruzada* que despierta en mí los recuerdos de mi antigua amistad al poeta, y porque las considero más espontáneas, más inspiradas que después de las correcciones póstumas.



D. ANTONIO FERNÁNDEZ GRILO.

D. ANTONIO FERNÁNDEZ GRILO nació en Córdoba el 16 de enero de 1843. Como ha escrito en su elogio D. José Alcalá Galiano, «la naturaleza fué la madre de su espíritu.» De su madre Doña Magdalena Grilo, tomó en el amante regazo las inspiraciones del amor, la ternura de los afectos, la fe cristiana y el misticismo soñador que transpiran sus versos. El fuego del genio le arrancó de su suelo de flores y lo arrojó en Madrid; aquellas flores del suelo natal, de la amable niñez, del hogar de su madre, han sobrevivido y sobrevivirán toda su vida en su corazón, y como luz de su fantasía entre las arideces y los artificios de esta acabada naturaleza de Castilla y de este tráfago mundanal de la corte. ¡Los primeros pasos de Grilo en Madrid! ¡Cuántos recuerdos para los que hemos hecho el mismo calvario de la notoriedad! Grilo era el genio y en todas partes se impuso. Desde el escenario del Liceo Piquer y las tertulias íntimas sin nombre pasó pronto á los salones aristocráticos, á las cámaras de los Reyes y á los más encumbrados altares de la publicidad. Por un raro contraste de la condición tirana de nuestros tiempos, han sido sus Mecenas hombres de ideas tan disconformes como el egregio Conde de San Luis, el no menos ilustre González Brabo, Ruiz Zorrilla (el bú del sosiego públi-

co), la espléndida Doña Isabel II, Reina más grande y magnánima que afortunada, y el Rey D. Alfonso XII *el Malogrado.* Escribió en periódicos: en *El Contemporáneo* con Alvareda, con Becquer y Correa, con Valera y Fabié; en *El Gobierno*, con Catalina, con Antequera, con Liniers; en *La Libertad*, con López Martínez y las últimas hechuras de Sartorius; en *El Tiempo* bajo el Conde de Toreno, con Cárdenas, con el Barón del Castillo de Chirel y con el Vizconde de Campo Grande. Sus odas *Al mar* y *El Águila* formaron su primera aureola: *Las Ermitas,* la *Noche Buena, El invierno, El campo, La monja* fueron el trono de su reputación. Una suscripción de damas Grandes de España costeó la publicación de su *Oda al Príncipe Don Alfonso.* La Reina Doña Isabel hace á sus expensas la tercera edición aun nonnata de sus *Poesías*, impresas ya en Córdoba en 1869 y en 1879 en Madrid. Durante el primer ministerio de Cánovas, el gran restaurador y canciller de la monarquía española, abrió una noche los salones de su casa para que Grilo diera una velada poética á una corte de damas Grandes en nobleza, en lealtad monárquica y en hermosura. Su retrato moral en ninguna parte se ha hecho mejor que en el periódico de los Estados Unidos *The Sun* de 1881. En él se le compara á Horacio y se le da el título del primer poeta de la naturaleza en España. La Academia le llama y le espera.

LA ROSA DE TU VENTANA.

QUINTILLAS INÉDITAS.

De los búcaros galanos
Con que adornas tu ventana,
De sus capullos tempranos
Hoy llega una flor lozana
De tus manos á mis manos.

El alma absorta se entrega
Al recuerdo de otros días,
Y duda mi mente ciega
Si es tu rostro el que me envías,
Ó es la rosa la que llega.

Si el alba madrugadora
No la prestó su rocío,
Esta flor encantadora
Acaso tuvo su aurora
En tus ojos, amor mío.

Y si el marzo se adelanta
A las rosas del rosal,
Es porque la humilde planta
Se entreabrió de tu garganta
Al aliento virginal.

Ante esta flor pudorosa
Que para mí cuidarías,
No imito á la mariposa,
Pues para mí no hay más rosa
Que la rosa que me envías.

Prisionera en tu aposento
Besada por aquel viento
Que tu sueño arrullará,
Ella nació donde está
Cautivo mi pensamiento.

No del campo la pradera
Para su trono eligió,
Que encontró su primavera
En la andaluza hechicera
Cuya reja perfumó.

Nadie arrancármela intente,
Porque, en mi amoroso afán,
Cuando del mundo me ausente,
La pobre rosa inocente
Con mi cuerpo enterrarán.

Y si en mi sepulcro frío
Brotase una flor mañana,
Denle tus ojos rocío,
Que aquélla será, amor mío,
La rosa de tu ventana.





D. JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

D. José Alcalá Galiano y Fernández de las Peñas nació en Madrid el 1.° de mayo de 1843. Después de haber practicado los estudios para ingresar en la Academia de Artillería, desistió de su propósito y emprendió en la Universidad el curso de algunas asignaturas sueltas, adquiriendo gran familiaridad con los idiomas así vivos, como sabios, con la literatura de todos los países y con algunas asignaturas de Derecho. Sus juegos de niño se empleaban en hacer periódicos, y á los quince años fundó con los hijos del Marqués de Goicorrotea uno que titularon *El Porvenir*. Todavía imberbe hízose ya conocer en los dominios serios de las letras, escribiendo poesías y artículos áticamente humorísticos que se publicaron en *La Época*, en *El Contemporáneo*, en la *Revista de España* y en otros periódicos. La necesidad de asegurar su carrera, después de haber desempeñado algunos puestos en la administración civil, le llevó á la Carrera consular desde el Archivo del Ministerio de Estado, á que estuvo adscripto, y con este motivo pasó largo tiempo en los Consulados de Civitavecchia, Jerusalén, Charleston y Newcastle. Su posesión de las lenguas vivas le ha permitido escribir poesías en francés y pronunciar discursos en francés y en inglés en varios Liceos extranjeros. Han sido notables sus artículos de crítica literaria sobre Leopardi y Lamartine, y sus traducciones en verso de una parte de las *Geórgicas* de Virgi-

lio (inédito), de los poemas dramáticos de Lord Byron *Sardanápalo, Caín y Manfredo*, publicados en la *Colección de Autores Castellanos*, y de las tragedias y comedias de Shakespeare *Hamlet*, *Machbet* y *El sueño de una noche de verano*. En 1875 dió al teatro del Príncipe Alfonso la comedia lírica *El aire de una mujer* y ha quemado otros diez dramas originales que había escrito. Tiene publicadas novelas como *La bruja del ideal, El túnel, La media naranja* y *El último wals*, todas de un corte ático y elegante, y sus poesías más celebradas son *El estereoscopio social* (1871) y las odas al *Monte Cenis*, *Átomos*, *El Titán* (descubrimiento del vapor) y la *Plegaria de Silvio*. En medio del sentido humorista de la mayor parte de sus obras, cuando ha querido remontar el vuelo, su pensamiento, que se cierne en alta cumbre, ha tratado de conciliar la poesía con la ciencia moderna y sus conquistas. La traducción del *Fausto* de Marlow es la última de sus obras poéticas.

ROSIFICACIÓN.

ESTROFAS INÉDITAS.

Rosalía Rosales, la florista,
Me regaló un rosal con doce rosas,
Que deleitaban el olfato y vista
Por lo muy odoríferas y hermosas.

Tanto me deleitaron, que á las doce
Las hice mis queridas, mis sultanas;
Su tiesto fué mi harem: ¡bien se conoce
Que amor tiene aficiones musulmanas!

Perfuma que perfuma noche y día,
Y yo huele que huele día y noche;

Aquello era de aromas una orgía,
Aquello de olfateos un derroche.

Para probar mi amor yo las regaba
Con agua del botijo y del Lozoya,
Y yo en agua de rosas me bañaba:
Para mí cada flor era una joya.

¡Que feliz me sentía con mis flores!
¡Y ellas con mis cuidados qué felices!
Ellas, dando su amor con sus olores;
Yo, dándolas mi amor con mis narices.

Eran mis doce amadas tan bermejas,
Tan olientes, tan dulces y sabrosas,
Que á chuparlas venían las abejas,
Y á besarlas las áureas mariposas.

Celoso como un turco, mi castigo
Era aplastar los pérfidos insectos,
Que, sin contar con ellas ni conmigo,
Tan al vivo mostraban sus afectos.

De los rayos del sol las defendía
Con un toldo de sedas orientales;
Del viento asolador las protegía
Tras el muro de luz de mis cristales.

Una mañana... ¡Adiós oliente goce!
Al salir al balcón... ¡Oh desconsuelo!
Las rosas de mi amor... ¡Todas las doce
Yacían, deshojadas, por el suelo!

¡Todo inútil! ¡mi afán! ¡mi regadera
Con el agua más fresca del botijo!
¡Ah! la ilusión es rosa pasajera,
Que dijo... ya no sé ni quién lo dijo.

Casi, casi lloré desesperado
Ante golpe tan bárbaro, tan rudo:
Como estaba de amor *rosi-ficado*,
Me sentí, de dolor, *rosi-viudo*.

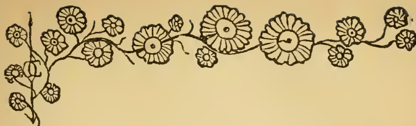
¡Mis rosas!... ¿Dónde fueron arrojadas,
Pobrecillas, las doce?... ¡A la basura!
Lo mismo que las dichas deshojadas
Que el Tiempo barre con escoba impura.

Al fin me resigné, tuve paciencia:
¿Qué le iba á hacer? Llegó, graciosa y lista,
Para dar el remedio á mi dolencia,
Rosalía Rosales... la florista.

Ella me supo demostrar dos cosas,
Con dos abrazos y adición de un beso:
Que son mucho más firmes y sabrosas
Las rosas sin olor de carne y hueso.

Junio, 1891.





D. JOSÉ ANTONIO SOFÍA.

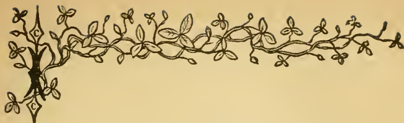
D. José Antonio Sofía nació en Valparaíso en 1843. En las aulas de su patria, en donde fué discípulo de D. Andrés Bello, adquirió una gran cultura de espíritu y un exquisito gusto literario. Siendo estudiante en el Colegio de San Luis de Santiago, aparecieron en las columnas de *La Voz de Chile* sus primeras producciones poéticas. Revelado de esta manera el talento que los estudios maduraron, fué promovido en 1864 á la Dirección de la Biblioteca Nacional Chilena. Seis años desempeñó este puesto, hasta que en 1870 pasó al de Intendente general político de la provincia de Aconcagua. En 1871 se le dió la Subsecretaría de Estado en el Ministerio del Interior, y dos años después pasó á Colombia con el cargo de Ministro de su país. En medio de los grandes servicios que allí prestaba, le sorprendió la muerte en 1884 en la lozanía de la edad y de la madurez viril. Sus *Poesías líricas* se publicaron en 1875, y en 1878 otro nuevo libro titulado *Hojas de otoño*. Sofía tiene en sus obras poéticas excelsitud lírica, bien modeladas formas y exquisita elocución. Sus pensamientos responden más bien á los sentimientos íntimos del poeta que á la severa reflexión del filósofo. Sus poesías son brotes del corazón. Fué Académico de la de Bellas Artes de Santiago, Presidente honorario del Ateneo de Bogotá y premio de medalla de oro por su poesía *Machimalenco* en el certamen de 1877. Sus producciones poéticas todas se han coleccionado en los *Poemas y poesías* de J. A. Sofía, publicados en Londres, por Juan M. Fonnegra, 1885.

MENSAJE DE ROSAS.

ESTROFAS INÉDITAS.

Como el que adora ausente es casi un muerto,
Y el cariño de un muerto á nadie ofende,
Para hallar á tus pies su ansiado puerto
Un pedazo de mi alma se desprende.
Pedazo de mi sér son estas rimas:
Con unas rosas que cogí llorando
Van á saber si en algo las estimas,
Ya que en ellas mi espíritu te mando.
Emblema de mi afán son esas flores
Que hoy de aroma y perfume hacen alarde,
Y que muertas, sin brillo y sin olores,
A esas tus manos llegarán muy tarde.
Muy tarde, sí: cuando el calor estivo
Rastro no deje ya de primavera;
A impulsos de ese sol de que me privo,
¡Menos bello que tú, niña hechicera!
Mientras en mi pasión veo mi gloria
Y es todo mi placer soñar contigo:
¿Se apagó mi recuerdo en tu memoria?
¿Alguna vez te acuerdas de tu amigo?
Si me olvidas, no sé: pensar no puedo
En tal momento, que me deja frío.
¡La existencia sin tí me infunde miedo!
¡Ah! ¡No me olvides por piedad, bien mío!
Que los cielos piadosos te bendigan;
Que te oculten el mal que me devora,
Y que esas rosas, sin color, te digan:
¡Lejos de tí se muere quien te adora!

(*De los MSS. autógrafos del colector.*)



D. MELCHOR DE PALAU.

D. Melchor de Palau, Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, nació en Mataró (Cataluña) el 15 de octubre de 1843. En Mataró y en el Instituto de Barcelona hizo sus estudios de Humanidades, Filosofía y Letras, y después vino á Madrid á la Escuela del Cuerpo de Ingenieros, dedicándose simultáneamente al estudio fatigoso de las altas abstracciones matemáticas y al insinuante culto de las deidades del Pindo. Pronto los periódicos de Madrid revelaron con sus composiciones líricas la existencia de un poeta más á los aficionados de las letras, y el siempre protector de alumnos nuevos en el templo de Apolo, D. Manuel Cañete, á quien los que le amamos le lloramos recientemente perdido, hizo entender que el poeta que nacía no era de los vulgares en este siglo, en que se necesitan tantas condiciones de superioridad para distinguirse, al escribir el prólogo que fué como á manera de presentación al público del primer libro de *Cantares* que Palau dió á la prensa en 1866, cuando se hallaba en el tercer año de su carrera, y de cuyos *Cantares* van hechas desde entonces cinco numerosas ediciones. Entre tanto, en 1867 el poeta concluía sus estudios; tomaba plaza activa en los trabajos del Cuerpo facultativo en que ingresó, y emprendió los universitarios para hacerse además Abogado en 1871. Construyendo carreteras y ferrocarriles, levantando puentes y dirigiendo acueductos, Palau, en 1878, obtenía el premio discernido por la Diputación provincial de Barcelona para su traducción del poema de *La Atlántida*, escrito en catalán por Mosén Jacinto Verdaguer; publicaba el

libro titulado *Desde Belén al Calvario* (1877); hacía dos nuevos tomitos de *Verdades poéticas* y de *Cantares* (1883); ponía y publicaba unos *Comentarios á la ley de aguas* (1879), y con actividad siempre útil y fecunda emprendía la publicación periódica *Acontecimientos literarios* (1888), en que maneja la crítica como la lira del poeta, el arte del jurisconsulto y la escuadra y la mira del ingeniero. Todavía tiene preparado para la estampación un nuevo libro, *Una historia de amor*. De él ha escrito Eduardo Támaro, después de enumerar sus obras: «Sos cantars s' han escampat per tot Espanya y li han guanyat sa reputatió poética, qu' han confirmat en cert modo 'ls aplausos dels Ateneos de Madrid y de Barcelona. Lo Sr. Palau es jove: si continúa com fins ara, no podrá dirseli que no sia la sua vida ben aprofitada.» Aunque catalán por cuna y abolengo, Palau no ha tomado parte en el estéril movimiento regionalista, ni escrito en el dialecto provenzal de Cataluña.

LAS ROSAS DE TUS MEJILLAS.

Á ELISA.

ESTROFAS INÉDITAS.

Floridos pebeteros son las rosas
Que el ambiente embalsaman á porfía;
Columpio de las vagas mariposas,
Que de amor las requieren noche y día.
Si algunas, al abrirse en la pradera,
No perfuman del céfiro las alas,
Sobre ellas vierte en cambio primavera
Más copia de carmín, más ricas galas.
Su aroma embriagador, sus tintas rojas,
Que envidiaran las flores del granado,
Proclaman á la rosa de cien hojas
Sultana del verjel, reina del prado.

Las hay oriundas de lejanas tierras,
Bellas cual no soñó mente ninguna;
Las hay nacidas en alpinas sierras,
Pequeñas, cuanto grande fué su cuna.
La rosa blanca, de candor emblema,
Con la casta azucena entretejida,
La joya fué de la nupcial diadema,
Y del virgíneo honor símbolo y vida.
Recortes de lujoso terciopelo
Semejan unas por su tacto y brillo:
Las hay color de mar, color de cielo,
Color de sol poniente y amarillo.
Que si en tiempos de Menfis y de Osiris
Sólo tuvo un color la rosa pura,
Formáran en conjunto el arco iris
Hoy las que el arte arrebató á natura.

Mas tú, Elisa, á tantas rosas
Las vences y las humillas,
Mostrando más primorosas
Las que asoman ruborosas
A tus cándidas mejillas.
Como pétalos de flor
Al hálito de un suspiro,
Las va entreabiendo el pudor,
Y suben más de color
Si con fijeza las miro.
Las rosas tan sólo viven
Lo que las luces de un día:
Al alba vida reciben;
Mas ¡cuán pocas sobreviven
De la tarde á la agonía!

Hay rosas que en torno al leve
Manto de hojas purpurinas,
Muestran tanta espina aleve,
Que á mecerlas no se atreve
El aura por las espinas.
Pero aquéllas que colores
Y gracia dan á tu faz,
No adivinan los dolores
Que á sus hermanas las flores
Causan su vida fugaz.
Sí: tan efímeras son,
Tal del tiempo la inclemencia
Que acorta su duración:
Que es un día su estación,
La estación de la inocencia.
Cuídalas, niña preciosa;
Nunca tu llanto las riegue,
Y guárdalas afanosa
Antes que á flor tan hermosa
Babosa oruga se llegue.
Sus encantos seductores
Los leves soplos deshacen,
Y no, como en otras flores,
Á los cándidos fulgores
De un sol naciente renacen.
Que luego que palidece
Su color, ó se amancilla,
Ya como fué, no aparece:
Que el rosal de la mejilla
Tan sólo una vez florece.

Barcelona, agosto 1867.

COPLAS POPULARES.

En las rosas de tu cara
Un beso acaban de dar:
Rosas que picó un gusano,
Pronto se deshojarán.

Dios, con rodear de espinas
Las rosas en los rosales,
Nos enseñó que lo bueno
Se logra á pena de sangre.

Las rosas de tus mejillas
Rosas sin espinas son:
¡Clavadas las tengo todas
En mi pobre corazón!

Devuélveles á las rosas
La color que les robaste:
Tú de nada necesitas
Para parecer un ángel.

La rosa de mis placeres
Mojó la lluvia del llanto,
Y sus hojas, una á una,
Desprendiéronse del tallo.

Tienes en tu cara, niña,
Lo mejor de cielo y tierra:
Dos rosas en tus mejillas,
Y en tus ojos dos estrellas (1).

(1) *Cantares de* D. Melchor de Palau: Madrid, imprenta de Galiano, 1866.—Págs. 30, 32, 38, 42, 46 y 60.

Para tí fueron las rosas
Primeras de mi jardín:
Mis ilusiones primeras
Fueron también para tí.

Aunque linda hayas nacido,
No me seas vanidosa,
Que bien pudo hacerte ortiga
Quien te dejó nacer rosa.

A un clavel una rosa
Díjole un día:
—Envidio tus ventajas,
Flor sin espinas.
Y dijo el otro:
—A hermosa sin recato
Se atreven todos (1).

(1) *Nuevos cantares de* D. Melchor de Palau: Barcelona, imprenta de Jaime Jepús, 1883.—Págs. 29, 39 y 48.





D. MANUEL CALVO Y MARCOS.

D. Manuel Calvo y Marcos nació en 1843 en la Mota del Marqués. En Zamora estudió Sagrada Teología, y en Madrid, Farmacia. Abordó la política en las columnas de *La Iberia* de 1861 á 1863, y en 1864 fundó una revista literaria titulada *El Recreo*, en la que colaboraron Hartzenbusch, García Gutiérrez, Alarcón, Palacio y otros poetas ilustres. Entonces escribió él también algunas poesías, siendo muy sentido un *Soneto* en que lloró la temprana muerte de su hermano el malogrado D. Pedro Calvo Asensio, uno de los jefes más caracterizados del antiguo partido progresista. En la actualidad es Jefe de la Biblioteca y Archivo del Congreso de los Diputados, siendo suya la formación del *Catálogo* sistemático de los libros que aquélla posee.

LAS ROSAS DE FILIS.

Á MI QUERIDA HERMANA JOSEFINA.

ESTROFAS REFUNDIDAS.

Vírgenes de la alegre primavera;
Ornato y pompa del abril florido;
Encanto de mi linda jardinera;
Gala de su beldad, prez de su olvido:

Yo ví en el huerto las purpúreas rosas,
Y ví besarlas á mi Filis bella;
Las ví inclinadas en su tallo hermosas,
Morir pidiendo entre los bucles de ella.
Cuando sobre su frente las ponía,
Dosel de grana sobre nívea frente,
¡Con qué dulzura Filis las decía:
—Conmigo viviréis mientras yo aliente!
Al eco de su voz se aletargaban,
Y ella estaba con ellas seductora;
Sobre sus blondos rizos semejaban
Rayos de sol en tintes de la aurora.
No pasó el día, cuando ya al olvido
Entregó la rapaz aquellas flores;
Yo las ví con el pecho conmovido
Marchitas y espirantes sus colores.
Recogí las que fueron su corona,
Y ante Filis postrándome de hinojos:
—Ved, la dije: su brillo se empabona,
Porque el sol ya no ven de vuestros ojos.
¿Por qué pagar cariño con rigores?
Llevadlas, Filis bella, á vuestra boca;
Su aroma cobrarán y sus colores
Si vuestro beso con amor las toca.—
Dibujóse el desdén sobre su labio;
Y al ver, aun con el pecho conmovido,
De aquellas rosas el injusto agravio,
Por mí temí los rayos de su olvido.

Marzo de 1864.
El Recreo: Madrid, imprenta Española, 1864.—Núm. 2, pág. 13.



D. JOSÉ ANTONIO ARVELO.

D. José Antonio Arvelo y Beluche nació en Caracas en 1843. Es hijo de otro poeta que ya había adquirido gran celebridad en toda la América española, D. Rafael Arvelo, uno de los fundadores en Venezuela de la literatura nacional. Aunque su padre lo dedicó á los estudios y él sintió durante la juventud mucha inclinación á los libros, heredero de una pingüe fortuna, los abandonó casi enteramente para entregarse á las tareas del campo en sus ricas posesiones de Valencia, donde reside. Sus primeros versos aparecieron en los periódicos de Caracas en 1859, cuando Arvelo y Beluche contaba sólo diez y seis años. Todavía diez más tarde se deleitaba en escribir obras dramáticas, de las que dió algunas á la escena, y entre ellas *El castigo de una coqueta* (1869), comedia de corte moratiniano que fué muy bien recibida, principalmente por el senado de las nacientes letras venezolanas, que adivinó en su autor un poeta de grandes condiciones para la fábula escénica. A *El castigo de una coqueta* siguieron, hasta 1872, otras que obtuvieron un éxito no menos satisfactorio. Después lo abandonó todo, y se contrajo á hacer conocer lo poco que escribía en el reducido círculo íntimo de la localidad donde se ha obscurecido. Los amantes de lo bello lloran este voluntario ostracismo, y lamentan que no hayan sido siquiera coleccionadas sus *Poesías líricas*, de las cuales se encuentran muchas y muy bellas en todos los periódicos venezolanos de 1860 á 1875. En este género, Arvelo Beluche es un poeta fácil y armonioso en cuanto á la forma, y melancólico y tierno en cuanto al fondo, con rasgos de verdadera originalidad.

EL AVE Y LA FLOR.

Á INÉS.

ESTROFAS.

La reina de las flores,
La rosa más galana,
Mostraba una mañana
Su cáliz virginal;
Y en tanto que esparcían
Los céfiros su aroma,
Se oyó de una paloma
El plácido arrullar.

La flor siguió exhalando
Perfume grato y suave;
La vió, y amóla el ave
Con célica pasión;
Felice desde entonces
El ave enamorada,
De su fragante amada
Giraba en derredor.

Pero llegó la tarde,
Y el ave, ya impaciente,
Quiso besar la riente
Corola de la flor:
¡Ay! cuando ver creía
Su sed de amor colmada,

Huyó desatinada
Punzado el corazón.

Al besar á la altiva
Reina de la pradera,
Espina traicionera
Rasgó su pecho fiel.
Inés, yo soy el ave;
Tú eres la flor divina,
Y la traidora espina
Tu indiferencia es.

Biblioteca de Escritores Venezolanos contemporáneos, ordenada por José M. Rojas, Ministro Plenipotenciario de Venezuela en España: Caracas-París, imprenta de Martinet, 1877.—Pág. 493.





D. RICARDO BECERRO DE BENGOA.

D. Ricardo Becerro de Bengoa nació en Vitoria en 1845 y es cronista de esta ciudad. Desde las aulas aunó la aridez de las ciencias físico-matemáticas con las bellezas de la literatura y el arte, y se hizo Catedrático, escritor, poeta, arqueólogo, orador y publicista. Adquirió en los periódicos el hábito de la polémica, y por donde quiera que ha pasado ha sabido imprimir una huella luminosa de su tránsito. Al señorío donde nació ha rendido dos libros de perpetua estima: *El Libro de Alava* y *El Romancero alavés*. Contóle el Instituto provincial palentino por Catedrático de Física y Química, cátedra que obtuvo por oposición en 1870, y en Palencia creó el *Ateneo literario*, el *Observatorio meteorológico* y una *Biblioteca popular*. Fundó periódicos destinados á difundir prácticamente los conocimientos útiles y de aplicación de las ciencias y el fomento de la cultura intelectual, como *El Trabajo, El Diario Palentino, La Revista Castellana* y *El Ateneo*. Escribió además el *Libro de Palencia*, descriptivo, histórico, estadístico, y después los *De Palencia á la Coruña* y *De Palencia á Oviedo*, ricos en cuadros de la naturaleza y de las costumbres. Por último, dió á la estampa las *Crónicas de los progresos de las ciencias* de 1877 á 1884, y varios estudios sobre *Electricidad moderna*, *El Sol* y otros. En 1886 pasó á la misma cátedra del Instituto de San Isidro en Madrid, colaborando asiduamente en *El Imparcial, La Revista de España*, la del *Ateneo* y la *España Moderna*, y llevando la dirección de la de ciencias titulada *La Natura-*

leza. Como Diputado á Cortes ha sido el autor del dictamen oficial sobre *Cereales y legumbres* en la información sobre la crisis agraria. Ha publicado un tomo de *Poesías* bajo el epígrafe de *Papeles de un estudiante*. Es académico de número de la Real de Ciencias y las de la Historia y de San Fernando le tienen por Correspondiente. También es miembro del Consejo Superior de Agricultura. En la *Ilustración Española y Americana* tiene á su cargo, bajo el epígrafe de *Por ambos mundos*, una crónica universal que participa así de lo político y social, como de lo científico y literario. La nota característica de sus escritos, literarios ó científicos, es la concisión y la claridad. Su presencia es señorial, su frente elevada, sus maneras francas, lo mismo que sus afectos, y todo en él refleja un conspicuo entendimiento y un gran amor al trabajo y al bien.

TRAS DE UNA ROSA.

ROMANCE ENDECASÍLABO INÉDITO.

Paraíso encantado por las flores
Es mi alegre *Florida* vitoriana,
Y en él me cautivaron de una rosa
La frescura, el color y la fragancia.
Yo, que vivo sin novia y sin dinero,
Porque las musas con su amor me bastan,
Pensé inspirarme en ellas, y un poema
Componer en su honor, tras de robarla.

EL ARTE.

El hurto en las tinieblas era fácil:
Por la noche volví: por mi desgracia,
Un pintor, mi vecino, afortunado
La robó antes que yo para pintarla.

EL AMOR.

Volé á su estudio en busca del tesoro
De mi rosa querida y codiciada,
Y no la hallé, porque á Isabel hermosa
La envió el artista, como ofrenda grata.

LA DEVOCIÓN.

Es mi amiga Isabel: yo, presuroso,
En busca de la flor volé á su casa,
Y me dijo que al templo, ante la Virgen,
La envió devota, como ofrenda santa.

LA CODICIA.

Aguardé un día: al sacristán solícito
Fuí á pedir que la flor me reservara,
Y ¡oh cruel! por ganar unos ochavos
La vendió al boticario entre otras tantas.

LA CIENCIA.

Como un loco marché, por no perderla,
A escoger del montón en la farmacia,
Y hallé al doctor, enfrente de unos chicos,
Con mi rosa, explicándoles botánica.

LA INDIFERENCIA.

El entusiasta sabio y ruín verdugo
Decía, sin temor de deshojarla:
«Quintipétala es; hermafrodita;
Y *angiosperma-calici*, la rosácea;

LA UTILIDAD.

Haremos la conserva *Cynorshodon*,
Astringente especial contra las aguas.»
Y... el aire, enfurecido ante aquel crimen,
¡Las hojas se llevó por la ventana!
Tal fué la suerte que al hermoso encanto
Cupo en las manos de la ciencia ingrata;
La de mi rosa, inspiración del arte,
De la hermosura compañera y gala,
De la Virgen ofrenda y bello ornato,
Y de mi musa espléndida esperanza.
¡Tal en el mundo, por mi afán seguidas,
Huyen las ilusiones destrozadas,
Cuando á la prosa de las manos llegan
Y nos las muestra la verdad amarga!





D. MANUEL JORRETO Y PANIAGUA.

D. Manuel Jorreto y Paniagua nació en Quintanar de la Orden (Toledo) en 1846. En la Universidad Central cursó la carrera del Derecho, y en Madrid hizo sus primeras armas artísticas y literarias; pero tomado el título profesional pasó á Albacete y después á Valencia, de cuya Audiencia territorial era Magistrado su padre, y donde desempeñó algún tiempo la abogacía. Al advenimiento del Rey D. Alfonso XII al Trono, obtuvo en la Intendencia de la Real Casa el cargo de Oficial, y así por sus excelentes servicios, como por estimular sus hábitos laboriosos y sus disposiciones literarias, el Rey le concedió la llave de Gentilhombre. Los trabajos burocráticos no interrumpieron nunca sus aficiones predilectas á las musas y al dibujo, y con genio verdaderamente emprendedor, no sólo trató de continuar la publicación de *El Cascabel*, fundado por Frontaura y seguido por Nombela, sino que creó varios periódicos promiscuos de literarios y artísticos, como *El Escaparate* y la *Ilustración Cómica*, á que siguió, con la colaboración de sabios y virtuosos sacerdotes, la de la *Ilustración Cristiana*. Hermoseándolos Jorreto con sus propios dibujos, publicó un bello libro de *Cantares;* después el dedicado *Á la Virgen María*, que lleva una carta-prólogo del Cardenal Monescillo, y los *Cuentos fantástico-morales*, que están declarados de texto para las escuelas de primera enseñanza y de los que se han hecho en pocos años

ocho numerosas ediciones. En la actualidad prepara Jorreto en París la novena destinada á los dos mundos, y que será monumental por la riqueza de los grabados que han de ilustrarla.

ROSA DE CIEN HOJAS.

ORACIÓN.

Dios te salve, María,
De gracia llena,
Más pura que las hojas
De la azucena:
Dios es contigo;
Sé tú, Virgen querida,
Siempre conmigo.
Por tus santas virtudes
Bendita eres
Entre el número inmenso
De las mujeres,
Y de tu seno
Bendito el santo fruto
De gloria lleno.
Santa María, Madre
De Dios clemente,
Ruégale por nosotros
Perpetuamente,
Y á tus favores
Nuestro perdón debamos
Los pecadores.

Á la Virgen María: colección de poesías por MANUEL JORRETO Y PANIAGUA: Madrid, por Rubiños, 1888.—Pág. 10.

LAS DOS ROSAS.

APÓLOGO.

I.

En el fondo de un valle, de fértil suelo,
Hay un lago tranquilo, copia del cielo;
Cuando dulce despunta la luz del día
Se convierte en un nido de poesía:
Auras y flores,
Melodías y pájaros,
Dichas y amores.
Á la orilla del lago, florido crece
Un rosal corpulento que el aire mece,
Formando con sus rosas y sus ramajes
Sobre el fondo del cielo, bellos encajes,
Y sus aromas
Difundiendo en los vientos,
Vegas y lomas.

II.

Al dormirse una tarde por Occidente
La lumbre misteriosa del sol poniente,
Dos capullos iguales aquél tenía,
Que brotaron unidos el mismo día;
Y de rocío
Formó en ellos dos gotas
El aire frío.

Pronto la nueva aurora brilló en Oriente:
Dos rayos luminosos del sol naciente
Quebráronse en los cálices, y esplendorosas
Germinaron dos frescas y limpias rosas,
Cuyos olores
Perfumaron aquellos
Alrededores.
Una de ellas, soberbia, de orgullo henchida,
Por verse tan hermosa, con tanta vida,
Irguiéndose en su tallo, sobre las hojas,
Lucir quiso en el lago sus tintas rojas;
Y todo el día
Mirándose en el líquido
Se envanecía.
Mas ¡ay! que las abejas, las mariposas,
Las ráfagas del viento tumultuosas,
Destrozaron bien pronto tanta fortuna,
Marchitando las hojas una por una;
Y desprendidas
Cayéronse en el lago
Mustias, podridas.

III.

La otra rosa, al contrario, modesta y pura,
Su belleza ocultaba tras la espesura,
Cuando música dulce, jamás sonada,
Comenzó á preludiarse por la enramada,
Y en una nube
Del reino de la gloria
Bajó un querube.

Disipóse la niebla, callóse el coro,
Plegó el nuncio divino sus alas de oro,
Y á tejer comenzaba ricas guirnaldas
Convirtiendo las hojas en esmeraldas,
Cuando, escondida,
Vió, entre todas, la rosa
Llena de vida.

Era tal la belleza de sus colores,
Tal el bálsamo dulce de sus olores,
Que evocaron del ángel en la memoria
Perfumes que se aspiran allá en la Gloria;
Y en su embeleso
Dió á la cándida rosa
Cándido beso.

Después, enamorado de sus hechizos,
Colocóla en sus blondos hermosos rizos,
Rizos que sombreaban su frente apenas,
Como niebla de oro sobre azucenas;
Siendo en el acto
La rosa inmarcesible
Con su contacto.

Y queriendo á la gloria llevar las galas
De la límpida rosa, batió las alas;
Del lago los cristales se conmovieron;
Otra vez las alegres notas se oyeron,
Y en otra nube
La altura transparente
Cruzó el querube.

IV.

No dejes, Virgen santa, Madre querida,
Mi esperanza, mi amparo, mi luz, mi vida;
No dejes que se borre de mi memoria
De las rosas hermanas la triste historia;
Y en dulce calma,
Sin soberbia ni orgullo
Viva mi alma.
Que al final de la muerte, que la consterna,
Cuando tenga principio la vida eterna
Y el ángel de mi guarda su vuelo eleve,
Tan modesta la vea, que se la lleve,
Como á la rosa,
Á vivir á tu lado
Siempre dichosa.

Á la Virgen María: colección de poesías inspiradas en el lenguaje de las flores, por D. Manuel Jorreto y Paniagua: Madrid, imprenta de Rubiños, 1888.—Pág. 43.





D. RICARDO SEPÚLVEDA.

D. Ricardo Sepúlveda y Plantel nació en Zaragoza el 27 de diciembre de 1846. En aquella Universidad, en la de Madrid y Barcelona estudió Jurisprudencia, á la vez que comenzó á rendir el tributo de sus talentos á las diosas de la poesía y de la música. En *El Cascabel*, fundado por Frontaura, celebró su primera aparición como poeta festivo, y de aquellas primeras aficiones salieron libros como las *Notas graves y agudas, Lluvia menuda, Las botas, El pleito del matrimonio, Las cuentas de mi rosario, De doce á una, En el sitio, La mujer de usted* y *Los efectos civiles del matrimonio*. Más tarde casi ahorcó la lira por los números como Secretario del Banco de Castilla, y posteriormente ha dirigido su entendimiento por los fructuosos campos de la historia, habiendo publicado *El Monasterio de San Jerónimo de Madrid, La casa de las siete chimeneas, Madrid viejo* y *El Corral de la Pacheca*. Tiene borla de Doctor en Derecho, honores de Jefe superior de Administración civil y Encomienda de Carlos III; es Abogado del ilustre Colegio de Madrid, Académico Profesor de la Real de Jurisprudencia, y ha sido Secretario del Ateneo. El más bello de sus libros, el que encierra sus últimos versos, *¡Dolores!* impreso en Lérida en 1881, no ha sido destinado á la publicidad. Es una corona mortuoria sobre el sepulcro del amor de su vida, de la que le dió las dichas de la paternidad, y de este libro sólo han visto raros ejemplares algunos amigos íntimos. El colector se lisonjea de poseer uno de estos preciosos volúmenes, del cual está tomada la poesía que embellece esta página. La resurrección

de Sepúlveda para las letras, que le prestaron dulce lenitivo para las heridas de su alma, fué saludada con vivo entusiasmo por todos sus amigos y todos sus admiradores. Abandonando el ameno é ingenioso autor de tantos chispeantes artículos y de tantas graciosas poesías como popularizaron su nombre el antiguo camino, presentóse de nuevo con los hermosos cuadros semihistóricos, seminovelescos de *Madrid viejo*, y á mí me tocó la honra, en el prólogo de su libro, de ser el primero que le felicitara por tan feliz evolución. Asmodeo (D. Ramón de Navarrete), en *El Correo;* Gómez Baquero, en *La Época;* Nido, en *El Siglo;* Tárrago y Mateos, en *El Popular;* Sánchez Pérez, en *La Opinión;* Ossorio y Bernard, en la *Ilustración Católica;* Frontaura, en la *Ilustración Española y Americana;* Acuña, en *El Campo;* Martínez Pedrosa, Silbén y otros críticos y escritores se asociaron á mi felicitación é hicieron justicia á sus talentos. El nuevo sendero emprendido por Sepúlveda le llevará no muy tarde al por tantos apetecido Senado de las letras en una ú otra Academia.

ROSA DE MUERTO.

Á DOLORES.

RIMA.

Al pie de tu callada sepultura
Ha nacido una rosa
De penetrante y sin igual perfume,
De altivo tallo y mágica corola.
Y del triste lugar en que á tu lado
Se mecía orgullosa,
La he cortado yo mismo, ¡y me parece
Que algo tuyo me llevo entre sus hojas!

¡DOLORES! *últimos versos de* RICARDO SEPÚLVEDA: Lérida, por José Sol Torsem, 1881.—Rima LXXVIII, pág. 155.



DOÑA EULALIA VELARDE.

Doña Eulalia Velarde del Campo nació en Santillana del Mar, vieja villa de las Asturias del mismo nombre y cabeza de los Estados y título del célebre D. Iñigo López de Mendoza, primer Marqués de Santillana, el 10 de diciembre de 1848. Es hermana del fecundo y entusiasta poeta D. Fernando Velarde y de Doña Virtudes Velarde, Priora que ha sido del Real Monasterio de las Huelgas de Burgos, también poetisa é imitadora felicísima de los versos devotos de Lope de Vega y demás ingenios de nuestro siglo de oro. Los tres hermanos adquirieron una misma educación literaria bajo el paterno techo del hogar de Santillana. Doña Eulalia, cultivando la poesía con más calor, ha sido colaboradora en *Los Ecos del amor de María*, revista religiosa que se publica en Barcelona, y en varios periódicos y revistas de Santander, Madrid y Valladolid. Doña Concepción Jimeno incluyó su nombre en el *Catálogo de escritoras notables* que publicó en su libro *La mujer española*. Don José Antonio del Río también la elogia en sus *Efemérides de la provincia de Santander*, y también su nombre forma parte del *Catálogo alfabético de escritores contemporáneos de España* que Ossorio y Bernard publicó en los cuadernos de la *España Moderna*. Su apellido, dos veces ilustre por dos gloriosos sacrificios cruentos en la España de nuestro siglo, basta por sí solo para hacer simpática una escritora que lo lleva. Pero la rica flor de la montaña cántabra goza de más propio perfume, y un elegante escritor, su conterráneo, ha escrito de sus com-

posiciones: «Se distingue Doña Eulalia en la poesía religiosa por sus afectos sinceros y sencillos y por la dulzura y fluidez de sus versos.» (Amós Escalante.)

Á LA ROSA.

SONETO INÉDITO.

Encanto del abril resplandeciente
Abrió su cáliz la purpúrea rosa,
Y codició su esencia deliciosa
El tímido suspiro del ambiente.
Yo la ví en las orillas de la fuente,
En los verjeles y en la selva umbrosa,
Y siempre su belleza esplendorosa
Disipó las tinieblas de mi mente.
¡Cuán presto el huracán en su carrera
Arrebató su púrpura y su grana,
Su pompa de esmeralda lisonjera!
Sobre el rosal lloré en la azul mañana,
Al ver que fué su dicha pasajera,
Cual los ensueños de la vida humana.

Santillana, octubre de 1889.





DOÑA DOLORES RODRÍGUEZ DE TIÓ.

Doña Dolores (Lola) Rodríguez de Tió, *la cantora de las omas*, nació en San Germán (Puerto Rico) el 14 de septiembre de 1849. Su padre, D. Sebastián Rodríguez Astudillo, era el Decano de la Magistratura de aquella isla y uno de los fundadores de su Colegio de Abogados. Su madre, Doña Carmen Ponce de León, de noble cuna, formó la educación moral é intelectual de Lola, la cual, dotada de las más atractivas prendas, casó muy joven, en 1865, con el publicista puerto-riqueño Don Bonifacio Tió y Legarza. Aunque los versos que desde niña escribía pasaron pronto las fronteras de la admiración del círculo íntimo de la familia al círculo de las gentes de letras de la isla, su primer libro, titulado *Mis cantares*, no se publicó en Mayagüez hasta 1876. Fué un éxito, pues, además de su mérito intrínseco, constituía la primera colección de su género que daba á la estampa una dama puerto-riqueña. La fama lo arrastró á todas las comarcas del mundo hispano-americano, y prensa y academias contaron ya á su joven autora en el número de los astros nacientes de aquel nuevo planeta. Un año después salió Lola Rodríguez de Tió de su isla nativa, y dos permaneció en Caracas, cultivando la vida familiar de los eminentes escritores que desde la República colombiana han contribuído tanto á perpetuar su puro ambiente clásico castellano en la poesía que con inmensos gérmenes de fecundidad y grandeza se desarrolla por todo el hemisferio que colonizó nuestra sangre y civilizó nuestro genio. En aquellos dos años se consolidó el de nuestra poetisa, que en el canto sublime de *La vuelta del Pastor*, dedicado al Obispo y Doctor D. Silvestre de Guevara Lira,

y al que rindió alto tributo crítico el Académico D. Cecilio Acosta; en *El arpa hebrea;* en las estrofas *Á Plauto*, dedicadas al poeta colombiano José María Samper; en *La Caridad*, oda dirigida á su amiga Juana C. de Monje, y en otras composiciones, rayó á la primera altura en inspiración espontánea y forma literaria. En 1885 reunió todas estas composiciones con las escritas en Mayagüez, Arecibo, San Germán, Puerto Rico, Manatí y otros puntos, y con el título de *Claros y nieblas*, y con un prólogo de D. Carlos Peñaranda las imprimió en Mayagüez en la Tipografía comercial. En la actualidad Lola Rodríguez de Tió reside en la Habana (Cuba). «Pertenece por su sexo al número de los débiles; por su numen á la inmortal falanje de los fuertes.» (ANTONIO CORTÓN.)—«En sus poesías resplandecen la corrección y el buen gusto, y se respira un perfume que trae á la memoria las delicadas inspiraciones de Fr. Luis de León.» (NÚÑEZ DE ARCE.)

Á UNA ROSA SECA.

ESTROFA.

La ví cuando en su tallo se mecía,
Al recibir el beso de la aurora:
Entre aromas dichosa sonreía;
Y hoy, al recuerdo de su dicha, llora.

Mayagüez, 1882.

EL NOMBRE DE ROSA.

Á ROSA.

REDONDILLAS.

Tu nombre es el de la flor,
Que, reina de los jardines,
Vence á lirios y jazmines
En perfume y en color;

De la flor, que en la pradera
Al ver Flora tan hermosa,
Dijo: «Entre todas, la rosa
Quiero que sea la primera.»
Tu nombre el conjunto encierra
De la mujer y la flor:
Belleza, perfume, amor,
Único bien de la tierra.
Tienes el nombre, el encanto
De la reina del pensil,
Y no es la flor tan gentil
Como tú, ni vale tanto.

Caracas, 1877.

ROSA QUE MUERE.

ENDECHA.

Del viento al blando impulso
Tu tallo se mecía,
Y el alba te brindaba
Color, perfume y vida.
Risueñas te halagaban
Las auras fugitivas,
Rodeándote con dulces
Susurros y caricias.
En tan fragante seno
El amor se escondía
Y alegre te colmaba
De plácidas delicias.
¿Por qué entonces el cierzo
Con ímpetu te agita,

Esparciendo tus hojas
Con sus ráfagas frías?
Apenas un instante
En la mañana brillas,
Y antes que el sol se ausente
Tus pétalos inclinas.
Y con dolientes voces
Las aves y las brisas,
Tu ausencia por las selvas
Lloran entristecidas,
Que al ver ya moribundas
Tus hojas amarillas,
Las tenues mariposas
Huyen despavoridas.
Era obscura la tierra
Para la flor cautiva,
Y fué á buscar las auras
De celestiales climas.
Mas no entera se pierde
La flor que se marchita:
¡Yo cogeré del suelo
Sus hojas esparcidas,
Y sabré cariñosa
Guardarlas, dulce amiga,
En las páginas tristes
Del libro de mi vida!

Caracas, 1878.

Lola Rodríguez de Tió, *Claros y nieblas: poesías con un prólogo del poeta D. Carlos Peñaranda y un juicio del Dr. D. Cecilio Acosta, miembro correspondiente de la Academia Española, sobre la oda* «La vuelta del Pastor.»—Mayagüez, Tipografía comercial, Marina, 1885.—Págs. 253, 166 y 103.



DOÑA EMILIA DE PARDO BAZÁN.

Doña Emilia de Pardo Bazán nació en la Coruña en 1850, siendo hija de los Condes de Pardo Bazán. Es una de las tres grandes y discretas mujeres que en este siglo han coronado á Galicia, su patria, con la aureola inmortal de la gloria literaria: las otras son Concepción Arenal y Rosalía Castro de Murguía. Emilia Pardo Bazán se educó literariamente á sí misma; sus maestros fueron la propia intuición de su genio, el habla elocuente y la comunicación amable con la naturaleza, la impresión exterior del mundo en la lectura de libros selectos y la diversa seducción de multiplicados viajes. Antes de revelarse mujer, se reveló escritora, reuniendo en sí la potente facultad germinadora del pensamiento del hombre, y la imaginación rica, la vena abrasadora, la penetración rápida y el sentimiento delicado de la mujer. Á los diez y seis años, y desde el primer instante, empuñó el cetro de la crítica, y en los certámenes de Orense y Santiago en 1870 admiraron su *Estudio crítico de las obras del Padre Feijóo;* sus *Poetas épicos cristianos: Dante, Milton y Tasso,* y su *Ensayo crítico sobre el darwinismo.* Fué un espectáculo nuevo en nuestra literatura, ó al menos no repetido desde los días de la célebre Doña Oliva Sabuco de Nantes, ver á una mujer casi niña entrar visera alzada en el palenque de la ciencia y lidiar en su arena á la altura de los primeros paladines en un siglo como el nuestro, en que, aun para los talentos más superiores, el horizonte de su dilatación gravita con un peso que abruma. La variedad de las aptitudes de Emilia de Pardo Bazán se gradúa por la diversidad y el número de sus obras. En la crítica y en la historia, el *San Francisco de Asís*

(1882) y *La revolución y la novela en Rusia* (1887); en la poesía, *Jaime*, poema (1881); en los viajes, *Mi romería* (1888), *Al pie de la Torre Eiffel* (1889), *Por Francia y por Alemania* (1890), *De mi tierra* (1889); en la novela, *Pascual López* (1879), *Un viaje de novios* (1881), *Los Pazos de Ulloa* (1886), *La madre naturaleza* (1887); en estudios biográficos, *El Padre Coloma*, *Pedro Antonio de Alarcón*. Ha fundado además el *Nuevo Teatro Crítico*, desde cuyas páginas ejerce sin competencia el alto magisterio de la crítica sabia y desapasionada. En su elogio han escrito el Cardenal Payá, Menéndez y Pelayo, los Obispos de Lugo y de Córdoba y todos los críticos de España y de los dos mundos en todas las lenguas cultas. Su nombre constituye una gloria de nuestra edad, y la admiración común ha discutido si para ella debe hacerse la excepción de las altas palmas de la Academia Española. Mi voto es afirmativo.

EVOLUCIÓN DE LA ROSA.

SONETO INÉDITO.

Por tierra de unidad y de armonía,
La vieja Grecia se preció de hermosa:
Símbolo de belleza fué la rosa;
Venus entre sus rizos la prendía;

Duraba su esplendor tan sólo un día;
Era pomo de esencia deliciosa;
Y, borracha, la alegre mariposa
En el cáliz de fuego se dormía.

Vienen la Edad moderna y los Linneos;
Llega el floricultor, y en *variedades*
La rosa dividió, como en casillas...

¡Venus y Anacreonte, estremeceos!
¡Cantores del Amor! ¡Muertas deidades!
¡Hay *rosas* negras, verdes y amarillas!

15 enero 1892.



DOÑA RAFAELA BRAVO Y MACÍAS.

Doña Rafaela Bravo y Macías nació en Ronda el 28 de junio de 1850. Á los diez y siete años, hallándose en Málaga, escribió su primera poesía, titulada *En el retiro de Málaga;* á ésta siguieron otras varias. De regreso en Ronda, y descubiertas sus aficiones, tomóla bajo su dirección literaria D. Manuel Martínez Bueso, uno de los poetas de la Tertulia literaria de 1839, y que, aunque nacido en Linares, su larga estancia en la ciudad de la sierra le había dado en ella carta de naturaleza. Ha escrito la Srta. Bravo y Macías en varias revistas locales y de diversas provincias, y obtenido premios en los certámenes anuales de la Academia Bibliográfico-Mariana de Lérida. Sus poesías no están publicadas aún en colección, y tiene escritas una leyenda en verso, *San Juan de la Palma;* una comedia, *Las apariencias engañan*, y un poema en cinco cantos, *Las siete estrellas*. No es sola la Srta. Doña Rafaela Bravo y Macías la única representante que en su sexo ha tenido Ronda, la patria de Vicente Espinel, de Diego Pérez de Mesa, Jerónimo Franco, D. Macario Fariñas del Corral, Cristóbal de Salazar Mardones, D. Bernardino de Ahumada, D. Jorge Morejón, D. Juan Holgado Carvajal, D. Juan de Ribera Lobato, Bartolomé Corbacho y Toledo, el Licenciado Mateo Pérez Collado, D. Diego Franco de Medina, D. José María de Ribera Valenzuela y la numerosa pléyade de los poetas rondeños de los siglos xviii y xix. En el mismo siglo xvii á que pertenecía la mayoría de los poe-

tas citados, ya floreció Doña María de Salazar, hermana del laureado Oficial del Consejo de Italia, Salazar Mardones, y en el nuestro los nombres de Sor Joaquina Moreno, Doña Rosario Gil de Montes y la Hermana Carmen Núñez, que abrazó las tocas de la caridad, forman, con el de Rafaela Bravo, la gloriosa corona literaria de la pintoresca sierra que yo también tuve por cuna.

EL DESTINO DE LA ROSA.

ESTROFAS INÉDITAS.

Desplega ufana tus brillantes hojas
Y al céfiro embalsama
Con tu fragancia pura;
Abre tu cáliz á las luces rojas
Que desde Oriente el claro sol derrama
Colorando con ellas tu hermosura.

Y si cuando luciendo en tu corola
Las perlas del rocío,
Brillando á impulsos del radiante Apolo;
Si en medio de tu brío
Tronchan tu tallo con fiereza impía,
No exhales ni una queja en tu agonía.

Soporta silenciosa el duro embate
De la mano tirana
Que despiadada para siempre abate
Tu belleza lozana:
Eres muy débil, y la fuerza tuya
Tiene que doblegarse ante la suya.

Nada importa que goces en tu tallo
Dulcísimas delicias
Recibiendo los besos del rocío,
Y del aura ligera
Las calladas y plácidas caricias
Al cruzar el espacio en su carrera.

Nada importa que el cielo te creara
Mucho más inocente
Que ese candor divino
Que muestra el niño en sus serenos ojos,
Si tu fatal destino
Te elige para víctima de antojos:

Que no respetarán ni tu hermosura
Ni tus colores bellos;
Te arrancará el amante que procura
Dar de tus hojas al amor destellos;
Te arrancará quien sufra desventura,
Y quien lucirte quiera en sus cabellos.

¡Amargo es tu destino, pobre rosa!
¡Tú, que muestras ufana tus primores,
Y pura y olorosa
Eres la reina de las bellas flores,
No puedes disponer ni aun de la esencia
Que te ha dado la sabia Providencia!

Eres muy débil: en tu esbelto tallo
Sólo puedes lucir la poesía
Y el plácido color de tu belleza;

Y esos preciosos dones
Son de poca valía
Para nuestros altivos corazones.

Abre, pues, tu corola, y si tiranos
Destrozan tu ventura,
Gime infeliz, con todos los que arrastran
Una existencia llena de amargura;
Que no eres tú la sola combatida
Por el rudo infortunio de la vida.

Ronda, mayo de 1875.





D. ENRIQUE FREXAS DE SABATER.

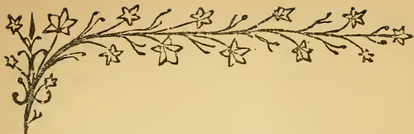
D. Enrique Frexas de Sabater nació en Barcelona en 1850. En aquella Universidad hizo sus estudios hasta licenciarse en la Facultad de Jurisprudencia. Como Sepúlveda, de quien fué amigo inseparable, cultivó desde muy joven las dos bellas artes de la poesía y la música. Ganó por oposición la plaza de Secretario de la Diputación provincial de Barcelona, que desempeñó por algún tiempo; pero solicitado por otras aficiones, y habiendo adquirido notoria autoridad en la crítica musical, fué llamado á Buenos Aires con ventajosas proposiciones, trasladándose á la capital de la República Argentina, donde en la actualidad reside. Frexas, Moly de Baños, Sepúlveda y el que esto escribe, formaban de 1867 á 1868 en Barcelona un nudo estrecho de amistad, en que se comunicaban trabajos y aspiraciones. Sepúlveda era el protector de Frexas, á quien había abierto las columnas de *El Cascabel*. Moly de Baños, Secretario ya, aunque tan joven, del Banco de Barcelona, reunía las inspiraciones que le dictaba el amor para el libro de *Notas íntimas* que con carta-prólogo de López de Ayala publicó en 1875. Algunas veces comulgaron en el Parnaso con nosotros Pedro Antonio Ventalló y Vintró, los hermanos Pascual, D. Manuel de Milá y de la Roca, y otros poetas, más catalanes que castellanos. La revolución de 1868 nos dispersó á todos, y en Madrid sólo volvimos á reunirnos Sepúlveda y el colector de este Cancionero. De Frexas está bien hecha la siguiente crítica: «Literato distinguido, pero muy modesto, se ha hecho notar, sin embargo, por la dulzura é inspiración de sus poesías, que tienen un corte clásico, así en la forma como en la elocución.» (Sepúlveda.)

LAS ROSAS DE TU MEJILLA.

MADRIGAL INÉDITO.

Son tus mejillas frescas y lozanas
Dos rosas purpurinas
Iguales en valer, pues son hermanas;
Y tienen por espinas
Que sepan proteger su casta esencia
Tu constante pudor y tu inocencia.
Así, bella Dolores,
Una excepción produces con tu cara,
En materia de flores harto rara:
Pues siendo entre las flores
Las pérfidas espinas tan odiosas,
Contra el orden reinante
Son siempre en tu semblante
Más bellas las espinas que las rosas.





D. CONRADO SOLSONA Y BASELGA.

D. Conrado Solsona y Baselga nació en Barbastro el 18 de febrero de 1851. En dicha ciudad y en Zaragoza hizo sus estudios literarios, habiendo recibido las nociones de Retórica y Poética, que le abrieron la senda del Pindo, del escolapio P. Baroja, actual asistente del General de la Orden Calasanziana en España, y los grados académicos hasta Licenciado en Derecho del Profesorado ilustre de la Universidad aragonesa. Al venir á Madrid á buscar más amplio palenque, se ensayó primero en el periodismo (1870-75), hasta encargarse de la parte política de *La Correspondencia de España*, en cuyo puesto persevera. Desde 1878 hasta 1885 tomó parte en las polémicas científicas del Ateneo, á la vez que desde 1881 á 1883 colaboró en las páginas de la *Revista de España*. Su primer libro fué una novela, *Subir para caer* (1876). Después hizo gala de su genio chispeante en las *Notas humorísticas* que dió á la estampa en 1882, y, finalmente, en 1887 publicó sus *Semblanzas políticas*, obra que le ha valido merecidos elogios y general estimación. En 1884 fué elegido Diputado á Cortes por el distrito de Palma de la Gran Canaria, y en 1885 se le nombró Gobernador civil de la provincia de León. El día que dimitió este cargo, los representantes de todos los partidos políticos en aquella capital le ofrecieron un banquete de honor en gracia del espíritu de justa equidad con que había hecho distinguir el período de su mando. No aspira á ninguna superioridad; es modesto en su persona, franco en su familiaridad, ático en sus

expansiones y apasionado en sus afectos. Todas estas amables prendas de su carácter las transmite á sus escritos; y teniendo corazón sano y rectas intenciones, ellos rebosan su natural placidez. Si la dura labor del periodista no rindiera sus fuerzas, como á todo el que ejerce aquella profesión, tal vez en Solsona contaría la moderna literatura de España un buen novelista y un excelente autor dramático. Para uno y otro género ha demostrado condiciones suficientes, avalorando sus obras la culta forma con que las viste. En el concurso abierto por el Congreso de los Diputados para un *Elogio de López de Ayala*, que fué su Presidente, Solsona ha obtenido el premio material y el aplauso común.

¡MARCHITA!

APÓLOGO INÉDITO.

Un día primaveral
De nubes con arrebol,
Las rosas de mi rosal
Se enamoraron del sol.

Con los aires del orgullo
Mostróse la preferida,
Entreabierta en su capullo
Y en su color encendida,

Presa en el querer gozosa,
Loca de amor ideal,
Más gentil y más hermosa
Que la rosa del rosal.

Y al sol mi flor inocente
Entregóse enamorada,

Y un rayo del sol ardiente
Secó la flor desdichada.

¡No sueñes gloria y pasiones,
Que acaban en desvarío;
No pongas las ilusiones
Á tanta altura, bien mío!

¡Que así se van los placeres,
Y así mueren candorosas
Las flores y las mujeres,
Y las niñas y las rosas!





D. LUIS MONTOTO.

D. Luis Montoto y Rautenstrauch, Secretario de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, nació en Sevilla en 1851, en cuya Universidad y en la de Madrid cursó la carrera de Derecho. Su vida toda, sin embargo, la han ocupado las Musas, las revistas, los periódicos, las academias, los ateneos y aun el templo de Talía, teniendo por compañeros á Velilla y Cano y Cueto y á toda la joven generación de la Minerva áurea hispalense. No ha dejado á la vez de promiscuar en el palenque de la política, y desde 1873 á 1885 ha sido redactor de *El Español*, periódico que varonilmente sostuvo en días de prueba en la capital andaluza la enseña flordelisada de la restauración borbónica. Ha publicado además en ese tiempo un libro de cantares *(Melancolías)*, dos poemas *(¡Mercedes!* y *El Regreso)*, *Pequeños poemas*, *Granos de arena*, un libro de romances *(Historia de muchos Juanes)* y sus poesías (*A la lumbre del hogar:* Sevilla, por E. Rasco, 1890), además de artículos literarios y necrológicos, prólogos de varios libros y otros frutos del almacén del ingenio. El centro de acción de Montoto en estos últimos años ha sido la Casa-Academia que sostienen en la capital del Betis, en reminiscencia y emulación de las que en otros tiempos acreditaron en la misma ciudad la morada del conquistador de Méjico, Hernán Cortés; la residencia arzobispal de Umbrete bajo D. Fernando Niño de Guevara; las cuadras señoriales de los Marqueses de Tarifa, Duques de Alcalá de los Gazules; el taller pictórico de Francisco Pacheco y otros centros semejantes, los dos egregios gemelos D. Juan Pérez de

Guzmán y Boza, Duque de T' Serclaes, y D. Manuel Pérez de Guzmán, Marqués de Xerez de los Caballeros. Aquella casa es una pequeña Atenas, donde Gómez Imaz, Collantes Terán, D. Simón de la Rosa, Hazañas y la Rua, Vázquez Ruiz, Valdenebro y Cisneros, Hoyos Hurtado, D. Enrique de la Quadra y otros hombres, en muchos de los cuales la posición opulenta no es sino un estímulo de mayor brillo para sus aficiones literarias, se entregan con Montoto y otros literatos al culto y honor de la poesía y de la historia. Por aquella Academia familiar han pasado hombres tan ilustres como el Cardenal González, Menéndez y Pelayo, Barrantes, Gutiérrez de la Vega, Leguina, y de allí han salido más de cien libros, que ya reproducciones de ediciones antiguas peregrinas, ya arrancados á la obscuridad de los manuscritos, ó ya escritos con la lozanía de la originalidad, harán permanentemente memorable el reinado en Sevilla de estos generosos Mecenas de las letras. En cuanto á Montoto, uno de sus más entusiastas biógrafos dice que «sólo su nombre constituye su blasón, y que no hay en la república de las letras quien de amante de ellas se precie, que no sepa de memoria las producciones de este poeta ilustre.» (*El Arte Andaluz*, 1891. Núm. 10, pág. 1, col. 4.ª)

LA VIDA DE LAS ROSAS.

AL SR. D. MANUEL GÓMEZ IMAZ, CENSOR DE LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS.

ROMANCE INÉDITO.

I.

En el jardín de mi casa
Fué de las flores la reina:
¡Jamás vió más linda rosa
La rosada Primavera!

El amoroso rocío
La coronaba con perlas,
Y el ruiseñor le cantaba
Sus más sentidas endechas.
Adorando en sus colores
Y su dulcísima esencia,
El jazmín palidecía,
Muerto de amores por ella.
Las clavellinas y dalias,
Las lilas y la azucena,
Envidiosas, preferían
Á la tímida violeta;
Pero la violeta, humilde,
Y cuanto humilde, modesta,
—«Vale más que yo la rosa,»
Decía á sus compañeras.

II.

En mi hogar, hoy solitario,
Tuve yo otra flor más bella.
Nació de castos amores
En la alegre Primavera.
Como la rosa era blanca,
Y perfumaba como ella:
Su perfume era el aroma
De angelical inocencia.
No brillaba el sol de julio
Como sus rubias guedejas,
Y el claro sol de sus ojos
Envidia del cielo era.

De sus gracias infantiles,
Siendo tenaz centinela,
Yo la arrullaba dormida,
Yo le cantaba despierta.
En el coral de sus labios
Tuve el alma prisionera:
¡En besos se la dí toda,
De amor paternal en prenda!
Eran la rosa y la niña
Cual dos hermanas gemelas:
Una, del jardín encanto;
Otra, sol de mi existencia.

III.

Murió la niña, y murieron
Mis esperanzas risueñas,
Y aun dudo yo si estoy vivo
Ó me enterraron con ella.
Murió la niña, llevando
Entre sus manos de cera
Aquella rosa, marchita,
Que fué del jardín la reina.
¡Ay! la vida de las rosas
Acaba apenas empieza:
Un rayo de sol la enciende;
Un viento traidor la siega.

Sevilla 19 de diciembre de 1891.



D. ACACIO CÁCERES PRAT.

D. Acacio Cáceres Prat nació en Santa Cruz de la Palma (Canarias) el 22 de mayo de 1851. Su educación literaria, que empezó en el lugar de su nacimiento, fué sumamente accidentada, pues pasando con su familia á la Península, tuvo algún tiempo su residencia en los Santos de Maimona, pequeño lugar de Extremadura, de donde se trasladó sucesivamente á Sevilla, Oñate, Vitoria y Madrid. Casi niño comenzó á publicar sus versos en los periódicos literarios. Después publicó en Madrid sus *Poesías* en 1874; *Recuerdos y sombras* en 1880, y posteriormente los poemas *Colón*, *Historia lúgubre* y la *Madre Abadesa*. En prosa ha publicado *El Vierzo* y *Covadonga*. En el Teatro Español fueron muy aplaudidos unos versos que recitó en la función conmemorativa de D. Adelardo López de Ayala. Pertenece á varias corporaciones literarias. Vive en la modestia de una posición poco favorecida por la fortuna, que, en los que ingrata se ceba, tuerce las fuerzas del alma: tal vez por esto no ha emprendido obras de otro aliento. De todas maneras merece el respeto y la consideración de todos los que, por cualquier accidente en las luchas de la vida, se ven privados de las legítimas recompensas del mérito.

CAPULLO Y ROSA.

ESTROFAS.

Frente al ornado tocador la hermosa
Reina del baile, del salón orgullo,
De sus cabellos arrancó de rosa
Un profanado y virginal capullo.
Era su boda, y el amor, llorando,
Al tálamo condujo á la doncella,
Y á la mañana, lánguida y pensando,
Volvió á mirarse al tocador la bella.
Del aura abierta al matinal arrullo
Miró al capullo, y se miró la hermosa:
No era la rosa en virginal capullo;
Era el capullo convertido en rosa.

Recuerdos y sombras por D. ACACIO CÁCERES PRAT: Madrid, imprenta de Pérez, 1881.





DOÑA UBALDINA DÁVILA DE PONCE.

Doña Ubaldina Dávila de Ponce *(Jenny)* es natural de Neiva (Colombia) y ha escrito muchas poesías, publicadas y reproducidas en todos los periódicos literarios de América en los veinte últimos años. Después, en Sevilla, ha hecho de ellas una preciosa colección. Es una de las más ilustres musas del insigne coro del Parnaso colombiano, y sus composiciones se distinguen por la ternura de los afectos, el brillante colorido de sus cuadros descriptivos y el insinuante atractivo de una elocución rica y pura, exenta de provincialismos de lenguaje.

Á MI ROSA.

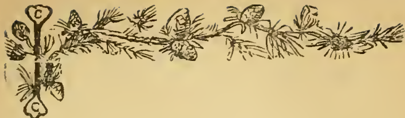
ESTROFAS.

Tú eres la flor primera de mis flores;
La que primero en mi verjel creció;
El capullo gentil, prenda de amores,
Que mi primera juventud me dió.
Aún eres el botón, la flor naciente
Que deja ya su encanto presagiar,
Y en su cáliz tiernísimo no siente
La espina punzadora penetrar.

¿Por qué será que, cuando tú floreces,
Yo inclino melancólica mi sien,
Y cuanto más hermosa me pareces
Mayores mis tormentos son también?
Tu corola purísima embalsama,
Cuando empiezan tus pétalos á abrir,
Y mi lágrima tibia se derrama
Al contemplar tu cándido vivir.
¿Y por qué, si te miro tan lozana,
Suspira con violencia el corazón?
¿Será tal vez pensando que el mañana
Te aguarda con sus horas de aflicción?
No escuches el falaz, si dulce ambiente
De la lisonja vana, desleal;
El es aquél que sus caricias miente
Y pérfido se torna en vendaval.
Ni te envanezca el brillo pasajero
De tu fresca lozana juventud:
Todo es aquí fugaz, perecedero;
Sólo deja un recuerdo la virtud.
Lejos de los salones, Rosa mía,
Donde se agosta la inocente flor,
Al pie de los altares de María,
Vele á ofrecer castísima tu olor.

Poetisas americanas: ramillete poético del bello sexo hispano-americano, recopilado por D. José Domingo Cortés: París-Méjico, Imprenta de C. Motteroz, 1875.—Pág. 151.





D. JOSÉ JACKSON VEYAN.

D. José Jackson Veyan, hijo del actor y autor dramático Don Eduardo Jackson y Cortés, nació en 1852. Toda su niñez y su juventud fué romántica y literaria, como correspondía á la movible y activa profesión de su padre; de manera que desde niño sabía recitar versos y aun componerlos, siendo en él como de propia naturaleza la disposición fácil para la literatura del teatro. Antes de los diez y nueve años, en 11 de agosto de 1871, ingresó en la carrera de Ingenieros telegráficos, después de hacer los estudios necesarios de las Ciencias físicas y matemáticas, Geografía y Lenguas, y dos después, en 1873, ya se representaban en los teatros sus juguetes cómicos, siendo de los primeros la zarzuela en un acto *Pescar en seco*. Raro es el año en que desde entonces no ha dado tres, cuatro y hasta seis obras á la escena: *Ojo alerta* es de 1875; de 1876, *En la misma moneda* y *Á las puertas del cielo;* de 1880, *Nely*, *Una limosna por Dios*, *Entre ricos* y *Por un ángel;* de 1886, *La jaula abierta* y *Laureles del arte;* de 1888, *Soltero y mártir*, *Los premios*, *Detalles para la historia* y *¡Zaragoza!* El primer volumen de sus composiciones poéticas vió la luz pública en 1876 en Vitoria con el epígrafe de *Primeros acordes*. Fué muy celebrada en el novel poeta, que se revelaba distinguido en el género religioso y filosófico, su oda *La Redención*, y Juan García (D. Amós Escalante), juzgando aquel manojo de flores poéticas, la calificaba diciendo que aquella obra era «testimonio envidiable de juventud, ingenio, valer, nobles propósitos y altas esperanzas; tributo digno á las más generosas aspiraciones

de la vida y compromiso por el porvenir.» En 1883 publicó otro tomo de poesías, *Mi libro de memorias*, dedicado á sus compañeros del Cuerpo de Telégrafos (Madrid, por Minuesa). La vena poética y cómica de Jackson es inagotable. *La Ilustración Española y Americana* frecuentemente publica sus versos, y es además un colaborador tan asiduo como fecundo del *Madrid Cómico, Los Madriles* y los demás periódicos semanales donde se rinde culto al ingenio. En la actualidad es Jackson Veyan Oficial primero del Cuerpo facultativo á que pertenece, y está condecorado con la Cruz de Isabel la Católica.

ROSA MUERTA.

Á S. M. LA REINA DOÑA MERCEDES.

SONETO.

La perfumada flor de Alejandría
Yace ya sin aroma, triste, inerte;
¡Al abrir su corola halló la muerte!
¡Ay de la pobre flor que vive un día!
La virtud en su sien resplandecía;
La fe tuvo en su pecho asilo fuerte;
¡Callad! ¡No sollocéis! ¡Que no despierte
De ese sueño feliz que Dios la envía!
Pulsa el ángel su cítara sonora;
El eco del dolor al hombre espanta;
¡Risueña brilla la naciente aurora!
¡Triste la tierra su oración levanta!
¡El mundo, que la pierde, gime y llora!
¡El cielo, que la alberga, ríe y canta!

Siempreviras que depositan varios ingenios en la tumba de S. M. la Reina Doña María de las Mercedes de Orleans y Borbón: Madrid, Imprenta Nacional, 1879.—Pág. 17.



D. GUILLERMO BELMONTE MULLER.

D. Guillermo Belmonte Muller nació en Córdoba en 1853. En la Universidad Central cursó el Derecho, así como antes había tomado el grado de Bachiller en Artes en el Instituto de su provincia. En el *Liceo Piquer*, que á tantas notabilidades incipientes ha prestado alas y conquistado reputación, y en el *Fomento de los Artes*, se dió á conocer como poeta, y luego con Vieyra de Abreu fundó una revista literaria *La Lira Española*, ingenua aspiración de dos jóvenes radiantes de gloria, á los que se adhirieron otros resueltos colaboradores. La *Ilustración Española y Americana* abrió luego sus columnas á las poesías de los dos noveles alumnos del Parnaso, y Belmonte Muller alcanzó el honor de recitar algunas de sus composiciones á S. A. R. la Serma. Sra. Infanta Doña Isabel, Condesa viuda de Girgenti, en quien han hallado el más caluroso patrocinio muchos literatos y artistas necesitados de protección. En 1874 Belmonte Muller fué destinado á Puerto Rico, en cuya villa escribió y dió á la estampa en los periódicos locales otras muchas composiciones poéticas y un estudio crítico sobre el poeta épico mejicano D. Bernardo de Balbuena. Después de su regreso á la Península en 1881, ha reproducido algunas de aquellas poesías, y entre ellas los poemas *La mujer de fuego*, *Un baile de máscaras*, *Judith*, *Al fin, mujer*, *El último desengaño*, *Filemón y Baucis*, *Una fiesta poética en Roma* y otros. También ha dado á la *Biblioteca Universal* una traducción de *Las noches* de Alfredo de Musset. Por último, recientemente ha publicado

sus versos en un volumen que titula *Acordes y disonancias*. Es un poeta melancólico y soñador, que, con estilo y molde nuevo, se recrea en cantar afectos del corazón y dramas de la historia. Es un poeta completamente lírico y no declamatorio. Concibe bien y hondo, y expresa lo que concibe con tonos dramáticos y llamaradas de genio. Reside ordinariamente en Córdoba, aunque periódicamente viene á Madrid para aportar al árido desierto de nuestras mesetas castellanas las flores del pensil andaluz que recoge en su brillante imaginación.

ROSAS Y PERLAS.

Á S. A. R. LA SERMA. SRA. INFANTA DOÑA MARÍA ISABEL.

APÓLOGO INÉDITO.

Entre las blondas nevadas
Y en el seno de una hermosa,
Hallábanse colocadas,
Como de ella enamoradas,
Una perla y una rosa.
Viendo á la flor, sin desvío
Dijo la perla:—«Bien mío,
¿Quién te dió el bello arrebol?»
—«Una gota de rocío
Y un tibio rayo de sol.»
Y la rosa, al terminar,
Le preguntó:—«¿Y quién á tí
Tal brillo te supo dar?»
—«Yo de la herida salí
De una concha de la mar.»

Y exclamaron al momento:
—«Somos, con igual fortuna,
De la beldad ornamento,
Y ella nos da con su aliento
Su blanco seno por cuna.»
Palpitante y encendida,
Sin conseguir sus anhelos,
La joven, antes querida,
Salióse del baile, herida
Del aguijón de los celos.
Y enfrente del tocador,
Viendo en su rostro el reflejo
De un corazón sin amor,
Tiró la joya y la flor
Contra el cristal del espejo.
Cuando su mano insensata
Las rompió con fiero encono,
Exclamó la perla:—«¡Ingrata!»
Y la rosa:—«¡Te perdono,
Porque es ella quien me mata!»





D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.

D. Marcelino Menéndez y Pelayo, de las Reales Academias Española, de la Historia, Ciencias Morales y San Fernando, nació en Santander en 3 de noviembre de 1856. Desde casi la infancia alumbró las aulas del Instituto santanderino; pasmó las de Barcelona, en cuya Universidad tuvo por maestros al ilustre Milá y Fontanals, á Vidal y Valenciano y á Rubió y Ors; promovió en la de Madrid la misma admiración, á pesar de tempranas rivalidades despertadas por los que tenían el deber de impulsar, no disminuir, aquel ímpetu generoso y espontáneo del genio, y en la de Valladolid, donde tomó á los diez y ocho años los últimos grados de la carrera de Filosofía y Letras, dejó el renombre de una fama inmortal. Durante su campaña escolar, el nuevo Doctor había obtenido veinticuatro premios ordinarios y tres extraordinarios. Sintiéndose capaz de restaurar la prez perdida de la antigua ciencia española, negada miserablemente por inteligencias como la de Salmerón y Revilla, trató de estudiar sus olvidados vestigios entre el polvo de las bibliotecas y de los archivos de toda Europa. Su hermosa expedición científico-bibliográfica por Lisboa y Coimbra, Roma y Nápoles, Florencia y Milán, Venecia y París, Bruselas y Lovaina, Amberes y Lieja, Leiden y Amsterdam, es una verdadera odisea de conquistas supremas para el propósito nobilísimo que había alcanzado. Oliveira Marreca y Latino Coelho, Ernesto Monaci y Fornari, el Dr. Bohemer y el viejo Ferruci, Paul Meyer y Gaston París, Ruellens y Dozy, llegaron al colmo de la admiración en todos aquellos países ante una precocidad tan milagrosa de saber y de juicio, de alta intuición y de claro conocimiento de todas

las cosas literarias, históricas, filosóficas y científicas. Á los diez y nueve años de edad sustituía á Amador de los Ríos en la cátedra de la Literatura española de la Universidad Central (1875); á los veinticinco lo recibía en su seno la Real Academia Española (1879), y á los veintisiete la de la Historia (1881). Posteriormente fué electo para la de Bellas Artes de San Fernando. Ha sido además Diputado á Cortes. Pero su ambiente no es la política. En el libro *De Cantabria*, después de hacer uno de sus biógrafos el bosquejo de su carácter y de su vida, añade: «Sabio, hombre y niño, es orgullo de la Montaña, honra nacional y gigante de nuestras letras; espíritu griego en alma católica y española; sabio del Renacimiento, traído á la cultura de este siglo y á su vida agitada.» (Pág. 177.)—Sus obras principales son: *La ciencia española; Horacio en España; Calderón y su teatro; Odas, epístolas y tragedias; Historia de los heterodoxos españoles; Arnaldo de Vilanova; Ramón Lull; San Isidoro,* y la *Historia de las ideas estéticas en España*. Amós Escalante dice de él: «Lo ha leído todo y nada ha olvidado;» y aplicándole la inscripción famosa de Maquiavelo en Santa Cruz de Florencia, añade: *Tanto nomini nullum par elogium*. En la primera página de *La ciencia española* otro entusiasta le dedicó este soneto:

Substancia y flor del pensamiento humano
En el siglo feliz décimosexto,
Fuimos leyenda sabia y goce honesto
De una en otra nación, de mano en mano.
Cubrió más tarde el horizonte hispano
Con triste sombra espíritu funesto,
Y á incógnito rincón relegó presto
Torpe desdén nuestro tesoro arcano.
Fué cada biblioteca un cementerio,
Los volúmenes doctas momias yertas,
Y los rótulos líneas sepulcrales;
Mas tú, restaurador del lustre imperio,
Del polvoroso sueño nos despiertas
Y por tí renacemos inmortales.

LA ROSA.

(TRADUCCIÓN DE ANACREONTE.)

ROMANCE INÉDITO.

En florida primavera
Cantemos la tierna rosa;
Juntos, amada, cantemos:
Ella á las Gracias adorna,
Y con ella se engalana
De los amores la Diosa.
Es de los Dioses delicia,
De los mortales aroma,
Materia de dulces himnos,
De las musas flor graciosa.
Dulce es cogerla entre espinas;
¡Muy dichoso quien la toca!
Y aún es más dulce aspirar
El perfume de sus hojas.
Deleite de los convites,
En las dionisianas copas
Alegría de las mesas,
Como la luz, es la rosa.
De rosa llaman los sabios
A los dedos de la Aurora,
A los brazos de las ninfas
Y de Venus á las formas.
La rosa ahuyenta los males
Y nuestras tumbas decora,
Detiene el curso del tiempo,
Y aun en su vejez hermosa

Guarda la pura fragancia
De juveniles aromas.
Si saber su origen quieres,
Cuando de la espuma roja
Surgiera la alma Afrodita
Entre las cerúleas ondas;
Cuando la Atenea Palas,
La diosa guerrera y docta,
Del cerebro de su padre
Brotó en armas poderosa,
Entonce el rosal primero
La tierra fecunda brota;
Sobre él vertieron los dioses
Néctar de celestes copas,
Y pronto se alzó entre espinas
La flor de Baco orgullosa.





D. MANUEL DE REINA Y MONTILLA.

D. Manuel de Reina y Montilla nació en Puente-Genil (Córdoba) el 4 de octubre de 1856. Formaron su vena literaria el Instituto de Córdoba y la Universidad de Sevilla, en la que cursó la Jurisprudencia. Las fértiles márgenes del río patrio que se desliza hacia el Guadalquivir desde la Sierra Nevada, y el clásico Betis que lame los pies de las dos ciudades, aún algo orientales, donde hizo Reina sus estudios, nutrieron su imaginación de las bellas ideas y metáforas floridas que son el aderezo mágico de su poesía. Fundó un periódico en Madrid, *La Diana*, un poco político y muy literario; ha colaborado en muchos otros, principalmente *La Ilustración Española y Americana*, y ha sido Diputado á Cortes. Sus libros dados á la estampa se titulan: *Andantes y alegros* (1877), *Cromos y acuarelas* (1879), *Dedal de plata* (poema dramático, 1884). Tiene fortuna propia, é indudablemente será más asiduo cortesano de Apolo que de Mercurio.

LA TRAGEDIA DE LA ROSA.

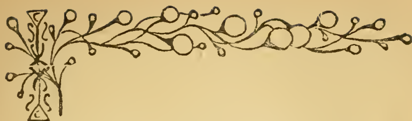
BOCETO INÉDITO.

La náyade en la fuente cristalina,
Entre gemidos y sollozos, canta
Una historia de trágicos amores
Bajo las ondas de zafir y plata.

Es una noche del risueño estío,
Noche feliz, serena y estrellada:
Como el redondo seno de una virgen
Surge la luna pálida.
En medio del jardín esplendoroso,
Sobre la fresca alfombra de esmeralda,
Un hombre yace, el corazón deshecho,
Por fieras estocadas.
Hay á sus pies un bandolín quebrado;
Y en su diestra una rosa de Bengala,
Encendida y fragante, que aún oprime
La boca enamorada.
Todo es misterio y paz. Sólo resuena
En el silencio de la noche plácida
Una voz argentina y melodiosa
Que se deshace en lágrimas.
Es la náyade triste de la fuente,
Que, entre gemidos y sollozos, canta
Una historia de trágicos amores,
Bajo las ondas de zafir y plata.

Octubre de 1889.





D. SALVADOR RUEDA Y GALLARDO.

D. SALVADOR RUEDA Y GALLARDO nació en la aldea de Benaque (Málaga) el 2 de diciembre de 1861. Hijo de pobres labradores dedicados á las tareas del campo, y sin fortuna para ser educado en la capital, distante cuatro leguas del lugar de su cuna, llegó á los diez y ocho años sin saber más que garrapatear su nombre con la pluma y aun vacilante entre dedicarse á un ejercicio mecánico (carpintero), ó, como su padre, á labrador de la tierra. En 1879 se trasladó á Málaga y perdió á su padre. Su ingenio le hizo pasar por varios aprendizajes, desde el de mercader de drogas y perfumes hasta el de corredor de guías: después obtuvo un insignificante destino público. Entonces se hizo poeta; se dió á conocer, y tuvo la ventura de que su nombre y sus versos llegasen á oídos de Núñez de Arce, quien estimando que en sus obras había base literaria, lo trajo á Madrid empleado en la *Gaceta*. Poco tardó en abrir á sus escritos las columnas de *El Globo* y luego las de *El Imparcial*. Sus artículos, cuadros de costumbres andaluzas, se reprodujeron en la prensa de los dos mundos; se tradujeron al francés, al italiano y al alemán, y se coleccionaron en tomos. Los críticos le celebraron, y alguno de ellos le declaró en el número de los buenos escritores contemporáneos. Pereda, Menéndez y Pelayo y la Sra. Pardo Bazán le colmaron de elogios, y el público devoró sus libros de versos *(Poema nacional, Sinfonía, Estrellas errantes)*, sus novelas *(El gusano de luz, La reja)* y sus cuadros de costumbres *(El patio andaluz, El cielo ale-*

gre, Bajo la parra). Su facundia no se agota ni descansa. *Pámpanas* se llamará una nueva colección de sus versos, y otra *Psicología de las cosas; Batalla moderna* es otra novela que ya está en prensa, y otra aún de corte andaluz, *Idilio en la sierra.* Un crítico dice de Rueda: «Es un artista en toda la extensión de la palabra. No sólo siente el arte, cualidad esencial que debe poseer el estilista moderno, sino sabe manifestarlo como pocos. Joven aún ha formado escuela, y sus imitadores se enorgullecen de llamarse *coloristas.*»

EL ROSAL DEL PENSAMIENTO.

SONETO.

Antes de abrirse en el rosal la rosa
En la raíz se encuentra detenida,
Y va subiendo, al presentir la vida,
Por la fibra del tallo misteriosa.
Al contacto del agua bulliciosa
Cobra vigor su savia comprimida,
Y en brillante capullo convertida
Brinda á la luz su esencia deliciosa.
Antes de despertar á la existencia,
Su idea, que enardece el sentimiento,
Se agita en la raíz de la conciencia;
Y por igual y fiel procedimiento
Van brotando las flores de la ciencia
Del oculto rosal del pensamiento.





D. ENRIQUE MENÉNDEZ Y PELAYO.

D. Enrique Menéndez y Pelayo nació en Santander en 1861, cinco años después que su prodigioso hermano D. Marcelino. Aunque se dedicó en la Universidad de Valladolid á los estudios científicos de la Medicina y Cirugía, nunca abandonó el cemento literario recibido en el Instituto santanderino, que ha hecho brillar tantos ingenios de la Montaña. Desde estudiante cultivó la dulce vena de las Piérides, y los periódicos de Madrid y Santander publicaron algunos de sus versos, así como bastantes artículos humorísticos y correspondencias. Premiado con la flor natural y otro primer premio en los Juegos florales de Santander en julio de 1888, la *Real Sociedad Económica Cantábrica de Amigos del País* le abrió sus puertas, contándole en el número de sus individuos, así como el *Liceo artístico y literario de Granada*. En la actualidad desempeña la plaza de Titular del Hospital General de Santander. «Humorista, sano en prosa, de la agudeza y alcance de Selgas, sin sus obscuridades y afectaciones. Distínguese en prosa y en verso por su buen gusto y exquisita delicadeza de pensamiento y de forma.»—(Amós Escalante.)

LA ROSA.

ROMANCE INÉDITO.

Flores hay, como almas, tristes,
A quienes en vano rondan

El aire con sus halagos,
Con su amor las mariposas.
No es que el cielo las negara
Dulce encanto ó suave aroma;
Mas para vivir felices
Sabiduría les sobra:
Que, como no andan livianas
Con el viento en zambra loca,
Vendiéndole los perfumes
Á cambio de las lisonjas,
Á su pudor recogidas,
Pensativas, silenciosas,
En flores que al lado ruedan
Aprenden su vida corta.
Del sol que besando mata
Guardan las unas las hojas,
Del irrevocable fallo
Pidiendo indulto á la sombra.
Sobre su tallo caídas,
Mustias y lánguidas otras,
Mirando están á la tierra
Como quien elige fosa.
Flores que en yertos matices
Su rudo destino lloran,
Y vanas pompas excusan
Que del viento han de ser mofa,
No con espinas se guardan;
Dócil su tallo se dobla:
Así, quien las apetece
Sin dificultad las logra.
Nunca indagan su destino:
Calladas y en paz adornan

Seno de atildada dama
Ó de campesina tosca.
De la inexcusable muerte,
¿Qué importan lugar ni hora,
Si tanto es asilo suyo,
Como la torre, la choza?
Y no la color les muda
Cuando la muerte las cobra,
Porque al trance prevenidas
Al nacer sus lutos toman.
Mas en su matiz durable
Está su futura gloria:
Amarguras que sufrieron
La muerte se las abona.
¡Decidlo, castas *violetas*
Que guardo entre aquellas hojas;
Pensamiento enamorado,
Germen de mis ansias locas!
No con tales pensamientos
Al mundo naces, oh rosa:
De sus bienes impaciente
Antes que ninguna asomas.
De la primavera heraldo,
En valle, ribera y loma,
Roja ó blanca, tu bandera
Antes que otra la pregona.
Á todo aire y toda tierra
Tu imperio alcanza, y los domas
Con tu belleza á la una,
Al otro con tus aromas;
Y blanco armiño del Norte
Ó grana imperial de Roma,

Canto regio es siempre el tuyo,
Como tuya es la corona.
Mas ¡qué lección tu reinado!
Tu gala, ¡qué triste pompa!
Esa tarde en que te apagas,
¡Cuán amiga de tu aurora!
Reina, que sabida traes
Del trono la ciencia toda:
Brillar, lucir, defenderse,
No morir, que es lo que importa.
Flor la preferida siempre
Por quien se prende y adorna,
No la más solicitada
De quienes prenden memorias;
Que si atado al matiz suave
Vive el recuerdo en las otras,
Como en tí la muerte es ira
Color y recuerdo agosta.
Mas génio, amor, hermosura,
Cuanto es del cielo y de él brota,
Su fuerza trae, y por cima
De toda flaqueza asoma.
Hay una altiva de ayer,
Hoy ya desamada y sola,
A quien contigo comparo,
Que, aun soberbias, sois hermosas.

Santander 20 de julio de 1889.





DOÑA PAZ DE BORBÓN Y BORBÓN.

S. A. R. la Serma. Sra. Doña Paz Juana de Borbón y Borbón, Infanta de España, Princesa de Baviera, nació en Madrid el 23 de junio de 1863. Cinco años tenía, pues, cuando la ola revolucionaria de 1868 la condujo con su augusta Madre Doña Isabel II y sus hermanos al otro lado de las fronteras patrias. Educóse en París su tierno corazón en la amarga melancolía de un temprano é inmerecido ostracismo, y cuidando la Reina proscrita modelar aquel hermoso grupo de inocentes hijos, compuesto del Príncipe de Asturias D. Alfonso XII y de las Infantitas Doña Paz, Doña Pilar y Doña Eulalia formó el corazón de esta Princesa lleno de los sentimientos magnánimos de que el suyo propio fué siempre inagotable fuente. Don Alfonso tenía el romanticismo del trono; Doña Pilar, mente soñadora, la nostalgia del cielo; Doña Paz, las nobles vaguedades y las dulzuras del arte. Sin saber que los hacía, sus pensamientos candorosos de la infancia tomaban el ritmo y la cadencia del verso: cuando escribía, pintaba. Restituída á España con el noble triunfo no sangriento de Sagunto, al lado de su hermano enriqueció con el propio pincel y la lira el escudo azul de lises de oro de su excelsa estirpe. En las Exposiciones públicas premiáronse sus acuarelas *(Mi único modelo, María, En mayo, Puerto de Comillas); La Ilustración Española y Americana, La Época* y otros periódicos dieron á conocer á la poeta con el soneto *Á mi madre* (1883). Este año de 1883 fué el de sus grandes trofeos en la poesía, en el arte y en las conquistas del corazón. En él publicó su excelso hermano el Rey D. Al-

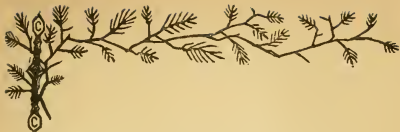
fonso XII las *Poesías de Paz de Borbón*, y en él, el 2 de abril, contrajo matrimonio con su primo el Príncipe Luis Fernando de Baviera. De Madrid pasó la Infanta á su residencia de Nymphenburgo. Al anunciar su próximo enlace, *The Times* escribía: «Es la augusta prometida segunda hermana de S. M. el Rey D. Alfonso, tan virtuosa como linda y simpática y una de las Princesas más ilustradas de Europa.» Sobre sus *Poesías* se han publicado estos juicios: «Cada una de sus composiciones tiene el perfume que le es peculiar; mas todas hablan el elocuente y sencillo lenguaje del afecto ingenuo, candoroso, intenso, de un corazón puro, de un alma como un sol. *La despedida* dedicada á S. M. el Rey es la epopeya de la ternura filial.»

ALMAS Y FLORES.

ESTROFAS.

Hay en la tierra flores sin espinas;
Su hechizo no es mayor:
Solamente el aroma hace divinas
Las galas de la flor.
También, aunque parezca un imposible,
Hay almas sin dolor:
No busques en su vida indefinible
Ni el odio ni el amor.
Espinas tienen las fragantes rosas,
Y es grande su esplendor:
Las almas aparecen más hermosas
Con llanto y con dolor.

Poesías de PAZ DE BORBÓN: Madrid, por los sucesores de Rivadeneyra, 1883.—Pág. 13.—El colector de esta *Antología* posee el núm. 95 de tan preciosas *Poesías*, munífico don debido á la bondad de S. M. el Rey D. Alfonso XII, el malogrado, de inolvidable memoria.



DOÑA BLANCA DE LOS RÍOS.

Doña Blanca de los Ríos nació en Sevilla hacia 1863, y es hija del Arquitecto y hombre de Letras D. Demetrio de los Ríos. Participa desde los primeros años de la pubertad de todos los exquisitismos de la belleza, la educación y el talento. Fué poeta desde que despertó á la vida, trayendo por abolengo una gran alma de artista. El carácter de sus versos es la extremada cultura que posee, abrillantada con la dulce sensibilidad del sexo y los arrebatos soñadores del espíritu: así se distingue entre las primeras en la patria adoptiva de Cecilia Bolh de Fäber, de Antonia Díaz de Lamarque y de Concepción de Estevarena. El primer tomo de sus *Poesías* es un bello juguete de las musas. El poeta D. José Velarde le ha escrito un prólogo, un himno. Ha aspirado á los laureles académicos, y por un estudio sobre Tirso de Molina la Real Española le ha discernido una mención honorífica.

SIEGA DE ROSAS.

FRAGMENTO INÉDITO.

I.

El dueño de la huerta de Almanzores
Era, en concepto de la gente *lista*
Que en Alcalá lo pregonaba á coro,

Un perro hereje que aprendió de un moro
La diabólica magia, nunca vista,
De convertir en oro,
Si no la luz, la esencia de las flores;
Piedra filosofal que un alquimista
Le envidiará á John Clark el perfumista.
  Era la huerta un naranjal inmenso,
Que cortaban do quier prados de flores,
Mosáicos de vivísimos colores,
Incrustados de acequias y marjales,
Que brillaban cual redes de cristales
Sobre el verde tapiz rico y extenso.
Cual guardia de genízaros armados
De luengas y dentadas cimitarras,
Custodiaban los cactus los vallados,
Y abrojos y zarzales erizados
De lazos y de redes y de garras
Trocaban en reductos los cercados.
  Mas si aquellas legiones vegetales
Que armó naturaleza previsora
Para salvar las flores virginales
De toda tentativa destructora,
Libraba á tal edén del rudo asalto
De las mozas, los hombres, los chicuelos,
De los cerdos, las vacas, los pollinos,
Que sin cesar cruzaban los caminos,
No eran bastantes á cortar los vuelos
De otras turbas que entraban por lo alto.
  Y cual viejos y expertos industriales,
Del perfumista acérrimos rivales,
Sordas á sus denuestos y á sus quejas,
Acudían á hartarse las abejas,

Vampiros implacables de las flores,
A quienes dió el Creador la primacía
En chuparles la sangre y los colores.
Y cual genios del aire soñadores,
Alegres, inconstantes, voluptuosas,
Antes que aquel Atila de las rosas
Mandara fiero en hecatombe impía
Segar tanta hermosura y lozanía,
Llegaban con afán las mariposas
A libar en sus cálices amores.
¡Ay! todos á la flor eran hostiles:
Así las mudas turbas de reptiles
Que insidiosos y torpes se arrastraban
Dejando por do quier sus huellas viles,
Cual los insectos que zumbando á coro
Batían de la luz las ondas de oro
Con sus alillas de cristal sutiles.
Y más que todos la ambición tirana,
Monstruo avaro que todo lo devora,
Y hace una industria de la flor lozana,
Como hizo un trato de la raza humana,
Cual fundiera los rayos de la aurora.

....

....

La industria que, inspirada por la idea,
Es nivel y crisol, fragua y ariete,
Que iguala y funde, que derrumba y crea,
Es vara de virtud maravillosa
Que á eternas metamórfosis somete
A la dócil materia prodigiosa.
La industria humana, al par hada y vampiro,
Que en la horrible Babel de los talleres

Aprisiona á la libre inteligencia,
Atrofia de los hombres la conciencia,
Empaña la pureza en las mujeres
Y en los niños agosta la inocencia;
La que roba á la infancia sus colores,
Roba también la sangre de las flores.
La savia que en los pétalos gentiles
Por venas sonrosadas y sutiles
Como sangre aromática circula,
La suave esencia que tan sólo emula
El soplo de la hermosa enamorada,
Será por férreas prensas exprimida,
Y en químicas retortas destilada
Y en vidrios y oropeles encerrada,
Después de adulterada,
Cual la inocencia y la virtud vendida.
¿Pero en qué vaso de oro repujado,
En qué frasco de perlas tachonado,
En qué rico esenciero más hermosa
Su puro aroma espaciará la rosa
Que dentro de su cáliz entornado?
¿Qué tíbor japonés, qué ánfora griega
Por las manos de Fidias cincelada,
Qué copa de Cellini circundada
Por deslumbrantes perlas de Basora,
Qué primores de rica orfebrería
Compiten con la flor, joya de un día,
Que Dios esculpe y que la luz colora?
¡Y esos débiles cálices nacidos
Al beso de la luz fecundadora,
Y esos trémulos pétalos teñidos
Con los mismos colores de la aurora,

Son sin piedad segados y abatidos
Por mano de la industria dictadora!
¡Y es ¡ay! la juventud, y es la hermosura,
Lozana flor también, que vive un día;
La que impasible y ciega en su alegría,
Como la muerte indiferente y dura,
Troncha tanta beldad y gallardía,
Siega tanto verdor y galanura!
¡Cuadro sin par de clásica belleza!
¡Sólo en Andalucía,
Tierra de la ilusión y del idilio,
Pudiera ver el sol del Mediodía
La escena aquélla, digna de Virgilio,
Un coro de muchachas bulliciosas,
En medio de un Edén, segando rosas!
¡Rubens, que de rapaces y de flores
Formó su bacanal de los amores;
Rubens tan bello asunto envidiaría
Para pintar de abril la alegoría!

Madrid 1889.





DOÑA ROSA DE EGUÍLAZ Y RENARD.

Doña Rosa de Eguílaz y Renard nació en Madrid el 11 de octubre de 1864. Las musas la asistieron en la cuna. Su padre, el apasionado poeta dramático de *Las querellas del Rey Sabio* y de *Los soldados de plomo*, tenía á su hija por la mejor de sus obras, y desde la infancia compartían por Rosa su delirio los muchos amigos que Luis tenía, y más que todos, su otro Eguíaz II, Diego Luque de Beas. En aquel hogar, donde prematuramente faltó una madre no menos idolatrada por todos, la niña Rosa era la *rosa*, la única flor de alegría para el alma melancólica y enferma del poeta. Luis Egüílaz no llegó á gozar los lauros de que á su hija dejó parte. Diego Luque se la crió, la dió educación, iluminó su inteligencia, la dotó de los primores de su sexo, y sobre el sepulcro del padre y del amigo amados llegó en breve á depositar las coronas obtenidas por Rosa, como pintora, en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1876, donde presentó un retrato del autor de sus días, y un cuadrito de género *(Una cantora del siglo* XV); como escritora, en las columnas de *El Constitucional*, donde publicó en 1879 varios artículos literarios *(La almohada*, *¡Y viva la libertad!)*, y en el proscenio de la Comedia, en el que en 1889 (2 de abril) le fué muy aplaudido su proverbio *¡Después de Dios!* Aunque Rosa Eguílaz ha seguido escribiendo y pintando, el último homenaje que Diego Luque ha hecho al sepulcro del amigo querido como hermano, ha sido el presidir las bodas de su hija y perpetuar en las aras del amor santo del matrimonio el cumplimiento leal de la grata aunque espinosa encomienda

que Eguílaz le dejó al morir. En *El mundo de los niños* y en *La edad feliz*, Rosa sigue publicando sus composiciones, que todas llevan el sello bendito de la suspirada maternidad. ¡Dios la corone con ella!

AMANTE Y TIRANO.

APÓLOGO INÉDITO.

I.

Erguida sobre el tallo
Graciosa se levanta
Una encendida rosa
Al despuntar del alba.
Al sol que la marchita
Espera embelesada,
Mientras desesperado
Sobre ella vierte lágrimas
El más gentil lucero
Que el puro azul esmalta;
Cuyo llanto refresca
El seno de la ingrata,
Y aumenta los hechizos
Que avivan su esperanza.

II.

El sol brilla en Oriente,
Que al desdeñado espanta,
Y su guedeja de oro
Deja á la flor extática.

A cada rayo nuevo
Que sin cesar la abrasa,
Más el aroma esparce
Que antes guardóse avara;
Y al trasmontar del astro,
Su cerviz calcinada
Hacia la tierra inclina;
Sus hojas se desgajan,
Que un vespertino soplo
Jugando desparrama.

III.

Cuando esta historia
Tan peregrina,
Por recrearlas,
Conté á unas niñas,
De ¡todas! ¡todas!
Grandes y chicas,
Escuché atónita
Las frases mismas:
«*Quiero marido*
Como el lucero,
De amor constante
Y de amor lento;
Que amor de un día,
Y amor de fuego,
Y amor que mata...
¡Yo no lo quiero!»

Mayo de 1890.



D. ALFONSO ORTIZ DE HUIDOBRO.

D. Alfonso Ortiz de Huidobro *(Tadeo Zortrelli)* nació en Valladolid en 1865 de padres santanderinos. Las aulas de la ciudad natal nutrieron su inteligencia de esmerada educación literaria y científica y le alcanzaron los títulos de la Licenciatura en ambos Derechos civil y canónico. Poeta nació, y el estudio le ha hecho además correcto y elegante prosista y fino crítico de bellas artes. Han sido notables en este género unos artículos publicados el verano último (1889) en *El Atlántico*, de Santander, sobre estética y crítica, á propósito de los pintores montañeses. Desde las aulas, de donde ha salido recientemente, ha sacado conquistada su reputación. «Posee una imaginación entusiasta y viva: transmite á los frutos de su ingenio su gusto exquisito y su fina inteligencia del arte: así cuando escribe, pinta, y la naturaleza y el sentimiento salen de su pluma con las formas más acabadas y la elocución más perfecta y elegante.» (Amós Escalante.)

LA ROSA.

SILVA INÉDITA.

Bañóte en su color sangre divina
De la deidad que dieron las espumas.
(*La Rosa.*—Francisco de Rioja.)

En el cielo de Oriente alborecía,
Y orilla de la mar que á Chipre baña,

Mansa el agua lamía
La rubia arena con sus ondas breves,
Y sus cristales leves
En espumas de plata deshacía.
Nada la paz altera
En la fresca ribera,
Ni más ruido que aquel blando acento
Del rumoroso bosque, donde el viento,
Plegada el ala de volar rendida,
Reposa en dulce sueño, á que convida
De la hojosa arboleda entre el murmullo,
De la serena mar el manso arrullo.
De la menuda arena
Sobre el mullido lecho reclinada,
A otro cuidado ajena,
La diosa del Amor, Venus ciprina,
Contempla ésta amorosa y extasiada
A su hijo el cieguezuelo dios alado,
Que afila en una concha peregrina
El hierro de su dardo emponzoñado.
El cuerpo de la diosa
Resplandece de gracia y hermosura,
Con luz esplendorosa,
Como rosada aurora de ventura.
Sobre su frente pura
Como nevada cumbre,
Donde refleja el sol muriente lumbre,
Brilla el rubio cabello,
Que cae en crespas ondas abundoso
Por el airoso cuello,
Sobre la blanca espalda y seno hermoso:
Parece el muslo bello

Columna de albo mármol cincelada
Con azuladas venas veteado,
Y el leve pie rosado
Menuda y linda concha nacarada;
Su brazo torneado
Brilla de virgen nieve con desdoro;
Sus manos de azucena
Hacen saltar la arena
Cual sueltos granos de luciente oro.
  Por ver tanta belleza
El firmamento azul su frente inclina;
Rompe su cárcel de cristal la ondina,
Y asoma la cabeza;
Con brava gentileza
La driada peregrina
Abandona del bosque la espesura;
La náyade murmura
Y deja el claro arroyo donde mora;
Mientras allá en la altura
Detiene el paso la rosada aurora,
Que claras perlas sobre el campo llora.
  En tanto el dios alado,
En la playa sentado,
Una á una las flechas de su aljaba
Afanoso aguzaba
Atento nada más que á su tarea;
Y Venus Citerea
En mirarle tan bello se gozaba,
Y de amor maternal su pecho henchido,
Que en los ojos llamea,
Los bellos brazos con ternura tiende
Amorosa á Cupido,

Y en dulcísimo abrazo en ellos prende.
El tierno dios pretende
Con furor infantil romper los lazos
Que Venus forma con sus blancos brazos,
Y recata su rostro de oro y rosa
Donde quiere la diosa,
Con su boca de nardos y claveles,
De un beso de su amor dejar las mieles.
Sus esfuerzos son vanos,
Que airado se revuelve en furia lleno
Con la aguda saeta entre sus manos;
Y de su madre en el purpúreo seno
Palpitante de amor, con parricida
Y despiadada mano abre ancha herida.
Roja sangre en tropel se precipita,
Y apagada la saña,
El niño llora y grita,
Mientras Venus la sangre se restaña;
Pero al tocar su mano primorosa,
Más blanca que la nieve en la montaña,
La roja sangre se transforma en rosa,
En rosa purpurina,
En cuyas hojas cárdenas llamea
La que engendró su sér sangre divina.
Y donde centellea
Como perla de vívidos fulgores
Una lágrima pura y cristalina
De los ojos del dios de los amores,
Venus la rosa toca
A los frescos corales de su boca,
Y su aliento fragante,
Cual nardos y jazmines aromoso,

Con dulce beso amante
Perfuma el rojo cáliz oloroso.
  Tal de la rosa fué la alcurnia clara:
Su cáliz engendró sangre divina,
Y por hacer su posesión más cara
El tallo guarneció de aguda espina,
Que si sangre costó, sangre costara.

Santander 31 de julio de 1889.





D. RAFAEL COELLO Y OLIVÁN.

D. Rafael Coello y Oliván nació en Madrid el 24 de octubre de 1868. Después de alcanzar el Bachillerato en el Instituto del Noviciado (Colegio particular de San Isidro), ingresó en la Academia especial de Estado Mayor del Ejército, de cuya Escuela salió de Teniente el 15 de junio de 1889. Las prácticas de la artillería y la ayudantía de su padre el General Don José Coello y Quesada de Portugal, actual Capitán General de la provincia de Burgos, no le impiden, como antes sus estudios, rendirse galante al culto de las fragantes musas. Los círculos de la corte, las giras campestres que en el Real Sitio de San Ildefonso dispone durante el estío S. A. R. la Infanta Doña Isabel, han disfrutado algunas veces la amenidad de sus versos. Los periódicos y revistas literarias los publican con frecuencia. Es muy joven, y el porvenir le brinda dobles laureles de Marte y de Minerva.

LLUVIA DE ROSAS.

CANTARES INÉDITOS.

En el tallo, todo espinas;
En el cáliz, todo aromas:
¿Es la reina de las flores,
Ó es la imagen de la gloria?

Entre las flores, la rosa;
Entre las bellas, Rosita;
De los pintores, Rosales,
Y de Rossini, Rossina.

Como es, rosa, tan extraña
La bendita humanidad,
Si abundases mucho menos
Te estimaran mucho más.

Tu cara es rosa de mayo;
Tu talle, vara gentil;
Tu cutis, hoja de rosa;
Tu boca, pitiminí.

Disputaron varias flores
Cuál era la flor más bella,
Y dijo Dios: —«¿No es la rosa
Quien tiene espinas? Pues ella.»

—«¡Venceré!» —dijo la dalia;
Y la rosa: —«Vencerás,
Le contestó, cuando el arte
Lleve por cetro el compás.»

Dios hizo blanca á la rosa:
Una en un lago se vió;
Y en su modestia, al mirarse,
Le dió matiz su rubor.



APENDICE



NOTA PRELIMINAR.

Forman parte de este apéndice aquellas composiciones á *La Rosa* de poetas de nuestro siglo, de cuyos autores no he podido hallar datos para formar las biografías, ó los he recogido tarde, ó bien de aquéllos de quienes, habiendo desconocido las poesías á mi flor predilecta cuando formé el primer plan de este Cancionero, las he encontrado después al acaso y sin hacer nuevas diligencias de exploración, ó me han sido comunicadas. Anteceden á estas composiciones algunas rezagadas del siglo xvii, entre ellas una inédita.

La añadidura con que enriquezco esta segunda parte de mi libro, no arguye que el campo quede agotado enteramente; pues con detenida deliberación todavía he excluído algunas, ya porque su mérito no es tal que se impongan forzosamente, ya por pertenecer á géneros literarios que, no siendo los que pueden constituir modelos de escuela y de buen gusto, se hallan representados copiosamente en las páginas de esta obra. De algún poeta de quien en el prólogo dije que no había escrito versos á *La Rosa*, como Selgas Carrasco,

los he encontrado después proscriptos de las varias ediciones que de sus *Poesías* se han hecho. Aunque esta producción no está, en mi sentir, á la altura del vate ilustre de *La violeta* y *Lo que son las mariposas*, la incluyo aquí, para que otro rebuscador que tope con ella no me dé en cara con mi escasa fortuna ó con mi ignorancia. La composición no es una perla del numen ni del ingenio, como tantas obras de tan celebrado autor: de cualquier modo, se autoriza con su nombre.

Algunas composiciones y algunos autores, que me ví precisado á restar en el primer plan de este volumen por no hacerlo demasiado grueso, y queriendo observar en su composición la nimia complacencia de que no tuviera ni un pliego más ni un pliego menos del primero, vuelven á tomar el lugar que les correspondía en este apéndice: éstos son D. Manuel María de Alzáybar, D. Gregorio Romero Larrañaga, D. Sotelo Manteli y Gorostiza, D. Ubaldo Pasarón y Lastra, D. Diego Luque de Beas y D. Enrique Gil y Carrasco; otros han quedado excluídos definitivamente. Tal vez hayan contribuído á este desequilibrio en la formación de este volumen algunos de los poetas vivos que yo habría deseado comprender en mi obra, y que, por causas ajenas á su voluntad, no han respondido á tiempo á mi reiterado llamamiento. La ausencia más sentida de todas es la de los que en los cuatro años transcurridos desde el génesis del Cancionero de la Rosa hasta el término de su publicación, han muerto. La bella y joven Condesa de Parsent, Doña Josefa de Ugarte

Barrientos, ha sido, con honda amargura de cuantos eran ingenuos admiradores de su talento, de este número.

Del editor de esta Biblioteca, que goza de tanto crédito y que ha de ser dentro de algún tiempo tan solicitada y tan apetecida, el Sr. D. Mariano Catalina, no he podido recabar la colaboración por mí tan ambicionada, por escrúpulos de exquisita delicadeza, contra los que he luchado cuanto he podido y que al cabo me he visto obligado á respetar.

De algunos de los que entran en este apéndice, he tenido que rendirme á la absoluta imposibilidad con que he tropezado para encontrar los datos necesarios para sus biografías. Es el primero de éstos el poeta catalán D. Ezequiel Llorach. Por más que he practicado cuantas diligencias me han sido posibles para indagar pormenores de su vida, nadie le conoce, nadie sabe dónde reside. El Sr. D. Rafael María de Labra tuvo la amabilidad de proporcionarme en nuestras dos Antillas las biografías de los poetas de Cuba y Puerto Rico; pero, entre los comprendidos en mi Cancionero, no he podido lograr antecedentes literarios del poeta habanero D. J. F. de Aguiar Loysel. Tampoco los distinguidos diplomáticos General Don Vicente de la Riva y Palacio, Ministro de Méjico, y D. Manuel María de Peralta, que lo es de Costa-Rica en Madrid, á cuya exquisita benevolencia he debido *Diccionarios biográficos*, colecciones de *Poetas* americanos y toda clase de informaciones que han abrumado mi gratitud, pudieron ilustrar-

me con noticias biográficas referentes á los poetas D. Rafael María de la Colina y D. Enrique Fernández Granados, de Méjico; Doña Carmen F. C. de Ballén, de Colombia, y Doña Rita de Lecumberri, del Ecuador.

Cuando en 1605 el antequerano Pedro de Espinosa publicó en las prensas de Valladolid su *Primera parte de las Flores de Poetas ilustres de España*, entre aquel tesoro poético que Gallardo calificó de «libro de oro» y «lo mejor que tenemos en España,» comprendió él algunas de las composiciones de su inspirada musa, entre las magistrales de los Argensolas y Barahona de Soto, Espinel y Liñán, Góngora y Lope de Vega, Alcázar y Quevedo, el Duque de Osuna y el Conde de Salinas, el Marqués de Tarifa y el de Aula y Estepa, D. Adán Centurión y Córdoba. Siguiendo el precedente por él sentado, aunque reconociendo que ni nací ni he seguido jamás la profesión de poeta, pongo fin al volumen con un soneto mío, aunque las *Rosas* de mi vida más han asemejado espinas que flores.

Antes de terminar ésta ya extensa *Nota*, no quiero dejar de citar algunas obras de los siglos anteriores al nuestro, donde se hallan composiciones á *La Rosa* que no van insertas en el *Cancionero* por no haberlas hallado con oportunidad. Del final del siglo xv hay un libro curiosísimo que lleva el siguiente epígrafe en su primera hoja: «Comiēça la p̄mera pte d̄las cōtēplaciones so | bre el rosario d̄ nr̄a Soberana Señora virgē y ma | dre d̄ dios | Sancta Maria.» Estas *Contemplaciones*

fueron ordenadas en lengua latina por aquel famoso monje de la Cartuja de Sevilla, D. Gaspar Gorricio de Novara, el docto é íntimo amigo de Cristóbal Colón y á quien éste remitió desde Granada, en 13 de septiembre de 1501, el *Libro de las Profecías sobre la recuperación de Jerusalén y descubrimiento de las Indias.* Pero el del monje Gorricio, y aun la traducción castellana por el reverendo señor Bachiller Juan Alfonso de Logroño, Canónigo de la Metropolitana hispalense, fué anterior al de Colón, toda vez que la versión á nuestro idioma de las *Contemplaciones sobre el Rosario* se dieron en la misma ciudad del Betis á las prensas de Meynardo Ungut, alemán, y de Lançalao, polono ó polaco, en 1495, durando su impresión hasta el 8 de julio de dicho año. En la obra del P. Gorricio y en la traducción del Bachiller Alfonso, la Virgen María toma la advocación del *Rosal.* Al folio 98 comienzan unas *Coplas del psalterio, syquier Rosal,* de la gloriosa Virgen María, para contemplar quince misterios de su sagrada vida, y al folio 120, al comenzar los *Gozos*, dice el poeta así:

Vuestros votos con señal
Cantaré, Señora mía,
Pues que vuestra Señoría
Es la *Virgen del Rosal.*

Siguen *los loores* al folio 121, y dicen:

Pues vuestra carne sagrada
Vistió á Dios, Dios verdadero,
Dignamente intitulada
Sois *La Virgen del Rosero.*

Sin ser soneto directo á *La Rosa*, pues de lo que se trata es de una composición galante, en forma de *Mensaje al céfiro*, para que en lugar de aspirar el aroma de las que dan los rosales fuera á embriagarse en las *Rosas* de unos labios frescos y purpurinos, á cambio de ciertas tercerías de amor, no me acomodo á prescindir de consignar aquí un bello soneto del poeta cortesano D. García de Salcedo Coronel, Caballero del Hábito de Santiago, Caballerizo del Cardenal Infante D. Fernando de Austria, ilustre en su primera edad en Sevilla, de donde era natural, aunque su padre de Zafra; pupular en la edad juvenil en la Corte de Felipe IV y en los ejércitos de Italia y Flandes en que sirvió, y respetado en la edad madura otra vez en Madrid, donde formó siempre parte de la Academia íntima del Rey, hasta su muerte, ocurrida el 7 de octubre de 1651. En 1624 había publicado en Madrid su fábula de *Ariadna*, y en 1627 dió á luz sus *Rimas;* en 1636 su *Panegírico del Infante Cardenal* (España consolada), y el primero y segundo tomos de sus comentarios á *Las Obras de D. Luis de Góngora* (las Soledades y el Polifemo); el tercero (los Sonetos) en 1644, y en 1646 el cuarto y último (*Canciones, madrigales, etc.*) Volvió á coleccionar en 1649 sus obras propias bajo el título de *Cristales de Helicona*, y en 1650, un año antes de su muerte, imprimió su curioso folleto de la *Inscripción del sepulcro de San Saturnino*, que en el año pasado de 1860 reprodujo en Sevilla (imprenta de E. Rasco) el Duque de T'Serclaes, en tirada de corto número de ejemplares.

El soneto que he de reproducir se halla al folio 3 de las *Rimas* de Salcedo Coronel, y dice así:

MENSAJE.

Céfiro, que en las hojas deleitoso
De laureles espiras vencedores,
Y despertando las dormidas flores
Suave olor les robas codicioso;
Deja, si á hurto aspiras más dichoso,
Tus lascivos y próvidos errores,
Y donde Lisi ostenta resplandores,
Vuela agradablemente licencioso.
Lleva, si fueres á mi ruego humano,
Estos suspiros y estas amorosas
Quejas donde envié mi pensamiento;
Podrás robar á las purpúreas rosas
De sus labios olor más soberano,
Y darle á mis deseos por sustento.

Un poeta hispano-portugués hay inédito y para la generalidad desconocido, que emuló también en el siglo xvii á Lope de Vega Carpio, á Francisco López de Zárate y al capitán D. Pedro de Castro y Anaya en el número de sonetos y madrigales que consagró á *La Rosa* (diez y seis sonetos, un romance y un madrigal). Llamóse en el siglo Antonio da Fonseca Soares, y después que en 1662 vistió el hábito de San Francisco en su convento de Evora, tomó el nombre de Fr. Antonio das Chagas. Había nacido en Vedigueira (Alemtejo) el 24 de junio de 1631, y joven, poeta, alegre, militar y enamorado, hizo de su mocedad una continuada disipación. Cuando abrazó el estado religioso y se empleó en el ejercicio de la virtud,

trató de recoger todos sus versos para destruirlos y borrar así los testimonios de su vida pasada; y al morir en el Seminario de Varatojo el 20 de octubre de 1682, casi en olor de santidad, estaba persuadido de que sus versos ya no existían. No obstante, alguna mano admiradora ó curiosa se había reservado una copia que en la Biblioteca Nacional de Lisboa se tenía por única; mas recientemente, habiendo aparecido en la de Madrid un tomo de poesías anónimas de la segunda mitad del siglo XVII, donde había muchos versos á *La Rosa*, se me llamó la atención, y por la noticia que yo tenía de las *Obras* de Antonio da Fonseca Soares, por las que ha dado el Sr. D. Domingo García Pires en su *Catálogo razonado* (1890), por las poesías que se insertan en el *Postilhaõ de Apolo* y en *La Fénix renascida*, y, finalmente, por el cotejo del poema ó epopeya heróico-amoroso de *Philis y Demophonte*, pude informar de que el códice anónimo de nuestra Biblioteca Nacional era otra copia coetánea de las *Obras de Fonseca Soares*, conservada hasta aquí como única en su congénere de Lisboa (1).

(1) El ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid lleva la signatura *P*, suplemento 232, y se titula *Varias poesías en varios | metros y á diversos assumptos | de Autor Anónimo*. No está foliado. Á la hoja 31 vuelta, 1.ª columna, se halla su primer *romance* á la Rosa:

Rasgando por verdes nubes
Crepúsculos de carmín...

Á la hoja ó fol. 68, el *Madrigal* «á la rosa muerta en botón:»

En tus cilicios verdes...

Fonseca Soares, á quien, como á otros muchos poetas de su país, no obstó el apasionamiento con

y desde la hoja 89 vuelta á la 100 los diez y seis sonetos cuyos primeros versos son los siguientes:

1.º *No de nacer para acabar medrosa...*
2.º *En verde trono majestad florida...*
3.º *Como si fuera error nacer huída...*
4.º *¡Qué avarienta al ocaso solicitas...*
5.º *Reina de abril, tus vanas majestades...*
6.º *No duras, flor, en tus ostentaciones...*
7.º *Si entre escuadrones verdes imperiosa...*
8.º *Este aljófar fecundo de la aurora...*
9.º *Amaneciste ¡oh reina de las flores...*
10.º *Tu carmín de vivir como ofendida...*
11.º *Apenas del jardín reina olorosa...*
12.º *Joya de abril y del jardín menina...*
13.º *Si estas lágrimas son, flor lastimosa...*
14.º *Si todo crece y mengua hasta la muerte...*
15.º *De toscas archas, flor, naturaleza...*
16.º *Gallarda flor que en trono de verdura...*

Para formar pleno concepto del mérito del poeta, copiaré aquí uno de estos sonetos:

Á LA ROSA.

Si entre escuadrones verdes imperiosa
Madruga tu beldad, Rosa fragante,
¿Cómo tu amado cetro en lo arrogante
De un sol se teme efímera y forzosa?
¿Qué luz del tiempo habrá que tu olorosa
Excepción no respete? ¿O cuál instante,
Sin que respete tu virtud flamante,
Ha de atreverse á tu altivez hermosa?
Si, pues, tantos colosos que cenizas
Son ya, por lo que fueron, la memoria
De la fama en las plumas eternizas,
Luce, ¡oh flor! que del tiempo la memoria
No puede, aunque tu sér atemorizas,
Á lo que fuiste, sepultar tu gloria.

que tomaron parte en la guerra separatista de España y Portugal para preferir en sus obras literarias el castellano al portugués, no pudo sustraerse al influjo del gongorismo, el cual, en su época, no sólo había llegado á achabacanar, á fuerza de extravagancias, la elocución poética, sino que, reflejando sobre la misma concepción del pensamiento, le había llevado á la más rastrera postración. Sus versos á *La Rosa* no ofrecen otra novedad que el de ser muchos.

Para terminar, cumple á los escrúpulos de mi buena fe hacer una rectificación importante sobre una de las poetas inéditas que tuve el honor de dar á conocer por vez primera en el primer tomo de este Cancionero: hago alusión á la Condesa de Benavente, Doña Antonia de Mendoza. Así el nombre como el apellido de esta dama es tan común entre las familias principales del siglo xv al xvii, que durante los reinados de Felipe III y Felipe IV son varias personas las que se conocen con uno y otro, dando la extraña coincidencia de que en el servicio palatino de las Reinas Doña Margarita de Austria, Doña Isabel de Borbón y Doña Mariana de Austria, hubiera constantemente alguna dama con el nombre de *Doña Antonia de Mendoza*. La hija bastarda del Conde de Montesclaros dejó la servidumbre poco después de la muerte de la primera de estas Reinas. La Doña Antonia de Mendoza, dama de Doña Isabel de Borbón y de Doña Mariana de Austria, que en las Academias y actos íntimos y de familia del palacio de Felipe IV compartía los honores de la poe-

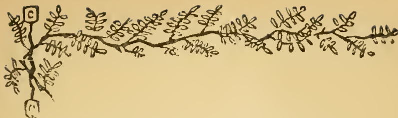
sía con otra dama, Doña Luisa Enríquez, y á la que se dedicaron varias obras literarias, entre ellas el *Espejo de discretos* del agustino Fr. Lorenzo de Guzmán (Madrid, Imprenta Real, 1643), casando, por último, en 1647 con el Conde de Benavente, fué hija legítima de los *Condes de Castro*, y á ella se refieren todos los datos biográficos, literarios y de familia que publiqué y recogí de los archivos de la Real Casa, de las *Cartas de los Padres Jesuitas* y de otros papeles y documentos del tiempo.

Otra rectificación no menos interesante me toca hacer respecto al P. Valentín de Céspedes, de la Compañía de Jesús, cuyas composiciones á *La Rosa* van insertas desde la pág. 345 á la 350 del primer volumen de este Cancionero. Algunas de las noticias biográficas que de él publiqué fueron debidas á mis investigaciones y están comprobadas; pocas se tomaron de la obra de Backer, *Bibliothèque des escrivains de la Compagnie*, publicada en Lieja en 1869. Pero Backer, cuya autoridad es universalmente reconocida en esta obra, dice que dicho Padre nació en el lugar de Paiva del Perú, de donde muy joven vino á España. Posteriormente he hallado un libro de Fr. Antonio de Jesús María, natural de Madrid, religioso descalzo de la reforma de Nuestra Señora del Carmen, titulado *D. Baltasar de Moscoso y Sandoval, Presbítero Cardenal de la S. I. R. del título de Santa Cruz de Ierusalem, Arçobispo de Toledo, Primado de las Españas, Canciller Mayor de Castilla, del Consejo de Estado y Iunta de Go-*

bierno Universal de la Monarquía (Madrid, por Bernardo de Villa-Diego, 1860), en el cual dice en el párrafo 27 que su biografiado D. Baltasar el año de 1606 había asistido en Salamanca á oir Humanidad al Maestro Céspedes; y en el párrafo 29 añade que Moscoso «estimó tanto lo que debía de la erudita energía del Maestro Céspedes, que siempre le duró el agradecimiento, y mostróle ya Obispo y Cardenal, recibiendo tres hijos suyos en su servicio: D. Francisco; D. Pedro, que tomó en el claustro el nombre de Fr. Luis de Céspedes, y D. Valentín. Al primero hizo su Secretario: el segundo entró en la Orden del Císter, y el tercero en la Compañía de Jesús.» ¿Hubo, pues, á la vez en la Península dos Padres jesuitas, también poetas, con el nombre poco común de Valentín Céspedes, oriundo uno de aquí, según Fr. Antonio de Jesús María, y otro de Paiva del Perú, según Backer? Mucho lo dudo. No he podido practicar investigaciones para desenredar este enredo; pero mi lealtad lo consigna en esta nota, dejando el problema á la solución de otro erudito investigador más afortunado.

Juan Pérez de Guzmán.





DE LOPE DE VEGA CARPIO.

ROSA DEL CELESTE PARAÍSO.

SONETO.

Á LA VIRGEN MARÍA.

De la salutación que el ángel santo
Os hizo, tan süave y amorosa,
Procedió la salud, Virgen hermosa,
Que nuestra enfermedad remedió tanto.
Para hacer un compuesto sacrosanto
Púsose el Ave en la virgínea Rosa:
Hipostática unión maravillosa,
Del hombre gloria y del infierno espanto.
Bálsamo de la rosa y azucena,
Agua pura de zarza sin espina,
Nuestro veneno original deshace.
Sois de salud, como de gracia, llena;
Débese á vos la humana y la divina,
Pues Dios es la salud y de vos nace.

Cancionero de la inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, Madre de Dios y Señora nuestra, dispuesto y ordenado por el Doctor en letras D. Francisco Rodríguez Zapata y Alvarez, presbítero, Capellán Real en la de Nuestra Señora de los Reyes y San Fernando, de esta ciudad: Sevilla, por Gironés y Orduña, 1875.—Pág. 107.



DEL LICENCIADO SIMÓN DÍAZ Y FRÍAS.

ROSA DEL MONTE CARMELO.

GLOSA.

Amor con divino modo
Os trasplanta, bella flor,
Y porque prendáis mejor,
Os llevan con tierra y todo.

El pecado original
Al hombre volvió mortal,
Haciendo en él tan gran riza,
Que en lodo, polvo y ceniza
Convirtió su estampa real.
Á vos, Flor, libre del todo
De esta culpa, pena y pecho,
Sin que os volváis polvo ó lodo,
Planta del cielo os ha hecho
Amor por divino modo.
En este humano plantel,
Virgen, divino laurel,
Tan bella plantar os supo
El que después en vos cupo
Y os hizo sacro verjel.
Hoy amor con gran primor,

Preciándose de hortelano,
Por daros gloria mayor
Á su jardín soberano
Os trasplanta, blanca flor.
Que como os vido en el suelo
Llevar tal fruto del cielo,
Á él trasplantaros quiso,
Porque desde el Paraíso
Otro nos deis de consuelo.
Con tierra, mas sin dolor,
Á huerto en que hoy florecéis
Os llevó vuestro Criador,
Para que allí os renovéis
Y porque prendáis mejor.
Como sois flor olorosa,
Palma y oliva especiosa,
Tal fragancia en vos se encierra,
Que aunque nacida en la tierra
Sois más que la luna hermosa.
Y así de entre polvo y lodo,
Sacra Rosa del Carmelo,
Dios, con amoroso modo,
Para la huerta del cielo
Os llevó con tierra y todo.

Encenias de la devotísima ermita y nuevo santuario de la Madre de Dios de la Fuencisla, escrita por el Licenciado Simón Díaz y Frías: Valladolid, 1614.





DEL P. Fr. LUIS TINEO DE MORALES,

DE LA ORDEN PREMOSTRATENSE.

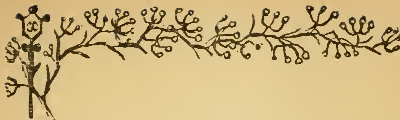
TÚMULO DE LA ROSA.

SONETO INÉDITO.

¿Naces ó mueres? ¿Mueres? ¿Por qué naces,
Alado sol, para tan triste vida,
Que aun la muerte no alcanza prevenida
A disponerte el túmulo en que yaces?
A memoria fatal rara renaces,
Fénix de la belleza más florida,
Que de esplendor y majestad vestida
En oloroso incendio te deshaces.
Ya la pompa fragante llenó el viento;
Las luces y arreboles se eclipsaron,
Y á sólo el desengaño te eternizas;
Hijo, al fin de la tierra fué tu aliento,
Pues de tanta ruína aún no quedaron
En elemento alguno las cenizas.

Biblioteca Nacional de Madrid, *Sala de MSS.*—*M*-251, folio 518 vuelto.





DE D. MANUEL MARÍA DE ALZÁYBAR

Y FERNÁNDEZ-NAVARRO (1).

LA ROSA DE DORINDA.

LETRILLA.

Toma, bella Dorinda,
Esta encarnada rosa,
Y póntela en el pecho,
Y estará en tierra propia,
Y será entre las flores
Que esta pradera bordan,
Más fino su perfume,
Más lustre el de sus hojas.
Te dirán tus amigas:
—«¡Ay, qué flor tan hermosa!

(1) De D. Manuel María de Alzáybar no tengo más noticias biográficas que las que he podido deducir del prólogo de sus *Obras poéticas* y de las referencias que hace en sus propias poesías. Debió haber nacido en el país vascongado ó navarro (tal vez Olite), entre 1780 y 1785. También parece que debió haber estudiado en Salamanca. Su posición hubo de ser desahogada, pues durante sus largas expediciones por varios países de Europa, casi siempre los estudios á que se dedicaba fueron ocupación forzosa de sus perpetuos ocios. Acaso la parte que tomara en las luchas políticas de España durante la invasión francesa, le obligó á salir de ella en 1814 para Francia, donde vivió hasta 1818. Volvió á Madrid; pero en 1822 salió de nuevo de la Península, residiendo en París un año, y otro en Inglaterra. De Londres, en 1824, pasó á los Países Bajos y se esta-

¿Quién te la dió, Dorinda?
¿De qué rosal la tomas?
¡Sabes elegir flores!
Y si eres tan dichosa
En escoger amante,
Darás celos á todas.»
Te dirán los zagales:
—«Lucero de la aurora,
Delicia de estos prados,
De amor preciada joya,
¡Oh! ¡quién fuera, Dorinda,

bleció en Lieja. Sus estudios favoritos habían sido hasta entonces los de la *Economía política*, de la que se propuso escribir un *Tratado teórico-práctico*, condensando en él las observaciones que había hecho en tan diversos países; pero los acontecimientos de 1830 en Francia, que repercutieron en Holanda, le obligaron á levantar su casa de Lieja por no formar parte en sucesos políticos. Entonces interrumpió su obra y se trasladó á Berlín. Establecida una nueva vida se entregó á la poesía, y familiar con nuestro teatro antiguo, con el de Molière en Francia, con el de Shakespeare en la Gran Bretaña y con el del italiano Goldoni, escribió dos comedias en tres actos cada una, *Una extravagancia*, en prosa, y *La baronesa del Viento*, en verso, en los que tomó por modelo las de Moratín. Sus poesías, que publicó en Aquisgrau (*Aix-la-Chapelle*) en 1832, ya en edad madura, se resienten del absentismo de la patria, con cuya marcha literaria no anduvo á compás, quedándose arcáico y muy incorrecto. En los sonetos introdujo la novedad de no rimar los versos 2 y 3 y 6 y 7 de los dos cuartetos con una misma consonancia, produciendo pésimo efecto armonioso en el oído la variedad de la rima. En estos sonetos elogió á D. Martín de Garay, D. Martín de los Heros y otros políticos de su tiempo; á dos poetisas para mí desconocidas, Doña María de la Piedra y la Princesa Constanza de Salm, y en Berlín tuvo mucho trato literario con el Coronel Schepeler, que después de haber servido en la guerra de la Independencia española, la escribió, y con su bella hija la señora Luisa de Schepeler. En París celebró en sus versos á D. Joaquín

La linda flor de gloria
Que en tu pecho de nieve
Te adula y te enamora!»
  Toma, toma, Dorinda,
Esta encarnada rosa:
Verás cómo te envidian
Los mozos y las mozas.

Obras poéticas de D. Manuel María de Alzáybar, *miembro de varias Sociedades literarias:* Aix-la-Chapelle, imprenta de Juan José Beaufort, 1832.—Pág. 312.

María de Ferrer, á cuyas expensas se hizo la edición del *Quijote* en miniatura, y á D. Francisco Martínez de la Rosa por el estreno de su drama *Aben-Humeya* en el teatro de la Puerta de San Martín. También consagró recuerdos poéticos á D. Leandro Fernández de Moratín, muerto en el ostracismo, y á D. Nicasio Álvarez de Cienfuegos, muerto en la cautividad en Francia. Otro soneto de Alzáybar alaba al Tirteo español D. Manuel José Quintana. Se ignora el año y el lugar en que murió. Estuvo casado con Doña María Brígida de la Puente, dama tal vez americana. En 1853 y 54 se hallaba establecido en Madrid y Segovia y fué colaborador de *El Trono y la Nobleza*, en cuya colección aparecen muchas poesías suyas no contenidas en sus *Obras poéticas*.





DE D. J. F. DE AGUIAR LOYSEL,

NATURAL DE LA HABANA.

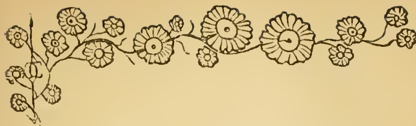
ROSA MUERTA.

EN LA MUERTE DE MERCEDES FERNÁNDEZ DE CASTRO.

SONETO.

En medio á los verdores del ramaje,
Halagada del aura matutina,
Vierte aromas la rosa alejandrina
Y ostenta su color sobre el follaje.
El austro sopla entonces, y al ultraje
Cede la flor y la corola inclina:
Sus pétalos, sus hojas, á la sima
Van llevadas con ímpetu salvaje.
Así fué de Mercedes, candorosa
Brillaba en su florida primavera,
Como sobre su vástago la rosa;
Cuando, atacada de dolencia fiera,
Inclinó sobre sí la faz hermosa,
Lanzando el alma á la celeste esfera.

Corona fúnebre á la memoria de la virtuosa y bella señorita Doña Mercedes Fernández de Castro y Trelles: Matanzas, establecimiento tipográfico de la *Aurora del Yumurí*, 1858.—Pág. 17.



DE D. RAFAEL MARÍA DE COLINA,

NATURAL DE MÉJICO.

TRANSFIGURACIÓN DE LA ROSA.

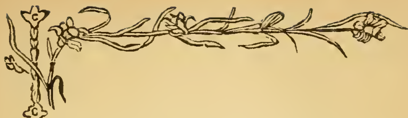
SILVA.

Allá del mundo en la remota infancia,
Más blanca que la pálida azucena,
Modesta y sin fragancia,
Nació la rosa de hermosura llena;
Envidiosas las flores la veían
Ostentar de sus hojas la blancura,
Y entre risas y lágrimas decían:
—«¿De qué sirve á la rosa su hermosura,
Si el cielo le negó vivos colores
Y á la brisa no embriagan sus olores?»
Entre tanto la rosa
En su humildad callaba,
Y bella y pudorosa
Á los besos del céfiro templaba.
Dulce como el suspiro
Del aura tibia y pura
Que en delicioso giro
Amor va murmurando en la espesura;
Más bella que el edén en donde mora,
Más pura que el cristal del arroyuelo,
La primera mujer encantadora

Abre sus ojos á la luz del cielo,
Y su intensa mirada,
Su mirada de fuego y de ternura,
Se fija enamorada
De la rosa modesta en la hermosura.
—«¡Cuán bella es esa flor de casto broche!
Si en mis blondos cabellos la prendiera,
Brillara en ellos como en negra noche
Brilló la luna en la celeste esfera.»
Dice, y gentil cual la gacela hermosa,
Que el bosque cruza con ligera planta,
Eva, la bella, hacia la casta rosa
En alas del deseo se adelanta,
Y va á tocarla cuando aguda espina
Hiere su mano, y encarnada gota
De sangre ardiente brota
Que cae sobre la flor alabastrina!
Tembló la blanca rosa enamorada,
Sus pétalos de nácar se cubrieron,
Y su esencia aromada
Los céfiros bebieron.
Desde entonces la rosa entre las flores
Muestra en sus hojas el color de Oriente,
Y al asomar el sol su roja frente
Aspira de la rosa los olores.

La lira mexicana, colección formada por D. Juan de Dios Peza: Madrid, por R. Velasco, 1879.—Pág. 129.





DE D. GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA (1).

LA ROSA.

ESTROFAS.

I.

Rosa entre espinas nacida;
Flor hermosa,
De mi bella tan querida;
Fiel recuerdo de su vida
Y recuerdo de su amor;

(1) D. Gregorio Romero Larrañaga nació en Madrid el 12 de mayo de 1815. Cursó la Filosofía y la Jurisprudencia; pero desde muy joven su inclinación decidida le arrebató al campo de las letras. Fué una de las encarnaciones más genuínas del romanticismo en España, en sus ideas, en sus sentimientos, en sus hábitos, hasta en sus trajes y en el rumbo que dió á su vida y su carrera. *El Liceo artístico y literario*, que protegió la Reina Gobernadora Doña María Cristina de Borbón, fué el trono de sus triunfos y el aliento de su fama. Por mucho tiempo reinó en él casi exclusivamente; y cuando leyó aquella composición bellísima *El de la cruz colorada*, que se escribió con otras en el álbum regalado á la augusta Mecenas de aquel centro de donde salió la regeneración literaria de España, causó un verdadero delirio y dejó eclipsados á Zorrilla, á Vega, á Espronceda, á los grandes genios que navegaban ya con las alas del Pegaso por el cielo espléndido de nuestra patria. Por desgracia aquellos aplausos no sirvieron de estímulo al genio de Larrañaga, que en ellos se estacionó. Al teatro llevó sus dramas *Doña Jimena Ordóñez* (1838); *Garcilaso de la Vega* (1840); *Misterios de honra y venganza* (1843), y otros semejantes. Roca de Togores, Ferrer del Río y Coello y Quesada trataron de levantarle con su crítica; pero

Flor de un día sin mañana,
Triste rosa;
De mi bella soberana
Eres, en lo bella, hermana
Y en lo frágil de durar.
Blanca gota de rocío
Se divisa
Sobre tu cáliz sombrío,
Que baña en su aroma frío
Y en su germen matinal;
Y en tu hermosura y tu gala,
Blanda brisa
Por tu seno se regala,
Y entre tus hojas exhala
Su perfume virginal.
Y cantan los ruiseñores,
Y suspiran,
Gozándose en tus colores

Larrañaga no pudo producir al cabo un *Don Álvaro*, unos *Amantes de Teruel* ni un *Don Juan Tenorio*. Lo mismo sucedió con sus versos líricos. El Liceo le costeó la edición de sus *Poesías* (1847), por las que el Instituto Español le premió con una medalla de oro; pero ni éstas, ni sus *Cuentos y leyendas tradicionales* (1844), ni sus *Historias caballerescas* (1843), alcanzaron el éxito de *Los Cantos del Trovador* ó las *Vigilias de Estío*, ni excitan la frenética popularidad de *El Estudiante de Salamanca* y *El Diablo Mundo*. En la novela *La enferma del corazón* (1846), fué una manifestación más de aquel espíritu estacionario, que pasó sobre el deshielo de su propia reputación, por no haber caminado su imaginación con su tiempo. Nunca Larrañaga defendió criminales ni pleitos. Conservó su melena, y enterróse entre libros en la Biblioteca Nacional, donde llegó al empleo de Jefe de segundo grado del Cuerpo de archiveros bibliotecarios; apegóse á las más austeras ideas místicas, y murió el 29 de noviembre de 1872, procurando inutilizar y haciendo desaparecer cuantas obras suyas de los pasados tiempos caían en sus manos.

Y en torno tuyo las flores,
Te rinden adoración.
Que por ser entre ellas diosa,
Flor, te admiran.
¡Pobre rosa! ¡Pobre rosa!
¡No abras tu corola hermosa,
Ó teme tu destrucción!
Ese sol que te ilumina,
Rosa amada,
Que á tu color purpurina
Un blando rayo destina
Y tu sien quiere esmaltar,
¡Y esa tu cinta de raso
Delicada,
Suavísima ahora, acaso
Antes que se hunda en su ocaso
Con su lumbre ha de abrasar!
¡Y sobre tu planta erguida,
Por las brisas
Dulcemente estremecida,
Por las aves aplaudida
Como diosa del verjel,
Tenderá su inmundo lecho
Sucia oruga
Sobre ese cáliz deshecho,
Ó algún reptil en acecho
Plegará entre ella su piel!
¡Tú no debiste nacer,
Pobre flor;
Pues para tí no habrá ayer,
Y has de tornar al no ser
Con el sol que te da luz!

¡Por eso eres tan querida
De mi amor,
Pobre rosa desvalida!
¡Tu muerte empieza en tu vida!
¡Naciste en el ataúd!

II.

También entre las flores hay fortuna:
Unas crecen en plácidos verjeles,
Y al blando sol y á la modesta luna
Alzan su fresca sien;
Y las mece la brisa en los jardines
Y ornato son de damas y doncellas,
Ó en las trovas de amantes paladines
Celebradas se ven.
Otra cabe una charca pantanosa,
Mustia y ajada entre espadañas brilla;
No hay blanda brisa ni alborada hermosa
Para la triste flor:
Sufre del septentrión los vendavales
Y del rayo la ráfaga amarilla,
Ó la arrastra por hondos peñascales
Torrente bramador.
Otra sobre un collado florecido;
Otra sobre una tumba solitaria;
Otra crece del templo destruído
En el cortado altar,
Y en tanto pasa la mañana hermosa
De su existencia mísera y precaria:
¡Viene otra aurora! ¡se abrasó la rosa!
¡Qué corto su durar!

III.

¡Cuán vario es el destino de las flores
Que mano impía arrebató en la rama:
Su perfume y sus mágicos colores
Do quier el aura plácido embalsama!
En los búcaros finos del banquete
Blando regala su apacible olor:
En voluptuoso, oculto gabinete,
Los sentidos embarga al amador.
Una rosa también fúlgida y bella
Es un adorno á un fúnebre ataúd:
Un día fué el tocado en la doncella,
¡Y hoy cubre el paño de su negra cruz!
A la modesta faz de la velada
Una rosa destina el himeneo;
En las tocas de virgen consagrada
Prende otra rosa el cándido deseo;
Fiel holocausto en el altar de plata
Es un don al Eterno de cariño;
Otras veces el viento la arrebata
De entre las manos con que la aja el niño.
Mas ¡ay! su encanto y su vistoso alarde,
¡Siempre es de un día corto, sin mañana!
Y ha de morir cuando la parda tarde
Que ya se pierde entre la sombra vana.

IV.

Por eso, rosa querida,
Una mujer que te ama,
Y siente tu corta vida,

Y ve tu gala perdida,
Te arrebató de tu rama.
  Y entre su seno de amores
Creyó conservarte pura
Y con brillantes colores;
Que ella también guarda flores
Allí, y están con frescura.
  Mas no bastando su ardor,
De sus labios cariñosa
Prestarte quiso el calor,
Y te besó con amor:
¡Quién fuera entonces la rosa!
  Y tú, mustia y marchitada,
Lánguidamente morías,
De sus besos abrasada,
Y á su volcán ofrecías
Tu muerta corola helada.
  Es lo que no comprendí,
Y ha quedado sorprendida
El alma desque lo ví:
¿Cómo te da muerte á tí
Lo que á mi amor da la vida?
  ¡Rosa, tu fin fué marcado,
Y nada vence al destino!
¡También yo estoy aplazado,
Y si algo más he durado,
Es ser más largo el camino!

Febrero de 1849.

Poesías de D. Gregorio Romero Larrañaga, *publicadas bajo los auspicios del Liceo artístico y literario de Madrid:* Madrid, por D. Vicente de Lalama, 1847.—Pág. 209.



DE D. SOTELO DE MANTELI (1).

A UNA ROSA CORTADA.

QUINTILLAS.

Rosa que ayer con orgullo
En los pensiles te ví
Del céfiro al suave arrullo
Abrir tu tierno capullo,
¿Qué serás mañana, dí?

(1) D. SOTELO MANTELI Y GOROSTIZA nació en Vitoria (Alava) el 22 de abril de 1820. Con los frailes dominicos estudió Filosofía, y desde muy joven aplicó su talento como palanca á fin de despertar en su país el movimiento regenerador de nuestro siglo. Veintiséis años contaba cuando en 1846 fundó con Ayala, Goizueta y Velasco la estimable *Revista Vascongada*, una de las mejores publicaciones que de su clase España ha tenido. Además escribió en *El Lirio* y otros periódicos de Vitoria, Vergara, San Sebastián y Bilbao multitud de poesías líricas, de levantado estro y de clásica entonación. De ellas formó la colección que dió á la estampa en 1847 y que fué recibida por los poetas de Madrid con ostensible estimación. De 1850 á 1859 restauró en los periódicos el *Iruracbat*, el *Euscalduna*, *El Porvenir alavés* y otros las leyendas y tradiciones del país eúskaro en cuentos y novelitas que fueron del agrado del público. Después de estos menudos ensayos, en 1869 imprimió *La dama de Amboto* y en 1872 *Aránzazu*, leyendas sobre tradiciones vascongadas también, pero escritas con la extremada perfección del vate y haciendo un cincel de la pluma. Toda la prensa española se ocupó con propicio fallo de estas dos composiciones, suficien-

Rosa que ayer, tan lozana,
En tu seno purpurino
Aromas gocé, ¿mañana
Sabes, dí, rosa temprana,
Cuál será, cuál tu destino?
Rosa que, brindando amor,
Tu cáliz ayer cogía
Las lágrimas que vertía
Desde oriente, encantador
Al nacer el nuevo día;
Que brisas embalsamadas
El cáliz ayer libaron
De tus hojas esmaltadas
Con mil perlas, que afanadas
Las brisas se las llevaron;
Que reina fuiste orgullosa
Un momento nada más
En el pensil; mustia rosa:
¿Por qué hora tu frente hermosa
Al suelo abatiendo estás?
¿Por qué, dí, ya marchitada
Al aire no das perfumes?
¿Por qué, dí, rosa cuitada,

tes por sí solas para colocar á Manteli en el número de nuestros mejores novelistas contemporáneos. No se durmió por esto sobre sus laureles: de nuevo volvió á colaborar en *El Ateneo* y *El Noticiero Bilbaíno*, y con Becerro de Bengoa constituyó el *Centro literario vascongado*, que conquistó para sus fundadores el lauro perenne de los corazones patriotas agradecidos. Manteli escribió en colaboración con D. Eustaquio Fernández de Navarrete la historia de la *Diócesis vascongada*. Fué el heredero y dueño de la antigua tipografía de Manteli, en la que la Diputación foral imprimió durante siglo y medio todos sus trabajos. Murió en 1887.

De tu tallo separada
Viendo estoy cuál te consumes?
¡Ay, rosa triste! La vida
Era para tí el pensil,
Y por las auras mecida
Contemplaste circuída
Entre gayas flores mil.
Allí donde el siris ardiente
Con su lumbre abrasadora
Coloró tu tez fulgente;
Donde alzó tu mustia frente
El rocío de la aurora;
Donde tu cáliz de amor
El líquido recogía
Que el alba hermosa vertía,
Y en su fuego abrasador
El sol te lo consumía;
Allí, también abatida,
Tu frente al suelo inclinabas;
Mas ¡ay! no: que la tornabas
Á mirar al que la vida
Debiéndole, le adorabas.
Sí, bella rosa: tu amor
Era el astro rutilante,
Que extasiada en su fulgor
De su brillo seductor
Gozaste sólo un instante.
¡Ay, rosa triste! La vida
Era para tí el pensil,
Y por las auras uncida,
Contemplaste circuída
Entre gayas flores mil.

Mas ya sin tallo te miro,
Y á tus hojas marchitadas
Consagraré yo un suspiro:
En polvo luego tornadas,
¿Cuál será su triste giro?

El Lirio, periódico literario: Vitoria, por Ignacio Egaña, 1846. —Tomo ij, núm. 17, pág. 133.





DE D. LUIS G. ORTIZ,

DE MÉXICO (1).

LA ROSA DE LEDA.

SONETO.

De Eurotas en las linfas cristalinas
Sobre el espejo transparente y claro,
La encantadora esposa de Tindaro
Sus formas refrescaba alabastrinas.
Un águila, salvando las colinas,
Persigue á un cisne primoroso y raro:
Ve Leda su aflicción y le da amparo,
Tendiéndole sus manos peregrinas.
El amoroso cisne, agradecido,
El seno besa á la princesa hermosa,
Y Amor le forma en él precioso nido.
Al gozar emoción tan deliciosa,
Leda á Jove conoce travestido...
Y su faz el rubor tiñe de rosa.

Poesías de D. Luis G. Ortiz: México, imprenta de Ignacio Cumplido, 1856.—Pág. 213.

(1) En las *Biografías de mexicanos distinguidos, por* D. Francisco Sosa (México, oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1884), no constan noticias biográficas de este inspirado poeta contemporáneo.



DE ABIGAIL LOZANO (1),

DE VENEZUELA.

LA FLOR DE MAYO.

OCTAVAS.

Flor voluptuosa de la agreste selva,
Del verde mayo lúbrica sonrisa,
En cuyo seno la sonora brisa
El ámbar de otras flores va á guardar,
Cuando tu cáliz ví tan hechicero
Y tu vívida tinta encantadora,
Me pareciste de la virgen Flora
La huella leve que dejó al pasar.

(1) Abigail Lozano nació en Valencia de Venezuela por los años de 1823, y murió en Nueva York en julio de 1866. Se educó en Puerto Cabello. Una de sus primeras poesías la envió al redactor entonces de *El Venezolano*, D. Leocadio Guzmán, que desde luego abrió las columnas de aquel periódico al nuevo cisne del lago de Tacarigua. Establecido en Caracas, Lozano publicó en 1843 sus *Tristezas del alma;* poco después sus *Horas de martirio*, y en 1865 vino á París, donde se hizo la edición completa de sus obras. Tomó parte en las conmociones políticas de su patria en 1854, y ejerció cargos públicos en 1858, hasta que en 1860 ocupó la silla curul en la Cámara de Diputados, representando la provincia de Yaracay. Renunció este cargo en 1861, y el Gobierno del Perú le nombró Cônsul de esta república en San Thomas.

Bella cual la sonrisa de un arcángel,
Cual los sueños de América inocente,
Mayo para diadema de su frente
En un jardín del cielo te escogió.
Y tal vez de la noche en el silencio
El dios de la Montaña te enamora,
Y acaso junto á tí la roja aurora,
Dulcemente dormido le encontró.





DE D. DIEGO LUQUE DE BEAS (1).

ROSA FRAGANTE.

PLEGARIA INÉDITA.

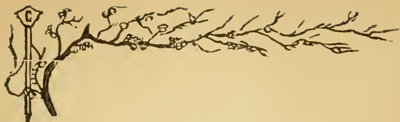
—¿De la fragante rosa
A dónde va la esencia?
—Como las almas puras,
A donde nacen, vuelan,

(1) D. Diego Luque de Beas, el amigo inseparable de Luis Eguílaz, nació en Jerez de la Frontera el 11 de julio de 1828, Consagrado desde la juventud al mecanismo interior de los teatros, dirigió durante dos temporadas la escena en su ciudad natal, y en 1849 vino á Madrid y entró en el taller escenográfico de D. Francisco Aranda. Su profesión artística no le apartó de sus aficiones literarias. Era de los contertulios del café de la Esmeralda, y siguió todos los pasos de Eguílaz, Trueba y sus demás compañeros. En 1852 se representó con aplauso en el teatro de la Cruz una refundición suya de la comedia de Calderón de la Barca, *Mejor está que estaba*. También publicó el mismo año su novela de *La dama del Conde-Duque*, una de las más bellas que formaron parte de aquella colección en que entraron *La Campana de Huesca*, de Cánovas del Castillo; *La espada de San Fernando*, de Eguílaz, y otras por el estilo. En 1853 y 1854 fué Luque director de escena del teatro de Variedades, donde el primero de estos años se estrenó, por el insigne Joaquín de Arjona, el *Alarcón*, con que Eguílaz debutó como autor dramático, y en el segundo se representó *El Pelayo*, de D. Manuel José Quintana, con tanto esmero y propiedad,

Las ligaduras rotas
Que aquí las tienen presas.
Los pétalos y espinas
En este mundo deja,
Y en la region celeste
A su Creador recrea,
Formando el puro limbo
De la Eternal pureza.
¡Oh misterio adorable!
¡Oh rosa de excelencia!
Bendita una y mil veces
Por tu Asunción excelsa.

que de aquel suceso saltó la idea de la pomposa coronación del poeta por mano de la Reina Doña Isabel II. Durante la dirección de Luque de la compañía del Príncipe en 1856, se dieron á conocer en este teatro actores nuevos del mérito sobresaliente de Emilio Mario, y poetas como el autor de *La campana de la Almudaina*. En Novedades, en 1857, dirigió las representaciones del *Baltasar*, de la Avellaneda, y de *El Patriarca del Turia;* en el Español, en 1858, las de la *Vida por honra*, de Hartzenbusch, y *Las querellas del Rey Sabio;* y finalmente, en Jovellanos, las de *Pan y toros*, de Picón; *El molinero de Subiza*, de Eguílaz, y otras varias. Nunca dejó la pluma en medio de sus ocupaciones artísticas, y en *El Imparcial* escribió muchos artículos de crítica con el pseudónimo de *El cura de Argamasilla*. Aunque ha colaborado en muchas obras dramáticas de gran éxito, nunca se ha sabido su nombre ni su colaboración. Ahora escribe unos *Misterios de bastidor*, memorias recónditas de nuestro teatro contemporáneo y de las gentes literarias y del arte, que lo han animado desde que lo organizó el inolvidable Conde de San Luis, donde se hacen curiosas revelaciones y se da la clave de muchas cosas interesantes para la historia literaria y artística de nuestro siglo.





DE D. UBALDO PASARÓN Y LASTRA (1).

LA ROSA DE INVIERNO.

TROVA.

Fugaz como la hermosura
Con que de invierno os encanta,
Frágil rosa,
Es la amorosa ternura
De una mujer inconstante,
Veleidosa.

(1) D. Ubaldo Pasarón y Lastra, Capitán del Regimiento de España en Cuba y Santo Domingo, nació en Belvadeo (Lugo) el 6 de agosto de 1827. Á los quince años, en el de 1842, se le hizo la gracia de Cadete, entrando desde luego á hacer sus estudios militares. Concluídos éstos y ascendido á Subteniente, aspiró á ingresar en la Escuela de Ingenieros, de donde con aventajadas notas salió su hermano D. Antonio, el cual llegó á General del arma; mas Don Ubaldo, dotado de mente inquieta y soñadora, irreconciliable con las exigencias del cálculo y del número, la abandonó bien pronto, y ya destinado al Regimiento de Cantabria, ya al de Granaderos, ya al de Borbón, aprovechó la revolución de 1854 para pedir su pase á Ultramar, ingresando en dicho año y con el empleo de Capitán en el ejército de nuestra gran Antilla. Desde 1847 había aspirado al título de poeta lírico y de poeta dramático. En el primer concepto, no sólo publicó muchas composiciones en *La Semana*, el *Museo de los Niños*, *La Revista* y *La Iberia Militar* y la *Española de Ambos*

Carece de esencia grata
La invernal rosa hechicera
En su centro;
Igual la coqueta ingrata:
Todo es belleza por fuera,
Nada dentro.

Sus hojas la flor entrega
Al menor soplo del viento,
Frágil, leve;
Su amor y su gracia os niega
Así, al menor sentimiento,
Ella aleve.

Mundos, sino que en 1850 dió á las prensas de Madrid un tomo de *Poesías* (imprenta de Delgrás), que elogiaron *La Patria*, *El Trono y la Nobleza* y otros periódicos. Sus comedias y piezas cómicas *Una página de acción*, *¡Todos son locos!*, *Por honor, vida y amor* y *La verdad contra el derecho*, naufragaron en las borrascas de la vida, y en la edición de sus *Obras* hecha en Nueva York en 1860 se lamentaba de su pérdida. Otra vez en la Habana publicó sus versos en 1859, destinando el producto de esta edición, «en los veinticinco primeros años después de su fallecimiento, á la construcción en Norte África de un presidio para delitos de coacción y á procurar la emigración de colonos blancos berberiscos en las provincias de Castilla la Nueva.» En la Habana también había publicado muchos opúsculos filosófico-morales, entre ellos el *Cuadro del adelanto social*, trabajos que se reprodujeron después en la edición de 1860 de Nueva York. Desde la anexión efímera de la isla de Santo Domingo, pasó á ella á prestar sus servicios militares, y en ella murió de muerte natural el 1.º de mayo de 1864. En todas sus obras se encuentran rasgos indelebles de su carácter fogoso, de su imaginación viva y de su natural extravagante. En 1854, al embarcarse para la Habana, pidió, y no le fué concedida, la cruz de San Fernando, «por no haber tomado parte en 1843 en los sucesos contra la regencia del General Espartero.»

En la estación cana y fría
Del hielo y rudos vaivenes
La flor nace;
Sólo á la coqueta impía
El hielo de sus desdenes
Satisface.

La flor, sin su hoja copuda,
Desnudo un tallo sin hoja
Sólo deja:
La verdad triste y desnuda
Que os deja la que os olvida,
¿Qué semeja?

Así es, cual la hermosura
Con que de invierno os encanta
Frágil rosa;
Como la fugaz ternura
De una mujer inconstante,
Veleidosa.

Obras completas de D. Ubaldo Pasarón y Lastra: Nueva York, imprenta de Mas, 1860.—Pág. 175.





DE LA SRA. DOÑA CARMEN F. C. DE BALLEN,

NATURAL DE COLOMBIA.

ROSA MARCHITA.

REDONDILLAS.

Flor marchita, deshojada,
La más hermosa de abril,
Hoy abatida, humillada,
Eres tamo del pensil.

El estambre de tu gala,
Tu regia púrpura hermosa
Que ninguna flor iguala,
¿Qué se hicieron, linda rosa?

¿Cuál aquilón te marchita?
¿Cuál tempestad te desgaja?
¿O la bondad infinita,
Cual rayo, sobre tí baja?

El jardinero te deja;
A tu cáliz abundoso
No concurre ya la abeja,
Ni aquel pisaflor gracioso.

¡Huye del mundo falaz!
¡En él no hallarás consuelo,
Sino hermosura fugaz!
¡Busca la dicha en el cielo!

Y olvidando los halagos
De mentidos pajarillos,
Canta, evita los estragos;
Prudente, rompe los grillos.

Y que miren en tu espejo
Las que fueron orgullosas,
Cambiando lo nuevo en viejo,
Y en hojas secas las rosas.

Poetisas americanas: ramillete poético del bello sexo hispano-americano, recopilado por José Domingo Cortés: París-México, imprenta de C. Motteroz, 1875.—Pág. 113.





DE DOÑA RITA DE LECUMBERRI,

NATURAL DEL ECUADOR.

A UNA ROSA MARCHITA.

REDONDILLAS.

Rosa que fresca y lozana
Ayer tu brillo ostentaste,
Y con gracia te ondulaste
En la cándida mañana:
Hoy ya mustia, entristecida,
En tu tallo doblegada,
Poco á poco deshojada,
Pronto quedarás sin vida.
Tal imagen de mis años
En tu triste suerte veo:
Antes placer, devaneo;
Después dolor, desengaños.
Y ya marchita la frente,
Siento rendirse á su ocaso
Mi existencia paso á paso
Del pesar que hunde á la mente.

Dime, desdichada rosa,
¿Acaso aliento profano
Tu brillo apagó temprano
Ó de amor flecha ardorosa?
¿Ó tal vez de Febo un rayo,
En tu seno penetrando,
Fué tu belleza agostando
Y dejó en total desmayo?
Rosa, has visto tu hermosura,
Como yo mis ilusiones,
Eclipsar los nubarrones
De la triste desventura.
Y una á una desprenderse
Las hojas de tu esperanza,
Que veloz el viento lanza
A confundirse y perderse.
Pero tal vez ignorada
Habrá un aura que divina
Te llevará peregrina
Del Edén á la morada;
Y allí entre fuentes y flores
De una eterna primavera,
Serás feliz la primera
Y olvidarás tus dolores;
Mientras lágrimas yo ardientes
Verteré siempre abatida
En el yermo de mi vida
Lejos de flores y fuentes,
Y terminaré mi senda
Sin que una queja sentida
Ni una brisa apetecida
A mi sepulcro descienda.

Rosa, escucha una plegaria:
Si en esos lindos verjeles
De azucenas y claveles
Ves mi huesa solitaria,
Entonces en dulce calma
Envíame hacia mi losa
Soplo de tu aura olorosa
Ó de tu gloria una palma.

Poetisas americanas: ramillete poético del bello sexo hispano-americano, recopilado por José Domingo Cortés: París-México, imprenta de C. Motteroz, 1875.—Pág. 167.





DE DOÑA CONCEPCIÓN DE ESTEVARENA (1).

HOJAS DE ROSA.

ESTROFAS.

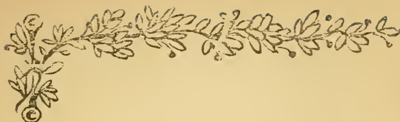
Conservo el tallo leve entre mis manos,
Y ya esparcí las hojas de la flor:
Las he visto alejarse, cual se aleja
La primera ilusión.

(1) Doña Concepción de Estevarena y Gallardo nació en Sevilla el 10 de enero de 1854. El cólera arrebató á su madre, dejando á la niña en la primera edad; y al despertar á la pubertad aquella intuición suprema hacia los afectos que en la que le dió el sér había perdido casi sin conocerla, la reveló poeta. Sus primeros versos fueron á la memoria de la que idolatraba sin haberla conocido: llevan la fecha del 29 de noviembre de 1870. En el *Ateneo* de Sevilla el que esto escribe leyó por vez primera versos de Concepción de Estevarena: la composición titulada *Enseñar al que no sabe.* Esto bastó para que inmediatamente celebrase en las columnas de *La Época* (7 de julio de 1876) la aparición de un gran astro, aun sin conocer personalmente á la poeta, ni saber nada ni de su vida ni de su historia. Aquel artículo fué reproducido por *El Diario de Zaragoza* (19 de julio), y Concepción Estevarena leyó aquellos elogios que no había demandado y que le despertaban la conciencia de su mérito, de que ella estaba ajena, cuando, herida por incurable mal, daba los últimos pasos sobre la tierra. Su tío el Chantre de Jaca, D. Juan Nepomuceno de Escacena, á cuyo amparo y al de otra hermana que con él vivía fué á parar huérfana también de padre, así

Eran hojas de rosa, que aún guardaban
El perfume, la forma y el color;
Y aun siendo así, volaron con el viento
Y nadie las miró.
¡He visto en esas hojas el destino
De seres sin hogar y sin amor,
Que saben de la noche, y nada saben
De los rayos del sol!
¡Arrancadas del tallo en que nacieron
Y arrojadas al viento del dolor,
Nadie se para á ver si en esos seres
Existe un corazón!

Últimas flores: poesías de Concepción de Estevarena: Sevilla, por Gironés y Orduña, 1877.—Pág. 57.

me lo escribía, animado por la lectura de *La Época*, en 19 de septiembre del mismo año, notificándome además su muerte, ocurrida el 11 del mismo mes de vuelta de Panticosa. ¡Al morir la poeta tenía veintidós años! Amigos de la infancia publicaron al año siguiente sus poesías con el título de *Últimas flores* (Sevilla, por Gironés y Orduña, 1877), reproduciendo con ellas el retrato que yo hice estampar en *La Ilustración Española y Americana*. En la tertulia literaria que á la sazón en Madrid tenía la Baronesa de Cortes, los poetas mis amigos, unidos á aquella distinguida dama, honramos su memoria fúnebre con la lectura de los versos que el Sr. Escacena me comunicó (15 y 22 de octubre y 20 de diciembre), y sobre su tumba derramaron las rosas de su ingenio en sendas elegías María Borao desde Zaragoza, Susana Lacasa desde Huesca, Ángela Mazzini desde Santa Cruz de Tenerife, y Dolores, Felisa y Mercedes Rodríguez de Velilla, que, amigas de la primera edad en la ciudad del Betis, la querían como hermana. Leyendo sus versos conmueve su memoria. Todavía la virgen de dorados sueños desconocía los abismos sombríos de la pasión. Sus cantos son cantos de un ángel, aunque su nota sobresaliente fué la nota del dolor. No vivió bastante para conquistar la cumbre: de haber vivido diez años más, habría que ponerla al lado de las primeras deidades de su sexo.



DE D. JOSÉ DE SELGAS Y CARRASCO (1).

LAS DOS ROSAS.

REDONDILLAS.

Dos rosas, niña, corté;
Y pensando en tus mejillas,
Sobre sus hojas sencillas
Un tierno besó estampé.

(1) D. José Selgas Carrasco nació en Murcia el año de 1824. En el Seminario conciliar de San Fulgencio hizo sus primeros estudios; pero la modesta posición de su familia, á cuyas necesidades tuvo muy joven que atender, le quebraron en sus principios su carrera literaria, reduciendose ya á explotar únicamente las dotes privilegiadas de su ingenio. En el primer vuelo de su fantasía, la abundancia del corazón inspiró á su musa poesías líricas en el lenguaje de las flores, que hasta él ninguno había sabido traducir con tonos más delicados. Cuando llegó á Madrid y se leyó en la tertulia del Conde de San Luis su apólogo de *La violeta*, se saludó con aplauso el orto feliz de un poeta verdadero. Arnao lo introdujo en el conocimiento de Fernández-Guerra, éste en el del Ministro protector del teatro nacional, y en general de todos los talentos; pero la revolución de 1854, que hirió su alma en lo profundo de sus más nobles afectos, hizo trocar en sus manos la lira dulce y apacible de Byron por el látigo de Marcial, y en las columnas del inolvidable *Padre Cobos* vació el talento en sátiras, en las que cada frase era un chiste, y que, cultísimas en el fondo, sólo tuvieron un defecto: el ser

Por eso te las envío;
Porque va mi corazón,
Como beso de pasión
Sobre gotas de rocío.

Donde mi labio posó,
Pon tu labio, niña hermosa:
No hay espinas en la rosa,
Pues mi labio las quemó.

Ponlos, sí, sobre la huella
Que entre perfumes verás,
Y toda mi alma hallarás
¡Oh, niña! grabada en ella.

personales. D. Cándido Nocedal, D. Adelardo López de Ayala y otros ingenios de su altura, fueron en aquel periódico sus cómplices y compañeros. En 1856 el mismo Nocedal, y en 1882 el General Martínez Campos, diéronle oposiciones políticas y oficiales: ya antes González Brabo le sentó en el Parlamento, y Fernández-Guerra en la Academia Española. Cuando la flor ingenua de su primera inspiración se agotó, murió el poeta y apareció el escritor de ingenio; pero si su *Primavera* (1850), si su *Estío* (1882) y algunas hojas de sus *Flores y Espinas* (1883), le darán eternamente un puesto de honor en nuestro Parnaso, no alcanzarán el mismo aura en el porvenir sus libros de artículos en prosa, sus novelas y sus ensayos para el teatro. Selgas nació para cantar las flores; cuando dejó de ser el ingenuo pastor de las alegres praderas, el poeta murió. Don Severo Catalina lo aplicó á las polémicas de la política en las columnas de *El Gobierno*, que dirigía; pero no basta el ingenio para ser polemista; y aunque sus artículos abundaban en dichos agudos, su especialidad no era saber argumentar. Selgas murió en Madrid el 5 de febrero de 1882. El agustino P. Blanco García le llama «cantor de la inocencia y de las flores.» No tuvo otro nombre en la república del Pindo.

Prende, hermosa, las dos flores
Sobre tu seno inocente,
Y al palpitar tiernamente
Da cabida á sus olores.

Que entre ellos irá mi aliento,
El aliento de mi vida,
Á buscar la paz perdida
Donde está tu sentimiento.

(En el álbum de una Carmen.)





DE D. AMÓS DE ESCALANTE (1).

LA ROSA DE PASIÓN.

MONÓLOGO EN SILVA.

PASSIFLORA CŒRULEA.

«Las nuevas flores con abril llegaban;
Jugo y verdor cobraban
El mustio césped y el olivo yerto,
Y en la pared del palestino huerto
Florecidos mis vástagos temblaban.

Cierta noche ¡cuán triste!
«Padre—una voz dulcísima decía,—
¿No quieres que halle tregua mi agonía?
Amargo cáliz á mis labios diste;
Mas sea tu voluntad y no la mía.»

(1) Faltaba en mi *Cancionero* la mística flor de los misterios del Calvario de Cristo, nacida de las lágrimas del Hijo de Dios la noche de la oración en el Huerto de las Olivas. D. Amós de Escalante, sin embargo, la tenía publicada, primero con el título de *En el huerto*, en el núm. 96 de *El Atlántico*, periódico de Santander, correspondiente al Viernes Santo del año 1887 (7 de abril); después con el de *Passiflora Cœrulea* en sus *Poesías:* Santander, 1890, página 131.—Aquí va segunda perla de soberbio oriente, que completa la rica presea de la *Rosa Montés*, inserta en este tomo ij, pág. 218.

Sonaron armas y cesó el lamento.
Amaneció sin sol. Traía el viento
Voces, iras, espanto; tembló el monte;
Y de vaho sangriento
No se limpió en la tarde el horizonte.

Azorada, al romper del nuevo día,
Una mujer venía:
Con las madejas de cabellos de oro
Su faz cubría y se enjugaba el lloro;
En viéndome, detúvose y decía:

—«¡Oh lívidos colores,
Clavos sin compasión, duro martillo!
¿Cuándo naciste, flor, que entre las flores
De mi Jesús renuevas los dolores
Y de cuantos le amaron el cuchillo?
¡Qué profética mano pudo hacerte!
En tí la lanza y las espinas veo,
Los lutos por su muerte,
Y oir los golpes que aseguran, creo,
Al tronco infame el adorado reo.

¡Ah, flor de su pasión! ¡oh, bien hallada
Cuando las huellas va de su jornada
Besando desvivida,
La mayor pecadora arrepentida
Por los divinos labios perdonada!»

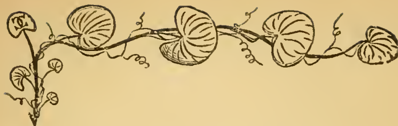
....

En mí sumió su rostro, y semejaron
Sus bellos ojos caudalosos ríos:

Cuando enjutos del huerto se alejaron,
Lágrimas rebosaron
Las anchas flores en los tallos míos.

¡Ved cuánto puede quien de veras ama!
Pobre flor yo, sin nombre y sin esencia,
Tuve apellido y fama:
El mundo *flor de la pasión* me llama,
Cual me llamó la flor de penitencia.»





DE D. PABLO ROMERO,

NATURAL DE LA GRAN CANARIA.

LESBIA Y LA ROSA.

MADRIGAL (1).

En la plácida margen de una fuente
Que cae en blanca espuma bulliciosa
Con pompa alzando su purpúrea frente,
Mecerse ví una rosa.
Mas luego Lesbia, ansiosa,
Vino á probar la linfa transparente,
Y la flor vanidosa
Pálida y triste se inclinó llorando
Al mirar de mi dueño los colores.
¡No ha de rendirme su hermosura, cuando
Se le humilla la reina de las flores!

1856.

(1) Del álbum de la Marquesa de la Florida, ilustre dama de Sauta Cruz de Tenerife. D. Pablo Romero en 1858 publicó en la ciudad de las Palmas sus *Poesías:* vive en la actualidad.





DE D. EZEQUIEL LLORACH.

LAS ROSAS DE SUS MEJILLAS.

DIÁLOGO.

—¿A dónde, gentil y ufana,
Va la encantadora niña,
La de los labios de grana?
—Voy, mancebo, á la campiña
Que el verde abril engalana.
—¿Al campo, niña hechicera,
Vas, pues, en busca de flores?
—Á cogerlas voy ligera,
Que en la encantada pradera
Ostentan ya sus primores.
—Que vayas me maravilla
Por flores tú, niña hermosa,
Cuando en tu pura mejilla
Veo encendida la rosa
Que cual las del campo brilla.
—Pues esa rosa que ufana
Dícenme todos que llevo
En mi mejilla galana,
No es cuál las otras, mancebo.
—Es, niña, la más lozana.

De singular hermosura
Es, bien mío, y no te asombre,
Esa flor tan bella y pura;
Mas pierde su galanura
Si á tocarla llega el hombre.
Cuídala con dulce amor
En tu tierna juventud,
Pues, niña bella, esa flor
De tan vistoso color
Es la flor de la virtud.

Abril, 1870.

Vibraciones de sentimiento: poesías de D. Ezequiel Llorach: Madrid, por Perojo, 1878.—Pág. 63.





DE D. FERMÍN FERREIRA Y ARTIGA,

DEL URUGUAY.

A ROSA.

ESTROFAS.

Al pronunciar tu nombre se agolpa á mi memoria
Tristísimo un recuerdo de mi perdido amor:
Yo te contaré, hermosa, tan peregrina historia;
Mas temo herir en tu alma la fibra del dolor.

También ella era joven, espiritual, hermosa,
Era la flor más pura y esbelta del pensil;
Reinaba entre las flores y la llamaban *Rosa:*
¡La tempestad un día la marchitó en su abril!

Con ella concluyeron mis célicas visiones;
Los mágicos ensueños de amor y juventud;
En llanto se trocaron mis blancas ilusiones,
Y hallé en lugar de un ara su fúnebre ataúd.

Desde tan cruel instante, sin brújula ni estrella,
Yo me lancé del mundo por el revuelto mar;
O atravesé el desierto para dejar mi huella,
Sobre movible arena que el tiempo ha de borrar.

Sin fe ¿qué puedo hablarte de dicha y esperanza?
Mi estrella está en su ocaso, sin luz ni porvenir;
Pasó ya la tormenta; mas vino la bonanza,
Remedo de la calma, siniestra del morir.

Así nada le queda ya al pobre peregrino:
Lució reminiscencias de su primera edad;
Sus rosas deshojaron las brisas del destino;
No tiene ni una sola que dar á tu beldad.

Perdón, si en vez de un canto radiante de alegría,
Yo exhalo, niña hermosa, semillas de dolor:
Marchita la flor bella de la esperanza mía,
Se destempló en mi lira la cuerda del amor.





DE D. FRANCISCO MUÑOZ DEL MONTE.

NATURAL DE LA HABANA.

LA ROSA AMARILLA.

ESTROFAS.

Yo la ví. ¡La ví en el Prado!
Yo ví un tinte sonrosado
De su semblante nevado
La blancura matizar;

Y en su cabello rizado,
Oculta tras la mantilla,
Yo ví una rosa amarilla
Entre los bucles jugar.

Bella, transparente, pura,
Como un sueño de ventura
De su almo cuello en la albura
Yo ví sus venas de azul.

Cual la luna en noche obscura
Entre leves nubes brilla,
Brilló la rosa amarilla
Entre los pliegues de tul.

Con su pupila azulada
Yo ví chispear su mirada
Tierna, eléctrica, lanzada
Al *Salón* (1) con languidez.

Cabe la rosa encarnada
Que brotaba en su mejilla,
La humilde rosa amarilla
Doblaba su palidez.

Era negro su vestido,
Negro el zapato pulido,
Negro el velo recogido
Sobre la amarilla flor.

Un recuerdo dolorido
Llevóme á la patria Antilla
Do nunca rosa amarilla
Abrió su corola al sol.

Yo tiemblo ¡oh rosa! de verte:
El tuyo es color de muerte.
Cual signo de triste suerte
Me impresiona tu matiz.

Sobre tu pistilo inerte
Dulce esperanza no brilla:
¡Siempre la flor amarilla
Fué de las tumbas tapiz!

(1) El Salón del Prado.

¡Si esa rosa fuese mía!...
¡Vano anhelo! Su ambrosía
La esperanza mataría
De mi desgraciado amor.

«Olvida»—la flor diría,—
«La de la negra mantilla;
»Porque la rosa amarilla
»Es del sepulcro la flor.»

«La muerte no me intimida,»
—Diría á la flor querida:—
«La muerte es apetecida
»Del que nada ha de lograr;

»Y pues que en mi triste vida
»Un dichoso amor no brilla,
»Mas vale ¡oh rosa amarilla!
»Verte en mi tumba brillar.»

Poesías de D. FRANCISCO MUÑOZ DEL MONTE: Madrid, imprenta y fundición de Manuel Tello, 1881.—Pág. 127.





DE D. FRANCISCO DEL VILLAR Y BUSTOS.

LA ROSA Y LA BELLEZA.

QUINTILLAS.

¡Pobre flor! Todo parece
Sonreir á su existencia:
Bella en su tallo se mece,
Y del sol al fuego crece,
Dando á las auras su esencia.

De verde y frondosa rama
Sombra apacible, ondulante
Templa de su amor la llama,
Y en su corola brillante
Perlas el alba derrama.

Por dar la prueba mejor
De su fecundante amor,
El límpido arroyo manso
Toma en su curso descanso
Al llegar junto á la flor.

Los pajarillos, celosos
De formarle corte grata,
Le regalan presurosos,
En alegre serenata
Sus trinos más armoniosos.

Con bulliciosa porfía
Su cáliz liba la abeja,
Y cuando al morir el día
Triste el céfiro la deja,
Blando suspiro le envía.

Y por besarla anhelante
No es con ella veleidosa
La mariposa inconstante,
Y si se aleja un instante
Vuelve á acariciarla ansiosa.

Pero su sino no evita,
Y la escarcha la anonada,
Ó el rudo cierzo la agita,
Y la pobre flor tronchada
En un punto se marchita.

Y el aura, el aire, la abeja,
El verjel y el arroyuelo
Donde mustia se refleja,
Exhalan en suave queja
Su pena y su desconsuelo.

En vano erguida y ufana
Arrostra el fiero aquilón,

Que la rosa más lozana
Sólo vive una mañana:
¡Lo que vive una ilusión!

También, Lida, cual la rosa
Tienes falanje amorosa
Á dulce imperio sujeta,
Y eres numen, por lo hermosa,
Del artista y del poeta.

Mas ¡ay! sueño de ventura,
Esplendoroso fulgor,
Gloria efímera, insegura
La vida de la hermosura
Es la vida de la flor.

Y viene aprisa el mañana
Sin piedad para el ayer,
Y la breve edad temprana,
Sombra fantástica y vana,
Huye para no volver.

Por eso, niña inocente
Más que tu gentil belleza,
Admiro tu fe creciente,
Tu alma sensible y ardiente,
Tu candor y tu pureza.

Hermosa siempre serás
De tu virtud con los dones:
Por eso los tengo en más
Que esa gracia con que vas
Cautivando corazones.

Con esos dones por suerte
Lograrás eterna palma;
Todo, Lida, nos advierte
Que más allá de la muerte
Otra vida tiene el alma.

Y en la terrenal ventura
Esplendoroso fulgor,
No lo olvides, niña pura:
¡La vida de la hermosura
Es la vida de la flor!

Renglones desiguales de D. Francisco del Villar y Bustos: Madrid, imprenta y fundición de Manuel Tello, 1885.—Pág. 9.





DE D. CAYETANO TRIVIÑO.

¡LO QUE VALE UNA ROSA!

ROMANCE.

Á LA SRTA. A. G.

Presa al borde de su escote
Una rosa se mecía,
Entregando al albo seno
Su perfume y sus caricias.
Miréla yo, y al instante
Sentí la punzante envidia
Mecerse en mi corazón
Cual la rosa de mi niña.
Y con afán que la bella
Vió brillar en mis pupilas,
Le dije:—Dame esa rosa
Por mi amor y por mi vida;—
Y á mi prosáica solapa
Pasó la rosa encendida
Con aromas de recuerdos
Y con rubores de ira...

. . . .

Otro día, ¡día triste

De inolvidable desdicha!
Con infundada crueldad
Que no me amaba decía,
Y reñimos un combate
De esos que el despecho excita,
En los que se juegan cosas
Que valen más que la vida;
De esos en que el bien ansiado
Que soñó la fantasía,
Zozobra en un mar de enojos
Con peligro de la dicha.
Desesperado, abatido,
Yo volví á la estancia mía
Con la tristeza en el alma,
Ayer de placer henchida;
Y cuando con más rigor
La pena me perseguía,
Fijé la vista en un vaso
Do la rosa ya marchita,
Con fúnebre palidez,
Cadáver de la poesía,
Su corola sin perfume
Manifestaba á mi vista.
Y así me dijo la rosa
Con amargura infinita,
Con voz desmayada y triste,
Con pesar que al alma alivia:
—«Ella te ama, te ama, ¡ingrato!
¿No lo viste en sus mejillas
Cuando ayer me entregó á tí
Más que yo misma encendida?
¿No viste el fluido amoroso

Que hasta sus ojos subía,
Centelleo virginal
De su mirada tranquila?
Desecha infundada pena;
Sustituya la alegría
Á la tristeza que cubre
Tu amor, y en pesar te abisma.»—
Entonces feliz y loco
Cogí la rosa marchita,
Y con brutal entusiasmo
Besé su corola fría,
Que deshecha entre mis labios
Cayó al suelo destruída
Como lluvia de ilusiones,
De esperanzas y de dicha.

CAYETANO TRIVIÑO, *Muestras: artículos y poesías:* Madrid, imprenta y fundición de Manuel Tello, 1892.—Pág. 85.





DE D. ENRIQUE FERNÁNDEZ GRANADOS.

EL VINO DE LESBOS (1).

ODA ANACREÓNTICA INÉDITA.

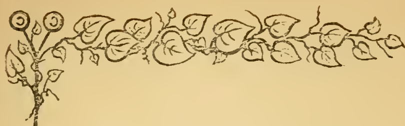
Si queréis de mi lira
Oir los sones,
Dadme vino de Lesbos,
Que huele á flores;
Y si queréis que dulces
Amores cante,
Venga Lelia á mi lado
Y el vino escancie;
Pero no en cinceladas
Corinthias copas,
Porque el vino de Lesbos
Se liba en rosas.
El amor nos le brinda,
Y el que le bebe
Arder en sacro fuego
Feliz se siente.
Es dulce como el néctar
Que en los festines

(1) Del álbum de una mejicana.

De Olimpo Ganimedes
Alegre sirve.
¡Que venga Lelia hermosa,
Y sus hechizos
Celebraré en mis cantos
Bebiendo vino!
Veréis cómo la niña,
Si oye mis coplas,
Me da el vino de Lesbos...
Pero en su boca:
¡Porque el vino de Lesbos
Se liba en rosas!

México, enero de 1890.





DEL COLECTOR DE ESTE CANCIONERO

D. JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

LOS TRONCOS SECOS.

SONETO INÉDITO.

A C. V. C.

Semper virens.

Áridos troncos y áridas espinas
Solo dejó de octubre el cierzo helado,
De aquel lindo rosal que alegró el prado
Con la prez de sus rosas purpurinas.
Por muerto le tuvieron sus vecinas
Las tristes flores de fugaz reinado,
Que en solo un sol de abril les dictó el hado
Nacer obscuras y morir mezquinas.
Cuando, rompiendo su triunfal carrera,
Se destacó en las cumbres luminosas,
De mayo honor, la joven primavera.
Latió el rosal de amor, y dió dichosas
Al lecho de la virgen hechicera
Troncos y espinas en fragantes rosas.

1.º diciembre de 1891.





ÍNDICE GENERAL

DE NOMBRES PROPIOS.





ÍNDICE DEL TOMO II.

SIGLO XIX.

Páginas.

Páginas.

Páginas.

APÉNDICE.

ÍNDICE

DE POETAS DE QUIENES HAY COMPOSICIONES EN EL PRÓLOGO, ADVERTENCIAS, APÉNDICES Y NOTAS BIOGRÁFICAS.



Este libro se acabó de imprimir
en Madrid, en casa de
Manuel Tello, el día
26 *de julio*
del año de
1892.





